
UC-NRLF
$B 291 593
BIBLIOTECA
CLÁSICA.


SIGILLVM · VNIVERSITATIS · CALIFORNIENSIS
FIAT LVX
MDCCCLXVIII
EX LIBRIS



LA TEBAIDA.

BIBLIOTECA CLÁSICA
TOMO CX

LA TEBAIDA

POR

PUBLIO PAPINIO ESTACIO

TRADUCIDA EN VERSO CASTELLANO

POR EL LICENCIADO

JUAN DE ARJONA

TOMO II

MADRID
LIBRERIA DE LA VIUDA DE HERNANDO Y C.ª
CALLE DEL ARENAL NÚM. 11

1888

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA».
Paseo de San Vicente, 20.

LIBRO SÉPTIMO.

ARCUMENTO.

Júpiter se enoja de ver las fiestas de los griegos. Manda á Mercurio baje á la casa de Marte y le diga que incite á los griegos á la guerra. Obedécele Marte. Los argivos prosiguen sus obsequias. Llega Marte al campo. Alborota la gente. Comienzan á marchar. Baco da querellas á Júpiter por el daño que espera Tebas, su patria. Llega á Tebas la nueva de la venida del enemigo. Teocles hace alarde de su gente. Antígone, su hermana, desde una torre pregunta á Forbante, su ayo, qué naciones son las que pasan. Teocles hace razonamiento á los extranjeros que le vienen á ayudar. Agradéceles el favor. Abomina la crueldad de su hermano. Reparte su gente. Llega al campo aqueo á vista de Tebas, donde hace su alojamiento. Yocasta, madre de los dos hermanos, sale de Tebas con sus dos hijas. Llega al campo griego. Habla á Polinice. Pídele que deje la guerra y se entre con ella en Tebas. Contradícelo Tideo, provocándolo á la batalla. Alborótase el campo. Los tigres de Baco salen de Tebas. Los Tebanos comienzan una cruel batalla. Señálase en ella Anfiarao con ayuda de Apolo, el cual le revela su muerte. Abrese la tierra. Trágase al adivino con su carro y caballos. Va á parar al infierno.

En tanto que, en los juegos detenido,
Dilataba la guerra el campo griego,
Júpiter, enojado y ofendido,
Volvió á mirar su paz y su sosiego;
Y habiendo la cabeza sacudido,
Se alborotaron las estrellas luego,
Los dos polos temblaron al instante,
Estremecióse el cielo y gimió Atlante,

Llama á Mercurio, embajador del cielo,
Y al punto dice: «Oh mensajero mío,
Las alas bate apriesa y baja al suelo,
Hacia á los reinos del Oriente frío,
A donde Bóreas con eterno hielo
Tiene á su fuente atado cada río,
Tierra de los bistones habitada,
Con guerra eternamente fatigada.

»Debajo de la estrella que sedienta
Quiere bajar al mar, y siendo en vano,
Con nubes del invierno se alimenta,
Por serle prohibido el Oceano,
Tierra nevada, siempre al sol exenta,
Donde jamás se conoció el verano;
Aquí, pues, en la más inculta parte
La casa está del belicoso Marte;

»A donde agora de la guerra dura
Descansa en paz, las armas arrimando,
Aunque enemigo de ella, ó por ventura
Armas está y trompetas aprestando;
Que nunca el ocio de la paz procura,
Antes humana sangre derramando,
Aqueste es su regalo, aunque funesto;
Allí, pues, lo verás, y dile aquesto.

»No le mandé encender la argiva gente
Y desplegar al aire sus banderas,
Y provocar con ella juntamente
Cuanta detiene el Istmo en dos riberas,
Para que luego á descansar se siente,
Dejando el peso de las armas fieras;
Pues si no acude á proseguir la guerra,
¿De qué ha servido alborotar la tierra?

»Que apenas dejó el campo sus umbrales,
Y ya dirán que victorioso viene,
Pues inventando juegos funerales,
En torno de un sepulcro se detiene;
¿Nacen de su furor efectos tales?
¿Quién tan suspenso su coraje tiene,
En tanto que uno con el disco gime,
Y otro en vez de la espada el cesto esgrime?

»Y si la rabia natural no olvida,
Y de las armas el amor insano,
De pueblos inocentes homicida,
Dará mil muertes de linaje humano;
Derribará la fuerza más temida,
E invocarán al mismo Jove en vano,
Y el orbe, dando en vano mil gemidos,
Verá en polvo sus pueblos convertidos.

»Y agora, que la guerra yo procuro,
¿Deja las armas y la paz le agrada?
Lleve á los griegos al tebano muro,
Y acelere la guerra comenzada;
Vuelva á vestir de nuevo el hierro duro,
Y si ya por ventura de él se enfada
Y los descansos de la paz desea,
Dios más benigno y más humilde sea.

»Haga ya de costumbres diferencia,
La espada, el carro y los caballos deje,
Olvide con el ocio su inclemencia,
Y de la guerra dura en paz se aleje;
Descansará la gente con su ausencia
Y nadie habrá en el mundo que se queje;
Porque yo eterna paz daré á la tierra,
Y basta Palas para aquesta guerra.»

Dijo; y al punto alegre y diligente
Los vientos rompe el mensajero alado,
Y bajando á los reinos del Oriente,
Hacia las puertas del Arturo helado,
La inclemencia y rigor del suelo siente,
Con tempestad eterna fatigado,
Que luego el Aquilón descomedido
Encima de él su nieve ha sacudido.

Y de espeso granizo un torbellino
Sobre sus alas con rigor le ofende,
Y así en vano apresura su camino,
Que apenas el sombrero le defiende;
Al fin al Emo celebrado vino
Y á sus selvas estériles desciende,
Y en ver su soledad y su aspereza
Sintió su horror y recibió tristeza.

A la falda del monte fabricado,
Lugar por su aspereza inaccesible,
Está el palacio triste, rodeado
De mil furores, escuadrón terrible;
No de ordinario material labrado,
Que todo es hierro en el palacio horrible,
Arcos, ventanas, la pared y el techo,
Y todo al fin está de hierro hecho.

Con almenas de hierro coronada
La gran pared del invencible muro,
Está por todas partes sustentada
En columnas también de hierro puro;
Teme la misma luz allí la entrada,
Y el sol, hiriendo en él, parece obscuro,
Y un triste resplandor que el hierro ofrece
La luna y las estrellas entristece.

Habita en el palacio extraña gente,
Que cual la casa son los moradores;
Está á la puerta el Ímpetu impaciente
Que alborota el lugar con sus rumores;
Mil Iras, una de otra diferente,
Y pálidos, sin sangre, mil Temores,
Ciega está la Maldad y el Odio ciego,
Y la Soberbia vomitando fuego.

Están las Asechanzas cautelosas
Con apariencias de amistad fingidas;
Pero tienen espadas engañosas
Debajo de los mantos escondidas;
Dentro mil Amenazas rigurosas
Corren, dando mil voces no entendidas,
Y tiene la Discordia alborotada
En cada mano una desnuda espada.

Alegre está el Furor, loco y exento,
Y la Virtud, muy triste y amarilla,
Y con rostro, aunque pálido, sangriento,
La Muerte está sentada en negra silla;
En cada ara y altar, que hay más de ciento,
Arden maderos de abrasada villa,
Y en vez de los tributos de la tierra,
Humana sangre derramada en guerra.

Estaban las paredes adornadas,
El techo y las columnas igualmente,
Con despojos de tierras conquistadas,
Donde su estrago y su rigor se siente;
Vense en hierro mil puertas dibujadas,
Grillos, cadenas y cautiva gente,
Naves que por la mar y por los ríos
Hicieron guerra, y carros ya vacíos.

Cabezas de sus cuerpos divididas,
Y rostros con las ruedas ofendidos;
Se ven ya tan al vivo las heridas,
Que casi están pintados los gemidos;
Lanzas en sangre, al parecer, teñidas,
Banderas y trompetas de vencidos,
Y en mil partes armado el fiero Marte,
De un mismo talle y rostro en cada parte.

Tal con arte divino el dios Vulcano
La milagrosa fábrica había hecho,
Y con su industria y poderosa mano
La había adornado del cimiento al techo,
Antes que hubiese el rayo soberano
Del rubio Apolo en su ofendido lecho
Descubierto al adúltero, que ciego
En red sutil se vió enlazado luego.

Apenas á buscar había empezado
El diligente Embajador del cielo
Al belicoso Dios, siempre enojado,
Cuando tembló por cada parte el suelo;
Obscurecióse el Sol, y alborotado
Bramó el Euro debajo de su hielo,
Y relinchó el ganado que en la sierra
Esperaba el furor de alguna guerra.

Montes, heladas aguas y animales
De la siempre nevada tierra fría,
Todos con vario aplauso dan señales.
Del belicoso Dios, que ya venía;
Al punto se estremecen los umbrales,
Y cada quicio rechinar se oía,
Y abriéndose las puertas de diamante,
Sale Marte, soberbio y arrogante.

Salió en un carro en sangre humedecido,
Sangre por todas partes derramando,
Cargado de despojos y seguido
De mil cautivos, que le ven llorando,
De selvas y alta nieve obedecido,
Que todos se le humillan en llegando,
Y gobernado de Belona ufana,
Con la mano teñida en sangre humana.

Al horrible espectáculo inhumano
Se heló Mercurio, y si posible fuera
No obedecer á Jove soberano,
Cesara de su intento y se volviera;
Mas viendo Marte al conocido hermano,
Primero le habló de esta manera:
«¿Qué manda Jove? ó ¿cuál, hermano, ha sido
La causa que á estos montes te ha traído?

»Que no entre tanta nieve me buscaras
En un lugar tan áspero y terrible,
Ni de tu gusto y voluntad llegaras
A ver mi corte y mi palacio horrible,
Ni tu agradable Ménalo dejaras,
Fértil, templado, alegre y apacible,
Si, del gran Padre embajador alado,
Desde el cielo no fueras enviado.»

De Júpiter al punto el fiero intento
Mercurio manifiesta, y Marte luego
Pone en ejecución el mandamiento,
Ofendido también del campo griego;
El carro más ligero que no el viento,
Vertiendo á cada lado sangre y fuego,
Parte veloz, sirviendo mil furores
De azote á los caballos voladores.

Vió Jove desde el cielo su obediencia,
Y luego, obedecido y satisfecho,
Dió señales del rostro la apariencia
Del sosiego y piedad del santo pecho;
Tal si del Euro helado la inclemencia,
Que al reino de Neptuno guerra ha hecho,
Deja el vencido mar la paz ufana,
Libre y alegre boga el agua cana.

Acabados los juegos funerales,
Haciendo el noble Adrasto insigne coro
Con himnos y alabanzas inmortales,
Vino derrama en honra de Arquemoro;
En torno de él los griegos principales
Callando están, guardándole el decoro;
Y al fin el Rey, sobre una peña puesto,
Alzó la alegre voz y dijo aquesto:

«Concede, ¡oh nuevo dios, niño inocente!
Que cada tercer año celebremos
Esta solemne fiesta eternamente,
Que hoy á tu nombre dedicado habemos,
Y que dure este honor de gente en gente;
Que si este día eternizar podemos,
Pélope, aficionado á tan gran fiesta,
Las de su Arcadia olvidará por ésta.

»Ni serán las de el Istmo celebradas
Con más honras jamás ni con más gloria,
Ni esotras de Catalia, aunque inventadas
Por aquella de Apolo gran victoria;
Estas, de priesa agora comenzadas,
Hagan en Grecia eterna tu memoria;
Y así, como de campo peregrino,
Recibe este pequeño honor divino.

»Que si con tu favor, que ya invocamos,
Vencemos al tebano Rey perjuro,
Y por tí estas banderas tremolamos
Sobre las torres del vencido muro,
Aquestas que de priesa hoy levantamos
Pequeñas aras entre hierro duro,
Grandes serán, y entonces adorado
Serás por todo el mundo y celebrado.

»Que no sólo de Grecia en los lugares
Serás reverenciado y recibido;
Pero Tebas también te hará altares,
Donde serás por dios reconocido.»
Dijo; y luego con himnos y cantares
Su alegre voz el campo ha repetido,
Y cada cual en su devoto pecho
El voto confirmó que el Rey ha hecho.

Ya Marte en veloz carro, en sangre tinto,
Con que obscurece el Sol y el mundo espanta,
Llegaba á las riberas de Corinto
Sin haberse mojado en agua tanta,
Déjase atrás al alto Acrocorinto,
Que á las estrellas la cerviz levanta
Y con alterna sombra eternamente
Cubre dos mares, donde ve su frente.

Uno de sus ministros vigilante,
El más fácil de todos y ligero,
Que se llama el Pavor, envía delante,
Como astuto, eficaz y novelero;
Aqueste, á su propósito importante,
Propio para engañar un campo entero,
Desmiente la verdad, finge rumores,
Y en un momento engendra mil temores

Monstruo de manos y de lenguas lleno,
Con más rostros y formas que Proteo,
Y para revolver un reino bueno,
Que es su mayor y principal trofeo,
Finge una trompa, un atambor, un trueno,
Ya parece escudero y ya correo,
Mentiras evidentes acredita,
Y lo más imposible facilita.

Dirá que vió dos soles y que el cielo
Con sus estrellas á la tierra viene,
Que andan las selvas, que se muda el suelo
Y que el curso del agua se detiene;
Que ha visto el fuego helarse, arder el hielo,
Y crédito seguro en todo tiene.
Hoy, pues, con más astucia y con más arte
Mostró su ingenio obedeciendo á Marte.

Déjase el campo atrás, y de algún llano
Levanta una engañosa polvareda,
Y con falso clamor, tumulto vano,
Que acobardar al más osado pueda;
Como el campo lo ve de mano en mano
Buscando la ocasión, la gente queda
Llena de confusión, y el Pavor luego
Toma la mano y acrecienta el fuego.

Relinchos finge y de armas el rüido,
Y esparce mil gemidos por el viento,
Y en corrillos el vulgo dividido,
El extraño rumor escucha atento.
«¿Qué estruendo (alguno dice) aqueste ha sido,
Si ya no me ha engañado el pensamiento?
Pero ¿de dónde polvareda tanta
Del suelo á las estrellas se levanta?

»¿Si es el campo tebano el que allí viene?
Él es. Y ¿en Tebas hay tanta osadía,
Y el nuestro honrando muertos se detiene?
¡Oh flojedad, si ya no es cobardía!»
De esta suerte el Pavor al campo tiene,
Y vano miedo entre las armas cría;
Muda talle, semblante, voz y forma,
Aquí oye, acá pregunta y allí informa.

Ya finge que es lacón, y ya pisano,
Corre en un punto el campo y no sosiega,
Y ya jura que cerca está el tebano,
Y crédito le da la gente ciega;
Y cuando más atónito é insano
Estaba el campo, el mismo Marte llega,
Que envuelto en un furioso torbellino,
Al valle á donde está la gente vino.

Tres veces los caballos revolviendo
Vibró la dura lanza, y tres al pecho
El escudo arrimó, y un son horrendo
Con el escudo y con el peto ha hecho;
El campo al punto, el gran rumor oyendo,
De que es el enemigo satisfecho,
Grita al arma, y al son de sus rumores
Responden las trompetas y atambores.

Las gentes, á aquel son alborotadas,
A armarse corren en tropel confuso;
Truécanse escudos, yelmos y celadas,
Ya casi de ellos olvidado el uso;
Vense escuadras apriesa mal formadas,
Crece la confusión, y alguno puso
Sus caballos también alborotados
En un ajeno yugo, aun no enfrenados.

Ni conoce el infante su bandera,
Ni acierta el escudero su estandarte,
Y en cada pecho la trompeta fiera
Resucita el amor del fiero Marte.
Al fin, mal ordenado, á la ligera,
Precipitado el campo apriesa parte,
Apenas divididas las naciones,
Y aun no al aire tendidos los pendones.

Así, cuando en el mar comienza el viento,
Que esperó alguna armada detenida,
Toca luego á partir cada instrumento,
Alzan ferros, dan priesa á la partida;
Nada ya por el húmedo elemento
Cada nave, del viento sacudida,
Y viendo quedo el puerto, ya se alejan,
Vuelven los ojos donde la alma dejan.

Viendo de nuevo proseguir la guerra,
Y la priesa y furor del campo griego,
Volvió Baco á mirar su amada tierra,
Turbado del dolor, de enojo ciego;
Mira el lugar que la ceniza encierra
De su querida madre, en cuyo fuego
Acabara la vida aun no nacido,
Si no fuera del padre socorrido.

Y viendo que estorbar procura en vano
El gran peligro de su amada gente,
Cayósele su tirso de la mano,
Y la hiedra y las uvas de la frente;
Y descompuesto, al Padre soberano,
Sin adorno y con hábito indecente,
Llorando, de rodillas se presenta,
Y así su pena y su dolor le cuenta:

«¿Mi amada patria, tu querida Tebas,
Asolar quieres, soberano Padre?
¿Contra tu gente estrago tanto llevas,
Sin que algún ruego en su defensa cuadre?
¿Que al llanto de tu pueblo no te muevas?
¿Que olvides las cenizas de mi madre?
¿Tanto puede tu esposa, que esto ha hecho?
¿Tal odio cabe en tu divino pecho?

»En otro tiempo el fuego disculpaste
Que á mi inocente madre dió la muerte;
Y así fué que forzado la abrasaste
Por el rigor de su enemiga suerte;
Pero agora, que el fuego renovaste,
Sin obligarte el juramento fuerte,
Y sin ser de tu esposa persuadido,
¿Cuál la ocasión de tanto enojo ha sido?

»¿Cuándo se ha de acabar tanto castigo?
¿Sólo tus rayos son para mi gente?
¿Sólo el tebano pueblo es enemigo,
Y él ofendió á tu esposa solamente?
¿Sólo conserva su rigor conmigo?
¿Fué el Parrasio lugar más inocente,
A donde en falso traje de Dïana
Ofendiste á tu esposa soberana?

»Hecho oro, en la alta torre mal guardada
¿No fuiste ya de Danae recibido?
Y de Leda, de Juno ya olvidada,
¿No fuiste amante, en cisne convertido?
¿Cómo éstos viven siempre en paz amada,
Yo solamente soy aborrecido;
Yo, que á tu muslo santo trasladado,
Fuí dulce peso un tiempo y regalado?

»¿Tú, que mi padre y que mi madre fuiste,
Y el camino estorbado de mi vida,
Falto de meses, reparar pudiste,
Tienes mi casa y sangre aborrecida?
Si de mi pueblo miserable y triste
No fué jamás la guerra conocida,
¿Cómo podrán sufrir armas pesadas
Manos á tirsos frágiles usadas?

»Sólo al son de mis flautas y atabales
Saben coros hacer en honra mía;
Que aun temen de mujeres bacanales
Los tirsos el furor y la osadía;
¿Cómo con enemigos desiguales
Podrán guerra tener ni un solo día,
Y sufrirán de Marte los furores
Al ronco son de trompas y atambores?

»¿Es verdad, pues, que para aquesta guerra
Cobarde y poca gente ha conjurado
Contra una á quien el miedo sólo encierra
En flaco muro, en guerras no probado;
Contra quien conjuró toda la tierra,
Que apenas tus curetas ha dejado?
¿No basta que Argos á la guerra viene,
Que antigua enemistad á Tebas tiene?

»Y aquesto es lo que más nos atormenta;
Que aquesta guerra en nuestra casa ordenas
Para que de ella, para más afrenta,
Riquezas lleven Argos y Micenas;
Y Juno, en tanto mal aun no contenta,
Triunfe de nuestras lágrimas y penas;
Mas es tu esposa, obedecerla es justo;
Que pende al fin el tuyo de su gusto.

»Pero si Tebas miserablemente
Se acaba, ¿adónde me harán altares?
Perdida la ciudad, muerta su gente,
¿Adónde oiré mis himnos y cantares?
Y desterrado y de mi patria ausente,
¿Adónde para alivio en mis pesares
Llevaré las reliquias deslichadas
De mi madre, en su túmulo guardadas?

»¿Iré á Tracia vencido y fugitivo,
Y de Licurgo á la enemiga tierra,
Ó al indio inculto volveré cautivo,
Habiéndolo domado y hecho guerra?
Dame (pues mi enemigo rey argivo
De mi querida Tebas me destierra)
Algún propio lugar y asiento alguno,
Donde pueda vivir libre de Juno.

»A Delo pudo Apolo dar asiento,
Y de su Atenas apartado tiene
Al enemigo líquido elemento
Palas, que nunca á combatirlo viene.
Pafo tranquilo está, de Juno exento,
Y nunca guerra ven Ida y Cilene,
Donde á Mercurio y Minos favoreces,
Y sólo mis altares aborreces.

»Y si á mí solamente aborreciste,
Tebas tiene sin mí sus valedores;
Que aquí las noches de Hércules tuviste,
Ya que fueron de Antiopia los amores.
El linaje de Tiro aquí trajiste,
Y Europa aquí gozó de tus favores,
No cual mi madre, en infelice suerte,
Pues no hubo rayos que la diesen muerte.

»De tanto hijo y tanto dios tebano
¿Ningunos son para aplacarte buenos?
Ya que me canse y te fatigue en vano,
Los nietos de Agenor defiende al menos.»
Sintió la envidia el Padre soberano,
Y con alegre voz y ojos serenos
Al hijo arrodillado humildemente
Le dió la mano y le besó en la frente.

«No como piensas, dice, oh hijo amado,
Es por orden de Juno ó por su ruego
Aquesta guerra que te da cuidado,
Y á Tebas amenaza á sangre y fuego.
Esto lo ordena el inmudable hado;
Que no mi voluntad y gusto entrego
Tan fácilmente al gusto de mi esposa,
Ni ella pidiera aquesto, aunque celosa.

»Ya ha muchos años que trazó el destino
Por graves causas esta guerra dura,
Y al fin el señalado tiempo vino,
Que alguna vez Erimnis lo apresura.
No fácilmente á castigar me inclino,
Ni me alegra la humana desventura,
Pues no tiene planeta alguno el cielo
Que así regale y favorezca al suelo.

»Este polo y palacio, que conmigo
Eterno permanece y soberano,
Puede, pues ya lo ha visto, ser testigo
De mi piedad para el linaje humano,
Y cuántas veces mereció castigo,
Y dejé el fuego y rayo de la mano;
Que si no es violentando el gusto mío,
Nunca á la tierra algún trabajo envío.

»También quisiera yo la paz tebana,
Que con lágrimas tantas solicitas,
Por no ver derramar la sangre humana,
Con tanto estrago y muertes infinitas;
Que cuando entregué á Marte y á Diana
La antigua Calidonia y los lapitas,
Fué menester para vengar su ofensa
Forzar mi natural piedad inmensa.

»Siento al fin de los hombres la caída,
Porque en su daño la fatiga siento
De volver tantos cuerpos á la vida
Y mudar tantas almas de su asiento;
Pero el hado la sangre aborrecida,
Por enormes delitos que no cuento,
De Pélope y Labdaco de la tierra
Quiere borrar con rigurosa guerra.

»Y ya que el señalado plazo vemos
Tan de atrás por el hado establecido,
A castigar delitos procedemos,
Que el uno y otro pueblo ha cometido;
Y porque de los griegos no hablemos,
¡Cuántas veces en Tebas han querido
Tus hombres y mujeres bacanales
Injuriar á mis dioses celestiales!

»Pues también acordársete podría,
Aunque ya sin tu cólera te veo,
Cuando en el Citerón tu santo día
Despedazado profanó Penteo;
Y aun no tan atrevido hijo había
Que con paterna sangre, horrible y feo,
Engendrase en el lecho de su padre
Hijos y hermanos en su propia madre.

»¿Cómo, tebano dios, piadoso y santo,
Entonces no dejaste de vengarte?
¿Cómo entonces no usaste de este llanto
Ni de estos ruegos el ingenio y arte?
Que yo, si con rigor y estrago tanto
He encomendado aquesta guerra á Marte,
No es por propio dolor ó propia ofensa,
Aunque haya sido la de Edipo inmensa.

»Que la piedad, el cielo y fe quebrada,
La natura, las furias y la tierra,
La verdad y justicia despreciada
Me piden que apresure aquesta guerra;
Mas, aunque á Tebas ves amenazada,
Esos miedos y lágrimas destierra,
Que aun no llega su fin, y el noble muro
Quedará en libertad, si no seguro.

»Que otro tiempo vendrá más sospechoso,
Otra guerra, otras armas y furores;
Aqueste para Juno es pel groso,
Y ella puede tener esos temores.»
Aquesto oyendo el hijo congojoso,
Restituye á su rostro los colores,
Las lágrimas enjuga, el miedo pierde,
Y alza el tirso y corona siempre verde,

Tal hermoso rosal en campo ameno,
A quien el viento, el hado y la agua fría
Tiene marchito y de tristeza lleno,
Falto de hermosura y de alegría,
Y apenas ha salido el sol sereno,
Prometiendo á la tierra alegre día,
Cuando deja alentado la tristeza,
Cobra su honor y torna á su belleza.

Ya el aviso al turbado Rey perjuro,
Del campo que marchaba, había venido,
Y que no lejos del tebano muro
El enemigo estaba, había sabido;
Cada vecino pueblo, no seguro,
Que lástima de Tebas ha tenido,
Teme su propio daño y desventura;
Que en tanto mal ninguno se asegura.

El Rey, disimulando el mielo helado,
Llama al ya aborrecido mensajero,
Y vuelve á preguntar lo que escuchado,
Pena le da, si lo afligió primero;
Al fin todos sus hombres ha juntado,
Manda al tebano y ruega al extranjero,
Y porque el vulgo y la ciudad se aliente
Hace en el campo alarde de su gente.

Que obedeciendo á Jove el fiero Marte,
La Euboca despojó de labradores,
La Aonia y Focis, y de cada parte
Hizo á Tebas venir los moradores;
Sale al campo del Rey el estandarte
Al vario son de trompas y atambores;
Y luego, tremolando sus pendones,
Salen tras de él armados escuadrones.

Cerca de la ciudad un llano estaba
Ya para aquesta guerra condenado,
Que el furor de las armas esperaba,
Y se ha de ver de sangre matizado;
Y así, cuando el alarde comenzaba,
Sobre el muro de almenas coronado
Subieron las mujeres temerosas,
Sin ver al enemigo, congojosas.

Entre la gente que á su rey socorre,
Madre afligida al hijo pequeñuelo
Muestra al padre, que armado el campo corre,
Escondido en las armas de su abuelo;
Sola, en una apartada y alta torre,
Cubierta con un triste y negro velo,
Está la bella Antígone, tebana,
Tierna de edad, del Rey menor hermana.

Con ella estaba un viejo venerable,
Que un tiempo del rey Layo fué escudero,
En fortuna infelice ó favorable
Seguro amigo y noble compañero;
A aqueste, que en su estado miserable
Respeta como á padre verdadero,
Viendo tantas banderas tremolando,
Dice así la doncella, suspirando:

«¿Podrán, padre, estas armas y banderas
A Grecia resistir, pues toda viene?
Que si han sido las nuevas verdaderas,
¿Qué fuerza habrá que su furor refrene?
Y porque muchas gentes extranjeras
El Rey mi hermano entre la nuestra tiene,
¿Cuál de tantos pendones como veo
Es el de mi pariente Menesteo?

»¿Cuál es el de Creón? ¿Qué gente guía
Que tanto ha sido en Tebas celebrada?
Y ¿cuál de tantas es la compañía
De Emón, que á Esfinge lleva en la celada?»
Así la bella Antígone decía
Con lengua ruda y del temor turbada,
Y el viejo noble, en tanto que ella esconde
Su mal sufrido llanto, así responde:

«Estos mil que con arcos van delante
Son de Tanagria valerosa gente,
Y su gallardo capitán Driante,
Que es su blasón el rayo y el tridente,
Es nieto de Orión, bravo gigante,
De Jove y de Neptuno descendiente;
Aquel que, por su mal, con furia insana
Se atrevía á la belleza de Diana.

»No quiera el cielo que del triste agüero
Efecto desdichado el nieto vea,
Y pues no es de sus culpas heredero,
No del castigo celestial lo sea;
Síguele como á rey, sin el primero,
Un escuadrón de Tisbe y de Ocalea
Y la gente de Nisa y de Medonte,
Cercadas de un espeso y rico monte.

»Este es Eurimedón, bravo y membrudo,
Para las selvas cazador terrible,
Fiero de talle y de lenguaje rudo,
Y dicen que es su padre un fauno horrible;
Por armas lleva un pino en el escudo,
Y hará con las armas lo imposible;
Que armado no será menos temido
En las batallas que en el monte ha sido.

»Siguen los de Etenón á su bandera,
De peña en vez de muro coronados;
Los que viven de Hile en la ribera
Y los de Eritne, rica de ganados;
La gente de Esquenón es la postrera,
Que labran en los campos celebrados
Donde con libre y voladora planta
Corrió la ligerísima Atalanta.

»Usan para ofender y defenderse,
Cual lo suelen usar los macedones,
De escudos y de picas, que atreverse
Pueden á los más bravos escuadrones,
Tan gruesas y nudosas, que al romperse
Se hallan convertidas en bastones;
Armas que, con dos manos bien regidas,
Saben herir y reparar heridas.

»Pero escucha el clamor de los de Onquesta
Y los de Micaleso, sus vecinos,
Que á entrambos enriquece una floresta
Llena de grandes y erizados pinos;
Gente para cualquiera mal dispuesta,
De rostros y de trajes peregrinos,
En paz y guerra osados é insolentes,
Y todos de Neptuno descendientes.

»Con ellos van los que Gargafia cría,
Fuente de Hecate siempre visitada,
Y los que beben la corriente fría
Del claro Mela, á Palas dedicada,
Y los que el Aliarto húmedo envía
A tierra, por ser fértil, desdichada,
Pues nunca ve maduras sus espigas,
Oprimidas con hierbas enemigas.

»Llevan todos nudosos troncos gruesos,
Que siempre armados van á la ligera,
Y despojada de su carne y huesos,
Por yelmo la cabeza de una fiera;
Estos cinco escuadrones tan espesos
Siguen de Anfión el nombre y la bandera,
Que á ser regidos del tebano vienen,
Porque propio señor y reino tienen.

»Mira la lira y el insigne toro
Que guarda de su abuelo la memoria,
Ennobleciendo al nieto en campo de oro
Del blasón rico la heredada gloria;
Y así, agora guardándole el decoro,
Honrado de él, aspira á la victoria,
Ofreciendo al peligro el noble pecho
Por este muro que su abuelo ha hecho.

»También los de Olmio y de Helicona santo
Vienen á socorrer la amiga gente,
Y de Permeso, celebrado tanto
Por el divino son de su corriente,
Escucha su agradable y dulce canto,
Rico favor de su famosa fuente;
Y así, parece el escuadrón ufano
De cisnes que saludan al verano.

»Id, noble gente, insigne y venturosa,
Que alegres y cantando habéis venido,
Sin miedo á aquesta guerra peligrosa,
Pues buen agüero vuestro canto ha sido;
Id, que memoria dejaréis famosa,
Segura de las aguas del olvido,
Porque en verso las nueve musas bellas
Subirán vuestra fama á las estrellas.»

De todo daba relación Forbante;
Mas fué así por Antígone rompida:
«¿Qué hermanos son los dos que van delante,
Que mayor igualdad no ví en mi vida?
De unas armas, de un traje, de un semblante,
De un talle y de una misma edad florida;
Ya pluguiera á los cielos soberanos
Que esta concordia hubiera en mis hermanos.»

«No son hermanos, respondió; que miente
Esta apariencia de igualdad extraña;
Que padre é hijo son, y eternamente
El uno con el otro se acompaña.
La igualdad ha engañado mucha gente;
Que no eres la primera que se engaña;
Pero escucha, y sabrás un caso extraño,
Que ha sido la ocasión de aqueste engaño.

»De su padre una ninfa enamorada,
Lo llevó, siendo niño, á una espesura,
Y en su fuego la fuerza anticipada,
Recibió de él la fruta aun no madura;
Mas, aunque tal, quedando de él preñada,
Parió un niño de inmensa hermosura,
Traslado natural del tierno padre,
Para mayor consuelo de su madre.

»Alitreo se llamó, y apresurando
El curso de sus años voladores,
Alcanzó los paternos en llegando
De su primera mocedad las flores;
Y así, siempre se fueron igualando
En armas, en vestidos y en colores;
Y viendo qne los tienen por hermanos,
Alegres van, en su igualdad ufanos.

»Siguiendo al padre van de Coronea
Trescientos de á caballo, y de Glisanta
Otros tantos al hijo, porque sea
Mayor la admiración de igualdad tanta;
En una rubio trigo se desea,
De Baco en otra la dichosa planta;
Mas siempre á aquélla Ceres enriquece,
Y Baco siempre á estotra favorece.

»Pero vuelve á mirar hacia esta parte
Carro y caballos del famoso Ipseo,
Y los que van siguiendo su estandarte,
Que rayos han de ser del campo aqueo;
Insigne capitán, tebano Marte,
Que armando el noble pecho, nunca veo
En su espalda armadura por defensa,
Porque morir y no volverla piensa.

»Con siete vueltas del pellejo crudo
De un viejo toro al yugo nunca asido
Hizo para cubrirse un grande escudo
Con tres planchas de hierro guarnecido;
Su lanza él solamente usarla pudo,
Pues en fuerzas á todos ha excedido,
Porque es un tronco de grandeza tanta,
Que honró la selva en tanto que fué planta.

»Jamás aquésta arroja que no hiera,
Ni hiere sin quitar luego la vida;
Que es el más duro acero blanda cera,
Pues no hay alguno que su entrada impida.
Cuéntase de él que Asopo en su ribera
Lo engendró en una ninfa, que oprimida
Por fuerza fué del engañoso amante;
Y así, es el hijo al padre semejante.

»Que no menos furor tiene en la guerra
Que el padre, cuando crece, y tanto abraza,
Que hasta que en el ancho mar se encierra
Cuantas puentes encuentra despedaza;
Ó el que mostró cuando dejó la tierra
(Para tanto furor pequeña plaza)
Y subió á hacer guerra al mismo cielo,
Lleno de admiración dejando al suelo.

»Que una hija se cuenta que tenía,
Llamada Egiria, de beldad inmensa,
A quien, estando lejos de él un día,
Jove forzó y al padre hizo ofensa;
Y así, salió de su caverna fría
Con tal furor (porque vengarse piensa),
Que subió, habiendo montes de agua hecho,
Sobre las nubes con helado pecho.

»No era ni aun á los dioses permitido
Hacer injusta fuerza á las doncellas,
Y así Asopo, en sus aguas atrevido,
Hasta el cielo llegar quiso con ellas;
Y con ser solo, y sin haber tenido
A quien pedir favor en las estrellas,
Amenazando al cielo airado sube,
Sin que pueda estorbarlo alguna nube.

»Hasta que Jove su furor refrena
Con los truenos y rayos que usó en Flegra,
Que aun hoy ve las cenizas en su arena
Y en la memoria de su mal se alegra;
Y todavía soberbio en tanta pena,
Entre llamas exhala niebla negra,
Con que obscurece el sol y el cielo ofusca
Y así de nuevo su venganza busca.

»Tal será el hijo en esta guerra lleno
De los mismos furores heredados,
Si con Jove el amor de Egina es freno
Para que olvide enojos ya vengados;
Síguenle los de Itón y Alalcomeno,
Entrambos á Minerva dedicados,
Adonde muchas veces se entretiene;
Que allí sus coros hace y templos tiene.

»Pasan también con él los de Midea
Y de Arne, eternamente humedecida;
Los que en los montes fértiles de Grea
Siembran y los que labran en Aulida;
Los que en los verdes campos de Platea
Pasan alegre y regalada vida,
Y los que de Petona la dureza
Rompen arando y doman su aspereza.

»Los que gozan de Euripo en la espaciosa
Tierra, que azota una y otra villa,
Y los soldados de Antedón, famosa
Ciudad que de este mar está á la orilla,
Adonde está la hierba milagrosa
Por quien la nunca vista maravilla
En sí vió Glauco, de Antedón vecino,
Un tiempo pescador, ya dios marino.

»Que apenas la gustó, cuando en su frente
Color azul en su cabello mira,
Y saltando en las aguas de repente,
Se asombra de sus piernas y se admira;
Hondas usan aquestos solamente,
Mas tales, que no tanto un arco tira,
Porque vuelan sus piedras de manera,
Que alcanzaran la flecha más ligera.

»De sus tierras también envió Cefiso
Los duros y robustos moradores,
Que apenas de la guerra oyó el aviso,
Cuando el campo dejó sin labradores;
Y nos diera también á su Narciso,
Si no estuviera convertido en flores;
Y así, el padre infelice en sus orillas
Al hijo baña en flores amarillas.

»Vuelve á mirar el escuadrón febeo;
Mas ¿quién la gente contará que viene
De Fócida, de Aulido y Panopeo,
Y quién habrá que tanta gente ordene?
Cipariso y el valle Labadeo
Y Ampolín, que una peña encima tiene,
Desiertos imagino se quedaron,
Según la mucha gente que enviaron.

»Vinieron los de la alta Enemogea,
Los de Coricia el bosque se han dejado,
Sola ha quedado la región Cirrea,
Y sin gente el Parnaso celebrado;
Vino la de la sierra de Lilea,
Que es nacimiento del cefiro helado,
Donde el fiero Pitón en la agua fría
Vencer la sed y su calor solía.

»En sus banderas lleva aquesta gente,
En honra de su dios y su memoria,
Divisas una de otra diferente,
Testigos todas de su antigua gloria;
Uno á Ticio, otro lleva la serpiente
Que fué de Apolo la mayor victoria;
Otro las flechas, de quien tiembla el suelo;
Otro el verde laurel, y alguno á Delo.

»El bravo Hito aquesta gente guía,
Cuyo padre Naubolo agora ha muerto,
Huésped de Layo cuando Dios quería,
Y algunas veces su cochero experto;
Y aun lo fué aquel amargo y triste día
Cuando ví sin cabeza, el pecho abierto,
Al infelice Rey. ¡A Dios pluguiera
Que yo también allí con él muriera!»

Con la memoria de tan gran caída
El triste viejo desmayóse tanto,
Que la voz con sollozos impedida,
El rostro humedeció con largo llanto;
Sobre su pecho Antígone afligida
Le hizo recostar, llorando en tanto,
Y vuelto en sí de aquel dolor prolijo,
Así, de nuevo suspirando, dijo:

«¡Oh mi cuidado y gloria postrimera,
Por quien me huelgo de alargar mis años;
Y quizá para ver antes que muera
Otras maldades y mayores daños,
Hasta que el cielo esposo darte quiera,
Ya libre de infortunios tan extraños,
Entonces de la parca dilatada
Alegre fin á mi vejez cansada!

»Que no es bien que mis años adelante
En viendo el dulce fin de mi cuidado;
Mas ¡oh cuántas banderas van delante,
Que sin saber sus dueños se han pasado!
Ni te he dicho los dos hijos de Avante,
Ni á Cromio, el gran tebano, te he mostrado,
Y ya delante van, y no hemos visto
El capitán y gente de Caristo.

»Los de Egas y de la alta Coronea
Muy adelante van, y al fin, en vano
Cansada vista distinguir desea,
Si está apartado, al huésped del tebano;
Mas ya acabó el alarde, y ya rodea
Su gente y la extranjera el Rey, tu hermano
Y ya el silencio con el dedo encarga;
Mira la gente que á escucharlo carga.»

Esto dijo á su Antígone querida,
Cuando el tebano Rey, en alto puesto,
Alzó la voz con alma agradecida,
Y á los reyes del campo dijo aquesto:
«Príncipes valerosos, que la vida
Ofrecéis al peligro manifiesto,
De vuestra natural piedad movidos,
Que no con ruegos ó interés traídos,

»Y á quien de buena gana obedeciera,
Hecho soldado, á Tebas defendiendo,
Si alguno el cargo recibir quisiera
Que estoy agora á todos ofreciendo;
No os junté aquí porque animaros quiera,
Honra, premio y victoria prometiendo,
Pues sobrado valor y ánimo tiene
El que con libre voluntad se viene;

»Ni para daros gracias y loores
Por haber acudido á mi defensa,
Pues gracias, alabanzas y favores
No fueran suficiente recompensa;
Los dioses han de ser los premiadores
De esta insigne piedad, que ha sido inmensa,
Ó vuestras propias manos, que el castigo
Darán, cual lo merece el enemigo.

»Conmigo á defender habéis venido
Una antigua ciudad, vecina vuestra,
Con quien eternamente habéis tenido
Verdadera amistad, cual hoy se muestra;
El que nos hace guerra aquí ha nacido,
Y es también hijo de la patria nuestra,
Que no es extraño, ó vienen sus pendones
De vencer y robar otras naciones.

»Al fin, quien á asaltar á Tebas viene,
De extraña gente capitán ufano,
Aquí su madre y sus hermanas tiene,
Aquí su padre y aun aquí su hermano;
¡Y que todo esto junto no refrene,
Fiero enemigo, tu furor insano!
¿Con agüeros tan tristes haces guerra
A tu rey, á tu sangre y á tu tierra?

»La Aonia toda en mi defensa veo,
Que de su voluntad quiere ayudarme,
Que estabas loco y te engañó el deseo
Si solo imaginaste de hallarme;
De éstos, primero que con odio feo
Quisieras á las armas provocarme,
Y antes que desplegaras tus banderas,
Saber el pecho y la intención debieras.

»El cetro que pretendes y te niego
Todo el reino lo estorba, y no consiente
Que te dé la corona, y vienes ciego
Si quitármela piensas fácilmente.»
Aquesto dijo solamente, y luego
Comienza apriesa á repartir su gente
Y á concertar infantes y caballos,
Dando armas á extranjeros y á vasallos.

Parte del muro á la defensa pone,
Y de la más robusta y más osada
Mangas ordena y batallón compone
Con la animosa frente más armada;
Todo así lo previene y lo dispone,
Cual pastor que levanta la manada,
Y en bordando al Oriente la alba bella,
Partir á otra región quiere con ella.

Pone en la frente, como más osados,
Los padres, y delante al que los guía,
Otros detrás y algunos á los lados,
Y en medio las ovejas y la cría;
Y él á los cabritillos, ya cansados,
Lleva en sus brazos hasta que entra el día,
Y ayuda á las paridas y preñadas,
Ya con las llenas ubres fatigadas.

En tanto el engañado campo griego,
Que el fingido rumor por cierto tiene,
La noche y día sin algún sosiego,
Armado siempre, caminando viene,
Sin pararse jamás, de furor ciego,
Que la comida apenas lo detiene,
Ó el breve sueño; tal efecto ha hecho
La gran ira que hierve en cada pecho.

Siempre, cual si huyeran, van corriendo,
A pesar de prodigios y de agüeros,
Que con voz muda, la verdad diciendo,
Publicaban los hados venideros;
Grandes arroyos hacia atrás volviendo,
Mil monstruos, fieras, aves y luceros,
Todos daban avisos á la tierra
Del triste fin de la infelice guerra.

Truena Jove y con rayos resplandece,
Las obscuras cavernas dan bramidos,
La humilde tierra tiembla y se estremece,
Las fieras y las aves dan aullidos;
Cada templo cerrado se aparece,
Y oyen dentro rumores nunca oídos,
Y el mismo cielo, que á piedad se mueve,
Ya duras piedras y ya sangre llueve.

Los cuerpos á sus túmulos dejaron,
Y corrillos de agüeros, ya olvidados,
Por las calles y campos encontraron
Llorando con gemidos mal formados;
Cirra y otros oráculos callaron,
Y Eleusis en los meses nunca usados
Hizo con el furor de sus mujeres
Nocturna fiesta y sacrificio á Ceres.

En Arcadia por montes y por llanos
Ladrar de noche á Licacón oyeron,
Y los de Esparta entre los dos hermanos
Rota la paz en cada templo vieron;
Espantados de Enomao los pisanos,
Rigiendo el carro, á la ciudad huyeron,
Bramó Aquebo con uno y otro cuerno,
Y á la Acarnania dió temor eterno.

El Inaco gimió con rumor tanto,
Que asombró la comarca y labradores,
Y del tebano Palemón el llanto
Oyeron los del Istmo pescadores;
Vióse de Juno el simulacro santo,
En Micenas trocado de colores,
Y sudando la estatua de Perseo,
Como sintiendo el mal del campo aqueo.

Esto el argivo campo escucha en vano,
Que bélico furor de cada pecho,
Sordo á la voz del cielo soberano,
De monstruos y prodigios burla ha hecho;
Sin miedo, en fin, al término tebano
Llegan por el camino más derecho;
Mas llegando de Asopo á la ribera,
Se paró á su pesar cada bandera.

Ó ya nube en los montes sacudida,
Ó ya aumentase el arco su corriente,
Ó de su mismo natural movida
Juntase todo su caudal la fuente,
Grande bajó con súbita avenida,
Por detener á la enemiga gente,
Y bañó el temeroso campo amigo,
Refrenando el furor del enemigo.

Mas de esto Hipomedonte avergonzado,
A su caballo el acicate arrima,
Y con él á las aguas se ha arrojado,
Sin miedo que el raudal su curso oprima;
De tanto hierro el animal cargado,
Apenas puede sustentarse encima;
Y luego Hipomedonte, en mèdio puesto,
El rostro volvió atrás y dijo aquesto:

«Pasad, que este es el vado más seguro
Y el camino de Tebas en efeto,
Adonde el enemigo Rey perjuro
Presto verá sus torres en aprieto;
Que yo las puertas del cerrado muro,
Porque podáis entrar, abrir prometo.»
De esto corrido el campo y de ira ciego,
Al agua sin temor se arroja luego.

Tal suele á la ribera de algún río,
A quien dieron caudal por ensancharse
Las avenidas del invierno frío,
Vacada grande alguna vez pararse,
Que del temor acobardado el brío,
No hay quien ose á las aguas arrojarse,
Pareciéndole al toro más osado
Lejos esotra orilla y hondo el vado;

Mas cuando el capitán de la manada
Deja desde un ribazo la ribera,
La más tímida vaca es más osada
Para arrojarse al agua la primera;
Ya les parece blanda y sosegada
La que tan brava y tan difícil era,
Más bajo el vado, y que el raudal se humilla,
Y no tan apartada esotra orilla.

Habiendo ya el ejército pasado,
Y dejando de Asopo las arenas,
Brevemente llegaron á un collado
Que descubre de Tebas las almenas,
Para alojar un campo acomodado,
Por ser la entrada y la salida llenas
De peñas altas, en lugar de muro,
Que hacen el lugar fuerte y seguro.

Poco trabajo necesario ha sido
Para fortalecer lo que Natura
De tal manera lo ha favorecido,
Que de cualquier asalto lo asegura;
De un foso, acaso hecho, está ceñido,
Y de un pinar antiguo la espesura,
También nacido acaso, lo rodea,
Porque más fuerte y más seguro sea.

Y si algo le faltaba, brevemente
Suplieron ellos con industria y arte,
Y aquí á su gusto se alojó la gente,
Centinelas poniendo en cada parte;
Y estando ya del mundo el sol ausente,
Cesó el estruendo y el furor de Marte,
Y derramó su olvido y su reposo
Sobre la gente el sueño poderoso.

¿Quién contará la confusión que tiene
Tebas aquesta noche, y sus temores,
Mirando el campo que á cercarla viene,
Y oyendo sus trompetas y atambores?
No hubo allí sueño alguno que refrene
Importunos cuidados veladores;
Pasóse sin dormir la noche fría
Con el temor del venidero día.

Requieren la muralla y cada torre
Y el noble alcázar, celebrado tanto,
Que no habrá tiempo tan veloz que borre
La fama de Anfión y de su canto;
Turbado el vulgo, á cada parte corre,
Lleno de confusión, de pena y llanto,
Que ya parece flaco el fuerte muro,
Y de antiguo, el alcázar no seguro.

Miran tanta bandera tremolando
Y en torno de las tiendas tanto fuego,
Y con temor sus fuerzas apocando,
Mayor se les antoja el campo griego;
Turbados á los templos van llorando,
Sube de cada altar el humo ciego,
Y mientras vino en ellos se derrama,
Quién llama á Baco y quién á Marte llama.

Cuál se despide de la amada esposa,
Y cuál reparte en vida su hacienda,
Y con alma adivina y temerosa
Sus obsequias cercanas encomienda;
Y aun en el mismo sueño no reposa
Quien duerme, que no hay sueño que no ofenda;
Pues los ojos alguno apenas cierra,
Cuando sueña algún caso de la guerra.

Crecen las ansias y el temor de suerte,
Que hacen que la vida se aborrezca,
Y con la confusión del miedo fuerte,
Ya temen y ya ruegan que amanezca;
Megera, con las sombras de la muerte,
Con dos sierpes añade al fuego yesca,
Ya las sacude en una y otra torre,
Y ya con ellas por el campo corre.

Al uno representa al otro hermano,
A ambos al padre, que en dolor eterno,
Sin ver la luz del cielo soberano,
Gime del reino triste el mal gobierno;
Y así, con rabia y con furor insano,
Invocando las furias del infierno,
Como el son oye de la guerra agora,
Sus ojos pide y su desgracia llora.

Ya de la nueva luz del sol huía
La noche, con tinieblas importuna,
É iba apocando el temeroso día
Las estrellas, que apenas se ve alguna;
Ya con su nueva lumbre obscurecía
Entrambos cuernos á la blanca luna,
Y el mar, que con los rayos resplandece,
Hecho escaño del sol, se ensoberbece;

Cuando Yocasta con horror y espanto,
Con los blancos cabellos esparcidos,
Y los ojos, de haber llorado tanto,
Ya sin luz, retirados y escondidos,
Cubierta de un obscuro y triste manto,
Flaca, dando sollozos y gemidos,
A las puertas llegó del campo argivo,
Mostrando un ramo de amarillo olivo.

Cual una de las furias infernales,
La más antigua de las tres, que airada
Sale con grande majestad de males
Alguna vez de la infernal morada;
Tal allegó del campo á los umbrales,
De sus dos bellas hijas rodeada,
Que, aunque de edad mejores, su belleza
Se ve afligida con igual tristeza.

Cada cual por su parte le sustenta
Los miembros que el furor le precipita,
Y allí, á pesar de su vejez se alienta,
Aunque su edad no tanto le permita;
Así al campo enemigo se presenta,
Llama luego y la entrada facilita,
Mostrando el pecho y rostro descompuesto,
Y con voz temerosa dijo aquesto:

«Dejadme entrar, oh griegos, que no viene
Quien os pueda ofender con mano dura;
Mujeres somos, y quizá os conviene
Mi entrada á tal sazón y coyuntura;
Que, aunque enemigo, en este campo tiene
Gran parte aqueste vientre sin ventura,
Y para que sepáis la que en él tengo,
Madre soy de esta guerra, y de paz vengo.»

Su vista causó espanto al más osado,
Pero mayor su voz, aunque afligida;
Y habiendo un mensajero al Rey llegado,
Que el aviso le dió de su venida,
Vuelve al punto con paso acelerado,
Mandando que el entrar nadie le impida;
Y así luego, seguida de la gente,
Pasa entre las espadas libremente.

Y habiendo adonde estaba el Rey venido,
Furiosa levantó un clamor horrendo,
Y su furor, en llanto convertido,
Alzó la airada voz, así diciendo:
«¿Dónde está el enemigo que he parido,
Con quien mi perdición nació en naciendo?
¿Debajo de cuál yelmo, oh capitanes,
Hallaré al hijo autor de mis afanes?»

Al punto el hijo, en lágrimas deshecho,
Lleno de admiración, de amor y espanto,
Con humildad la abraza, y baña el pecho,
Mezclando el de su madre con su llanto;
Ya las hermanas con abrazo estrecho
Y ya enlaza á la madre, y entretanto,
«Madre», le dice, y el piadoso nombre
Hace que más se enoje y más se asombre.

Y así, airada, le aparta con la mano,
Diciendo: «¿Por qué finges, enemigo,
Aquese nombre venerable en vano,
Y viertes blandas lágrimas conmigo,
Si ya eres rey argivo, y no tebano,
Y no vienes á verme como amigo?
¿Por qué abrazas la madre aborrecida
Con pecho armado y alma endurecida?

»¿Tú eres aquel que, pobre, en tierra ajena
Andabas desterrado y peregrino,
El que lástima tanta y tanta pena
Dabas con el rigor de tu destino?
¡Qué armado agora vienes, y qué llena
Tienes de ricas joyas y oro fino
Á cada lado la armadura fuerte,
Y qué de gente acude á obedecerte!

»¡Ay madres miserables, cuántos días
Con vosotras lloré su desventura,
Y desvelada qué de noches frías
Me tuvo su destierro y suerte dura!
Si acaso de mis lágrimas te fías,
Y mi amor y palabra te asegura,
Ven conmigo entretanto que suspensa
Tiene la guerra mi piedad inmensa.

»Yo, que tu madre soy, lo mando y ruego;
Verás los templos que han de arder, primero
Que los vuelva en ceniza helada el fuego
De tantas iras y de tanto acero;
Ven, y veremos á tu hermano luego;
¿Por qué vuelves atrás el rostro fiero?
Á tu hermano veremos, que conmigo
No te ha de recibir como enemigo.

»Y pedirásle el reino mal negado,
Y quizá por haberte visto ausente,
Y yo seré el jüez no apasionado,
Pues soy madre de entrambos igualmente;
Que, cuando pertinaz y porfiado,
Quiera contigo ser tan inclemente
Que no te deje en paz la amada tierra,
Con más razón proseguirás la guerra.

»¿Temes de madre propia algún engaño?
No tanto la piedad y la justicia
Han faltado de Tebas, que en tu daño
De mí se pueda presumir malicia;
No en mí desamor cabe tan extraño,
Ni pudieras temer tal injusticia
Y una crueldad tan bárbara, aunque fuera
El mismo Edipo el que por tí viniera.

»Caséme al fin con él, mi esposo ha sido,
Y los dos hijos sois de mis errores,
Y aunque tales, amor os he tenido,
Y disculpo también vuestros furores;
Pero si aqueste amor con que he venido
No te puede ablandar, si mis dolores
Te agradan y te alegran mis enojos,
El triunfo yo te traigo y los despojos.

»Atrás las manos ata á tus hermanas,
En duros hierros pon sus manos bellas,
Que tus cautivas son, pues son tebanas,
Y échame una cadena á mí con ellas;
Y si es pequeño el triunfo de mis canas,
Para hacer mayores mis querellas,
Con que agora á las suyas me anticipo,
Traeré también al miserable Edipo.

»A vosotros mi llanto y mis gemidos
Vuelvo, oh griegos insignes, porque entiendo
Que en la patria dejáis hijos queridos,
Padres y esposas, que estarán gimiendo;
Y estos mismos suspiros encendidos,
De la dudosa guerra el fin temiendo,
Se escucharán en cada casa agora;
Que este peligro allá también se llora.

»Si el poco tiempo que lo habéis tratado
Le habéis cobrado amor, que eterno sea;
Yo, que su madre soy, que lo he criado
A aqueste pecho, que su bien desea,
¿Podrélo aborrecer? No tal pecado
De la madre más bárbara se crea:
Mis entrañas os pido y sangre mía;
¿Dónde esto de una madre no se fía?

»¿A qué monstruos tan fieros é inhumanos
No moverá el amor en que me fundo?
¿Qué gentes tan incultas, qué tiranos
Negarán esto á mi dolor profundo?
No odrisios, aunque bárbaros, no hircanos,
Ó si otros más feroces tiene el mundo;
Si mi dolor vuestra dureza ablanda,
Oh reyes, consentid en mi demanda;

»Ó licencia me dad para que muera
En aquestos abrazos regalados,
Antes que el fin de aquesta guerra fiera
Vean mis ojos, de llorar cansados.»
Así dijo; y su voz en blanda cera
Volvió los corazones más helados,
De suerte que sus lágrimas piadosas
Bañaban ya las armas rigurosas.

Cual suelen vez alguna los leones,
Que con rabia y furor despedazaron
Armas, perros, caballos y varones
Que acometerlos en el monte osaron,
Ablandar los airados corazones
Cuando el estrago y mortandad miraron,
Y con ira menor, piadosamente
No osar comer de la vencida gente;

Así los griegos, á piedad movidos,
Iban los corazones ablandando,
Y con piadoso llanto enternecidos,
El amor de las armas olvidando;
Y dando mil sollozos y gemidos,
Ya humilde las hermanas abrazando,
Ya besando la madre, está dudoso
Entre ellas el tebano congojoso.

Ya parece que el reino amado olvida,
Que obedece á la madre, y su deseo
Quiere cumplir y aventurar la vida,
Y no lo estorba el noble Rey aqueo;
Mas como está la injuria recibida
Tan fresca en la memoria de Tideo,
En medio puesto, «A mí, dijo, primero
Ofreced á las armas del Rey fiero;

»A mí, que de la fe del rey tebano
Hice con daño suyo la experiencia,
Con ser embajador, y no su hermano,
Ni de este reino pretender la herencia;
Mirad en este pecho, apenas sano,
La paz, la fe, el amor y la clemencia,
La amistad, la justicia y el seguro
Que se puede esperar de un rey perjuro.

»¿Dónde estabas, oh madre tan piadosa,
Que con la mal segura paz nos cebas,
Aquella noche horrible y temerosa
Que tuve el hospedaje rico en Tebas?
A ciudad, aunque patria, cautelosa
¿Con tal peligro al propio hijo llevas?
Llévalo al campo, aun lleno todavía
De huesos vuestros y de sangre mía.

»¡Y tú la seguirás muy confiado!
¡Oh demasiadamente blando y justo,
Y mucho de los tuyos olvidado!
Véte, síguela en paz y haz su gusto;
Que al tiempo que de espadas rodeado
Te halles en poder del Rey injusto,
Aunque llore tu madre, ¡grande parte
Sus lágrimas serán para librarte!

»¿Piensas que, si una vez dentro del muro
Te ve á su gusto y voluntad sujeto,
Al campo argivo has de volver seguro?
Mal piensas, y te engañas en efeto;
Primero, sacudiendo el hierro duro,
Aquesta lanza que en mi mano aprieto
Llena de hojas y flores podrá verse,
Y nuestro Aqueloo hacia atrás volverse.

»Y si quiere hablarte, y si procura
Con la debida paz algún concierto,
Aquí tendrá la entrada más segura
Y aquí hallará siempre el campo abierto;
Venga él, y si de mí no se asegura,
Por ser ya su enemigo descubierto,
Luego me voy y su intención abono,
Y mi sangre y heridas le perdono.

»Con sus hermanas y su madre venga,
Porque lo favorezcan con su llanto;
Salga de la ciudad, no se detenga,
Que ya digo que ausente estaré en tanto;
Mas cuando efecto su venida tenga,
Y haciéndote rey se humille tanto,
¿Has de volverle el reino que deseas
Después que un año breve lo poseas?»

Así dijo; y el campo ya trocado,
Muda de pareceres y de intento,
Y corrido de haberse así ablandado,
Vuelve otra vez á su furor exento;
Tal si contra Aquilón el Austro airado
Sopla, todo se trueca en un momento,
Obscurécese el sol, retumba el suelo,
Súbese el mar alborotado al cielo.

La infernal Furia que atizado había
El furor nuevo que la paz destierra,
Asiendo la ocasión que pretendía,
Dió principio á las iras de la guerra.
De Dirce en la ribera cada día
Andaban, respetadas de la tierra,
Dos mansas tigres, que otro tiempo fueron
Las que en su carro á Baco le sirvieron.

El cual, domado el indo Ganges frío,
Y habiendo ya triunfado del Oriente,
Después que con el carro no vacío
Ufano vencedor volvió á su gente,
En las selvas del uno y otro río
De los aonios campos libremente
Dejó las tigres que le habian traído,
Premio por sus servicios merecido.

De su ira natural muy olvidadas,
Libres andaban por el campo ufano,
Las pacíficas frentes adornadas
Con bellísimas flores del verano;
Que de las bacanales respetadas
Y de su mismo sacerdote anciano,
Para su adorno procuraban flores,
Varias de olor y varias de colores.

Ya de hiedra y de pámpanos tejidas,
De rosas, de azucenas y claveles,
Llevan coronas ricas, ya ceñidas
Con rojas cintas las manchadas pieles;
Del mismo campo amadas y queridas,
Viendo que en él no saben ser crueles,
Y aun el ganado las respeta y ama,
Y en torno de ellas el novillo brama.

De cualquier mano su manjar reciben,
Y su favor lamiéndola agradecen,
Y boca arriba echadas, se aperciben
Para el vino también que les ofrecen;
Siempre en las selvas en descanso viven,
Y si en Tebas alguna vez parecen,
Dirán que el mismo Baco es el que viene,
Según el gran placer que el pueblo tiene.

Ábrese cada casa, y en cualquiera
Huelgan de recibirlas, y entretanto,
Como si el mismo Baco allí estuviera,
Sube de cada altar el humo santo.
Viéndolas, pues, de Dirce en la ribera,
La infernal Furia con horror y espanto
De suerte las hirió, que el dolor fiero
Volver les hizo á su furor primero.

No conocidas en el campo griego.
Cual dos rayos que á un tiempo arroja el cielo,
Y con igual, aunque distinto fuego,
Bajan con ira y presuroso vuelo;
Así, llenas de rabia y furor ciego,
Corren airadas el amado suelo,
Con un mismo rigor y de una suerte
Hiriendo, atropellando y dando muerte.

Del adivino de Argos al cochero
Dan muerte con rigor y furia brava,
Que atrevido, á pesar de un triste agüero,
Sus dos caballos á beber llevaba;
Huye cada caballo tan ligero,
Que dijeran de lejos que volaba,
Que al viento el veloz Ida y Atamante
Lo suelen alcanzar si va delante.

Como las vieron desde el campo aqueo,
Y de las tigres el estrago horrible,
Atrevido tras de ellas Aconteo
Sale, que detenerlo fué imposible;
Era gran cazador, y por trofeo
Tuvo seguir la fiera más terrible,
En los montes de Arcadia conocido,
Y no menos ligero que atrevido.

De dardos prevenido, va siguiendo
A las dos fieras, que al amado muro,
Cansadas de correr, iban huyendo,
Como á lugar y albergue más seguro;
Mas él un dardo y otro sacudiendo,
Hace que les alcance el hierro duro;
Y así, cuando llegaron á las puertas,
De sangre y de sudor iban cubiertas.

Por muchas partes con rigor heridas,
Los dardos arrastrando, al fin llegaron
Dando gemidos, y al rendir las vidas
Á la tebana puerta se arrimaron;
Y apenas son en la ciudad oídas,
Cuando todos así se alborotaron,
Que no mayor rumor se levantara
Si en la ciudad el enemigo entrara.

Quisieran más que el tálamo de Alcmena,
El de Harmónia ó de Sémele cayera,
Y no Tebas tomara tanta pena
Si cada casa y cada templo ardiera;
Clama la gente al cielo, de ira llena,
Porque su dios aquella afrenta oyera,
Y estando ya sin dardos Aconteo,
Corre á vengarla el bacanal Tegeo.

Con la desnuda espada va el tebano,
Y los de Arcadia, que el peligro vieron,
Desordenados, con furor insano,
En gran tropel á socorrerlo fueron;
Mas fué el socorro y su favor en vano,
Que ya al tebano dios, cuando acudieron,
Sacrificado el mísero yacía
Sobre las tigres que herido había.

Al punto se alborota el campo griego,
Y acudiendo el Senado al gran estruendo,
Con sus dos hijas la tebana luego
Entre los enemigos va huyendo;
Y el que más blando estuvo, de ira ciego,
Las hace á rempujones ir corriendo;
Y viendo tan conforme á su deseo
La presente ocasión, dice Tideo:

«Id griegos, y esperad la paz agora,
Que esta es la fe que el Rey os prometía;
¿Aun su maldad no dilatara un hora
Mientras su madre aquí se detenía?»
Así dijo; y su espada vengadora
Sacó, y de nuevo á Tebas desafía,
Llama á su gente, y lleno de ira y fiero,
Llega á los enemigos el primero.

Salen en gran tropel de cada parte,
Y un gran clamor de entrambas se levanta,
Y con las iras y el furor de Marte
El un campo y el otro se adelanta;
Mas revueltos, sin orden y sin arte,
Tal es la confusión, la priesa tanta
Que ni el soldado al capitán espera,
Ni el propio capitán á su bandera.

Corren sin apartarse las naciones
Entre la amiga y la enemiga gente,
Los carros, los caballos, los peones,
El vulgo y capitanes igualmente;
No hay quien pueda formar los escuadrones,
Que en vano se fatiga el más prudente,
Y con el gran rumor se lleva el viento
La voz del capitán y del sargento.

De ambas partes la sangre el campo riega,
Y mezclándose argivos y tebanos,
Tan apretada está la gente ciega,
Que apenas se conocen los hermanos;
Tales están, que el que á la postre llega
Halla luego enemigos á las manos,
Lejos se quedan las trompetas fieras,
Y atrás los estandartes y banderas.

Tanto con poca sangre en un momento
Crecen del fiero Marte los furores;
Así comienza alguna vez el viento,
Que apenas mueve las menudas flores;
Pero creciendo con furor violento,
Con mayor libertad é iras mayores,
Troncos derriba y selvas despedaza,
Y en los montes espesos hace plaza.

Agora, diosas de Helicona santo,
Favor os pido y vuestro nombre imploro,
Pues no guerra extranjera agora canto,
Sino vecina á vuestro santo coro;
Testigos sois al fin de furor tanto,
Pues Marte entonces os perdió el decoro,
Que visteis su rigor, y vuestras liras
Callaron al horror de tantas iras.

A Pterela, un tebano, que atrevido
Encima de un caballo desbocado,
Mal obediente al freno, había corrido
Aquí y allí con libertad llevado,
Tideo á su pesar lo ha detenido,
Que á su mismo caballo lo ha enclavado
Con una lanza, y ya de muerte lleno,
Suelta la suya y deja libre el freno.

El herido animal huye ligero,
Y con la nueva libertad se aleja,
El dueño encima y dentro el duro acero,
Que dentro pesa más y más le aqueja;
Tal muerto alguna vez centauro fiero,
Sobre su misma espalda caerse deja,
Llevándose la humana forma fría
Medio animal aun vivo todavía.

A Perifanto, que atrevido quiere
Señalarse, da muerte Meneseo,
Á Sibarín Hipomedonte hiere,
Á Itis hace morir Partenopeo;
Con una lanza atravesado muere
De parte á parte Perifanto aqueo,
Sibarín con espada rigurosa,
Itis con una jara insidïosa.

Corta el tebano Emón, nieto de Marte,
A Ceneo la cabeza, insigne griego,
Y del cuerpo apartada, en otra parte
Buscan los ojos á su cuerpo luego,
Á su cabeza el alma, que ya parte
Libre de tanta guerra y tanto fuego,
Mas triste por dejar en su partida
Del cuerpo la cabeza dividida.

El necio Avante, de codicia lleno,
Lo despojaba ya, cuando una flecha
Llegó, llena de muerte y de veneno,
Al codicioso corazón derecha;
Deja al punto su escudo y el ajeno,
Que al que es mortal ninguno le aprovecha,
Y sale de su propia sangre un río
Sobre el no despojado tronco frío.

¿Quién te ha engañado, oh bacanal Euneo,
Para dejar los bosques y las aras,
El templo y sacrificios de Licéo,
Donde en segura libertad pasaras?
¿Qué loco pensamiento, qué deseo
Tan fuerte fué que hizo que te armaras?
O ¿á qué enemigo tu cobarde mano
Pensó dar muerte, sacerdote insano?

A su hábito y estado conveniente
Es del ligero escudo la pintura,
Donde pámpanos puso solamente,
Y entre hiedra amarilla uva madura;
Lleva una roja cinta por la frente,
Que los cabellos apartar procura,
Y así van esparcidos á la espalda,
Y sobre ellos de hiedra una guirnalda.

Apenas pelo alguno se parece
En sus mejillas, que en edad florida
A los peligros de la guerra ofrece
La mal lograda y mal segura vida;
Sobre coraza débil resplandece
Túnica de oro y púrpura tejida,
Con largas y anchas mangas, que á los brazos
Sirven, en lugar de armas, de embarazos.

Un capotón, de lazos de oro hecho,
Lleva, y un rico manto de oro y seda,
Que una esmeralda se lo abrocha al pecho,
Porque del viento defenderse pueda;
Arco y aljaba de ningún provecho,
Aunque en valor á la más rica exceda,
Que la bordada piel de un lince cubre,
Donde flechas inútiles encubre.

Lleno, pues, de su dios, si no seguro,
Con este adorno el sacerdote insano
Corre, mas sin usar el hierro duro,
Y dando voces se fatiga en vano.
«Cesad ¡oh griegos! dice, que este muro,
Formado con agüero soberano,
Lo mostró Apolo al tirio peregrino
Con la novilla que de Cirra vino.

»Y para levantarlo de la tierra
Las piedras se vinieron libremente;
No á Tebas le hagáis injusta guerra,
Que es soberana y celestial su gente;
Dos nobles hijos en el cielo encierra,
Por todo extremo cada cual valiente,
Que hijos suyos son el gran Alcides
Y el padre Baco, que halló las vides.

»Su suegro es Marte, y Júpiter su yerno,
Y en nuestra ayuda al uno y otro veo,
Que ambos en paz y en guerra su gobierno
Tienen, y favorecen su deseo.»
Así hablaba afeminado y tierno,
Y oyéndolo el soberbio Capaneo,
Con una lanza, á entena semejante,
Viene á herirlo airado y arrogante.

Como león que está en amaneciendo
Despierto con furor y hambre nueva,
Y la pereza inútil sacudiendo,
La cama deja y sale de su cueva,
Baja á buscar alguna caza, y viendo
El novillejo que en la frente lleva
Para tanto furor poca defensa,
Corre á hartar en él su hambre inmensa;

Y aunque la presa en otra parte vea,
Del lebrel, del caballo y del montero,
Y no de tanto honor estotro sea,
Al novillejo humilde va primero;
Así el bravo gigante, que desea
Dar muerte al sacerdote, airado y fiero,
Con una lanza de ciprés funesto
Á él solamente hiere, y dice aquesto:

«Con voces mujeriles y temores
Nos piensas espantar de esa manera,
Y vencer de la guerra los furores.
Y la muerte no ves que ya te espera;
Muere, pues, y conoce tus errores,
Y ojalá Baco en tu favor viniera,
Y castigara con osada mano
En él ese furor que te dió en vano.

»Eso á mujeres bacanales canta,
Donde hay menos furor y menos ira.»
Así dijo; y airado se levanta
En los estribos y la lanza tira;
Vuela el duro ciprés con priesa tanta,
Que de escudo y coraza se retira,
Todo lo pasa, y con furor se aleja,
Y abierto el pecho y las espaldas deja.

En la tierra cayó desfigurado,
Y con sollozos despedida el alma,
Dejó el oro con sangre matizado,
Y helado el cuerpo miserable en calma.
Mueres al fin, ¡oh mozo desdichado!
Del fiero matador desigual palma,
Regalo de tu dios, dolor agora,
Que ve tu muerte y tu desdicha llora.

Tu muerte llora Nasos y Timolo,
Tesea y Nisa su desdicha siente,
Tebas se aflige, y llora por tí solo
Más que por los peligros de su gente.
Llora también el siempre helado polo,
El Ródope y el Ísmaro inclemente,
Y Ganges por tu muerte lloró tanto,
Que aumentó la corriente con su llanto.

Entre la argiva gente el Rey tebano
Pasa, teñido en sangre, armado y fiero,
Y dando muertes con osada mano,
Se arroja á los peligros el primero;
Mas Polinice, su enemigo hermano,
Mueve con menos ira el duro acero,
Haciendo el grande amor que á Tebas tiene
Que en sus tebanos su furor refrene.

Corriendo por el campo aborrecido,
Por donde va, cual rayo, muerte ofrece
El adivino de Argos ya temido,
Y delante de todos resplandece;
Vuela cada caballo sacudido,
Y Apolo, que en su fin le favorece,
Por hacerlo en su muerte más famoso,
Lo hace más osado y riguroso.

Marte, aunque tarde, á ruego de su hermano,
Lo hace duro, impenetrable y fuerte,
Porque ni hierro ni atrevida mano
Pueda jamás preciarse de su muerte;
Un resplandor y rayo soberano
Pone en su escudo y yelmo, y de esta suerte
Reserva para el reino inexorable
Un santo entierro insigne y venerable.

Lleno, pues, de favor y luz divina,
Con que su muerte ve, libre y exento
El campo corre, y todo lo arrüina,
Conociendo en su pecho un nuevo aliento;
El sentir á su muerte tan vecina,
Fuerzas le añade y pone atrevimiento;
Ya parece mayor de cuerpo; tanto
Lo trocó de su dios el favor santo.

Jamás gozó de tan alegre día
Con favores del cielo su alma ufana,
Ni en su pecho jamás sentido había
Tanto calor de lumbre soberana;
Mejor que nunca adivinar podía,
Pero como su muerte ve cercana,
De sí mismo olvidado á cada parte
Va lleno del amor del fiero Marte.

Del calor nuevo que en su diestra siente,
Goza, y corre soberbio y atrevido
Donde más apretada ve la gente,
Bien diferente del que siempre ha sido;
Que en paz por ejercicio eternamente
Ablandar los cuidados ha tenido,
Y contrastar del hado inexorable
El curso y la sentencia irrevocable.

El que los desconsuelos y pesares
Siempre curó con celestial prudencia,
Y guardando de Febo los altares,
De él fué enseñado en su divina ciencia,
Y del pájaro libre en los cantares
Conoció de los hados la sentencia,
Olvidado de oficio tan piadoso,
Hace en la gente estrago riguroso.

No viento corrompido ó dura estrella
Hace en el vulgo estrago semejante;
Hiere, destroza, rompe y atropella
Á cuantos se le ponen de delante;
Tira una lanza á Flegías, y con ella
En la tierra lo tiende, y á Talante,
Soberbio y de sí mismo satisfecho,
Le abre con dardo volador el pecho.

Al pasar deja, con el carro armado,
A Cromio por los lomos dividido,
Y al rubio Cremitón al otro lado
Sin piernas en la arena lo ha tendido;
Á Fineo con un dardo muerte ha dado,
Con otro á Sage el pecho le ha rompido,
Y con igual rigor la muerte á Egía
En otro dardo volador envía.

Dió muerte á su pesar á Licoreo,
Que era de Apolo sacerdote ufano,
Y así culpa, aunque tarde, su deseo
De haberle muerto arrepentido en vano;
Pero no vió la venda y santo arreo
Hasta que había salido de la mano
El dardo fugitivo, que en el seno
El hierro le escondió, de muerte lleno.

De una pedrada Alcatao muerto deja,
Que de Caristo en los estanques era
Humilde pescador, y ya se queja
De haber desamparado su ribera;
Hijos dejó y mujer, que más le aqueja,
Que era hermosa, y verla nunca espera;
Y así, alaba, culpando sus errores,
Los peligros del mar, que eran mejores.

Viendo tal mortandad el fiero Ipseo,
Hijo del bravo Asopo, aunque triunfaba
Con no estrago menor del pueblo aqueo,
Que con igual furor despedazaba,
Menor se le ha antojado su trofeo,
Viendo que el adivino le igualaba;
Y así, porque mayor su fama sea,
Lo llama, lo procura y lo desea.

Con una gruesa lanza, que cortada
Fué en la orilla del padre, armado viene,
Mas la gente, confusa y apretada,
Lo embaraza, lo estorba y lo detiene.
Prueba en fin si de lejos arrojada
Algún efecto venturoso tiene;
Pero primero á su padre aquesto dijo,
Teniendo en su contrario el rostro fijo:

«Rey de las aguas del aonio suelo,
Famoso y no menor que los gigantes,
Pues tu furor el enojado cielo
Lo reprimió con fuegos semejantes,
Pon en mi lanza el deseado vuelo,
Porque así mis blasones adelantes;
Tu hijo es quien te ruega y se te humilla
Y ella también es hija de tu orilla.

»¿Qué mucho que desprecié á Febo un día,
Si al mayor de los dioses te atreviste,
Pues la temeridad de mi osadía
Es hija de la inmensa que tuviste?
Su adorno ofrezco á tu corriente fría,
Sin el muerto agorero, adorno triste,
Y las armas también; que el premio y gloria
Tú solo has de gozar de esta victoria.»

Oyó el padre la voz; pero el destino
Hizo, aunque no del todo, el voto vano,
Que por favorecer á su adivino,
Torció la lanza Apolo soberano;
En fin, á su cochero á parar vino,
Y soltando las riendas de la mano,
Muere allí, y con fingido traje nuevo
Ocupa su lugar el mismo Febo.

Al punto los cerrados escuadrones,
Desbaratados con temor y espanto,
Desamparan banderas y pendones,
Sin saber la ocasión de miedo tanto.
La muerte á los helados corazones
Sin heridas alcanza, y entretanto
Hay duda si en el carro el gran cochero
Peso añade ó lo hace más ligero.

Tal monte que á los cielos se avecina,
Del agua y de los vientos desatado,
Ó del tiempo, que todo lo arrüina,
Suele al campo bajar precipitado;
Llévase la robusta y dura encina,
Las peñas, los pastores y el ganado,
Y hecho un valle nuevo en su vacío,
Ataja la corriente de algún río.

No de otra suerte el carro ya ligero,
Gobernado de un dios tan poderoso,
Y cargado también de un gran guerrero,
Hace en el campo estrago riguroso;
El mismo dios que sirve de cochero
Dardos le da á la mano, y cuidadoso,
Los que le vienen á herir desvía,
Dándole siempre aliento y osadía.

A Ménalo, de á pie, herido tiende,
Que no por ser humilde le perdona,
Ni Antifo su caballo lo defiende,
Que ya ganó del corredor corona;
Muere Etión, que dicen que desciende
De un fauno y de una ninfa de Helicona,
Y el osado Polites, un tebano,
Infame con la muerte de su hermano.

Muere el injusto Lampo, que atrevido
Quiso forzar á la adivina Manto,
Y á aqueste el mismo Febo lo ha herido,
Porque osó profanar su templo santo;
Y así, habiendo una flecha sacudido
Al pecho, adonde cupo furor tanto,
La muerte le ocupó con rostro feo,
Y echó fuera el sacrílego deseo.

Mas ya están los caballos tan cansados,
Que no hay azote que moverlos pueda,
Y siempre van pisando en ambos lados
Herida gente que muriendo queda;
Sólo en humanos miembros desdichados
Tristes surcos imprime cada rueda,
Y entre ellos pueden ya moverse apenas,
De carne y sesos y de sangre llenas.

A alguno medio vivo el carro oprime.
Que no para apartarse esfuerzo tiene,
Y con la muerte apresurada gime,
Viendo que el carro encima ya le viene;
El pie cada caballo en sangre imprime,
Y así por fuerza el carro se detiene,
Por estar con los muertos ocupada
La tierra, y cada rueda más pesada.

En tanto alza del suelo el agorero
Sus dardos y sus lanzas homicidas,
Y teñido con sangre el duro acero,
Deja desocupadas las heridas;
Corre el campo de nuevo osado y fiero,
Gimen tras de él las almas afligidas,
Y al fin, en traje y rostro manifiesto,]
Apolo á su adivino dijo aquesto:

«Goza tu luz en la ocasión presente,
En tanto que la muerte irrevocable
Aquesta breve dilación consiente,
Respetando á mi nombre venerable;
Deja fama que dure eternamente;
Mas ¡ay! que vence el hado inexorable,
Y á revolver la parca no se atreve
El roto estambre de la vida breve.

»Ve, pues, oh eternamente deseado
De las elisias gentes venturosas,
Adonde en paz descanses, apartado
Del rigor de las armas enojosas,
Sin que jamás el enemigo hado
Ó Creonte con leyes rigurosas
Te priven del sepulcro merecido,
Que será á tantos griegos prohibido.»

Responde el agorero, y entretanto
Descansa del trabajo padecido:
«Ya ha mucho, oh venerable padre santo,
Dice, que tu favor he conocido,
¿De qué á los miserables honor tanto
Les puede aprovechar? Y si ya ha sido
De los hados mi muerte establecida,
¿De qué ha servido entretener mi vida?

»De Flegetón, de Estige y de Cocito
Oigo el triste rumor que ver espero,
Y amenazando á un número infinito
Con lenguas tres al infernal portero.
Toma esta venda que á mi frente quito,
Y de laurel los ramos; que no quiero
Llevar conmigo al reino del espanto
(Pues ya fuera maldad) tu adorno santo.

»Sólo, si algún favor en mi partida
Merezco, mi venganza te encomiendo,
Y de mi esposa injusta y atrevida
La pena igual á su delito horrendo;
Que si vendió por un joyel mi vida,
Justo es que pague su maldad muriendo;
Y así, cuando de edad mi hijo sea,
Dale el furor que mi dolor desea.»

Dijo; y enternecido, el carro deja
Apolo, y disimula el tierno llanto;
Gimen carro y caballos, y él se aleja,
Dejando en su lugar horror y espanto,
No de otra suerte en medio el mar se queja,
Cuando tiende la noche el negro manto,
Perecedera nao, que espera en vano
La santa luz del uno y otro hermano.

Ya empezaba por todo el horizonte
La tierra poco á poco á menearse;
Sacude su cabeza cada monte,
Tanto, que al parecer quiere arrancarse;
Hierve el polvo, y de Estige y Flegetonte
El gran estruendo comenzó á escucharse,
Y piensan todos que rumor de guerra
Era aquél del infierno y de la tierra.

Crece el temblor, y atónita la gente,
De aquella grande novedad se admira,
Que apenas halla á donde el paso siente,
Que el pie que echa adelante se retira;
Baja el caballo á su pesar la frente,
Y con miedo y horror la tierra mira;
Tiemblan los muros altos, y el Ismeno
De su orilla huyó, de espanto lleno.

Al extraño rumor el campo calla,
Cesan las iras y el furor de Marte,
Y en el estado mismo en que se halla,
La gente se apartó de cada parte;
Así en el mar tal vez naval batalla
Suele cesar, haciendo que se aparte
Piadosa tempestad cada galera,
Que otra batalla diferente espera.

Hace paz el temor, y en un momento
Dejan las armas de la guerra dura,
Y cada cual al enemigo viento
Con otras armas resistir procura;
Tal, pues, el campo atónito y atento,
Temiendo alguna nueva desventura,
Hincaron, sin osar mirar al cielo,
Las temerosas lanzas en el suelo.

Ó ya á la tierra carcomido hubiese
Agua oculta de fuente no sabida,
Ó ya Neptuno revolver quisiese
Del gran mar toda el agua detenida,
Ó ya la rabia de los vientos fuese
Del centro en las entrañas escondida,
Y quisiese la tierra echarla fuera
Por no sufrir aquella guerra fiera;

Ó ya fuese que el cielo cristalino
Su máquina pesada reclinase
A aquesta parte, ó ya que al adivino
De aquesta suerte el centro saludase,
Ó ya á los dos hermanos el destino
Con aqueste prodigio amenazase;
Que á veces los prodigios, aunque en vano,
Avisos son del cielo soberano;

Ó ya otra fuese la ocasión incierta,
Tembló en efecto cada monte, y luego
Con inmenso rumor la tierra abierta,
Vomitó el hondo abismo un humo ciego,
Y por aquella horrible y ancha puerta
Pudieron las estrellas ver su fuego,
Y las almas también que en él había
El cielo vieron y la luz del día.

Los dos caballos, en sudor bañados,
Llegando al margen de la boca horrible,
Se vieron en un punto sepultados,
Que quisieron saltarla, y fué imposible;
Miró al bajar los cielos estrellados
Al adivino con dolor terrible,
Y armado todo y sin perder el freno,
Al reino descendió, de llanto lleno.

El centro de la tierra tenebrosa
Pasa, y los ojos tristes revolviendo,
Goza de aquella poca luz hermosa
Del sol, que poco á poco va perdiendo,
Hasta que al fin, con alma congojosa,
En obscuro lugar paró gimiendo,
Y volviendo á cerrarse el duro suelo,
Fuera quedó la clara luz del cielo.

LIBRO OCTAVO.

ARGUMENTO.

Alborótase el infierno con la bajada del adivino. Plutón manda á las furias acudan á la venganza. Satisfácele Anfiarao, con que templa su enojo. El campo griego queda medroso y alterado viendo cómo se abrió la tierra y tragó al sacerdote. Provoca Balemoro al rey Adrasto á que se vaya. Cuéntale el prodigio del adivino. Los tebanos se regocijan con la desgracia de los griegos. Edipo se alegra. Anímale á que prosiga la victoria. Adrasto ordena afligido que se dé sucesor al sacerdote. Eligen á Tiodamante, el cual hace sacrificio á la Tierra. Salen los tebanos por todas las siete puertas de Tebas. Trábase una cruel batalla. Señálase en ella Tideo. Da muerte á muchos, y entre ellos á Atis, esposo de Ismene. Llévanselo á su esposa casi espirando. Ella hace cruel llanto por su muerte. La furia Tesifón vuelve á atizar el fuego de la guerra. Tideo encuentra á Teocles. Tiene con él batalla. Socórrenle los suyos. Muere Tideo, y en el tránsito mata al que le hirió. Pide se lo traigan delante. Tráenle la cabeza. Véngase mordiéndola, y acaba su vida.

Como al confuso infierno de repente,
Rompiendo el centro de la tierra, vino,
Armado todo desde el pie á la frente,
Por nunca usada puerta, el adivino,
Turbóse el reino de la muerta gente,
Viendo suceso nuevo peregrino,
Dos caballos de Estige á las orillas,
Y un cuerpo nuevo entre almas amarillas.

Que no al fuego, en ceniza convertido,
Ni en urna venerable estado había,
Mas vivo, caluroso y encendido,
Del calor de las armas descendía,
Y manchadas las armas y el vestido
Con sangre que ya blanca parecía,
. . . .
. . . .

Ni con llamas Letejo (infernal sito),
Megera, para el mal siempre despierta,
Lepurgo á la ribera de Cocito,
Por no pasar por la ordinaria puerta,
Ni Ecate en la columna la había escrito,
Donde suele escribir la gente muerta,
Ni la parca, turbada á aquel rüido,
De su vida el estambre había rompido.

Fué al fin con priesa y sobresalto roto,
Y aunque el rumor seguros escucharon
De aquel nunca escuchado terremoto,
Los del elisio campo se turbaron;
Y si hay otro algún reino más remoto,
Donde con otra obscuridad reinaron,
Las sombras de la noche allí lo oyeron,
Y alguna grande novedad temieron.

Al temblar en la tierra cada monte
Con estruendo tan nuevo y prodigioso,
Gimió Estige, Cocito y Flegetonte,
Cada laguna y lago perezoso;
El pálido barquero de Aqueronte
Quejóse de que al reino tenebroso
Haya pasado un alma libremente
Por otro río en barco diferente.

Acaso en alto tribunal sentado,
Donde á juzgar el triste rey se asienta,
Estaba de los suyos rodeado,
A cada alma pidiendo estrecha cuenta,
Igualmente con todos enojado,
Tanto, que con mirar sólo atormenta,
Y en torno de él ministros de sus penas,
Con gran rumor de grillos y cadenas;

Mil muertes diferentes y amarillas,
Por orden, si allí puede haber alguna,
Minos y Radamante en bajas sillas,
Con más piedad, que al Rey es importuna;
Cocito y Flegetón, cuyas orillas
Vomitan fuego, y la infernal laguna
De los dioses, temida y respetada,
Y por sus juramentos celebrada;

Tres furias y tres parcas sin respeto,
Hilando y devanando libremente
Las vidas de los hombres, y en efeto
Toda la corte estaba allí presente;
Y viendo el negro rey el grande aprieto,
El miedo y alboroto de su gente,
La luz, un hombre vivo y tanto estruendo,
Sacudió la cabeza, así diciendo:

«¿Qué imperio celestial, qué tiranía,
Trajo al infierno el enemigo viento,
Vida á la muerte y á la noche día,
Gloria á la pena y treguas al tormento?
¿Quién amenaza? ¿Quién me desafía?
¿En mis hermanos hay atrevimiento
Para ofenderme y provocarme á guerra?
Perezca el mundo y rómpase la tierra.

»¿Provocado no soy? ¿quién me detiene?
¿No es dulce para mí la guerra dura?
¿Qué busca Jove, que á herirme viene
En tanta obscuridad con lumbre pura?
Sepultado la suerte aquí me tiene,
Reino que al fin me dió mi desventura,
Lleno de inmenso horror, de luz vacío,
¿Y aun aquesto no quiere que sea mío?

»¿Qué viene á escudriñar ó qué pretende?
¿Qué prueba hace así de mi paciencia?
Que si ha sido tentarme, y si desciende
Por hacer de mis fuerzas experiencia,
Brevemente verá que á un rey ofende
Que se puede igualar á su potencia;
Que aquí tengo conmigo á los gigantes,
Soberbios, aunque presos, y arrogantes.

»Están los hijos de Titán conmigo,
Y entre ellos nuestro padre desdichado,
Que desea dar á su maldad castigo,
De su injuria y dolor aun no olvidado;
¿Qué me viene á tentar como enemigo?
Y si él está de estrellas rodeado,
¿Qué busca en mis tinieblas ó qué quiere,
Que aquesta obscuridad con lumbre hiere?

»No me rompa mi paz y mi sosiego,
Que abriré el hondo abismo de repente,
Y eclipsará mi obscuro humo ciego
El sol, luna y estrellas igualmente;
Abrasaré la tierra con mi fuego,
Y si Mercurio alado y diligente
Viniere alguna vez con embajada,
Lo echaré fuera y negaré la entrada.

»Y detendré también con libre mano,
Pues me ha sido tan mal agradecido,
A los hijos de Tíndaro, aunque en vano
Me aleguen el concierto establecido;
¿Por qué respeto á mi enemigo hermano,
Si él la paz tantas veces ha rompido?
Y ¿por qué, á su pesar, luego no queda
Libre Isïón de su pesada rueda?

»¿Por qué la fruta á Tántalo no espera,
Y el agua huye de él con priesa tanta?
Pena en que eternamente persevera,
Porque ofendió una vez su mesa santa;
Y tantas veo en mi infernal ribera,
Hollada con desprecio y viva planta,
Profanadas las leyes del Erebo,
¿Y á vengar mis injurias no me atrevo?

»Aquí tuvo Perito atrevimiento
Para entrar, ayudado de Teseo,
Que á todo con la ley del juramento
Favoreció su bárbaro deseo;
Y aquí también, al son de su instrumento,
Pudo las penas suspender Orfeo;
Que aunque es mengua decir bajezas tales,
Yo ví llorar las furias infernales.

»Paráronse las parcas, y con ellas
Vertieron torpe llanto, y aun yo estuve
Casi movido al son de sus querellas,
Mas luego de vergüenza me detuve;
Y Alcides á la luz de las estrellas,
Que es cuando yo mayor paciencia tuve,
Sacó el portero velador, y abierta
Vió libremente á mi pesar la puerta.

»Y porque yo mi esposa deseada
Del campo de Sicilia robé un día,
Que no al cielo subí con planta osada,
Han culpado mi amor y mi osadía;
Pues Júpiter con tasa limitada
No deja la que ya es esposa mía,
Y su madre, que el tiempo me limita,
Me cuenta el año y la mitad me quita.

»Mas ¿qué hago? A vengar aquesta afrenta,
Tesifonte atrevida, al punto corre,
Y tu furor y mi venganza sienta
La más exenta y más segura torre;
Alguna gran maldad de nuevo inventa,
Cuya memoria el tiempo nunca borre,
Prodigio inmenso, horrible y sin segundo,
Que eternamente no haya visto el mundo.

»Tal en efecto que me cause espanto,
Envidia á tus hermanas, y á la tierra
Dolor, gemidos, confusión y llanto,
Pues todo aquesto en tu poder se encierra;
Corran, para principio de horror tanto,
Los hermanos autores de esta guerra
A herirse con odio y furor ciego,
Y caigan muertos en la tierra luego.

»Haya quien muerda con furor insano,
Como rabiosa fiera embravecida,
Del enemigo en quien se venga en vano,
La cabeza, del cuerpo dividida;
Y alguno haya también tan inhumano,
Que á los difuntos sepultura impida,
Porque, de cuerpos muertos lleno el suelo,
El aire suba inficionado al cielo.

»Y Júpiter alegre aquesto vea,
Si al fin se alegra con prodigios tales,
Y porque no el furor humano sea
Solamente atrevido á mis umbrales,
Sin miedo alguno de la muerte fea,
Guerra haga á los dioses celestiales,
Y reparar con el escudo quiera
Los rayos con que Júpiter le hiera.

»Sabrá con esto la atrevida gente
Que es más difícil en el reino mío
Entrar con vivas plantas libremente
Que cargar sobre el Osa al pino frío.»
Aquesto dijo, y sacudió la frente,
Y al horror de aquel nuevo desafío
Tembló la tierra, estremecióse el mundo,
Y gimieron las almas del profundo.

No con fuerza mayor, si está enojado,
Júpiter mueve el cielo cristalino;
Y al fin, habiendo todos aprobado
Su parecer, volvióse al adivino:
«¿Qué causas, dice, ¡oh triste! ó qué pecado
Te hicieron abrir nuevo camino,
Y bajar á esta obscura cárcel mía,
Lleno de luz y aun vivo todavía?»

En tanto había quedado el agorero
A pie, desnudo de armas y vestido,
Libre de aquel horror de Marte fiero,
Y en espíritu sólo convertido;
Mas no su majestad y honor primero,
Aunque pálido estaba, había perdido,
Que aun guardaba la venda de su frente,
Y el ramo, aunque de olivo, diferente.

«Si es lícito, responde, en el infierno
Hablar las almas justas y dichosas,
Oh del mundo tercero rey eterno,
Fin forzoso y remate de las cosas;
Si ya pudo ablandarte un llanto tierno
Y un dulce son de quejas amorosas,
Deja el rigor, que si oyes mis querellas,
Tus amenazas cesarán con ellas.

»Tú sólo eres mi origen, y en la vida
De cada causa conocí el efeto,
Alcancé la verdad más escondida
Y de los elementos el secreto;
Aplaca tu rigor, tu enojo olvida,
Que no es digno un mortal á tí sujeto
De tu furor; que al reino de la muerte
No vine, como Alcides, á ofenderte.

»Ni amor me trajo á aquesta corte tuya;
Da crédito á este adorno y él te mueva,
No tema tu Proserpina ni huya
El Cerbero á su oculta y negra cueva;
A quien comunicó la lumbre suya
Apolo no es posible que se atreva,
Que fuí su sacerdote celebrado,
Con tierno amor del mismo Apolo amado.

»Y porque mi conciencia me asegura,
Yo juro por aqueste caos confuso,
Pues aquí por Apolo no se jura,
Que no delito alguno aquí me puso,
Ni merecí perder la lumbre pura
Tan presto, aunque así el hado lo dispuso;
Minos de esta verdad testigo sea,
Y á mí, parte en efecto, no se crea.

»Vendido fuí por mi traidora esposa,
Que quiso, en vano habiéndome excusado,
Entregarme, del oro codiciosa,
Al campo contra Tebas conjurado,
Y en la primer batalla rigurosa
Del campo donde vine, aunque forzado,
No pocos muertos por mi mano han sido,
De tantas almas como aquí han venido.

»Y andando en el rigor del fiero Marte,
Entre la griega y la tebana gente,
El suelo retumbó de cada parte,
Y abrióseme la tierra de repente;
No sé si el caso acertaré á contarte,
Según el gran horror que mi alma siente;
A mí al fin solo me tragó la tierra,
De tantos como andaban en la guerra.

»No sé cuál fuese allí mi sentimiento,
En tanto que pendiente el aire vano,
Por las entrañas de la tierra á tiento
Bajaba con las riendas en la mano;
Nada de mí, y aquesto sólo siento
De este nuevo rigor del hado insano,
Dejo á mi amada patria ni á mi gente,
A quien no veré más eternamente.

»Ni por despojo de la guerra dura
Muerto mi cuerpo entre enemigos queda,
Que consolar en tanta desventura,
Hecho ceniza, al triste padre pueda;
Sin lágrimas, sin fuego y sepultura,
Entero y cual estaba allá me hereda
Aqueste reino, adonde armado vine,
Sin que ofender á alguno determine.

»No pido que me vuelvas á la vida,
Ó que la antigua gracia de adivino
Me sea de nuevo aquí restituída
Con nueva luz y espíritu divino;
Que fuera sin provecho concedida,
Donde te sirve el hado y el destino,
Donde dudas algunas no se ofrecen,
Y donde las tres parcas te obedecen.

»Sólo pido, si puede alguna cosa
Concederse en tu reino á los mortales,
Que tengas en mi suerte rigurosa
Más piedad que los dioses celestiales;
Y cuando venga mi enemiga esposa,
Que sola fué ocasión de tantos males,
Muestres tus iras y tu inmensa furia;
Vengarás tus enojos y mi injuria.»

Oyó Plutón sus ruegos, y movido,
Aunque se ofende, y por bajeza siente
El ablandarse, al fin le ha concedido
Cuanto pidió con humildad prudente;
Cual líbico león, que habiendo sido
Del cazador buscado osadamente,
Viendo resplandecer el duro acero,
Lo sale á recibir airado y fiero.

Mas si en el suelo, arrepentido luego,
Echa el venablo, y á sus pies se tiende,
Refrena el victorioso el furor ciego,
Y ufano con vencerlo no lo ofende;
En tanto que esto pasa, el campo griego,
Como del caso la verdad no entiende,
Lleno de confusión, por todo el llano
Al temido agorero busca en vano.

Y como el noble carro no parece,
Ni el rico yelmo, cuya luz vencía
Al sol, el más osado se estremece,
Quedando del temor la sangre fría;
Crece la confusión y el miedo crece,
Y atónita la gente se desvía,
Teniendo en la infelice y triste guerra
Por sospechosa á la tebana tierra.

Y apenas osan estampar la planta
En la enemiga tierra mal segura,
Reverenciando como á tierra santa
La que es del adivino sepultura;
Mas Palemón, que en desventura tanta
Testigo fué, las plantas apresura,
Y adonde sus escuadras animando
Está el argivo Rey, llega volando.

Hallóse al margen de la tierra abierta,
Y vió el triste suceso claramente,
Y temió por aquella horrible puerta
Bajar al reino de la muerta gente;
Y así, testigo de la nueva cierta,
Pálido, triste y con turbada frente,
«Huye, dice, señor, y no te atrevas
A ofender más á la enemiga Tebas.

»Vuelve á tu patria y reino mal dejado,
A tu alcázar famoso y noble muro,
Si por ventura el enemigo hado
Nos ha dejado allá lugar seguro;
En vano estás de escuadras rodeado
Y esgrimes el inútil hierro duro,
Porque si no nos sufre ya la tierra,
¿Qué pretendemos en aquesta guerra?

»Abrese y traga, en fin, la tierra fría
Armas, carros, caballos y varones,
Y aun parece que huye todavía
Aqueste suelo á do las plantas pones;
Yo, cuando más furioso discurría
Tu campo entre enemigos escuadrones,
Vi el hondo centro de la tierra dura,
Y el triste albergue de la noche obscura.

»Y por aquel camino tenebroso
Vi bajar con las riendas en la mano
A tu Anfiarao turbado y congojoso,
Con triste voz llamando á Febo en vano;
Aquel en paz y en guerra tan famoso,
Tan querido del cielo soberano,
Que ninguno jamás por sus agüeros
Así alcanzó los pasos venideros.

»Historia prodigiosa estoy contando,
Aunque de tanto horror, de verdad llena;
Vuelve á mirar el campo humeando,
Y del carro señales en la arena,
Que está contra nosotros peleando,
Y solos nos ha hecho en tanta pena,
Pues perdonando á la tebana gente,
Se abre para nosotros solamente.»

El Rey al triste caso nunca oído
Tan suspenso quedó, que no le diera
Crédito si uno solo hubiera sido
El que tan grande novedad trajera;
Pero luego turbados han venido
Mopso y el fuerte Actor á la ligera,
Y atónitos, sudando y sin aliento,
Volvieron á contar el triste cuento.

La fama novelera y atrevida
El daño y los temores acrecienta,
Pues ya, no de uno solo la caída,
Mas la de muchos mentirosa cuenta;
Finge nombres y patria conocida;
Y la gente, que el caso escucha atenta,
Vuelve huyendo atrás desordenada,
Sin ser de las trompetas avisada.

Lleno de confusión, de horror y espanto,
Se desconcierta el campo alborotado,
É invocando el favor del cielo santo,
Cual si el cielo se abriese á cada lado;
Tanta es la turbación y el miedo tanto,
Que allí se precipita el más osado,
Y así la gente á amontonarse vino,
Que apenas para tantos hay camino.

Y aun los mismos caballos sin aliento,
Sin espuela ni azote así corrían,
Que se pudo afirmar que sentimiento
De aquella extraña novedad tenían.
Los tebanos, tomando atrevimiento,
Con más furor corriendo los seguían;
Pero la obscura noche, puesta en medio,
De tanta desventura fué el remedio.

Puso pequeña tregua en tanta priesa,
Que enfrenando las iras y furores
Al campo griego su tiniebla espesa,
Trajo, en vez de reposo, mil temores;
Que aunque el peligro de las armas cesa,
Guerra hacían cuidados veladores;
Y así, por todo el campo mil gemidos
Con mayor libertad fueron oídos.

¡Cuál se ve en el presente desconsuelo,
El campo todo atónito y turbado!
¡Qué de lágrimas tristes hasta el suelo
Bajan de cada yelmo desatado!
No hay para tanta pena algún consuelo,
Que en el más fuerte pecho el miedo helado
Con el nuevo dolor borrado había
Las glorias y hazañas de aquel día.

Vense rodando por la tierra dura,
Aunque llenos de polvo y sangre helada,
Rendidos á la nueva desventura,
El noble escudo y la famosa espada;
Nadie al caballo alaba, ni procura
Componer el penacho en la celada,
Ni hay quien alce las armas de la tierra,
Cual si hubiera acabádose la guerra.

Apenas hay quien cure la herida,
Niaun quien eche de ver que está herido,
Que es tan grande el dolor, que aun la comida
Aborrecen y tienen en olvido,
Con ser deuda á las armas tan debida,
Al cansancio y trabajo padecido,
Pues sin esto, acordársela debiera
Temor de la batalla venidera.

Todos con alma y lengua en alabarte,
Noble Anfiarao, se ocupan solamente,
En cada pabellón y en cada parte
Tus glorias cuenta la afligida gente;
Perdida la esperanza de hallarte,
Pierde la del vencer el más valiente,
Creyendo que contigo se huyeron
Todos los dioses que favor le dieron.

«¿Dónde, dicen, esta el carro famoso,
De laurel siempre verde coronado?
¿Dónde el escudo siempre victorioso?
¿Dónde el yelmo de vendas adornado?
¿Esta es, Apolo ingrato y riguroso,
Tu cueva, lago y templo celebrado?
¿De esta suerte á los tuyos favoreces,
Y la fe que en tí puso así agradeces?

»¿Quién dirá ya á los míseros mortales
De la estrella ó del rayo los efetos?
Y en los sacrificados animales
¿Quién verá en las entrañas sus secretos?
¿Quién, en efecto, los futuros males,
A quien sin él quedamos ya sujetos?
Y las aves ¿á quién con sus agüeros
Avisarán los hados venideros?

»Tú las horas del tiempo repartías,
Pues con tu parecer sabio, adivino,
Paraba el campo, y cuando tú querías
A proseguir tornaba su camino;
Por tí se armaba, en fin, y aunque sabías
Claramente el rigor de tu destino,
Nuestro campo infelice acompañaste,
Que no por eso en Argos te quedaste.

»Tanta virtud y tanto amor estaba
Encerrado en tu pecho soberano,
Donde el valor á entrambos se igualaba,
Cual hoy mostró tu vencedora mano;
Pues cuando el fatal tiempo te llamaba,
Más espantoso al escuadrón tebano
Te vimos todos, más osado y fuerte,
Y más temido en medio de la muerte.

»¿Qué es de tí? ¿Dónde estás? ¿Quién te de-
¿Qué tierra agora venturosa habitas? [tiene?
¿Podrás volver, pues nadie de allá viene,
A ver nuestras congojas infinitas?
¿Estás donde Plutón su alcázar tiene,
Y adonde con las parcas te ejercitas,
Sucesos por venir adivinando,
Ya de ellas aprendiendo y ya enseñando?

»Ya te entretengas en el lago averno,
Ya estés en el elisio valle santo,
Y lejos de las penas del infierno,
Veas otras aves y oigas otro canto;
Donde quiera que estés, dolor eterno
Siempre serás de Apolo y nuevo llanto,
Y Delfos, que no pudo socorrerte,
Gran tiempo mudo llorará tu muerte.

»Tenedo eternamente, Branco y Delo
Sus templos cerrarán aqueste día,
Y no sin daño de su amado suelo,
Secará Cirra su corriente fría;
Ninguno á consolar su desconsuelo
A Licia irá ni adonde todavía
La paloma responde á los molosos,
Por ella y por su bosque tan famosos.

»A Claros irá en vano el peregrino,
Y al templo de Hamón tan celebrado;
Que el uno y otro oráculo divino
Mudo será y en vano preguntado;
Cada laurel, llorando á su adivino,
Deseará verse de su honor privado,
Y de su verde hoja despojarse,
Y aun los arroyos desearán secarse.

»Ya ninguna verdad del cielo santo
Sabremos, ni del aire enriquecido
Con tantas aves, que su obscuro canto
Ni será preguntado ni entendido;
Pero tiempo vendrá tras de este llanto
En que serás por dios reconocido,
Y tendrás templo adonde eternamente
A consultarte acudirá la gente.»

Esto en su honor el campo repetía,
Y en tanto que llorando honrar procura
Su muerte, el miedo torpe descubría
Del fin dudoso de la guerra dura;
Y cual si entonces en la tierra fría
Dieran al adivino sepultura,
Así cuentan sus glorias, ya cansados
De la infelice guerra y quebrantados.

No de otra suerte en el famoso pino
Donde los argonautas se hallaron
Rompiendo con Jasón el mar Euxino,
Con la muerte de Tifis se quedaron;
Fin el más peligroso aquel camino
Parece, y que los remos se tornaron
Más pesados, y el mar más turbulento,
Más perezoso el leño y flojo el viento.

Mas ya con los gemidos se ablandaba
Poco á poco el dolor, á los cansados
Dando lugar, y en tanto desterraba
La noche los temores y cuidados;
El sueño, que las alas se mojaba
En los húmedos ojos desvelados,
Trajo al fin poco á poco al campo griego
Su reposo, aunque tarde, y su sosiego.



No de otra suerte en Tebas desvelada
Toda la gente resonar se oía,
Que en varios regocijos ocupada,
Gastaba sin dormir la noche fría;
No en toda la ciudad casa cerrada
Ni templo sin alegre baile había;
Las centinelas solas sobre el muro
Gozaban al rumor sueño seguro.

Mil flautas, una de otra diferente,
Mil cuernos, mil panderos y atabales
A un tiempo hace resonar la gente,
Y otros mil instrumentos bacanales;
Y alguno canta al son alegremente
Mil himnos y alabanzas inmortales
En honra de los dioses, sus patrones,
Contando sus hazañas y blasones.

Con guirnaldas de pámpanos gritando
Corren el extranjero y el vecino
Por calles y por plazas, coronando
Las anchas tazas de oloroso vino;
Con risa alguno en tanto celebrando
El no esperado fin del adivino,
A Tiresias alaba, su agorero,
Llamándolo más sabio y verdadero.

Otro de los pasados la memoria
Vuelve á cantar y el regocijo aumenta,
Y de Tebas también, para su gloria,
Canta el principio á la ciudad atenta;
De Europa la famosa antigua historia,
Y el nunca visto atrevimiento cuenta,
Pues el mar, con peligro de la vida,
Corrió sobre el gran toro, á un cuerno asida;

Y cómo Cadmo, su famoso hermano,
Buscándola por una y otra orilla,
Fué, ya cansado, el fundador tebano,
Señalándole el sitio una novilla;
Cantó también que del arado llano
Nació con nunca vista maravilla,
De aquel sembrado serpentino diente,
Un furioso escuadrón de armada gente.

Otro renueva de Anfión el canto,
Cómo tras de él las peñas se vinieron
Al dulce son á amontonarse tanto,
Que los famosos muros se hicieron;
De Sémele otro canta el fuego santo,
Por quien su padre Baco merecieron,
Y otro en tanto celebra en otra parte
Los amores de Venus y de Marte.

Otro canta de Harmonia el casamiento,
Que de muchos amores rodeada,
Sus hermanos, en fin, con gran contento,
Como reina fué en Tebas coronada;
Cada mesa, en efecto, oye su cuento,
Y la ciudad, que ufana y obligada
Se ve con la memoria de sus hijos,
Renueva por su amor los regocijos.

Como si entonces del vencido Oriente
Triunfando Baco, á la ciudad volviera,
Y tras del carro la admirada gente
Los negros nunca vistos indios viera;
Tal regocijo en la ciudad se siente,
Y aun dicen que esta fué la vez primera
Que el ciego Edipo, que solía esconderse,
Salió de su aposento y dejó verse;

Y que el largo cabello enmarañado,
Con que cubrir su ceguedad solía,
Del rostro ya sereno se ha apartado,
Mostrando al parecer nueva alegría;
Que de los tristes ojos ha quitado
La sangre que aun helada se tenía,
Y que aunque siempre aborreció el consuelo,
Agora consoló su desconsuelo.

Come ya y alza la arrugada frente,
Disimulando su dolor eterno,
Y habla á todos el que solamente
Hablaba con las furias del infierno;
Y el que á su bella Antígone inocente,
Que de su ceguedad tiene el gobierno,
Asombraba con gritos, ya se deja
De cualquiera tratar y no se queja.

Admira su quietud y su sosiego,
Mas de nadie es la causa conocida,
Que no se alegra el inhumano ciego
Por aquella victoria recibida,
Sino por ver airado al campo griego,
Y la esperada guerra ya encendida;
Y sintiendo sus armas tan vecinas,
Espera nuevas muertes y rüinas.

Y así, al hijo exhortó que prosiguiese
Con valor la victoria comenzada,
Aunque le diera pena si tuviese
Del todo la victoria deseada;
Sólo quisiera que la guerra fuese
Con muertes de ambos reyes acabada;
Y por esto, encubriendo sus pesares,
Se alegra y halla gusto en los manjares.

No de otra suerte se halló Fineo,
Después que ahuyentadas las arpías,
Vió con el gusto igual á su deseo
Llenas las tazas, hasta allí vacías;
Y así á la mesa, por mayor trofeo,
Siempre estaba las noches y los días,
Tratando los manjares con la mano,
De aquella nueva libertad ufano.

En tanto el campo griego, fatigado
De importunas congojas y temores,
Estaba en blando sueño sepultado,
Rendidas ya sus iras y furores;
Adrasto solamente desvelado,
De la ciudad escucha sus rumores,
Que, aunque viejo y cansado, lo desvelan
Cuidados tristes que en el alma velan.

Los alegres clamores y alaridos,
Al son del atabal, que ronco suena,
Con tanta infamia de su campo oídos,
Le atormentan el alma y le dan pena;
Los fuegos, poco á poco consumidos,
Que tuvieron de luz la tierra llena,
Los ve acabarse, y con dolor suspira,
Viendo que en ellos su deshonra mira.

De esta suerte la chusma de la nave,
Quedando sin el sol la tierra obscura,
Rendida de un igual sueño süave,
De los vientos y mar duerme segura;
Sólo el patrón, que de experiencia sabe
La inconstancia del mar, no se asegura;
Y así, teniendo con el norte cuenta,
Vela con ojos y con alma atenta.

Era ya la sazón cuando Dïana,
Sintiendo los caballos de su hermano
Muy cerca, y con la luz de la mañana
Las cavernas bramar del Oceano,
Deja los montes y la caza ufana,
Y esgrimiendo con blanda y fácil mano
Blando azote, destierra las estrellas,
Antes que encuentre el nuevo sol con ellas.

Junta consilio el Rey, triste y severo,
Y cada capitán gimiendo vino,
Y juntos procuraron lo primero
De darle sucesor al adivino,
Que, como sacerdote y heredero
De la corona y del laurel divino,
Aplaque al cielo y sacrificios haga,
Y á los dioses airados satisfaga.

Todos juntos al punto al Tiodamante
Eligen, que era hijo conocido
Del gran Melampo, al padre semejante,
Con reverencia igual obedecido;
Modesto, cuidadoso y vigilante,
Con quien más de una vez había partido
Los vientos y las aves Anfiarao,
Desde que de Jasón dejó la nao.

Y era tal su bondad, que se holgaba
De que toda la gente le tuviese
Por su igual, ó á lo menos que quedaba
Poco detrás, cuando su igual no fuese.
Viendo, pues, que el Senado así lo honraba,
Como si tanto honor no mereciese,
Colorado y atónito se puso,
Que la gran honra lo dejó confuso.

Y así, adorando humilde el laurel santo,
Turbado con la gloria no esperada,
Niega tener merecimiento tanto,
Ni fuerzas para carga tan pesada.
Causó con esto admiración y espanto,
Con que fué su humildad más ensalzada,
Pues mereció por ella ser rogado,
Y así admitió el laurel, aunque forzado.

Como de muerto rey hijo pequeño,
Entre los fieros partos, que quisiera
Que, como antiguo y más seguro dueño
De tanto reino, el padre le viviera;
Que, aunque ve lisonjero y halagüeño
Al vulgo, sus mudanzas considera,
Y mientras se resuelve y determina,
Los pechos de los grandes examina.

Confuso en el gobierno y temeroso,
No acaba de elegir á quién envíe
Que guarde el puerto Caspio peligroso,
O á quién el lado del Eufrates fíe,
Ni á quién tendrá por menos sospechoso,
De quién la vida y la salud confíe,
Ni toma, por el miedo en que repara,
El cetro, ni se pone la tïara.

El sacerdote, pues, que recibido
De todo el campo fué con mil favores,
Por el real en hombros fué traído
Con alegres tumultos y clamores;
Y luego, como el campo ve afligido,
Quiere, porque se acaben sus temores,
Con sacrificios aplacar la tierra
Antes que vuelva á proseguir la guerra.

Fué su intención de todos alabada,
Y así, luego de céspedes compuso
Dos aras, una de otra algo apartada,
Donde de todo á su placer dispuso;
Gran multitud, para esto reservada,
De flores y de fruta en ellas puso,
Pues de cuanto la tierra humilde cría
En todos doce meses allí había;

Y derramando leche en ambas aras,
«Oh, dice, de los dioses inmortales
Y de los hombres madre, que reparas
Las semillas del mundo y los caudales;
Que eternamente con amor amparas
En tu gremio las aves y animales,
Y á pesar del rigor de los estíos,
Das humor á las selvas y á los ríos;

»Tú, siempre poderosa, que criaste
De Prometeo las manos atrevidas,
Y de Pirra las piedras engendraste,
De tí en formas humanas convertidas;
Tú, que luego á los hombres procuraste
El primer alimento de sus vidas,
Que el mar abrazas y su furia enfrenas,
Sirviéndote de muros sus arenas;

»Tú, que eres desde aquella edad primera,
Ya de la luna y ya del sol servida,
Pues dan por tí mil vueltas á su esfera,
Y así es de tí su lumbre agradecida;
Tú, de todas las cosas medianera,
Siempre al aire pendiente, á nada asida,
Que, aunque pendiente estás al aire exento,
Eres de todo el mundo el firme asiento;

»Tú, á quien los tres hermanos nunca osaron
Por suertes dividir tu libre suelo,
Cuando los tres por suertes heredaron
El infierno profundo, el mar y el cielo;
Tú, sobre quien mil pueblos se fundaron,
Y sin quejarte en tanto desconsuelo,
Ya encima y ya debajo, eternamente
Sufres la carga de infinita gente;

»Tú, en fin, que sufres al pesado Atlante
Y su máquina inmensa con paciencia,
Y para tanto peso eres bastante,
Sólo en nosotros hallas diferencia;
Si á nadie das castigo semejante,
¿Por qué usas con nosotros tal vïolencia?
¿Tanto pesamos, que ofender pudimos
La piedad que jamás cansada vimos?

»Si algún pecado habemos cometido,
De ignorancia será, no de malicia;
Y así, por él no habremos merecido
Este nuevo rigor de tu justicia;
Y si á Tebas los griegos han venido,
Piedad los mueve sola, y no codicia,
Y extranjeros no son, pues donde quiera
Eres madre de todos verdadera.

»No como á humildes extrañarnos quieras,
Con fin no visto, arrebatado y triste;
Sufre de entrambas partes las banderas,
Y neutral y común en medio asiste;
Y aquestas belicosas almas fieras,
De quien jamás ofensa recibiste,
Por orden de la guerra al cielo vuelvan,
Y en tí después los cuerpos se resuelvan.

»No arrebates con súbita caída
Estos cuerpos, aun vivos todavía,
Que luego ó tarde, á tí, madre querida,
Todos vendremos por la usada vía;
No por tí falte el curso de la vida
Ni de la parca se apresure el día;
Sólo, en fin, ruego que la griega gente
Camine sobre tí seguramente.

»Pero tú, de los cielos prenda amada,
Y de sus dioses estimado tanto,
A quien ni mano, ni enemiga espada
Se atrevió á despojar del mortal manto,
Sino la alma natura, que, abrazada
A tu siempre dichoso cuerpo santo,
Sus senos desató para encerrarte,
Cual si quisiera en Cirra sepultarte.

»Comúnicame á mí tu ciencia obscura,
Que del cielo y de Apolo has aprendido;
Sabrá este campo la verdad futura
Que pensabas decirle, y no has podido,
Y yo, como tu intérprete y hechura,
Ministro y sacerdote agradecido,
Te haré sacrificios, y á tí solo
Llamaré eternamente, en vez de Apolo.

»Y desde hoy, por tu honor, será mi cielo
Este que te escondió lugar dichoso,
Ni en tanto estimaré á Cirra ni á Delo
Ni á otro ningún oráculo famoso.»
Esto diciendo, levantó del suelo,
Con variedad de flores oloroso,
En vez de tumba un gran montón de arena,
Y en torno de él el sacrificio ordena.

Toros y ovejas, de color obscuro,
Muertos ocupan la adorada tierra,
Y empapando en su sangre el suelo duro,
Vivas algunas en la arena encierra;
Pero en aquesto en el tebano muro
Comenzó á resonar un son de guerra,
Hiriendo las estrellas mil clamores
Al son de cuernos, trompas y atambores.

Retumbó al gran estruendo el horizonte,
Y luego sus cabellos sacudiendo
De Teumeso en la cumbre Tesifonte,
Mayor con silbos hizo el son horrendo.
Respondió el Citerón, tebano monte,
Turbado con aquel no usado estruendo,
Y las tierras, también alborotadas,
A más alegre son acostumbradas.

Corre Belona, airada y diligente;
Abre las siete puertas, y al instante,
Corriendo al campo, salen juntamente
El carro, el escudero y el infante;
Toda á un tiempo salir quiere la gente,
Juzgando por deshonra el no ir delante;
Mas estorba el caballo al más ligero,
Que sale á pie, y el carro al caballero.

Dijera quien los viera que huían
Del campo griego, que les sigue airado,
Pues por las siete puertas no cabían,
Y á su pesar en ellas se han parado;
Las escuadras que á Téocle seguían
La puerta de Neíta han ocupado,
La de Ogige á Creón le cupo en suerte,
Y la Emolaida á Emón, gallardo y fuerte.

La de Prétida ocupa el gran Ipseo,
Y el membrudo Driante la Electrea,
La Hipsista Eurimedonte, y Meneceo
Con su gente salió por la Dircea;
Así que, á un tiempo y con igual deseo
De acabar de romper la gente aquea,
Por todas siete puertas los pendones
Salen de siete airados escuadrones.

No de otra suerte el Nilo, cuando crece,
Va con las lluvias del Oriente frío,
Y rompiendo sus fuerzas, humedece
Las tierras abrasadas del estío;
Tal va por siete campos, que parece
Un caudaloso mar el que es un río,
Tanto, que de su furia y de su estruendo
Las deidades del mar se van huyendo.

Sale de esotra parte el campo aqueo,
Triste y no con orgullo semejante,
Principalmente el escuadrón eleo,
Y los demás que rige Tiodamante,
Que llenos de dolor, con triste arreo,
En no llevar á su Anfiarao delante,
Pasan mal ordenados é impacientes,
Al nuevo capitán aun no obedientes.

Y aun todo el campo atónito y turbado
Menor sin su adivino parecía,
Cual se ve marinero que ha contado
Las estrellas del carro en noche fría;
Que si una acaso encubre algún nublado,
Contándolas mil veces á porfía,
Y no viendo cabales las estrellas,
Las mira, y nunca piensa que son ellas.

Pero ya el fiero Marte apriesa llama.
Agora, musa favorable, agora
De espíritu mayor mi pecho inflama,
Dándome nuevo aliento y voz sonora;
Porque con tu favor eterna fama
Quede de la infelice y fatal hora,
En uno y otro campo ejecutada,
De ambos con igual rabia procurada.

Sale la Muerte del Estigio lago
A presidir en la crüel batalla,
Corre el campo y ocupa el aire vago,
Y en cualquier parte con Furor se halla;
Hace de gente miserable estrago,
Y á su inmenso rumor el viento calla,
Y no en gente vulgar su mano imprime,
Sólo entre nobles su guadaña esgrime.

Al de menos edad, al más valiente,
Al que es más conocido y más famoso
Por su nombre y valor más excelente,
A ése hiere con golpe riguroso.
Delante van entre la airada gente,
Dando furor al menos animoso,
Las Furias, que con sed, con rabia y hambre
Despojaron las Parcas de su estambre.

Entre uno y otro campo el fiero Marte
Armado asiste, derramando fuego,
Y corre sin moverse á cualquier parte,
Llevándose delante al Furor ciego;
Hace que lejos el Amor se aparte,
Que sangre y amistad se olvide luego,
Que de su hijo, que cayó, se aleje
El padre, y que á su padre el hijo deje.

Casas, patrias y esposas olvidadas
Quedan, y el fiero dios, alegre de esto,
Arroja lanzas y desnuda espadas,
Dando aliento mayor al son funesto;
La Ira, que á mil muerte deseadas
El uno y otro campo ve dispuesto,
Ciega por todas partes va corriendo,
Ya lanzas y ya espadas esgrimiendo.

Brotan fuego los ojos, y en el pecho
No cabe el corazón alborotado,
Y ya aparece cada yelmo estrecho,
Anhelando el espíritu cansado.
¿Qué mucho que en los hombres haya hecho
Este ordinario efecto el dios airado,
Si los mismos caballos parecían
Que de los dueños el furor tenían?

El mismo dios les da conocimiento,
Y así, cada caballo embravecido,
Con sus relinchos atronando el viento,
Embiste al enemigo conocido.
Ni basta á corregir su atrevimiento
El freno, en blanca espuma ya teñido;
Y así, sin el temor de aquel castigo,
Muchas veces derriba al enemigo.

Ya acercándose van con priesa tanta
Entrambos campos, que del breve suelo
Que entre los dos se apoca, se levanta
Gran polvareda, que obscurece el cielo;
Ya alguno más osado se adelanta,
Y de ambas partes con ligero vuelo
Más de una flecha al aire rechinando
Pasa, y más de una lanza va volando.

Júntanse al fin espada con espada,
Yelmo con yelmo, escudo con escudo
Y pie con pie, que la ira acelerada
Juntarlos tanto brevemente pudo;
Enciéndese la sangre más helada,
Anímase el cobarde vulgo rudo,
Y aun en cada celada todavía
La rica pluma al sol resplandecía.

Cada arco y cada aljaba resplandece,
Y cada escudo, en sangre aun no manchado,
Agradable á los ojos vista ofrece,
De piedras y blasones adornado;
Y cada cosa en su lugar, parece
Que nada en ningún campo se ha mudado;
Sobre el carro se ve cada cochero,
Y sobre su caballo el caballero.

Mas cuando á la crueldad en tiempo breve
La pródiga virtud soltó la rienda,
Haciendo que la rabia en fuego lleve,
Que á un punto ambos ejércitos encienda,
No al Ródope el Arturo con su nieve
Azota así, ni hay trueno que así ofenda
La Ausonia cuando Júpiter se enoja
Y rayos con horrible estruendo arroja.

Ni el helado Aquilón granizo tanto
En las sirtes sacude por Octubre,
Cuando lleva de Italia el negro manto
De nubes, con que el Áfri a se cubre;
Vuelan nubes de hierro al cielo santo,
Y el sol turbado apenas se descubre,
Y tantas se han juntado en un momento,
Que para tanta flecha es poco el viento.

Muere este con un hierro sacudido,
Vuelve él mismo, y con él su dueño muere;
Hácese con las hondas gran rüido,
Y cada piedra un enemigo hiere;
Entre dardos tal vez ha sucedido
Que porque dar lugar ninguno quiere,
Los unos á los otros se detienen,
Y sin herir á nadie al suelo vienen.

Llevan, cual aves, con ligero vuelo
La muerte entre sus alas escondida
Las flechas, y ninguna baja al suelo,
Que cada cual se queda en su herida;
Á alguno acaso ocupa el mortal hielo
Cuando más descuidado, y de la vida
Otro le priva con herida incierta,
Que acertó acaso, sin pensar que acierta.

Usurpa el caso á la virtud su gloria,
Porque él alguna vez su oficio imita;
Anda incierta y dudosa la victoria,
Que ya la pierde aquesta, y ya la quita;
Ya se deshace cuando más notoria,
Ya, cuando más perdida, resucita,
Ya aqueste pierde tierra y ya la cobra,
Y ya á aquel falta lugar y ya le sobra.

Tal, cuando al Aquilón y al Austro airado
Júpiter da licencia y libre freno,
El mundo, con su guerra alborotado,
Se ve confuso y de mudanza lleno;
Ya el cielo con el uno está anublado,
Ya luego con el otro está sereno,
Hasta que vence el agua y baña el suelo,
Ó la serenidad ya alegra al cielo.

Dió principio al estrago el gran Ipseo,
Rompiendo el escuadrón de los lacones,
Que con su capitán con gran trofeo
Iban ahuyentando sus pendones;
Sólo él, con gloria igual á su deseo,
Rehizo sus vencidos escuadrones,
Corre, y al capitán Menalca alcanza,
Y el pecho le pasó con una lanza.

El gran lacón, que en medio de la muerte
No la nobleza de su sangre olvida,
Por la espalda sacó del pecho fuerte
La entera y dura lanza ya teñida;
Por dos partes la sangre á un tiemqo vierte,
Y habiéndole quedado alguna vida,
Volvió á tirar la lanza, pero en vano,
Porque la muerte le aflojó la mano,

De el arco sacudió ligera flecha
Amintas, un tebano gran flechero,
Y al griego Fedimón llegó derecha,
Habiéndole escogido por terrero.
¡Oh brevedad de muerte! ¿Qué aprovecha
Para librarse de ella el ser ligero,
Pues rechinaba el arco todavía,
Y ya sin alma Fedimón yacía?

Cortó de un golpe el calidonio Agreo,
Que era de los de Etolia un fuerte muro,
El brazo diestro al mísero Fegeo,
Y aun no soltó la mano al hierro duro,
Cayó en tierra, dejando el tronco feo,
Y Acetes, que no piensa está seguro,
De la empuñada espada al brazo hiere,
Y á un mismo tiempo con su cuerpo muere.

El hombro hiende á Ifitis Atamante,
A Argos Ipseo barrena el pecho fuerte,
Y con lanza de Feres muere Avante,
Todos tres diferentes en la suerte;
Caballero el primero, el otro infante,
Y esotro carretero; mas la muerte
A todos tres á un tiempo hizo iguales,
Habiendo sido en vida desiguales.

Dos nobles griegos que, por ser hermanos,
Nunca un momento estaban apartados,
Dieron á un tiempo muerte á dos tebanos,
Que eran también hermanos desdichados;
Llegan á despojarlos muy ufanos,
Y viendo, ya los yelmos desatados,
Que eran hermanos, de piedad movidos,
Quedaron de su error arrepentidos.

Tiende el pisano Itón, que en carro andaba,
Al bello Dafnis en la tierra fría,
De Cirra natural, que procuraba
Espantar los caballos que regía;
A Dafnis llora Apolo, y Jove alaba
Del pisano el valor y valentía;
Que la fortuna ilustra y favorece
Al que por sus hazañas lo merece.

El bravo Emón, de Cadmo descendiente,
Hace en los griegos mortandad terrible,
Y el gran Tideo en la tebana gente
Hace por otra parte estrago horrible;
A aquéste favorece eternamente
Palas, y así se atreve á lo imposible;
De Alcides es Emón favorecido,
Y así es con su favor más atrevido.

Vense así de los montes desatarse
Dos ríos, de avenidas ayudados,
Y con igual furor al mar llevarse
Puentes, árboles, hombres y ganados;
Mas si en un llano llegan á encontrarse,
Con más furor, soberbios y enojados,
Se hacen cruda guerra, y si pudieran,
Las ya mezcladas agua dividieran.

Idas, de Onquesto natural, corría
Con un gran tronco de encendida tea,
Que el fuego, en vez de hierro, usar solía,
Desordenando así la gente aquea;
Cada griego turbado se desvía;
Pero Tideo, que apagar desea
El fuego que á los suyos descompone,
Con una lanza enfrente de él se pone.

Habiéndola con rabia sacudido,
El hierro le escondió en la frente, y luego
En la tierra de espaldas ha caído,
Cayendo encima de él su mismo fuego.
«Muere en el mismo fuego que has traído,
Le dice el vencedor, verás que un griego
Sabe tener piedad, pues te concede
Lo más que á un muerto concederse puede.»

Parte de allí cual tigre desatada,
Que en la primera sangre embravecida,
Apenas deja vaca en la manada,
Que á tal rigor su rabia le convida;
Mata al tebano Anón de una pedrada,
Con otra á Cromio le quitó la vida,
De un revés con la espada á Folo hiere,
Que lo abrió por el hombro y luego muere.

Hiere con lanza á dos mozos que Mera
Parió, á pesar de Venus, en un día,
Que su sacerdotisa entonces era
Del templo egeo, y lo era todavía;
Mueren ambos con una lanza fiera,
Y en tanto Mera, que su fin temía,
Rogaba por su vuelta deseada
Delante de la diosa aun no aplacada.

Por otra parte Emón, airado y fiero,
Entre los griegos hace estrago horrendo,
Ya al escuadrón de Calidonia entero,
Ya los de Pile y de Pleurón rompiendo;
Una gran hacha de templado acero
Esgrime, y todos de él se van huyendo;
El calidonio Butis solamente
Procura en vano detener su gente.

Era de poca edad, gallardo y bello,
Que venciera en beldad la nieve pura,
Rubio y jamás cortado su cabello,
De no menos valor que hermosura,
Y hasta el tierno y malogrado cuello,
Cuando él la gente detener procura,
De Emón la dura hacha no esperada
Le partió la cabeza, en vano armada.

Cayó sobre los hombros dividida
Del inhumano hierro en dos pedazos,
Y la rubia madeja, ya teñida,
Dividida también, paró en sus brazos;
Entró la muerte por la gran herida,
Y el cuerpo, que pudiera en sus abrazos
A Venus regalar, helado y frío,
Hizo de sangre un caudaloso río.

Al rubio Ipar, también de Febo amado,
Dió con la misma hacha Emón la muerte;
Y habiéndolo en los hombros alcanzado,
Muere Polites de la misma suerte.
De un golpe Iperïón cayó á su lado,
Y Dámaso, temiendo el brazo fuerte
Y el no visto furor del gran tebano,
Las espaldas volvió, pero fué en vano;

Que el enemigo airado, no queriendo
Sin castigo dejar su gran bajeza,
Una lanza pesada sacudiendo,
Le dió alcance y castigo á su vileza;
Entró por las espaldas, y saliendo
Del pecho con la misma ligereza,
No á pararla el escudo fué bastante,
Y así, enclavada en él, pasó adelante.

Tan bravo andaba Emón, que él solamente
Bastaba á ahuyentar el campo aqueo,
Que en su inmenso valor él mismo siente
Que favorece Alcides su deseo;
Pero vino á encontrarlo frente á frente,
De Palas ayudado, el gran Tideo,
Y Alcides, que presente al trance fuerte
La Diosa ve, le dice de esta suerte:

«¿Qué fortuna, oh querida hermana mía,
Al gran valor de tu divino pecho
Ha querido oponerme aqueste día?
Juno tan gran maldad sin duda ha hecho.
Antes castigue Jove mi osadía,
Y con rayos por él me vea deshecho,
Y antes mis aras abrasadas vea
Que yo enemigo de tu gusto sea.

»Favorezco á esta gente, pero quede
Cual si nunca la hubiera conocido,
Porque el respeto que te debo excede
A amor y obligación que le he tenido;
Y si volver del lago Estigio puede
Hilas, con tanto amor de mí querido,
Por tí lo olvidaré, y al padre mío
Dejaré solo en este desafío.

»Tengo y eternamente en la memoria
Tendré lo que le debo á aquesta mano,
Pues tantas veces ví para mi gloria
Sudar aqueste escudo soberano;
Y no sin tí jamás gané victoria,
Ni invoqué tu favor jamás en vano,
Y mientras peregrino anduve errando,
Me fuiste por el mundo acompañando.

»Solamente á las cuevas infernales,
Cuando allá entré, con libertad no fuiste,
Por no poder los dioses celestiales
Bajar, sino es Mercurio, al reino triste;
Tú el cielo y tú mil honras inmortales,
Y en fin por padre á Júpiter me diste;
Por tí soy cuanto soy y cuanto he sido;
¿Quién pondrá tantas cosas en olvido?

»Caiga Tebas y venza el gran Tideo,
Pues en su pecho tu valor se encierra;
Que obedecerte es el mayor trofeo
Que yo puedo sacar de aquesta guerra.»
Así dijo; y venciendo su deseo,
Suspirando dejó la amada tierra,
Y la Diosa, de honor y gloria llena,
Serena el rostro y su furor refrena.

Ya de Alcides Emón siente la ausencia
Con nueva flojedad en cada mano,
Y en sí mismo de sí tal diferencia,
Que la espada y la lanza esgrime en vano;
Y así el torpe temor toma licencia
Para ocupar el pecho al gran tebano,
Y aunque de tanta novedad se admira,
Se encoge, y sin vergüenza el pie retira.

Viéndolo así volver, deja la espada,
Más bravo el calidonio y más osado,
Y tomando una lanza muy pesada,
La arrojó al enemigo acobardado;
Señala entre la gola y la celada,
Donde el cuello parece mal armado;
Mas Palas, por respeto de su hermano,
Torció, piadosa, al sacudir, la mano.

Y así, sólo al pasar el hierro duro
Rayó el hombro siniestro á la ligera,
Que á entrar un poco adentro, al reino obscuro
Bajado el alma desatada hubiera.
No por esto el tebano, más seguro,
Se atreve á acometerlo ni le espera;
En repararse solamente entiende,
Que no poco hará si se defiende.

Cual fiero jabalí que ve herida,
Vertiendo sangre, su erizada frente
Con el hierro de lanza sacudida
De suelto cazador osadamente,
Que aunque no es tal el golpe que la vida
Pueda quitar, con la herida siente
Quebrado su furor, y á un lado mira,
Que ni osa acometer ni se retira.

En fin, á Emón el calidonio deja,
Y volviendo á mirar el gran rüido,
Vió al atrevido Proto, que se aleja
De muchos que á caballo le han seguido,
Y que volviendo cuando más le aqueja
La gente que le sigue, ha sacudido
Tantas flechas cargadas de veneno,
Que el campo está por él de muertos lleno.

Sacude al punto en él con brazo fuerte
Una pesada lanza, un pino entero,
Con tan dichosa y no esperada suerte,
Que al caballo hirió y al caballero:
El feroz animal, lleno de muerte,
Al triste dueño sacudió primero,
Y cayendo él encima brevemente,
Con la celada le abolló la frente.

Y sobre el mismo escudo arrodillando,
Se lo escondió en el pecho, y ya cubierto
De sangre y de sudor, y porfiando
A querer levantarse, cayó muerto,
Y de sangre un arroyo derramando,
En la que el dueño por el pecho abierto
Vierte, ya que la muerte se avecina,
Junto á la humana su cabeza inclina.

No el olmo, con la vid enmarañado,
Que pensó alguna vez llegar al cielo,
Del rigor de los vientos arrancado,
Mide de otra manera el duro suelo;
Que solamente al tronco enamorado
Le aflige de su vid el desconsuelo;
Y así, cayendo encima en tierra dura,
Maltrata á su pesar la uva madura.

Contra los griegos empuñado había
Corebo, humano cisne, el duro acero,
Natural de Helicona, que algún día
Fué á las musas amado compañero,
A quien Urania, que en los astros vía
Como el presente el hado venidero,
Mil veces le rogó que se estuviese
Entre ellas, y que á Tebas no viniese.

Y con ver que su muerte le avisaba,
Con todo, á la infelice guerra vino,
Quizá por ver lo que escribir pensaba,
Pero la muerte le salió al camino;
Digno, ya que muriendo á nadie alaba,
De que le alabe el mundo, y que el divino
Coro de las hermanas del Parnaso
Lloren su triste y miserable caso.

Atis, de estirpe ilustre y noble gente,
Por su valor y esfuerzo más famoso,
Nacido en Cirra, en Tebas asistente,
Y ya de Ismene prometido esposo,
Que no fué para aquesto inconveniente
Del triste Edipo el caso lastimoso,
Por verla había venido de su tierra
Antes que comenzase aquesta guerra.

Y aunque el llanto, el dolor y desventura
Pudiera su belleza haber deshecho,
Fué tal su honestidad y hermosura,
Que encendió del mancebo el noble pecho;
Y era tal su beldad y compostura,
Que amor el mismo efecto en ella ha hecho;
Ambos el casamiento deseaban
Y con amor recíproco se amaban.

Mas, como de la guerra la mudanza
Les iba dilatando el casamiento,
Convirtió en ira inmensa la esperanza,
Y en rabia el ya cansado sufrimiento;
Ya con espada corta, ya con lanza
Ó ya con flechas azotando el viento,
Ya á caballo, ya á pie, de cualquier modo
Usa la guerra y se acomoda en todo.

Su madre propia le bordó el vestido
Con que del pecho la armadura encubre,
Y es de grana con oro guarnecido
El rico manto que los hombros cubre;
Mas pendiente de suerte y así asido,
Que el brazo diestro á su placer descubre.
Dirá que es de oro el yelmo el que lo nota,
Y en él dorada pluma el viento azota.

Arco dorado lleva y rica aljaba,
De ricas flechas llena, y tan costosa,
Que es el oro lo menos que llevaba,
Según es su valor maravillosa;
Que siempre en paz y en guerra procuraba
Parecer á los ojos de su esposa,
Con su riqueza, con su industria y arte,
Cupido en paz alegre, en guerra un Marte.

Armado y adornado de esta suerte,
En la batalla andaba procurando
Lo menos peligroso y menos fuerte,
Su poca y tierna edad acomodando;
Y en habiéndole á alguno dado muerte,
Al punto hacia atrás volvía volando,
Ufano con despojos de enemigos,
Al seguro escuadrón de sus amigos.

Como nuevo león que de la cueva
Ha poco que salió la vez primera,
Que ni en las garras ni en las uñas lleva
Su nativo furor y fuerza entera,
Solo en ganado humilde hace prueba,
Que ni acomete á un toro ni le espera;
De esta suerte el mancebo generoso
Se aventura á lo menos peligroso.

Mas viendo entre los griegos á Tideo,
Juzgando su valor por la estatura,
Codició del pellejo el gran trofeo
Que sirve de vestido y de armadura;
Y así, con vano y juvenil deseo
Su fuerza prueba en él y su ventura,
Pero sólo dé lejos ofendiendo,
Ya una flecha y ya un dardo sacudiendo.

De sus débiles tiros provocado
Tideo, puso acaso en él los ojos,
Andando en grandes cosas ocupado,
Donde son más honrados los despojos,
Y dice: «Ya, mancebo desdichado,
Ha rato que conozco tus antojos,
Y que procuras, cual si fueras hombre,
Ganar con muerte honrada un nuevo nombre.»

No con espada ó gruesa lanza quiere
Herirlo, mas con golpe más ligero;
Y así, con dardo volador le hiere,
Por no manchar en él su noble acero.
Mortal fué la herida, aunque no muere
Luego; y el calidonio, airado y fiero,
Sin hacer caso de él, pasó adelante,
Despreciando el despojo, de arrogante.

«Que no Marte ni Palas de mi mano,
Dice, recibirán despojos tales;
No tal deshonra el cielo soberano
Permita entre mis hechos inmortales;
No estoy de esta victoria tan ufano,
Que apenas, si dejado sus umbrales
Mi bella esposa por seguirme hubiera,
Alzar despojo tal le permitiera.»

Dijo; y airado cual león que viene
A embestir gran vacada en campo raso,
Que no en flacos novillos se detiene
Ni de vacas humildes hace caso;
Que el darles muerte por deshonra tiene
Cuando se le atraviesa alguno acaso,
Y solamente la cerviz le agrada
Del toro, que es el rey de la manada;

Tal buscando ocasiones va Tideo,
Que solamente emprende las mayores,
Y en tanto, oyendo de Atis Meneceo
Los míseros gemidos y clamores,
Y viendo que á quitarle el rico arreo
Llegaban ya de Arcadia los mejores,
Salta del carro, y con furor insano
Dice gritando á un escuadron tebano:

«¿Dónde huyendo vais, oh descendientes
De Cadmo y de los hijos de la Tierra,
Bien de vuestros abuelos diferentes,
Pues infame terror así os destierra?
¿Ya no tenéis vergüenza de las gentes,
Que así desamparáis en propia guerra
A un noble huésped, que muriendo muestra
Que amparó con ardor la sangre nuestra?

»Muerto por nuestra causa en tierra vemos
A Atis, que sólo obligación tenía,
En la infelice guerra que tenemos,
A su esposa, aun no suya todavía;
Y ¿tantas prendas olvidar podemos?
No tal se cuente en Tebas algún día.»
Avergonzados de esto, atrás volvieron
Y al mal herido mozo defendieron.

Llorando en tanto en la ciudad estaban
Las dos hijas de Edipo desdichadas,
Que en su desdicha á solas se quejeban,
Á un aposento oculto retiradas;
Todas sus desventuras lamentaban,
Las que presentes ven y las pasadas;
Una los ojos de su triste padre,
Y otra llora las bodas de su madre.

Una gime al que en Tebas reina agora,
Esotra al desterrado hermano ausente,
Y cada cual el mal presente llora,
Que ambas la guerra temen igualmente;
Del uno ó de los dos la fatal hora
Gimen cual si estuviera ya presente,
Sin que ninguna declarado hubiese
Cuál de los dos quisiera que venciese.

Ninguna se declara ó determina,
Aunque tácitamente y en su pecho
Al desterrado cada cual se inclina,
Por tener mejor causa más derecho.
De esta suerte llorando su rüina,
Después que vuelven al amado techo
De Pandión las aladas hijas bellas,
Repiten sobre el nido sus querellas.

Allí renuevan su pasado llanto
Y desde su principio el triste cuento,
Y piensa el huésped que las oye en tanto
Que simples voces son que lleva el viento;
Mas en aquel sonoro y dulce canto
Hay conocida causa y fundamento,
Y en aquellas canciones lastimeras
Hay quejas y palabras verdaderas.

Llorando así las míseras hermanas
Con suspiros y lágrimas iguales,
«¿Qué, Ismene dice, furias inhumanas
Pueden así afligir á los mortales?
¿Qué fe burlada ó qué sospechas vanas,
Con tan claras imágenes de males,
Pueden atormentar con su cuidado
A quien duerme seguro y descuidado?

»Yo, que aunque Tebas de su paz gozara
Y de las armas el temor no hubiera,
Nunca en tratar mis bodas me ocupara,
Ni aun sé si á imaginarlo me atreviera,
Esta noche entre sueños ví á la clara
La imagen de mi esposo verdadera,
Esposo solamente prometido,
Visto apenas y apenas conocido.

»Ví, en efecto, entre sueños claramente
La ciudad con mis bodas alegrarse,
Y luego alborotarse de repente,
Y las hachas nupciales apagarse;
Y á su madre entre todos impaciente,
No queriendo con nada consolarse,
Que iba tras mí y el hijo me pedía
Con gritos que en el cielo los ponía.

»¿Qué lágrimas ó nueva desventura
Aqueste triste ensueño trae consigo?
¿Qué nuevos casos de la guerra dura
Tan poderosos han de ser conmigo?
Que á mí, como haya en Tebas paz segura
Y nuestros campos deje el enemigo,
Y haga con nuevo amor amistad firme
En mis hermanos, ¿quién podrá afligirme?»

Aquesto Ismene á Antígone decía,
Cuando oyen de repente un son horrendo,
Que les dejó la sangre helada y fría,
Sin saber la ocasión del gran estruendo;
El real palacio resonar se oía
De los muchos que en él entran gimiendo
Con Atis infelice y malogrado,
No muerto, aunque del todo desangrado.

Entró sobre su escudo el mozo bello,
Puesta la débil mano en la herida,
Erizado en la frente su cabello,
Madeja de oro en sangre ya teñida,
Ya casi dando el último resuello,
Parece que entra á despedir la vida
Entre los brazos de su esposa amada,
Prenda del alma en vano deseada.

Y así, ruega á la suegra congojosa,
Que es la primera que á encontrarlo viene,
Le deje ver á su querida esposa,
Y sólo acierta á pronunciar Ismene;
Ismene, Ismene, dice, y no otra cosa,
Con las reliquias que de vida tiene;
La voz por el palacio se derrama,
Y Yocasta á su hija á voces llama.

Turbada la doncella con aquesto,
Alzó las manos, con la grande pena,
Por herir el hermoso rostro honesto;
Pero su gran vergüenza la refrena,
Y corre, herida de un dolor funesto,
Y helada y de mortal angustia llena
Llega donde el mancebo sin aliento
Está esperando este último contento.

Aquesto le permite solamente
La suegra, y él oyendo el nombre amado,
Alzó algún tanto la pesada frente
Y abrió los ojos, que ya había cerrado;
Y con la gloria que en la mirada siente
Entretiene el espíritu cansado,
Hasta que, en fin, quedando el cuerpo en calma,
Envuelta en un suspiro salió el alma.

Y porque no su madre estar podía
Presente al triste oficio congojoso,
Ni el venturoso padre, que ya había
Muerto, en no ver su muerte venturoso;
Ya que el alma del todo despedía,
Dieron á Ismene el cargo de su esposo,
Y ella, el dolor disimulando en vano,
Los ojos le cerró con débil mano.

Mas cuando se vió á solas no impedida
De alguno que estorbar pueda su llanto,
Con libertad lo llora, ya rendida
Al gran dolor, disimulado tanto;
Con lágrimas le lava la herida,
Y la hermosa Antígone entretanto
Procura consolarla, mas no puede,
Que el sentimiento á su consuelo excede.

En tanto que esto en la ciudad pasaba,
La airada Tesifón con otro fuego
Y con otras serpientes renovaba
La guerra entre el tebano y campo griego;
Parece que de nuevo comenzaba,
Y que cobrando aliento el furor ciego,
Hace con nuevos y mayores bríos
Montes de muertos y de sangre ríos.

Principalmente en pie tiene la guerra
El bravo hijo del famoso Eneo,
Y con sus flechas, que ninguna yerra,
Hace gran mortandad Partenopeo;
De muertos cubre la infelice tierra
Con una lanza fiero Capaneo,
É Hipomedonte, con igual estrago,
Hace por donde va de sangre un lago.

Pero del calidonio airado y fiero
Parece que es la gloria de aquel día;
Que él solo atemoriza al campo entero,
Pues ninguno con él tiene osadía;
Todos se alejan de él con pie ligero,
Y viendo su temor y cobardía,
«Volved, grita, y venid otros cincuenta;
Os vengaréis de la pasada afrenta.

»Y si es poco cincuenta, venid ciento,
Que yo soy el de aquella noche obscura,
Que dí con nunca visto atrevimiento
Á cincuenta tebanos muerte dura.
¿Tan presto os olvidáis del triste cuento,
Que no vengáis aquella desventura?
¿Padres, deudos ó hermanos no tuvieron
Aquellos desdichados que murieron?

»¿Vergüenza no tenéis de que se entienda
Que á Micenas volví libre y seguro?
¿No hay otra gente que de mí defienda
Con más valor el encantado muro?
¿A tan viles soldados encomienda
Su guerra vuestro infame rey perjuro?
Y él, pues le hice tal agravio, ¿adónde
De mi furor y de mi voz se esconde?»

En esto vió que el Rey al otro lado
Había corrido á detener su gente,
Que en el famoso yelmo coronado
Vió que era el Rey tebano claramente;
Corre al punto con paso acelerado,
Cual águila que vió junto á la fuente
Al blanco cisne cuando más desea
Presa que alivio de su hambre sea.

Dice primero: «Injusto Rey tebano,
Ya que veo la ocasión tan deseada,
Aquí á la luz del cielo soberano
¿Tendrás valor para probar mi espada,
Ó quieres, temeroso de esta mano,
Esperar á la noche acostumbrada,
Por tener con traiciones más segura
La vida infame en su tiniebla obscura?»

De aquesto la respuesta el Rey le envía
En una lanza, que volando vino;
Mas de ella el calidonio se desvía,
Ya que llegaba al fin de su camino;
Y aun no pasado el duro tronco había,
Cuando Tideo el más pesado pino
Que despidió jamás su brazo fiero
Tiró, que aunque pesado, iba ligero.

Volvieron las deidades celestiales
Los ojos por no ver la lanza fiera,
Que iba ya á poner fin á tantos males;
Pero el golpe torció la cruel Megera,
Porque de aquellas iras inmortales
Nuevas maldades el infierno espera;
Y así, la muerte dilató al tirano
Para que se la dé su propio hermano.

Fué la lanza á parar, llena de muerte,
A Flegias, que del Rey era escudero,
Y un escuadrón, que el gran peligro advierte
Del Rey, á socorrerlo fué ligero;
Que ya porque mejor la espada acierte,
La había sacado el enemigo fiero,
Y ya le iba á herir, mas su remedio
Fué mucha gente que se puso en medio.

Cual lobo que de noche ya rendido
Al mal armado novillejo tiene,
Y oyendo los vaqueros el rüido,
Un gran tropel á socorrerlo viene;
Mas él, desvergonzado y atrevido,
En nada se repara y se detiene;
Que, aunque ciego de hambre, á nadie hiere,
Que solamente al novillejo quiere;

No de otra suerte airado y arrogante,
Ciego de enojo, al Rey busca Tideo,
Que aunque á muchos tebanos ve delante,
Ninguno satisface á su deseo;
En fin el rostro le rompió á Toante,
Con punta un lado barren á Clineo,
A Deiloco en el pecho, y en la ijada
A Spotado escondió la media espada.

Vuelan llenas celadas por el viento,
Esparce miembros en la tierra fría,
Y ya de armas y cuerpos sin aliento
Delante una estacada hecho había;
Él sólo es de la guerra el fundamento,
Y en él se gasta solamente el día;
Todo el campo tebano lo desea
La muerte, y todo junto le rodea.

Vuela de hierro un torbellino crudo,
Y de lanzas y flechas sacudidas
Grande parte se queda en el escudo,
Y algunas son de Palas detenidas;
Otras que á un tiempo reparar no pudo,
A ensangrentarse llegan atrevidas,
Que ya por muchas partes está abierto
El gran pellejo de que está cubierto.

Ya pobre y sin adorno la celada,
Su no temido fin le pronostica
Con infelice agüero, despojada
De Marte, que sirvió de pluma rica;
Ya con el grande peso fatigada,
Su fuerza á reparar sólo se aplica,
Y en cualquier parte de su cuerpo un río
Hace, mezclado en sangre, el sudor frío.

El yelmo, que de amparo le ha servido,
Le hace ya más daño que provecho;
Que de tantas pedradas sacudido,
Está abollado todo y muy estrecho;
Los suyos, que ayudarlo no han podido,
Voces le dan en vano, y ya deshecho,
Cansado, sin aliento y anhelando,
Ve á Palas, que se aparta de él llorando.

Iba al cielo por ver si con el llanto
Que por su amado calidonio vierte,
Puede mover á Júpiter, y en tanto,
Viéndola ausente, se atrevió la muerte;
Que una lanza de fresno pudo tanto,
Que encaminada en venturosa suerte,
Aunque de mano infame sacudida,
Le abrió el costado y le quitó la vida.

Fué Menalipo el que dichosamente
El fresno sacudió, que bien quisiera,
Con el temor que de la muerte siente,
Que del golpe el autor no se supiera;
Mas mostrólo el contento de la gente,
Que en celebrar su gloria persevera;
Gimen los griegos, y del caso ufanos
Un gran clamor alzaron los tebanos.

Y mucha gente habiéndose juntado
De Calidonia, á socorrerlo llega,
Y él, de que le socorran enojado,
Despreció su favor con ira ciega;
Y viendo á Menalipo acobardado,
Que la mano escondió y el golpe niega,
Alcanzó de él el último trofeo
Con una lanza que le ha dado Opleo.

Fué, en fin, aqueste su blasón postrero;
Que las pocas reliquias de su vida
Para arrojarla recogió primero,
Y así voló con rabia sacudida.
Rotas las venas, un arroyo entero
Arrojaron de sangre detenida,
Y aun otra lanza con furor pedía,
Sin ver la mucha sangre que perdía.

Los tristes compañeros, que su muerte
Ven á la clara, y que por cada parte
Un grande arroyo de la sangre vierte,
Por fuerza le hicieron que se aparte,
Diciendo que después con mejor suerte
Volverá al gran rigor del fiero Marte;
Y así, salen con él, habiendo hecho
Con dos escudos un pequeño lecho.

Mas él ya poco á poco conocía
Obscurecerse el cielo y apartarse,
Y con el hielo de la muerte fría
El valor de sus miembros acabarse;
Y con la rabia que en morir sentía,
Estribando en la tierra por pararse,
«Tened lástima, dice, oh gente griega,
Que ya mi muerte apresurada llega.

»No pido que estos miembros desdichados
A Argos á mi afligida y triste esposa,
Ó á Etolia al viejo padre sean llevados,
Adonde estén en sepultura honrosa;
Que no pena me dan esos cuidados,
Pues siempre aborrecí como enfadosa
Esta carga mortal que queda en calma
Y fácilmente desampara el alma.

»Pero si yo tan venturoso fuera
Que tu cabeza alguno me trajese,
Oh fiero Menalipo, y que te viera
Antes que el cuerpo al alma despidiese,
Menos mi muerte y mi dolor sintiera,
Que aunque al morir mi lanza sacudiese,
Muerto estás ya, que no pudo engañarme
La virtud que cobré para vengarme.

»Tú, que con sangre del famoso Atreo,
Oh Hipomedonte, osado te ennobleces,
Corre por ella; y tú, Partenopeo,
Que tanta gloria en tierna edad mereces;
Tú, el mayor de los griegos, Capaneo,
Que más con tu valor nos favoreces,
Reciba yo esta gracia de tu mano,
Si ya, muriendo al fin, no ruego en vano.»

Movidos de esto, con ligera planta
Todos á obedecerle van volando;
Mas Capaneo á todos se adelanta,
Y halló á Menalipo ya espirando;
Al punto de la tierra lo levanta,
Y el grande peso en la cerviz cargando,
La mano izquierda en sustentarlo entiende,
Y en tanto la derecha lo defiende.

Nò de otra suerte Alcides victorioso,
Aunque sudando, en Argos entró un día,
Cargado con el puerco riguroso
Que de Arcadia los campos destruía;
Al rumor alentado y animoso,
Con rostro lleno de ira y de alegría,
Tideo á ver la tanto deseada
Levantó su cabeza fatigada;

Y viendo el rostro al despedir la vida
Cerrar los ojos y que á helarse empieza,
Se conoció á sí mismo en la herida,
Y mandó que le corten la cabeza;
Y viéndola del cuerpo dividida,
Por mirarla á su gusto se endereza;
Algún tanto, mirándola, respira,
Y con más gusto la contempla y mira.

Luego con furia insana y rabia fiera,
De verla ya sin alma aun no contento,
La comenzó á morder cual si tuviera
La cabeza sin alma sentimiento;
Tanto lo estimuló la cruel Megera,
Que estando ya sin vida y sin aliento,
Muchos que su inhumana hambre vieron,
Quisieron estorbarlo y no pudieron.

Palas en esto se tornaba al suelo
A dar honra inmortal al cuerpo amado,
Habiendo solamente este consuelo
Del Padre de los dioses alcanzado;
Y viendo con extraño desconsuelo
Con viva sangre el cuerpo ensangrentado,
Volvió el divino suyo, no pudiendo
Sufrir el inhumano caso horrendo.

De su inhumanidad formó querellas,
Y erizadas las sierpes de su escudo,
Todas se levantaron, y con ellas
Cubrir su rostro soberano pudo,
Y antes que se volviese á las estrellas,
De aquel acto inhumano, torpe y crudo
Se purgó en agua elisia y santo fuego,
Y al cielo á descansar se volvió luego.

LIBRO NOVENO.

ARGUMENTO.

Oféndense los tebanos de la crueldad de Tideo. Teocles incita á los suyos á la venganza. Llega la nueva de la muerte de Tideo á oídos de Polinice. Hace gran sentimiento sobre su cuerpo. Quiérese matar. Apártalo su suegro Adrasto. Acuden los tebanos con su rey á impedir la sepultura de Tideo. Defiéndelo Hipomedonte, dando muerte á muchos. Hácelo retirar la furia Tesifonte, fingiendo que llevan preso al rey Adrasto. En tanto se llevan los tebanos el cuerpo de Tideo. Vuelve furioso Hipomedonte á vengar la injuria de Tideo. Sube en el caballo de Tideo, y arrójase al río Ismeno en seguimiento de los tebanos. Da muerte á muchos de ellos, y entre ellos á Creteo, hijo de una ninfa de aquel río. Aumenta Ismeno sus aguas. Vese Hipomedonte perdido entre ellas. Juno se queja á Júpiter por el peligro de Hipomedonte. Júpiter manda á las aguas que se recojan. Sale Hipomedonte á la orilla, donde un escuadrón de tebanos lo acaba de matar. Quítale Ipseo la celada, y pónela en una lanza, mostrándola al campo, publicando su muerte. Capaneo acude á la venganza. Atalanta pide á Diana favorezca á su hijo Partenopeo. Acude la Diosa á darle favor, con el cual hace valerosos hechos, quitando las vidas á muchos, y no le puede defender la suya, pues muere á manos de Anfión.

Publicada la rabia de Tideo,
Amigos y enemigos se ofendieron
De aquel acto inhumano, injusto y feo,
Y los tebanos más se embravecieron;
Los mismos griegos en el campo aqueo
Menos gemidos por su muerte dieron,
Culpando su furor con que ha deshecho
La ley de un odio justo y el derecho.

Y aun Marte, el más soberbio y riguroso
De los dioses del cielo soberano,
Aunque entonces andaba más furioso,
Ya ofendiendo al argivo y ya al tebano,
Dicen que torció el carro poderoso,
Ofendido de aquel acto inhumano,
Que aun sus mismos caballos impacientes
Al cielo alzaron las airadas frentes.

Viendo de Menalipo profanado
El honor justo del debido fuego,
Corre á vengarlo el campo alborotado
Y á estorbar el sepulcro al fiero griego;
No menos ofendido y enojado
Que si de sus abuelos el sosiego
Y los sepulcros profanado hubiera,
Los huesos dando al ave y á la fiera.

El mismo Rey, que la ocasión entiende
Que tanto á su propósito desea,
Los provoca á furor y los enciende,
Y corriendo delante, así vocea:
«¿Quién de esta gente la amistad pretende,
Ó quién habrá que tan piadoso sea,
Que piedad tenga de la gente griega,
Que ya al extremo de inhumana llega?

»¡Oh rabia y furor bárbaro! ¿Aun no habemos
Con nuestra sangre en tantas ocasiones
Hartado sus aceros, que así vemos
Destrozar los ya muertos corazones?
No penséis que la guerra aquí hacemos
Sino con fieras, tigres ó leones,
Pues muerto aquél, aun muerde todavía
De su enemigo la cabeza fría.

»Gentil consuelo en medio de la muerte,
Con inhumana y bárbara comida
Satisfacer al gusto, y de esta suerte
Vengar su ofensa y despedir la vida;
Basta si el odio en ellos es tan fuerte,
Y la rabia y crueldad tan recibida,
A servirles de espadas, solamente
Las armas use la tebana gente.

»Venza su rabia, y con furor insano
De la victoria alcancen el consuelo,
Con tal que mire el Padre soberano
Semejantes maldades desde el cielo;
Si tal crueldad no cabe en pecho humano,
¿De qué se admiran si los traga el suelo?
Que de su própia tierra ya me espanto
Cómo los ha podido sufrir tanto.»

Esto diciendo, airado se abalanza,
Hiriendo aprisa al corredor ligero,
Y blandiendo una gruesa y dura lanza,
Enciende en su furor al campo entero;
Todos, con igual furia y esperanza
De privar de sepulcro al griego fiero,
Corren en gran tropel, con gran rüido,
A hacer guerra al cuerpo aborrecido.

Así banda de cuervos va rompiendo
El aire, cuando el viento inficionado
Los lleva adonde algún estrago horrendo
Gran multitud de muertos ha dejado;
Resuena el hueco cielo al gran estruendo
Del hambriento escuadrón desordenado,
Y el campo con su estruendo y sus clamores
Desocupando van de aves menores.

Corre aprisa la fama pregonera,
Y por el campo griego el cuento lleva,
Que siempre entonces corre más ligera
Cuando va á dar alguna mala nueva;
Atónito al pasar deja á cualquiera,
Y con fuerza mayor la voz renueva,
Llegando adonde estaba Polinice,
Descuidado de fin tan infelice.

Helóse, y cual si fuera piedra fría
Mudo quedó, sin alma y sin aliento;
Pegóse el llanto, que salir quería,
Con un nuevo linaje de tormento;
De Tideo el gran valor le persuadía
Que no creyese el infelice cuento,
Y él mismo le aconseja que lo crea,
Que no hay mal cuento que verdad no sea.

Pero luego que el caso lastimero
Y la verdad más clara y entendida
Se supo de uno y otro mensajero,
Poco faltó para perder la vida;
Helado el corazón del dolor fiero,
Ciegos los ojos y la voz perdida,
Retiróse la sangre de las venas,
Tanto, que pudo en pies tenerse apenas.

Sale en efecto el llanto detenido,
Y arroyos de agua por el yelmo llueve,
Y luego sin aliento y sin sentido
Los ya turbados pies despacio mueve,
Cual si con mil heridas impedido,
Esperara la muerte en tiempo breve;
Tal iba, que aun la lanza no podía
Llevar, y así arrastrando le seguía.

Amigos le acompañan, que gimiendo
Le muestran el amado cuerpo frío;
Suelta al punto las armas, y cayendo
Sobre el cuerpo de espíritu vacío,
Mudo le da mil besos, y vertiendo
Sobre la sangre de su llanto un río,
Contra la fuerza del dolor prolijo
Soltó la triste voz, y aquesto dijo:

«¿Es este el premio, y la merced es esta,
Por tantas amistades merecida?
¿Así te pago en guerra tan funesta,
Oh suprema esperanza de mi vida?
¿Tanto mi loca pretensión me cuesta,
Corona infame, en vano pretendida,
Que en aquesta enemiga tierra mía
Muerto estás, y yo vivo todavía?

»Agora desterrado soy de veras;
Agora, que el mejor de dos hermanos,
Por quien yo desplegaba mis banderas,
Me han quitado los hados inhumanos;
Cese el rigor de aquestas armas fieras,
Haya paz entre argivos y tebanos,
Que no quiero ya el reino, ni deseo
Cetro que no me puede dar Tideo.

»Volveos, oh griegos, y dejad la guerra,
Que ya no es menester el duro acero;
Dejadme solo en la perjura tierra
Por presa á mi enemigo hermano fiero;
No tan vana ambición en mí se encierra,
Que muerto el que era hermano verdadero
Quiera reinar; pues ¿qué podrá alcanzarse,
Que pueda á tan gran pérdida igualarse?

»¡Ay suegro amado, ay Argos, y ay contienda,
Ira breve de aquella noche obscura,
Que de un amor eterno fuiste prenda
Para acabar en tanta desventura!
Pluguiera á Dios que aquella noche horrenda
Me dieras, pues pudiste, muerte dura,
Y que del viejo Adrasto en los umbrales
Muriera la ocasión de tantos males.

»Y no sólo tu noble y fuerte mano
Me perdonó la vida, que es tu muerte;
Pero después á mi enemigo hermano
Fuiste por mí con pecho osado y fuerte;
¿Quién, sino tú, volviera tan ufano
De peligro tan grande? ¡Ay dura suerte!
¿Qué más, si la corona pretendieras
Para tí mismo, en tu favor hicieras?

»Ya la fama, á Peritoo y á Teseo,
Y ya al piadoso Telamón callaba,
Que con nuestra amistad, oh gran Tideo,
La de ellos poco á poco se olvidaba;
Agora ¡cuál estás y cuál te veo,
De tanta flecha aguda hecho aljaba!
¿Qué escuadrón tan osado fué contigo?
¿Cuál sangre es tuya y cuál de tu enemigo?

»¿Quién tan grandes heridas pudo darte?
¿Y á cuál de tantas llegaré primero,
Pues no hay sana en tu cuerpo alguna parte?
¿Serviste á todo el campo de terrero?
Antes, si no me engaño, el mismo Marte,
Que no fuera bastante el campo entero,
De envidioso, te puso de esta suerte;
El sacudió su lanza y te dió muerte.»

Aquesto dijo; y pensativo y triste
Un arroyo de lágrimas hacía,
Y cuando más al gran dolor resiste,
Besando aquella helada sangre fría,
Vuelve á decir: «¿Que tanto aborreciste
Por mi amor la enemiga patria mía,
Y yo, ingrato á tal odio y amor tanto,
Sólo te pago con inútil llanto?»

La espada, esto diciendo, había sacado
Para darse la muerte; pero luego
Sus amigos con él se han abrazado,
Que allí estaba la flor del campo griego;
Principalmente Adrasto, que, turbado
Viendo del triste yerno el furor ciego,
Cuenta, por consolar su desventura,
Mil varios casos de la guerra dura.

Luego de su furor le reprehende,
Quitándolo de allí porque no vea
Aquel fiero dolor, que así lo enciende,
Que por librarse de él morir desea;
La espada envaina al fin, y aunque pretende
Quedarse allí hasta que muerto sea,
Del cuerpo amado á su pesar se aleja,
Y de su suegro y su piedad se queja.

Tal iba, como toro que ha perdido
Al compañero suyo, prenda amada,
Que estando bueno, á un mismo yugo asido,
Muerto cayó sin acabar la obrada;
Vuelve solo al cortijo conocido,
La cerviz con el yugo fatigada,
Aunque dando bufidos, y á su lado
Le lleva el medio el labrador cansado.

En esto un escuadrón de armada gente
Trajo el tebano Rey á aquella parte,
Tan grande, tan osado y tan valiente,
Que pudiera embestir al fiero Marte;
Y el bravo Hipomedonte solamente
Para enfrenar su furia ha sido parte,
Que sin mover los pies parado aguarda,
Y á los más atrevidos acobarda.

Tal levanta del mar peñasco exento
La alta cabeza, en vano combatida,
Ya del agua enojada y ya del viento,
Ya con rayos de Júpiter herida;
Bátela con rigor cada elemento,
Y de agua, viento y rayos sacudida,
Firme está siempre, y nave peregrina
De lejos mira y teme su rüina.

Primero que ninguno el Rey tebano,
Sacudiendo una lanza, que ligera
Salió de su atrevida airada mano,
A los griegos habló de esta manera:
«En presencia del cielo soberano,
¿No os corréis de amparar aquesa fiera?
Que si es infamia eterna de la guerra,
¿Por qué sepulcro le ha de dar la tierra?

»Por cierto gran virtud, hazaña honrosa,
Ponerse á defender un monstruo horrendo,
Y llevarlo á los brazos de su esposa
Porque lo lleve á sepultar gimiendo.
Yo os aseguro al menos de una cosa,
Si lo estáis por aquesto defendiendo,
Que ni el lobo hambriento ni otra fiera
Comerán de él, ni el ave carnicera.

»Y aun estoy por decir que el mismo fuego,
Cuando con él quisieseis abrasarlo,
Huirá también del inhumano griego;
Así que, no curéis de sepultarlo.»
Aquesto dijo solamente, y luego
Sacudió el duro pino, que enclavarlo
Creyó en la altiva y orgullosa frente,
Pero llegó al escudo solamente.

De siete duras planchas era hecho,
Y en la segunda se quedó enclavado;
Feres y Lico con osado pecho,
Cada cual una lanza le ha arrojado;
Fué la que tiró Lico sin provecho,
Que en medio del camino se ha quedado;
Pero esotra de Feres, más osada,
Las plumas le quitó de la celada.

Él, inmovible y sin mover la planta,
Á un tiempo de mil golpes se defiende,
Que ni un pie vuelve atrás ni se adelanta,
Mas con un dardo alguna vez ofende;
Y con valor y diligencia tanta
En defender su amado cuerpo entiende,
Que, ya atrás, ya á los lados, ya delante,
Lo mira cuidadoso y vigilante.

No del lobo defiende de otra suerte
Vaca parida al novillejo tierno,
Y esgrime, por librarlo de la muerte,
En torno de él el uno y otro cuerno;
Y cual si fuera un toro bravo y fuerte,
Con no menos valor é igual gobierno,
Sin temor, y ligera como el viento,
Anda mirando al animal hambriento.

En esto, aunque de tantos ofendido,
Para ofender también halló camino,
Que con Alcón robusto y atrevido
Ída el pisano á socorrerlo vino;
Y habiéndole otros muchos acudido,
Sacudió una gran lanza, un grueso pino,
Que volando salió con tal presteza,
Que á una flecha igualara en ligereza.

De parte á parte pasa en un instante
Á Polites, y en él no detenida,
Mata á Cidón, á Mopson y á Falante
La dura lanza, en tantos no rompida;
A Erice también llega, que, ignorante,
Sin miedo estaba de perder la vida,
Y algunos dardos que tirar pedía,
Y para aquesto el rostro atrás volvía.

Entró por la cerviz el hierro agudo,
Pasa á la boca, y de ella sale al punto,
De suerte que al salir mirarla pudo,
Lleno de admiración, aun no difunto;
Murmura solamente helado y mudo,
Escupe sangre, y ya á la muerte junto,
Los dientes y la vida á un tiempo pierde,
Y con rabia al morir el hierro muerde.

Con atrevida mano Leconteo,
Que entre otros muchos escondido andaba,
Asió por los cabellos á Tideo,
Y de ellos arrastrando lo llevaba;
Y ciego y pertinaz en su deseo,
Por más que Hipomedonte amenazaba,
Cuando iba con su muerto más ufano,
Perdió de un golpe la derecha mano.

É Hipomedonte habiéndola cortado,
«El muerto, dice, que arrastrando llevas
Esa mano atrevida te ha quitado
Para que á los difuntos no te atrevas;
Teme el rigor del enemigo hado,
Y lleno de escarmiento vuelve á Tebas,
Adonde contarás por caso cierto
Que te quitó la mano un hombre muerto.»

Tres veces los tebanos se llevaron
Aquel aborrecido cuerpo frío,
Y tantas los argivos lo cobraron
Con doblado furor y mayor brío.
Tal vez de aquesta suerte arrebataron
En el mar de Sicilia algún navío
Dos vientos, y á pesar del marinero,
Ya adelante y ya atrás corre ligero.

No al bravo Hipomedonte, argivo Marte,
Si todos los tebanos se juntaran,
Para quitarle el cuerpo fueran parte,
Ni de él un solo punto lo apartaran;
No instrumentos, ingenio, industria y arte
Contra su gran valor aprovecharan;
Que á tanto asalto impenetrable y duro
Está, como si fuera un fuerte muro.

Mas, como tanto en la memoria tiene
Su promesa la airada Tesifonte,
Y para obedecer su Rey conviene
Que se aparte primero Hipemedonte,
Con una estratagema al campo viene,
Haciendo estremecerse el horizonte,
Y al punto un nuevo horror sintieron luego
Los del tebano y los del campo griego.

No el riguroso azote ha sacudido,
Fuego como otras veces derramando,
Y sus caballos, sin hacer rüido,
Obedecen su voz y van callando;
Finge que es allí un griego conocido,
Con tierno rostro, afeminado y blando,
Que del temor turbado y descompuesto,
Á Hipomedonte corre y dice aquesto:

«¡Oh el más famoso de la griega gente!
Con pecho valeroso y fuerte mano
Á un muerto defendiendo solamente,
¿A qué el tiempo gastando estás en vano?
Y en tanto Adrasto, con turbada frente,
Preso en poder de un escuadrón tebano,
Á tí te llama, á tí, con mano y lengua,
Pidiéndote favor en tanta mengua.

»¡Cuál lo ví, ay duro caso, sin corona,
Que las canas en sangre ya teñía,
Sin honor, descompuesta la persona,
Que el tebano más vil se le atrevía!
Pues todo el mundo tu valor pregona,
Socorre al noble Rey, que aun todavía
Estará vivo, y no muy lejos queda,
Que aquí está en esta grande polvareda.»

Temblando aquesto dice, y llora en tanto,
Y el valeroso Príncipe le mira
Con miedo oculto, con horror y espanto,
Y de tan grande novedad se admira;
Ya la sigue y da crédito á su llanto,
Ya mira al cuerpo amado y se retira;
Honor le llama, pero amor lo impide,
Y la furia infernal aquesto añide:

«¿No vamos? ¿Quién te estorba? ¿En qué re-
¿Un cuerpo helado basta á detenerte? [paras?
¿A un vivo rey cautivo desamparas,
Y defiendes á un muerto de esta suerte?
¿Qué has de sacar de aquí si al Rey no amparas,
Pues que todo se pierde con su muerte?»
Oyendo aquesto, á su pesar se aleja,
Y á otros encomendado el cuerpo deja.

Corre siguiendo á su engañosa guía,
Y triste de que el cuerpo se dejase,
De rato en rato el rostro atrás volvía
Para tornar si alguno lo llamase;
Tras de ella en vano aquí y allí corría,
Y como ya muy lejos se quedase,
El cuerpo amado, en vano defendido,
Perdió de vista el rostro fementido.

Las armas deja, el hábito y semblante
La infernal furia, y derramando fuego,
Todas sus sierpes sacudió al instante
En la celada del famoso griego;
Los ojos abre al punto, y ve delante
Con los suyos á Adrasto en gran sosiego
Sobre su carro, en libertad segura,
Y sin temer alguna desventura.

Los tebanos en tanto habían ganado
El cuerpo, y publicando su contento,
Un gran clamor al cielo han levantado;
Al inmenso rumor resuena el viento;
El bravo Hipomedonte, que apartado
Oyó en aquel clamor el triste cuento,
Del dolor y coraje que recibe,
Gime y á la venganza se apercibe.

¡Oh gran poder del hado riguroso!
Con libertad el vulgo vil se lleva
Al gran Tideo, en armas tan famoso,
Ni hay alguno que ya no se le atreva;
Aquel que á todos fué tan espantoso,
Ya á caballo de tí haciendo prueba,
Y ya corriendo á pie, con varios modos
Todos lo buscan y le ofenden todos.

Locos del gran contento los tebanos,
Lo despedazan, y por grande gloria
Tiñen en él las armas y las manos,
Cual si en esto estuviera la victoria;
El fuerte y el cobarde, muy ufanos,
Guardan como blasón de ejecutoria
Aquella noble sangre en sus aceros,
Nobleza de los nietos venideros.

No africanos pastores de otra suerte
Celebran su placer y su alegría,
Si alguno por engaños dió la muerte
A gran león que el campo destruía,
A quien el toro más osado y fuerte
Y el más valiente cazador temía,
Tanto, que aunque hambrientos, encerrados
Siempre en la choza estaban los ganados.

Las manadas, el campo y labradores,
Ya sin temor del animal terrible,
Se alegran, dando al cielo mil clamores,
Y aun les parece á muchos increíble;
Todos lo están mirando, y los pastores
Cuentan sus daños y su estrago horrible,
Y los demás, que atónitos lo miran,
Con atención escuchan y se admiran.

Hipomedonte, aunque á la clara siente
Que va tarde y en vano á socorrerlo,
A vengarlo corrió ligeramente,
Ya que otra vez no pueda defenderlo;
Entre la griega y la tebana gente,
Como alguno se atreva á detenerlo,
No hace diferencia; que su acero
Abre lugar por donde va ligero.

Mas con la mucha sangre humedecida,
La tierra toda resbalosa estaba,
De armas, cuerpos y carros impedida,
Y á su pesar el paso le estorbaba;
Y él en el muslo izquierdo una herida
De mano del tebano Rey llevaba,
Que hasta entonces no la había sentido,
O la disimulaba, de corrido.

Y de ella alguna sangre derramando,
El daño siente; pero en esto Aopleo
Lo vió triste, parado y sollozando
Por la infelice muerte de Tideo;
Fué su fiel compañero desde cuando
Huyendo vino de su padre Eneo,
Y agora de escudero le servía,
Y el caballo de riendas le traía.

Aun no sabe el caballo generoso
Que es muerto el amo, y con furor relincha,
Y aunque á pesar del freno riguroso,
Los dientes muestra y las narices hincha;
Batiendo apriesa el corazón furioso,
Hace alargar á la apretada cincha,
Corrido de que el dueño en la batalla
Gusta de andar sin él y á pie se halla.

Subir Hipomedonte en él quería;
Mas el bravo animal, soberbio y fiero,
Que otro alguno jamás sufrido había,
Sino á Tideo, su señor primero,
Da bufidos, se empina y se desvía,
Respetando á su dueño verdadero;
Y como de esto la ocasión entiende
Hipomedonte, así lo reprehende:

«¿Qué huyes, infelice, pues ya esperas
De tu señor el dulce peso en vano?
No ya verás de Aqueloo las riberas
Ni pacerás de Etolia el campo llano;
Ya que te han muerto á tu señor, no quieras
Ir cautivo á servir á algún tebano,
Que su alma agraviarás de aquesta suerte,
Mas ven conmigo y vengarás su muerte.»

Como si lo entendiera, humilde luego
Bajó los brazos é inclinó la frente;
Toma las riendas el famoso griego,
Y con él pasa como rayo ardiente.
Fiero Centauro así, de furor ciego,
Del Osa por sus nieves inclemente
Baja, que el animal la tierra espanta,
Y el hombre atemoriza á cada planta.

Ciérranse los tebanos escuadrones,
Mas él entre ellos con furor se encierra;
Armas, carros, caballos y varones
Destroza y tiende en la enemiga tierra;
Vense desamparados los pendones,
Y él solo á todo un campo hace guerra,
Dejando muchos cuerpos sin cabezas,
Y otros deshechos en menudas piezas.

Los tebanos con planta fugitiva
Llegan á la ribera del Ismeno,
Que, aunque pequeño arroyo, entonces iba
Más que otras veces bravo y de agua lleno;
Las peñas y los árboles derriba,
Escóndense los campos en su seno,
Y al rumor y bramidos de sus ondas
Retumba el eco en sus cavernas hondas.

Atónito y turbado el más valiente
De aquella nunca vista maravilla,
Temiendo el gran furor de la corriente,
No osó pasar y se quedó en la orilla;
Y tanto allí se amontonó la gente,
Que el mismo río se asombra y maravilla
De ver que en tantas armas y banderas
El sol hiere, que enciende sus riberas.

Pero poco la gente allí sosiega;
Que una pesada lanza sacudiendo
El fiero Hipomedonte, á la cual llega,
Y todos alzan un clamor horrendo;
Turbada del temor, la gente ciega
Se arroja á la corriente, y no queriendo
Que el agua los defienda de su fuego,
Tras de ellos salta Hipomedonte luego.

Cuál arroja el escudo y cuál la espada,
No pudiendo con ellos defenderse,
Y cuál se quita el yelmo y la celada,
Queriendo entre las aguas esconderse;
Y así, con la cabeza desarmada
Con peligro mayor deja caerse,
Y en cuanto le permite su resuello,
El cuerpo esconde desde el pie al cabello.

Alguno que pensó escaparse á nado,
Se ahoga, ó de las armas impedido,
Ó de la espada, que ceñida al lado,
Le añadió peso y le apretó el vestido;
No de otra suerte el mar se ha alborotado
Algunas veces, que delfín temido
De los menores peces va nadando,
Los secretos del mar escudriñando.

Huyen de él todos con temor y espanto,
Y escóndese en las peñas cada pece,
Ó entre las verdes algas, hasta tanto
Que encima de las ondas resplandece,
Ádonde, ó ya mirando al cielo santo,
Gusto recibe, ó ya que se le ofrece
Leño veloz que el mar surcando viene,
Mirándolo se para y se entretiene.

De esta suerte, á pesar de la corriente,
El griego á los tebanos ahuyenta,
Rige el freno y las armas juntamente,
Y encima de las aguas se sustenta,
Y con los pies y piernas diligente
Gobierna al animal, que en vano intenta
Asentar en la arena deseada
La planta, á pisar tierra acostumbrada.

A Ion da muerte Cromio, y luego muere
Cromio á manos de Antifo, insigne griego;
Ipseo con una lanza á Antifo hiere,
Y Astiage tras de Antifo muere luego;
Lino muere también, que en agua quiere
Que sus años acabe el hado ciego;
Y así, ya que llegaba á la ribera,
Hizo una lanza que ahogado muera.

Huyen de Hipomedonte los tebanos,
Y los argivos del famoso Ipseo,
Y de ambos teme las airadas manos
El turbio Ismeno, ya sangriento y feo;
Que en medio están de su corriente ufanos,
Haciendo estrago con igual trofeo,
Y ninguno volver quiere á la tierra
Sin morir y acabar allí la guerra.

Mil cabezas y miembros desdichados,
Nadando, unos con otros se revuelven;
Y brazos de sus cuerpos apartados,
Por volver á juntarse al agua vuelven;
Ricos arcos y escudos destrozados
Las fieras olas en la arena envuelven,
Y corren las celadas sobre el río,
Sirviendo cada pluma de navío.

Lanzas y dardos por encima andaban,
Que sumirse en las aguas no podían;
Mas lo hondo los cuerpos ocupaban,
Y allí guerra de nuevo se hacían;
Adonde, aunque la muerte deseaban,
Con heridas mortales no morían,
Porque llegaban, al salir la vida,
Las olas y cerraban la herida.

Agrio, un muchacho, á un olmo se había asido,
Y aquí se lo llevaba la corriente,
Mas Meneceo los brazos le ha partido,
Y al agua bajó el cuerpo solamente;
Tronco solo en efecto no regido
De mano que nadando lo sustente,
Y viendo el olmo, con dolor suspira,
Como sus brazos en su tronco mira.

Ipseo á Sage hirió con dura mano,
Y entre las aguas ya mortal se esconde;
Llamábalo Agenor, su amado hermano,
Pero sola su sangre le responde;
Y viendo el triste que lo llama en vano,
Y que le avisa aquella sangre adónde
El cuerpo amado está, se arroja al río,
Lleno de amor y de temor vacío.

Hállalo ¡ay miserable! en dura suerte,
Pues á hallar su desventura viene,
Que el triste Sage con abrazo fuerte,
Muriendo, entre las aguas lo detiene;
Y aunque los brazos le aflojó la muerte,
Y lugar Agenor y fuerza tiene
Para dejar su hermano y desasirse,
Por no salir sin él quedó á morirse.

Galeto á un enemigo amenazaba,
Y ya la espada desnudado había,
Y cuando el fiero brazo levantaba,
Hizo un gran remolino el agua fría;
Tragóselo en el propio ser que estaba,
De suerte que ya el rostro se escondía,
Ya el brazo, ya el cabello y ya la espada,
Que en vano estaba en alto levantada.

Mil diferencias una muerte ha hecho,
Que allí mil modos de morir ordena;
Iba Agirtes nadando sin provecho,
Y una lanza llegó, de muerte llena;
Entró por un riñón y salió al pecho,
Y revolviendo el rostro en tanta pena,
Ningún contrario vió; que solamente
Lo hirió el gran furor de la corriente.

Hizo otra dura lanza sacudida,
Aunque incierta, con brazo valeroso,
En las espaldas una gran herida
Al caballo de Etolia generoso;
Pendiente azota, al despedir la vida,
El aire y agua el animal furioso,
Deja la silla Hipomedonte presto,
No turbado, aunque triste por aquesto.

Pero de un gran dolor atravesado,
Sintiendo del caballo la rüina,
De la herida el hierro le ha sacado,
Y dando un gran gemido, á pie camina;
Y fiero más que nunca y enojado,
Ó morir ó vengarlo determina;
Y así, con esta furia dió la muerte
A Nomio el flojo y á Mimanto el fuerte.

Hiere á Lica y Liceto á un mismo punto,
Éste de Eubea, pero aquél tebano;
Deja á un hijo de Tespio allí difunto,
Sin querer ofender al otro hermano;
Que viéndolo que estaba al muerto junto,
Y que la muerte procuraba en vano,
«Vive, le dice, y solo vuelve á Tebas,
Y allá darás de mi piedad las nuevas.

»Y no podrás, pues solo te has quedado,
Engañar con la grande semejanza
Al padre tantas veces engañado,
Y esto quiero que debas á mi lanza.
Gracias le doy al cielo, que ha ordenado
Esta batalla aquí, donde esperanza
No tendréis, en tan grande desventura,
De dar á vuestros muertos sepultura.

»Todos iréis al reino de Nereo,
Y á tanto monstruo como el mar encierra
Serviréis de comida, y así creo
Que tendréis en el mar segunda guerra;
No envidia al menos os tendrá Tideo,
Que aunque sin honra en la desnuda tierra
Se queda, al fin en tierra se resuelve,
Y aunque sin fuego, á su principio vuelve.»

Con estos y otros dichos los aflige,
Dolor á las heridas añadiendo,
Y ya el escudo y ya la espada rige,
Ya tiempo reparando y ya hiriendo,
Y ya nadando alguna vez corrige
La corriente furiosa, recibiendo
Lanzas que iban nadando, arrebatadas
Del rigor de las aguas enojadas.

Mata á Terón, que acompañar solía
Por los montes la Diosa cazadora;
A Erse de un tajo, y de un revés á Gía,
Un tiempo labrador, soldado agora;
A Ergino hiere, que pescando había
Gastado el tiempo, y ya la fatal hora
Lo halló á punto que á morir se encierra
Entre los peces, á quien hizo guerra.

Muere Creteo, un tiempo marinero,
Despreciador del mar, y tan osado,
Que el mar de Eubea, en el rigor de Enero,
En un barco mil veces ha pasado.
¿Qué no puede hacer el hado fiero,
Si el que nunca ha temido al mar airado
Ni á los rigores del invierno y frío,
Naufragio hace en un pequeño río?

Llegaba ya Tarsalio á la ribera
Encima de un gran carro, que nadando
Tiraban dos caballos, y ligera
Llegó una dura lanza rechinando;
Heridos ambos de una punta fiera,
Unidos con un yugo, y derramando
Sangre por dos heridas igualmente,
Los acabó también una corriente.

Con tan dura concordia mal heridos,
Empinándose, el carro trastornaron,
Y cayendo de espaldas ya rendidos,
Debajo al dueño triste sepultaron;
Musas, contad qué brazos atrevidos
De vida á Hipomedonte despojaron,
Y por cuál ocasión, de furor lleno,
Le hizo nueva guerra el turbio Ismeno.

Vosotras, que del piélago Leteo
La fama defendéis y su memoria,
Y que del tiempo con igual trofeo
Triunfáis, resucitad aquesta historia.
Con los tebanos se halló Creneo,
Que siempre se preció por grande gloria
Que una hija de Ismeno era su madre,
Ninfa inmortal, y un sátiro su padre.

Nació entre aquestas aguas, y ellas fueron
Su amada patria y casa conocida,
Y siempre ambas orillas le sirvieron
De cuna en los principios de su vida;
Las ninfas como á Dios le obedecieron,
Y él creyó que jamás fuera atrevida
La parca, ni que en él poder tuviera
Estando de su abuelo en la ribera.

El mismo Ismeno, alegre y lisonjero,
Por sus aguas lo lleva libremente,
Ya agua abajo con él corre ligero,
Y ya vuelve agua arriba diligente;
Y cual si fuera el dueño verdadero,
De suerte le obedece la corriente,
Que la huella con pie libre y seguro,
Como si fuera por el campo duro.

No pasa Glauco con mayor presteza
Por el mar de Antedón, ni en el verano
Con mayor libertad y ligereza
Suele Tritón romper el Oceano;
Ni lleva Palemón mayor firmeza
Sobre el delfín que rige con su mano,
Cuando tras de una tempestad pasada
Corre á besar su madre deseada.

Matizada con oro la armadura,
Vencer á lo mejor del mundo pudo,
Y añade adorno y gracia la pintura
En el dorado campo del escudo,
Donde de la tebana gente dura
Así pintó al principio el pincel mudo,
Que faltó sólo que bramidos diese
Para que el toro verdadero fuese.

Sobre él pintada al vivo la doncella
Se ve más animosa y atrevida,
Ya sin temor y por extremo bella,
Que no se cura de ir al cuerno asida;
Alegre se ve el mar en torno de ella,
Porque de él es también favorecida,
Y sus olas de tanta humildad llenas,
Que el pie le llegan á besar apenas.

Dirá quien ve el escudo que camina
El falso toro, cauteloso amante,
Que apriesa á la ribera se avecina,
Y que va el mar sirviéndole delante;
Añade á la pintura peregrina
Fe no pequeña el agua, semejante
A las olas del mar, que en la apariencia
Hace el color muy poca diferencia.

Corriendo, pues, con planta presurosa,
Del favor de las aguas ayudada,
Creteo á Hipomedonte herir osa,
Diciéndole con voz desvergonzada:
«No pienses que ésta es Lerna venenosa,
De las serpientes de Hércules morada;
Aguas sagradas son las de este río,
Padre de más de un dios y abuelo mío.

»Y yo espero en el cielo soberano
Que presto lo sabrás con experiencia,
Y que de ese furor ciego y profano
Has de hacer debida penitencia.»
Así con libertad dijo el tebano,
Y perdida del todo la paciencia,
En vez de voz, con una lanza dura
Respondió Hipomedonte á su locura.

Ismeno, al sacudir el brazo fuerte,
Bramando, de sus aguas hizo un monte,
Creyendo así librarlo de la muerte,
Y tembló á su bramido el horizonte;
Púsose en medio, pero no de suerte
Que el fresno detuviese á Hipomedonte;
Y así, aunque reprimido, llegó adonde
Está la vida y el ánima se esconde.

Viendo tan gran maldad, corre ligera,
Con nuevo horror turbada, la corriente;
Gimiendo murmuró cada ribera,
Y lloró el monte, que su daño siente.
El mancebo al morir la voz postrera
Soltó, diciendo *madre* solamente:
Y el agua, amontonada al triste acento,
Cayó con presuroso movimiento.

Deja al punto la madre alborotada
La cueva de cristal hermoso y frío,
Y de otras muchas ninfas rodeada,
Furiosa va por el hinchado río;
Y llena de temor, con voz turbada
Busca el cuerpo, de espíritu vacío,
Rasga el verde vestido, y su cabello
Esparce al aire y hiere el rostro bello.

«¡Creneo!», dice mil veces, pero en vano,
Que llevado del agua estaba adonde,
Pagando su tributo al mar insano,
Ismeno el curso acaba y la agua esconde;
Llámalo con la lengua y con la mano,
Mas solamente el eco le responde;
Y en esto sobre el agua vió el escudo,
De su inmenso dolor testigo mudo.

No de otra suerte escucha el marinero
Gemir al alcïón, cuando afligido
Busca con triste canto lastimero
Entre las peñas su mojado nido,
Que se lo ha arrebatado el Austro fiero
O se lo esconde el mar embravecido,
Y así espera con triste sentimiento
Que el mar se aplaque y que sosiegue el viento.

Zabúllese otra vez la triste madre,
Corriendo ya agua abajo y ya agua arriba,
Y sin que alguna diligencia cuadre,
Buscando al hijo entre las aguas iba;
Mira todos los senos de su padre,
Oculta en la corriente fugitiva,
Y debajo de la agua llora tanto,
Que aumenta la corriente con su llanto.

Muchas veces, de sangre y de horror lleno,
Le estorba el paso y su favor le niega,
Poniéndose delante el mismo Ismeno,
Mas ella ni se para ni sosiega;
Busca en cada rincón y en cada seno,
Y entre lanzas y espadas corre ciega;
Ni deja cuerpo alguno que no mire,
Ni muerto alguno ve que no suspire.

Y aun entrara en el mar si prohibido
El paso por sus dioses no le fuera;
Y así, algún tanto allí se ha detenido,
Llorando tristemente en la ribera;
Pero de las nereidas sacudido,
Que, llenas de piedad, lo echaron fuera,
Volvió á los brazos de la madre amada,
Ya de correr y de llorar cansada.

Cual si estuviera vivo, así lo abraza;
Dale mil besos y lo arrima al pecho,
Y en la ribera, de admirable traza,
Hace con flores un pequeño lecho;
Con furor sus cabellos despedaza,
Que son para limpiarlo de provecho,
Y habiendo sobre el lecho al hijo puesto,
Con triste y ronca voz le dice aquesto:



«¿Tal dolor vengo á ver y tanta pena?
¿Y esta en tu propia casa ¡ay, madre triste!
No esperada merced, de infamia llena,
Del inmortal abuelo recibiste?
Mas piadosa te fúé la tierra ajena,
Y más del mar favorecida fuiste,
Pues cual si me estuvieran esperando,
Sus olas te trujeron en llegando.

»¿Es aqueste el hermoso rostro bello
Que de este ya afligido y triste mío
Traslado fue? ¿Y aqueste es el cabello
Tan parecido al del amado río?
¿Es aqueste el nevado y liso cuello,
Transparente cristal, ya helado y frío?
¿Estos los ojos son y este el semblante,
Tanto al del padre en todo semejante?

»¿Tú de las aguas y del monte has sido
La gloria ¡ay, malograda prenda mía!
Por quien tan estimada siempre he sido,
Que reina de las ninfas parecía?
¿Qué se ha hecho el donaire no aprendido
Con que ibas á mi cueva cada día,
Adonde las napeas te esperaban,
Porque todas de tí se enamoraban?

»¿Dónde te llevo, ¡ay triste! ó qué procuro,
Si te voy á enterrar y no alegrarme?
Que estando así me fuera más seguro
Morir contigo y en el mar quedarme.
¿No te corres de aquesto, oh padre duro,
Si estás á donde puedas escucharme?
Mas pues ni al nieto ves ni me respondes,
¿En qué laguna de mi voz te escondes?

»Y mi enemigo Hipomedonte en tanto,
A pesar de tus ondas atrevido,
Tan bravo está triunfando de mi llanto,
Que tu orilla y tus aguas le han temido;
Y con razón, pues te ha agraviado tanto,
Que ya de nuestra sangre vas teñido,
Y es tal tu flojedad y tu sosiego,
Que no te vengas del osado griego.

»Ya que no acudas á vengar tu afrenta,
A las obsequias de tu nieto acude,
Porque sin tí mi soledad no sienta,
Si ya obligarte con mi llanto pude.»
Así la triste madre se lamenta,
Y entrambas manos con furor sacude,
Hiriendo el rostro, y sus hermanas bellas
Repiten sus gemidos y querellas.

De esta suerte del Istmo á la ribera
Lloraba al hijo entre las peñas Ino,
Antes que el mar, de compasión, le diera
Con la nueva deidad nombre divino;
Mas por llorar mejor su pena fiera
Y el injusto rigor de su destino,
Retirádose en tanto un poco había
El padre Ismeno á su caverna fría;

Donde entre el hielo y congelada nieve,
Que es el caudal eterno de su fuente,
Su ordinaria humedad el Noto bebe,
Y se alimenta el Arco eternamente;
Aquí, pues, lloró tanto en tiempo breve,
Que aumentó el gran furor de su corriente,
Y aunque el viento en su cueva retumbaba,
Oyó los gritos que su hija daba.

Al punto lleno de ovas se levanta
Con más furor del cristalino suelo,
Holló la nieve con pesada planta
Y sacudió de su cabeza el hielo,
Y turbado salió con priesa tanta,
Ó por vengarse ó por quejarse al cielo,
Que con la turbación se le ha caído
El peñón que en su mano había crecido.

La urna se le cayó, y por ambos lados
Dos montes de agua con furor salieron,
Que á las selvas y campos apartados
Con el terrible estruendo espanto dieron;
Los menores arroyos, admirados,
Atónitos mirándolo estuvieron,
Que de la barba y del cabello frío
Cada pelo brotaba un grande río.

De espuma y barro la corriente ciega
Entre las peñas va precipitada,
Y en esto una afligida ninfa llega,
De romper por las ondas fatigada;
Y aunque en silencio el gran rumor le niega,
Contó á voces la historia desdichada,
Mostrando al triste abuelo con la mano,
Lleno de sangre, al matador ufano.

Paróse, y más soberbio, airado y fiero,
La cabeza con rabia ha sacudido,
Con ella estremeciendo un monte entero,
Y al fin se queja así con gran gemido:
«¿Este es el galardón que de tí espero,
Tras de haberte mil veces recibido
Y encubierto en mis ondas tus maldades,
Oh gran Rector del cielo y sus deidades?

»¿No te encubrí, y aun me hallé contigo,
Cuando de Alcmena á tu placer gozaste
(Ya sin temor con libertad lo digo),
Y tres soles al mundo le quitaste?
Y yo entonces también ¿no fuí el testigo,
Cuando con falsos cuernos adornaste
La mentirosa frente, y tus engaños
Conoció Antiopia en sus mejores años?

»Yo vi el fuego y los rayos rigurosos
Que engañados á Sémele abrasaron,
Y sabes que tus hijos más famosos
En aquesta corriente se lavaron;
Que aunque ahora sean dioses poderosos,
No olvidarán, pues siempre la estimaron,
Baco y Alcides mi corriente fría,
Donde del uno el fuego apagué un día.

»Y habiéndote servido de esta suerte,
Me has hecho un triste campo de batalla,
Lleno de tanta sangre y tanta muerte,
De tanto acero y destrozada malla;
Y en aguas que bastaron á esconderte
Hecha señora la maldad se halla,
Y entre ellas, de sus cuerpos despedidas,
Gimiendo van mil almas afligidas.

»Yo, en fin, un manso arroyo, acostumbrado
A músicas sagradas y clamores,
Que de Baco los cuernos he bañado,
Los blandos tirsos y sus bellas flores,
De tantos muertos y armas ocupado,
Oigo agora trompetas y atambores,
Y con dificultad hallo camino
Para poder llegar al mar vecino.

»No tanta sangre el Estrimón famoso
Verá en sus lagos por ninguna parte,
Ni el Hebro tan sangriento y espumoso
Por Tracia va cuando lo aflige Marte;
Y tú, Baco, ya ingrato ó perezoso,
¿Puedes de aquestas aguas olvidarte,
Que á las principios de tu vida fueron
Las que de madre y cuna te sirvieron?

»Cuando el Idaspes y otro cualquier río
Más sosegado, cristalino y puro
Va por los reinos del Oriente frío,
¿Yo sin provecho tu favor procuro?
Mas tú, que de un muchacho, en daño mío,
Triunfado ufano vas, si no seguro,
No de Inaco verás ya las arenas,
Ni victorioso te verá Micenas.

»Ni te has de alabar entre tu gente
De haber puesto en mi sangre osadas manos,
Si ya no soy mortal, y descendiente
No eres tú de los dioses soberanos.»
Aquesto dijo; y sacudió la frente,
Dando aviso á los valles comarcanos,
Y al punto, más soberbias y enojadas,
Acudieron las aguas conjuradas.

Para darle favor, su antigua nieve
El alto Citerón ha sacudido;
Y Asopo, que mayor favor le debe,
Con todo su caudal le ha socorrido;
Y así, llegó al hermano en tiempo breve,
Por mil secretas venas escondido,
Y alzando la cabeza en un momento,
Las nieblas chupó Ismeno y secó el viento.

De estanques y lagunas perezosas,
Porque ningunos su favor le niegan,
Las detenidas aguas presurosas
Por las entrañas de la tierra llegan;
Esconden ya las olas rigurosas
Ambas orillas y la tierra anegan,
Y alzar las manos ó fijar la planta
No puede Hipomedonte en furia tanta.

Mientras que á la cintura le llegaba,
Despreciaba sus olas y corría;
Mas ya que de los hombros le pasaba,
Ni defenderse ni ofender podía;
De verse tan pequeño se admiraba,
Viendo que entre las aguas se escondía,
Y arrebatada ya de la corriente,
No halla arena donde el paso asiente.

Tal es la tempestad, que ya es un río,
Al mar soberbio en todo semejante,
Cuando lo azotan el invierno frío
Las Pléyadas, que hijas son de Atlante;
Ó cuando su furor sobre un navío
Sacude el Orïón, fiero gigante;
Tal iba agora el enojado Ismeno,
De rabia, de furor y de aguas lleno.

Por el un lado el enemigo embiste;
Mas él, no acobardado en tanto estrecho,
De la corriente al gran furor resiste
Con su nunca rendido y fuerte pecho;
No de su loca pretensión desiste,
Antes un muro de su escudo ha hecho,
De donde la corriente embravecida
Se levanta, en espuma convertida.

Derríbase sobre él en un momento,
Y lo sepulta miserablemente;
Pero luego con nuevo atrevimiento,
Alza del agua la animosa frente.
Viéndolo así el Ismeno, aun no contento
Del inmenso furor de su corriente,
Arranca antiguos olmos y derriba
Sobre él más de una peña fugitiva.

Nadan los troncos y las piedras ruedan,
Del gran furor del agua arrebatadas,
Sin que los unos ni los otros puedan
Sus dos plantas mover, allí enclavadas.
Ramas, peñas terribles y aguas quedan
Cansadas de ofenderle y admiradas;
Batalla desigual, furor insano
Entre un dios inmortal y un hombre humano.

Ni vuelve las espaldas ni se espanta
De torbellinos, peñas ni maderos,
Ni con sus amenazas se quebranta,
Antes él mismo al agua hace fieros;
Y tiene en tanto aprieto osadía tanta,
Que cuando montes de agua más ligeros
Lo embisten, él, burlando de su furia,
Los sale á recibir por más injuria.

Alza el escudo, y cuando más le ofende,
El gran furor del agua en él refrena;
Mas en tanto que de ella se defiende,
Huye debajo de sus pies la arena.
Buscando asiento nuevo, el cuerpo extiende;
Mas no hay tierra segura en tanta pena,
Hasta que, atento, con los pies detiene
Alguna peña que rodando viene.

Y más embravecido y enojado,
«¿De dónde, grita, Ismeno, te ha nacido
Este nuevo furor precipitado,
Y de dónde estas aguas has traído,
A sangre mujeril acostumbrado
Cuando al infame bacanal rüido
Con sangre las tebanas deshonestas
Suelen de Baco profanar las fiestas?»

Aun no acabó de pronunciar aquesto,
Cuando envuelto en un negro torbellino
Y entre el agua y arena manifiesto,
Airado Ismeno á responderle vino,
Y de su desvergüenza descompuesto,
Un grande tronco de pesado pino
Tres veces descargó sobre su escudo
Con cuanta fuerza un dios descargar pudo.

Pierde pie y el escudo, y ve que en vano
A tanta fuerza resistir procura,
Pues contrastar á un dios el que es humano
Es desesperación, si no es locura;
Bate el agua con una y otra mano,
Que ya no halla el pie parte segura,
Y vuelve las espaldas poco á poco,
Arrepentido de su intento loco.

Viéndolo que se rinde y que se humilla
Ya de su pecho acobardado el brío,
Ufano de esta grande maravilla,
Lleva siguiendo el victorioso río.
Los tebanos también desde la orilla,
Subidos sobre un gran peñasco frío,
Flechas tiran y piedras con tal priesa,
Que hacen de ellas una nube espesa.

¿Qué ha de hacer, si á un tiempo de esta suerte
Le están aguas y flechas combatiendo,
Pues no puede esperar honrada muerte
Ni hay ya lugar para escapar huyendo?
Va faltando la fuerza al pecho fuerte,
Las piernas y rodillas, no pudiendo
Sufrir tantos trabajos y fatigas,
Tiemblan ya entre las aguas enemigas.

Arrimado á una peña un fresno había
Que sobre la corriente se alargaba,
De suerte que no bien se parecía
Si entre las aguas ó en la tierra estaba;
Pero en efecto el agua le hacía
Más favor que la tierra y más la amaba,
Y el humor que le daba la corriente
Le pagaba con sombra eternamente.

No sin trabajo á la traidora planta
Mal engañado Hipomedonte llega;
Ásela, y sobre la agua se levanta,
Mas luego el árbol su favor le niega;
Que al punto se arrancó con furia tanta,
Que consigo se trajo al agua ciega,
Con terrible fracaso y gran rüido,
Un gran ribazo, adonde estaba asido.

Pareció un espantoso horrible trueno,
Y lejos las riberas retumbaron,
Braman las aguas, y en el ancho seno
Mil ciegos remolinos se formaron.
Y ya de asombros de la muerte lleno,
Al triste Hipomedonte sepultaron,
Y aun no rendido el animoso griego,
De allí á un rato salió turbado y ciego.

Viéndose fatigado y ya cercano
A la forzosa inevitable muerte,
Vencido al fin se confesó, y en vano
Esta voz arrancó del pecho fuerte:
«¿No te corres, oh Marte soberano,
De verme entre las aguas de esta suerte?
Este pecho y esta alma generosa
¿No merece otra muerte más honrosa?

»¿No hay armas, que á perder vengo la vida
En un arroyo miserablemente,
Como bruto pastor que una avenida
Se llevó entre el ganado de repente?
¿Tanto es de mí la guerra aborrecida,
Que, para mayor pena de mi gente,
No muero adonde puedan sepultarme,
Pues sepulcro los peces han de darme?»

Viendo Juno su muerte miserable,
Al mayor dios enternecida llega,
Y al soberano pecho no mudable
Procurando ablandar, así le ruega:
«¿Tanto, Señor, el hado inexorable
Tiene de perseguir la gente griega?
¿Tanto el rigor de tus enojos dura?
¿Cuándo se ha de acabar su desventura?

»¿Tal odio en inmortal pecho divino,
Que Palas aborrece ya á Tideo,
Y calla Delfos ya sin su adivino,
Y aun no en aquesto pára tu deseo?
¿En qué mi Hipomedonte á parar vino,
Gloria de Argos y honor del campo aqueo,
El que con reverencia y favor tanto
Honró mis aras y mi templo santo?

»¿Al mar ha de ir la gloria de Micenas
A ser de monstruos cebo? ¡Ay caso triste!
¿Adónde agora el fuego está de Atenas
Y aquel Teseo que un tiempo me dijiste?
Que para algún consuelo de mis penas
Sepulcro á los vencidos prometiste;
Mas todo falta ya con daño mío,
Pues tu maldad se le permite á un río.»

Sus ruegos oyó el Padre soberano,
Y sus lágrimas tanto le ablandaron,
Que volviendo á mirar el rio tebano,
Al momento sus aguas se humillaron;
Alegres de no haber venido en vano,
A sus propios lugares se tornaron,
Y vivo, con extraña maravilla,
Hipomedonte pareció en la orilla.

Como cuando dos vientos enojados
Al mar embravecieron con su guerra,
Hasta que por Neptuno desterrados,
También del mar la furia se destierra,
Los montes poco á poco levantados
Ya se ven, y descúbrese la tierra,
Y bajándose el mar en un instante,
Las peñas ve en la orilla el navegante.

Mas ¿de qué la ribera le ha servido
Y el salir con la vida no esperada,
Si una nube de hierros le ha llovido
Sobre él, de los tebanos arrojada?
Que luego todo el campo lo ha ceñido,
Y tanto dardo y flecha arrebatada
Ha llegado á herir el pecho fuerte,
Que han hecho en él mil puertas á la muerte.

Mana la sangre ya por mil heridas
Que en todo el cuerpo en cada miembro siente,
Unas entre las aguas recibidas,
Y otras que ha recibido nuevamente.
Con la humedad las cuerdas encogidas,
Ni mover puede el pie ni alzar la frente;
Y viendo en fin que en vano se defiende,
Ríndese al hado y á morir se tiende.

No de otra suerte antigua y gran encina
Que á las nubes llegó con frente osada
Viene al suelo con súbita rüina,
Del tiempo ó de los vientos arrancada;
Que en tanto que no bien se determina
Donde caerá la planta desdichada,
El monte en torno de ella está temblando,
Y esotras plantas que la están mirando.

Tiéndese en fin, rendido y sin aliento;
Mas no hay allí quien tan osado sea,
Que tenga de acercarse atrevimiento,
Y apenas hay quien á los ojos crea;
Con espacioso y tardo movimiento,
Y embrazando el escudo el que desea
Acreditarse de animoso y fuerte,
Se acerca, aun muerto, para darle muerte.

Pero entre todos el famoso Ipseo
Llegó al rumor con presurosa planta,
Y viéndolo ya muerto, horrible y feo,
Que al más osado con la vista espanta,
Le quitó la celada, y por trofeo
Sobre una grande lanza la levanta,
Y por el campo atónito corriendo,
«Este es Hipomedonte, iba diciendo.

»Este es aquel cuyo temido acero,
Ya fuese con espada ó ya con lanza,
Ahuventaba solo al campo entero,
De Tideo procurando la venganza;
Aquel tan atrevido, horrible y fiero,
Que siendo hombre mortal, tuvo esperanza
De vencer con no visto desafío
La agua enojada de un sagrado río.»

Capaneo, que á las voces del tebano
Conoció la celada, empuñó presto,
De dolor lleno y de furor insano,
Una gran lanza de ciprés funesto;
Pero primero á su derecha mano,
Que solo ella es su dios, le dice aquesto:
«Agora, diestra favorable, agora
No niegues tu favor al que te adora.

»A tí sola respeto y á tí invoco,
De esta guerra, mi dios, inevitable,
Y pues á los demás estimo en poco,
Muéstrate más que nunca favorable.»
Dijo; y seguro el temerario loco
Con aquella blasfemia detestable,
Con tal velocidad el tronco tira,
Que al viento, que se deja atrás, admira.

Pasa el escudo, aunque de acero hecho
Y ejercitado en más de una batalla,
Ni ha sido la loriga de provecho,
Aunque hecha también de fina malla;
Llega el agudo hierro al grande pecho,
Y el aposento de la vida halla,
Y habiendo una gran puerta en él abierto,
Salió por allí el alma, y cayó muerto.

No de otra suerte combatida torre,
Tras de allanar el foso, ocupa el llano,
Por más que con reparos le socorre
Triste ciudad que la defiende en vano;
Capaneo al punto á despojarle corre,
Y antes que le despoje, «¡Oh gran tebano!
Mírame, dice, si aun te queda vida;
Sabrás quien fué el autor de esta herida.

»Yo soy, yo soy.» Y el fiero Capaneo
Los ojos cierra ya, y alegre parte:
«Podrás en el infierno ¡oh gran Ipseo!
De haber muerto á mis manos alabarte.»
Dijo; y tomó la espada por trofeo
Y el roto escudo del tebano Marte,
Y de su Hipomedonte al cuerpo helado
Con su rica celada lo ha llevado.

«Recibe, dice, ¡oh capitán famoso!
El despojo enemigo y tuyo junto,
Mientras al fuego y al sepulcro honroso
No va tu insigne cuerpo ya difunto;
Tendráslo en otro tiempo más dichoso,
Pues no se puede más en este punto;
Capaneo, en tanto que vengó tu muerte,
Tus miembros cubre agora de esta suerte.»

Así Marte la guerra entretenía,
Y así dudosa la victoria andaba,
Que á los tebanos ya favorecía,
Y ya favor á los argivos daba;
Allí por Ipseo Tebas se afligía,
A Hipomedonte el campo aquí lloraba,
Sirviendo en tanta pena y dolor tanto.
De algún consuelo el enemigo llanto.

Con ensueños en tanto alborotada
Atalanta, ligera cazadora,
Por los montes andaba tan turbada,
Que sin saber alguna causa llora;
Una más que otras veces fatigada,
Llegó al Ladón al despuntar la aurora
Para lavar los soñolientos ojos,
Que en durmiendo le daban mil enojos.

Que apenas desvelada y cuidadosa
Los ojos tristes entregaba al sueño,
Cuando el temor del alma congosa
Con alguna ilusión se hacía dueño;
Tal está, que aun durmiendo no reposa,
Porque luego le aflige cada ensueño,
Pintando con imágenes visibles
En la imaginación casos horribles.

Ya le parece en una cueva obscura
Entrar de noche con osada planta;
Ya se le representa sepultura,
Y de ver algún muerto allí se espanta;
Que es el templo después se le figura,
Donde ve sin adorno el ara santa,
Y adonde los despojos ofrecidos
Por su mano, en el suelo están caídos.

Ya el sueño alguna vez le representa
Que lejos de los montes se entretiene,
Que el coro de las ninfas la ahuyenta,
Y no sabe si alguna culpa tiene;
Luego (y aquesto más su pena aumenta)
La gente ve que de la guerra viene,
Ve el caballo, las armas y despojos,
Pero no al hijo pueden ver sus ojos.

Ya parece que el fuego le abrasaba
Los conocidos simulacros santos,
Ya que del hombro se le cae la aljaba,
Prodigios todos de futuros llantos;
El ensueño que más le atormentaba,
Que más asombros le causó y espantos,
Uno fué tan horrible y peregrino,
Que por purgarse de él á Ladón vino.

Había una antigua encina venturosa
En los montes de Arcadia, celebrada,
A la triforme cazadora diosa
Del coro de las ninfas dedicada;
Alta, redonda, grande y espaciosa,
De todos igualmente respetada,
Donde colgaba el arco cada día
Que fatigada de cazar venía.

Aquí también del jabalí terrible
Los colmillos colgaba eternamente,
De los leones el pellejo horrible,
Del ciervo vividor la armada frente;
Y en fin, no hay animal tan invencible,
Cuyo despojo allí no esté pendiente,
Y tantos hay, que apenas rama queda
Donde colgarse algún despojo pueda.

Tanta aljaba, tanto arco y tanta jara
Cuando el sol hiere en ella resplandece,
Que estorban, derramando lumbre clara,
La verde sombra que á la tierra ofrece;
Soñó, pues, que á esta encina, prenda cara,
Llegó cansada, al tiempo que amanece,
A ofrecer la cabeza al tronco santo
De un oso de las selvas de Erimanto.

Mas, de mano sacrílega herida,
Las armas y despojos arrastrando,
En la tierra la encina vió tendida,
Sangre por cada rama derramando;
Y que la causa de tan gran caída
A una llorosa ninfa preguntando,
Le dijo que el autor de tantos males
Baco fué y sus airadas bacanales.

Dando tristes sollozos y gimiendo,
Sacude al punto el sueño congojoso,
Y enjuga el falso llanto, aborreciendo
El ensueño, la noche y el reposo;
Y como ya la aurora iba saliendo,
Salta apriesa del lecho perezoso,
Por purgar de Ladón en la agua pura
Del ensueño el horror y desventura.

Tres veees en las aguas plateadas
Bañó el cabello y escondió la frente,
Oraciones diciendo acomodadas
Al desconsuelo y turbación presente;
Luego con plantas corre aceleradas,
Estando ya á las puertas del Oriente
Manifiesta del todo la mañana,
A visitar las aras de Dïana.

Y hallando en el monte de camino
La encina en su lugar y el tronco sano,
Algo más consolada al templo vino,
Y arrodillada, aquesto dijo en vano:
«Doncella santa, en cuyo altar divino,
Para seguir tu coro soberano,
Te dí mi libertad en sacrificio,
Dedicando mi vida á tu servicio;

»Y aunque en Grecia no usado, eternamente
Así te seguí siempre por la sierra,
Que de Colcos jamás la áspera gente
Con más fidelidad siguió tu guerra,
Ni amazona se vió más diligente
Entre los coros de su dura tierra,
Pues que vencí la natural flaqueza
Con varonil esfuerzo y fortaleza.

»Y aunque en tálamo y lecho aborrecido
Hice ofensa á tus coros virginales,
No por eso los juegos he seguido
De lascivas y torpes bacanales,
Ni jamás á sus bailes he asistido,
Ni sus tirsos usé, ni tus umbrales
Dejé; que desde entonces hasta agora
Un alma fuí doncella y cazadora.

»Y después, de mi culpa arrepentida,
No dejé por aquesto de seguirte,
Ni por cuevas ocultas escondida,
Mi error y parto procuré encubrirte;
Antes perdón, en viéndome parida,
Con un pequeño hijo fuí á pedirte,
Y su vida á tus aras ofreciendo,
Mi ciego error te confesé gimiendo.

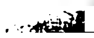
»Como tuyo en los montes le he criado,
Y así de tu valor no degenera,
Pues te es desde la cuna aficionado,
Y el arco en su niñez su bordón era;
Después el arco eternamente ha usado,
Que él, en efecto, fué su voz primera,
Que aun no las plantas afirmaba, cuando
Arco y aljaba me pidió llorando.

»Aqueste, pues, con tu favor seguro,
Las banderas siguió del campo griego,
Que en torno agora del tebano muro
Está haciendo guerra á sangre y fuego;
Y desde entonces en el lecho duro
No hallo algún descanso ni sosiego,
Que apenas me da el sueño algún reposo,
Cuando ensueño algún caso temeroso.

»Permite que esta madre congojosa
Lo vea, y que vencedor ufano sea;
Y si te pido mucho, oh santa Diosa,
Permíteme á lo menos que lo vea;
Vuelva á pisar tu sierra venturosa,
Vuelva á cazar, y en tanto yo no crea
Mis ensueños, pronósticos y agüeros
De llantos y de males venideros,

»Que, en efecto, desgracias pronostican;
Que aquí las enemigas bacanales,
Con su tebano dios, ¿qué significan,
Si prodigios no son de algunos males?
Siempre mis pensamientos más se aplican,
En la interpretación de estas señales,
A algún desastre, pero aquesta encina
Señal fué clara de una gran rüina.

»Sea yo falsa agorera; mas si el cielo
Quiere que estos pronósticos y agüeros
Sean señal de algún grande desconsuelo,
Y que sean mis ensueños verdaderos,
Te ruego por el gran señor de Delo,
Que antes que vea mis males venideros,
Que aquí primero con rigor me hiera
Alguna flecha y que á tus manos muera.



»Por el dolor y miedos que ha pasado
Tu Latona huyendo por el mundo,
Que pases este vientre desdichado,
Como ocasión de mi dolor profundo;
Y antes que muera el hijo malogrado,
En cuya muerte, aun no sabida, fundo
La pena que me aflige de esta suerte,
En Tebas sepa mi infelice muerte.»

Así llorando dijo; y entretanto,
Habiendo en el altar los ojos puesto,
Vió que lloraba el simulacro santo,
Nueva señal de su dolor funesto;
La Diosa, enternecida con su llanto,
Mientras con el cabello descompuesto
Las aras barre, alzándose del suelo,
A Tebas parte en presuroso vuelo.

Sobre el Ménalo pasa diligente,
Rompiendo el aire con ligera planta,
Camino de los dioses solamente,
Lleno de resplandor y lumbre santa;
Y cruzando entre la una y la otra frente
Del Parnaso, con ir con prisa tanta,
Se hubo de detener, porque en el llano
Encontró melancólico á su hermano.

De Tebas á su monte se volvía
Llorando el triste fin de su adivino,
Que por no usada parte abierto había
Al reino de Plutón nuevo camino.
Quedó más claro y más alegre el día
Al uno y otro resplandor divino,
Los dos arcos y aljabas se encontraron,
Y con inmenso amor se saludaron.

Mas Apolo primero, «Oh cara hermana,
Ya sé, dice, que vas al campo aqueo,
Adonde de tu ayuda soberana
Necesitado está Partenopeo;
Mas vas en vano á la ciudad tebana,
Y en vano es tu piedad y tu deseo,
Y lo sabes también; pero Atalanta
Con lágrimas movió tu piedad santa.

»Pluguiera al cielo que un humilde ruego
Mover pudiera al inhumano hado;
Pero por su rigor del campo griego
Vuelvo, cual ya me ves, avergonzado;
Con estos ojos ví al infierno ciego
Y descender á mi adivino amado,
Y no pude, aunque ví la tierra abierta,
Tener el carro ni cerrar la puerta.

»¿Quién me querrá servir, si de esta suerte
Á quien me sirve en su aflicción ayudo,
Y si es tan poderoso el hado y fuerte,
Qué á estorbar su favor en vano acudo?
Cada caverna llora por su muerte,
Y por él cada oráculo está mudo,
Y yo también por él llorando quedo,
Pues no pagarle en otra cosa puedo.

»Tú, que ya ves que en vano te fatigas,
Pues todo al libre hado está sujeto,
No te fatigues ni tu intento sigas,
Que tu mancebo morirá en efeto,
Y dan priesa las parcas enemigas,
Y no podrás valerle en tanto aprieto,
Ni te puede engañar tu propio hermano,
Que esta es la voluntad del hado insano.»

«Cuando el hado, responde, inexorable
Mudar no pueda la sentencia dada,
Honrarélo en su muerte miserable,
Y vengaré su vida malograda;
Que también es mi flecha irrevocable,
Y no se alabará la mano osada
Que su inocente sangre derramare,
Ni dios habrá que en su maldad le ampare.»

Con aquesto, besándose primero,
Más triste á la enemiga Tebas parte,
Adonde más sangriento, airado y fiero
De nuevo andaba el riguroso Marte;
No hay sana espada ya ni escudo entero,
Y se animan de nuevo en cada parte,
Por vengar los de Tebas á su Ipseo,
Y á Hipomedonte los del campo aqueo.

Nó hay ya quien á la muerte el rostro huya
Por aspirar á la victoria incierta,
Ni teme alguno de perder la suya,
Como su sangre el enemigo vierta;
Y á trueque de que el otro se destruya,
No hay rey que sienta el ver su gente muerta;
Todos los pechos á la muerte entregan,
Y dan la vida y las espaldas niegan.

Así la gente griega y la tebana
Andaba, y la batalla más reñida,
Cuando con gran velocidad Dïana
Llegó triste á la tierra conocida;
Tiemblan los valles y la tierra llana,
Que igualmente de todos es temida,
Desde que muertos en la tierra fría
A los hijos de Niobe dejó un día.

Partenopeo por el campo andaba,
Con la poca experiencia mal osado,
Que el cazador caballo lo llevaba,
No bien al duro freno acostumbrado;
Y una manchada tigre le adornaba
Las espaldas, pendiendo á cada lado,
No sin primor, las uñas de la fiera,
Que oro fino parecen desde afuera.

De un jabalí el colmillo y blanco diente,
Despojo de los montes, lleva al pecho,
Las crines entrenzadas, y en la frente
De varias cintas un copete hecho;
Y él, de púrpura, al sol resplandeciente,
Hecha de oro una flor de trecho á trecho,
Un rico manto lleva, que, ceñido
Al cuello, en las espaldas va tendido.

Túnica rica, en oro entretejida
(Que ocupó su hilaza y su hechura
Mucho tiempo á su madre), recogida
De un cordón también de oro á la cintura,
Y de un dorado talabarte asida
Rica espada, envainada en plata pura,
De oro es la guarnición y el puño de oro,
Y todo tal, que vale un gran tesoro.

Pendiente al lado izquierdo el fuerte escudo,
Y la aljaba con flechas, de oro llenas,
A las espaldas, pero al pecho un nudo
Hacen, de oro y de plata, sus cadenas;
Tanta plata, tanto oro y hierro crudo,
Al resplandor diferenciado apenas,
Forma el correr un murmurar sonoro,
Que causa horror, aunque de plata y oro.

Lleno de perlas por extremo bellas,
Responde el yelmo á lo demás del traje,
Porque en él resplandecen mil estrellas,
Que piedras son que al sol hacen ultraje;
Levántase, haciendo sombra en ellas,
Lleno también de piedras, un plumaje,
Hecho de varias plumas y colores,
Que de lejos al sol parecen flores.

Pero cuando se quita la celada
Para limpiar el rostro caluroso,
A la rubia madeja desatada
Esconde el sol la suya, de envidioso;
Cada mejilla, en el sudor bañada,
Rosa es, que más alegre y más hermoso
El rostro hace del gallardo mozo,
Que aun se tiene el primer dorado bozo.

Mas pésale de ver que su belleza
Tan bien parezca á todos, y procura
Turbar con amenazas y aspereza,
Con ira y con furor, su hermosura;
Pero, como fingida, su fiereza
No mucho tiempo en el semblante dura,
Y el furor, como nuevo, fácilmente
Guarda el respeto á su nevada frente.

Suspenso á su beldad, cada tebano
Ir y tornar con libertad lo deja,
Y por no ensangrentar en él su mano,
A otra parte se vuelve y de él se aleja;
Y él, de ver que se apartan muy ufano,
Pensando que es de miedo, los aqueja,
Y paga aquella cortesía pïadosa
Con una y otra flecha rigurosa.

Y aun las ninfas tebanas, que lo miran
Desde los valles del Teumoso umbroso,
Su hermosura alaban, y suspiran,
Y en vano desean verlo victorioso;
En fin, hombres y ninfas de él se admiran,
Porque el sudor lo hace más hermoso;
Y la hermana de Febo, aquesto viendo,
Las riendas soltó al llanto, así diciendo:

«¡Ay malogrado mozo, que á ayudarte
En vano vengo! ¿Adónde tu Dïana
Remedio hallará para librarte
Del hado y de la muerte, ya cercana?
¿Tanto pudo el amor del fiero Marte?
¡Ay pródiga virtud! ¡Ay gloria vana!
Traidoras consejeras, que traerte
En tierna edad pudieron á la muerte.

»Que el Ménalo (creyendo sus engaños
Y sus falsas promesas lisonjeras)
Te era ya angosto, y para tantos daños
Lo trocaste por armas y banderas;
Y me acuerdo que en él no ha muchos años
Que por el monte y cuevas de las fieras
No ibas seguro sin tu madre al lado,
Y aun era su arco para tí pesado.

»Y ella con tiernas lágrimas agora
Culpa tu temerario atrevimiento,
Y en tanto que ella en mis umbrales llora,
Alegre aquí tus flechas das al viento;
Y al son de la trompeta, que sonora
Es para tí, corriendo vas sin tiento,
Sin ver que si morir con honra quieres,
Para tu madre solamente mueres.»

Dijo; y en una nube transparente
Llegó volando á donde el mozo estaba,
Donde más apretada está la gente,
Y más reñida la batalla andaba;
Todas las flechas invisiblemente
Le hurtó, y en vez de ellas, en la aljaba
Puso las suyas, porque siempre hiera,
Y siempre al que hiriere luego muera.

Y porque alguno (en tanto que la muerte
Y el hado irrevocable no lo llama)
Con flecha, dardo ó lanza no le acierte,
Un sagrado licor sobre él derrama;
Así lo hace más osado y fuerte,
Porque deje al morir eterna fama,
Y también al caballo generoso
Hace con el licor más animoso.

Y luego, porque vaya más seguro
Mientras dura la vida y la osadía,
Sobre el licor aplica algún conjuro
De los que en Colcos enseñar solía
Cuando con su favor al aire puro,
En el silencio de la noche fría,
Iban sus mangas con horror y espanto
Buscando hierbas para algún encanto.

Al punto, apriesa el arco sacudiendo,
Como rayo arrojado abre el camino,
Aquí y allí con libertad corriendo,
Conforme se le antoja á su destino;
Por donde quiera estrago va haciendo,
Usando mucho del favor divino,
Y va tan ciego, que su propia vida,
La de su madre y de su gente olvida.

Como león á quien manjar sangriento,
Por ser de poca edad, su madre lleva
Hasta tanto que tiene atrevimiento,
Que ve sus uñas y su fuerza prueba,
Sale á buscar él mismo su alimento,
Y luego no se acuerda de su cueva,
Que, viendo de manjar la tierra llena,
Se afrenta de comer por mano ajena.

¿Qué lengua contará, noble mancebo,
Los muchos que á tus flechas se han rendido
Después que el celestial favor de nuevo
Te ha hecho más furioso y atrevido?
Natural de Tanagria fué Corebo,
El primero en el cuello mal herido,
Que una jara sutil hallarlo pudo,
Pasando entre la gola y el escudo.

Aun no brotaba sangre la herida,
Y estaba el rostro ya de muerte lleno,
Que hasta adonde el alma está escondida
En un momento penetró el veneno;
La vista perdió luego, y ya sin vida,
Desocupa la silla y deja el freno;
Libre el caballo de su carga amada,
Gimió su libertad no deseada.

Con otra flecha Euricio quedó ciego,
Que por el ojo izquierdo entró ligera,
Y llena de él, con mano osada luego
La rigurosa flecha sacó afuera;
Corre á vengarse en el flechero griego,
Mas él la flecha sacudió tercera,
Y al otro ojo llegando en triste punto,
Quedó ciego del todo, aun no difunto.

Sigue, con todo aquesto, al enemigo
Por donde la memoria lo ha llevado;
Mas sobre Ida cayó, que era su amigo,
Y de otra flecha estaba atravesado;
Y corrido de ver que sin castigo
El que lo dejó á obscuras se ha quedado,
A amigos y á enemigos igualmente
La muerte pide con obscura frente.

A Argos hiere también, muy conocido
Por su cabello en la ciudad tebana,
Y al infame Cidón, aborrecido
Por los torpes amores con su hermana;
Aquéste en ambas sienes fué herido,
Y descubrió la flecha de Dïana,
Hierro por una y plumas por esotra,
Y la sangre salió por una y otra.

A Argos, á quien rompió la ingle derecha
La aguda punta, en vano le desea
Tebas la vida, pero no aprovecha,
Que no hay herida que mortal no sea;
Del gran rigor de la inhumana flecha
Nadie escaparse con industria crea,
Que ni á beldad ni á mocedad perdona
La flecha de la hija de Latona.

No á Lamo le aprovecha el ser hermoso,
Ni la sagrada venda á Ligdo importa,
Ni el ser muchacho á Alón, que el riguroso
Arco la vida á todos tres acorta;
A Lamo el duro hierro venenoso
Hirió en el rostro, á Ligdo el cuello corta,
Y al bello Alón en la nevada frente
Hizo de sangre una copiosa fuente.

De Eubea natural era el primero,
El segundo de Tisbe, que nevada
Está lo más del año, y el tercero
De Amictas, verde siempre y nunca helada.
Jamás el arco de templado acero
Descansa, ni la mano está parada,
Ni jamás flecha alguna sacudida
El viento rompe sin hacer herida.

Clavada apenas una flecha queda,
Cuando otra suena por el aire vago;
¿Quién pensara jamás que un arco pueda
Y una mano hacer tan grande estrago?
Tantos cuerpos por él la tierra hereda,
Que ya es de sangre un infelice lago,
Ya de este al otro lado se revuelve,
Ya á los que huyen sigue, y ya se vuelve.

Pero ya avergonzada mucha gente
Para vengar á tantos se juntaba,
Y Anfión, del mismo Jove descendiente,
Que el daño hasta entonces ignoraba,
Dice primero así: «¿Tan insolente
Te ha de hacer un arco y una aljaba,
Oh mal osado mozo? ¿Hasta cuándo
Tan libre has de ir la muerte dilatando?

»¿Sola, en efecto, has de dejar muriendo,
Tu madre triste que te espera en vano,
Que con tal desvergüenza vas corriendo,
Porque nadie te espera muy ufano?
Si piensas que de miedo van huyendo,
Te has engañado, que ningún tébano,
De lástima, te espera, y se ahuyenta
Porque el reñir contigo sea afrenta.

»Vuélvete á Arcadia, y entre tus iguales
Allí juega á las guerras de burlando,
Que aquí de solo el polvo las señales
Á Marte encruelecen peleando;
Pero si honrosas pompas funerales
Con tu temprana muerte estás buscando,
Haré que goces el honor que esperas,
Y que, aunque mozo, entre varones mueras.»

Con nueva furia el mozo despreciado
Dijo, sin esperar blasfemias nuevas:
«De varón son las armas que á mi lado
He traído al ejército de Tebas;
Ni tú eres tan valiente ó tan osado,
Que indignamente contra mí las muevas,
Ñi yo tan joven, aunque más lo sea,
Que con tales recuse la pelea.

»Al sucesor de Arcadia estás mirando,
No de sangre tebana descendiente,
Ni de madre nacido que celando
El parto, en noche obscura hizo patente;
No adornamos, á Baco celebrando,
Ella ni yo de pámpanos la frente,
No lanzas á traición tirar supimos,
Vencidos del licor de sus racimos.

»Yo aprendí en las corrientes más estrechas
Cortar, nadando, el más hondable río,
Y en las cuevas del tiempo ya deshechas
Con las fieras entrar á desafío;
Mas ¿qué digo? mi madre trae de flechas
Siempre tan lleno el hombro como el mío,
Y el arco es siempre alivio de sus males,
Mientras las vuestras tocan atabales.»

Tales afrentas Anfión no pudo
Sufrir, y apercibido á la venganza,
Del pecho aparta el brazo del escudo,
Y con el diestro le arrojó una lanza;
Empero el resplandor del hierro crudo,
Que herido del sol, mil rayos lanza,
Al caballo turbó, y torciendo el pecho,
Dejó pasar el asta sin provecho.

Viendo el efecto en vano, más le embiste
Anfión con la espada, y más le acosa,
Cuando de nueva forma se reviste
Delante de ellos la silvestre diosa.
Al lado del mancebo siempre asiste
Dorceo, á quien la madre piadosa
Del hijo encomendó los tiernos años,
Y de la guerra los temidos daños.

De éste tomó el semblante y la figura,
Las armas y la voz la diosa casta,
Y fingiendo del ayo la cordura,
«Basta, le dice, Rey de Arcadia, basta;
Mira que en esta guerra mal segura
Tanto como una flecha vuela un asta;
Ten lástima á tu madre en tantas pruebas,
Y teme el dios que favorece á Tebas.»

No por eso el temor en él se anida;
Antes dice: «Oh carísimo Dorceo,
Déjame que éste prive de la vida,
Y otro bien que me hagas no deseo.
Si él lanza empuña y malla trae vestida,
De lanza y malla yo también me arreo;
¿Por qué le he de temer, pues que me hallo
Igual con él en armas y caballo?

»Colgar su rica vestidura espero
Del alto umbral del templo de Diana;
Porque los hombros de un tebano fiero
No merecen tanto oro y tanta grana;
Sus flechas á mi madre donar quiero,
A quien siempre la aljaba fué liviana.»
Diana, que el fin sabe de su hado,
Con risa el llanto, oyéndole, ha mezclado.

Vióla ocupada en esto, desde el cielo,
Venus, que á Marte tiene en su presencia,
Y acordándole el grave desconsuelo
Que Tebas pasa en esta competencia,
Y que es Cadmo su yerno y que es abuelo
De esta común de todos descendencia,
El dolor que en su pecho oculto tiene,
Con aquesta ocasión á decir viene.

«¿No ves, oh Marte, el loco atrevimiento
De esta virgen, que en serlo confiada,
En el campo ejercita tu ardimiento,
Sin temer tanta lanza y tanta espada?
Si á los nuestros ofrece fin sangriento,
Como si tu virtud le fuera dada,
Sólo te falta ya, si á esto te obligas,
Que ella la guerra y tú las ciervas sigas.»

A las armas saltó ligero Marte,
De las justas querellas obligado,
Y por el aire vago al campo parte
De sola ira mortal acompañado;
Y á los demás furores de su parte
Que en la guerra trabajen ha dejado,
Y á la diosa que oficio ajeno emprende
Con tales asperezas reprehende :

«No te ha dado á tí el Padre de los dioses
Poder sobre esta guerra, porque en ella
Tomes las armas y regirlas oses,
Que este no es ejercicio de doncella.
¿Con tu mano es razón que el campo acoses,
Donde la mía todo lo atropella?
Véte de él, y verás que no me igualas,
Pues donde Marte está no importa Palas.»

Diana, oyendo el riguroso bando,
¿Qué ha de hacer, si con semblante fiero
Ve de una parte á Marte amenazando,
Y de otra ve el de Júpiter severo,
Y las parcas, que apriesa están hilando
De la vida del mozo el fin postrero?
Viendo que en vano á su remedio aspira,
Vencida de vergüenza se retira.

Luego de los tebanos escuadrones
El horrendo Driante se ha movido,
De la sangre heredero y las pasiones
De Orión, de Diana aborrecido;
Que aunque fueran los árcades leones,
No bastaran al odio envejecido
Con que en ellos vengar la muerte espera
Que dió á su abuelo la pisada fiera.

Con tanta furia sobre Arcadia viene,
Que á los primeros golpes, de turbados,
Ya más de un pueblo capitán no tiene,
Y á más de un capitán faltan soldados.
Mide el suelo la gente de Cilene,
Unos huyendo y otros derribados,
Y los que habitan el umbroso valle
De Tegea le ofrecen ancha calle.

Solo queda el mancebo, y sólo espera,
Aunque cansado, ejecutar su ira
En el que á tantos da la muerte fiera,
Que esto no le acobarda, aunque le admira;
Va de escuadra en escuadra, y donde quiera
De su desgracia mil presagios mira,
Porque siempre delante de él asiste
La obscura sombra de la muerte triste.

Mira de su escuadrón casi acabado
Que ya los raros compañeros cuenta;
Mira á Dorceo el verdadero al lado,
De quien en vano aconsejarse intenta;
Siente el hombro de flechas aliviado,
Y el peso de las armas que se aumenta;
Conoce que es muchacho, y no bastante
Contra la fuerza del feroz Driante.

Y viendo sobre sí grandeza tanta,
Nuevo temor se esparce por sus venas.
Cual blanco cisne que su muerte canta
Del frígido Estrimón en las arenas,
Si al águila que al cielo se levanta
Ve sobre sí, las garras de ira llenas,
Se encoge entre sus alas, y quisiera
Que allí se lo tragara la ribera;

Tal viendo el brazo del gigante fiero,
Que ya los golpes le descarga encima,
El horror de la muerte mensajero,
Le encoge, le acobarda y desanima;
Y aunque robado su color primero
Con ver que en vano su remedio estima,
Las armas apercibe, el arco embraza,
Invocando á la diosa de la caza.

Y con fuerza mayor que antes solía
El cuerpo encorva y el temor desecha,
Y un brazo de otro tanto así desvía,
Que toca en los extremos de la flecha;
Cuando una lanza su contrario envía,
Cual torbellino, al arco tan derecha,
Que cortando la cuerda retorcida,
Le abrió en el hombro una mortal herida.

Floja con el dolor la diestra mano,
Suelta el arco y el freno juntamente,
Corre el caballo libre por el llano,
Mas no le dan lugar de que se ausente;
Que rechinando por el aire vano
Otra lanza, llegó tan de repente,
Que la huída del caballo estorba,
Cortándole una pierna por la corva.

Y de una y otra lanza sacudida,
Apenas vió el efecto deseado
Drïante, cuando ajeno de la vida
Lo vieron por el campo revolcado.
¡Caso extraño! sin golpe ni herida
Vino á morir quien tantos había dado,
Y aunque es el hecho de su muerte incierto,
Bien sospechan las manos que le han muerto.

Luego al mozo de en medio de la gente
Saca en hombros la suya cazadora.
¡Oh simple edad, que su dolor no siente,
Y del caballo la desgracia llora!
La celada le aflojan de la frente,
Y vese la beldad que Arcadia adora
Andar por sus facciones fugitiva,
Sin hallar quien la albergue ó la reciba.

No la admite ya el oro del cabello,
Que enmarañado está y descolorido,
Ni el labio amortiguado, antes tan bello,
Ni el mirar agradable, ya dormido;
Menos la admite el blanco pecho y cuello,
Que en un río de sangre convertido,
Á tierno llanto y compasión moviera
Al más cruel tebano que le viera.

Soltó la flaca voz Partenopeo,
Y dijo, aunque en sollozos atajada:
«Yo muera ya, carísimo Dorceo;
Vé y consuela á mi madre desdichada;
Que ya por los presagios que en mí veo
No está ignorante de mi muerte airada,
Que no es posible sino que algún día
Soñando ha visto alguna sombra mía.

»Vé, y antes que le des la triste nueva,
Entreténla y engáñala de suerte
Que á muerte repentina no le mueva
El dolor repentino de mi muerte;
Y guárdate si entonces armas lleva,
Cuando le cuentes mi desdicha; advierte
Que con la pena y el dolor tan fiero,
No guardará respeto al mensajero.

»Y díle, cuando ya forzoso sea
Confesarle mi muerte: — ¡Oh madre triste!
Este justo castigo en mí se emplea,
Pues desprecié el consejo que me diste.
Cual rapaz me dispuse á la pelea
Que tantas veces tú me defendiste,
Y con las mismas armas defendidas
No perdoné la tuya en tantas vidas.

»Vive ya, pues mi muerte te ha vengado
Del tiempo que te fuí desobediente,
Y desecha el temor, que ya ha faltado
La ocasión, de ver tu hijo ausente,
Cuando desde Libeo en el collado
Llorabas mi partida tiernamente,
Hasta perder de vista y del oído
De mi escuadrón el polvo y el rüido.

»Postrado estoy en esta tierra fría,
Sin gozar del regalo de tu pecho,
Adonde el mío descansar podría,
Ya sin aliento y sin valor deshecho.
Mas, pues quiere la triste suerte mía
Estemos tanto trecho en tanto estrecho,
De aqueste mi cabello gozar puedes,
Que ha sido un tiempo de las ninfas redes.

»Este cabello, pues, que tú peinabas,
Y enmarañado ya, cortar consiento;
Éste que á mi pesar aderezabas
Con mujeril trenzado y ornamento;
A éste por el cuerpo que esperabas
Las exequias harás y monumento,
Y entre ellas, pues la prenda mejor pierdes,
De esto sólo te ruego que te acuerdes:

»Que otro brazo mis dardos no ejercite,
Si en tirarlos no fuere ejercitado,
Ni de mis perros las traíllas quite
Quien en cazar con perros no está usado;
Y este arco mío, que al primer embite
Fué en la primera guerra desdichado,
Herede el fuego, ó por mayor ejemplo,
De la ingrata Dïana ocupe el templo.»—

LIBRO DÉCIMO.

ARGUMENTO.

Con la noche se retiran los campos. Salen los tebanos á dar, con la obscuridad, en el real de los griegos. Las matronas de Argos hacen sacrificio á Juno. Baja la Diosa á la casa del Sueño. Mándale que adormezca á los tebanos. Obedécela el Sueño. Salen treinta y tres griegos animados por el sacerdote Tiodamante. Dan en el real de los tebanos dormidos. Hacen en ellos cruel estrago. Retíranse á su real. Quédanse dos de ellos buscando los cuerpos de Tideo y de Partenopeo. Habiéndolos hallado, y volviendo con ellos, sáleles al encuentro un escuadrón de tebanos, que matan al uno, y el otro se mata con su espada. Embisten los griegos la ciudad. Mueren muchos de ambas partes. Murmuran los tebanos de su Rey. Consultan á Tiresias, agorero ciego, el cual hace sacrificio á los dioses. Dice que muriendo el postrero descendiente de Cadmo se aplacará la guerra. Meneceo entiende por sí el agüero. Ofrécese al sacrificio. Quiérelo estorbar Creonte, su padre. Él lo engaña, y súbese á la muralla, donde con su espada se atravesó el pecho. Capaneo anda furioso entre los tebanos. Sube al muro de Tebas. Blasfema contra los dioses. Ellos piden venganza á Júpiter, el cual le tiró un rayo, con que lo abrasa.

La noche por las puertas del Oriente,
Con mayor brevedad que antes solía,
Cubrió la luz del sol resplandeciente,
Que Júpiter mandó abreviar el día;
Mas no para mostrarse más clemente
De la griega ó tebana compañía,
Sino por ver á tantos forasteros
Ensangrentar sin culpa los aceros.

De sangre, armas, caballos y heridos
Mostróse al punto la campaña llena,
En que entraron soberbios y atrevidos,
Mas ya desiertos en la seca arena.
Dejan los cuerpos muertos esparcidos,
Sin sepultarlos, como á causa ajena;
Su mismo brazo alguno, ó pie cortado,
Por retirarse se dejó olvidado.

Y luego á las banderas destrozadas,
Rotas con el nublado de las flechas,
Las unas y otras gentes, afrentadas,
Recorrieron sus haces ya deshechas;
Diéronles al volver anchas entradas
Las puertas, que al salir fueron estrechas,
Y después de unos y otros recogidos,
Iguales se escucharon los gemidos.

Mas tiene por solaz de sus afanes
El tebano en aquestos alborotos
Ver que perdidos van sin capitanes
Cuatro escuadrones de los griegos rotos;
Cual naves combatidas de huracanes,
Sin velas, sin gobierno de pilotos,
De cuyos viudos destrozados leños
La tempestad y el hado son los dueños.

Tomó de aquí el tebano más aliento,
No ya de repararse de sus males,
Mas de seguir con nuevo atrevimiento
Del fugitivo griego los rëales,
Porque volver no pueda tan contento
A pisar de Micenas los umbrales;
Y del secreto aviso con cautela
Fué la voz de una en otra centinela.



Salir al caso en esta noche obscura
Tocó por suerte al capitán Megeo,
Y de su voluntad, que honor procura,
Alico acompañarle en el trofeo;
Y cual si el tiempo que la noche dura
Fuese de una olimpíada el rodeo,
De armas, lumbres, comidas y soldados
Salen tan prevenidos como osados.

Aprueba el Rey del hecho la osadía,
Y les dice: «Oh tebanos vencedores,
Durar no pueden de esta noche fría
Las tinieblas, amigas de temores,
Ni está lejos la clara luz del día,
Cuyos trabajos no serán mayores;
Igualad vuestros ánimos al hecho,
Cual si llevareis dioses en el pecho.

»Ya de sus haces las mejores de ellas
Habéis postrado, y por el suelo alerna
Ya de Tideo cesan las querellas,
De que el infierno os da venganza eterna;
Del que juzgaba, viendo las estrellas,
Lo que por ellas Júpiter gobierna,
Ya visteis, con su muerte arrebatada,
Cómo la muerte se quedó pasmada.

»De Hipomedonte falta el bravo aliento,
Que á Ismeno enriqueció las espadañas;
Falta el joven de Arcadia, aunque me afrento
Con ésta acrecentar vuestras hazañas;
En las manos tenéis el vencimiento,
Pues de siete naciones tan extrañas,
Ya de los cuatro capitanes de ellas
No resplandecen las celadas bellas.



»Por dicha, en las escuadras que han quedado
Hay que temer en todo el campo aqueo.
¿Daráos de Adrasto la vejez cuidado,
Ó de mi hermano el juvenil deseo,
Ó temerá vuestro valor osado
Al insano furor de Capaneo?
Id, no temáis, volad, y á sangre y fuego
Seguí el alcance al fugitivo griego.

»A un campo destrozado un campo entero
Acometéis, y en una noche corta
Sus despojos por vuestros considero;
Hacienda vuestra es, guardarla importa.»
Tal supo el Rey decirles lisonjero,
Y con tales palabras los exhorta,
Que con nuevo furor y fuerza nueva
Él pasado trabajo se renueva.

Y tales como estaban, polvorosos,
De tanta sangre y de sudor cubiertos,
Revolvieron los pasos presurosos,
Dando apenas lugar á sus conciertos;
Los abrazos desechan amorosos
De los que ya los esperaban muertos,
Y volviendo la espalda al más amigo,
Cercan de fuego el valle al enemigo.

Tal de hambrientos lobos la manada,
Que á todo da la hambre atrevimiento,
Busca por varios campos la majada,
Donde oyó del cordero el tierno acento;
Mas su esperanza se halló frustrada,
Que está cerrado el pastoral asiento;
Y así, en la piedra que de entrar le excluye
Sus uñas rompe y dientes disminuye.

Y en tanto, con humildes sacrificios
Haciendo á Juno ofrecimientos largos,
De las aras de Pélope en los quicios
Se ven postradas las matronas de Argos;
De su templo le acuerdan los servicios,
Y á vuelta de sus llantos tan amargos,
Enseñan á sus hijos que en las tallas
De las puertas abracen las medallas.

Suplican que á los griegos escuadrones
Libres volver permita á sus lugares,
Y aunque el día faltó á sus devociones,
Nunca el fuego faltó de sus altares;
Que veladoras llamas en blandones
Vencieron de la noche los pesares,
Tal, que aunque obscura con la luz que había,
Sólo en el llanto noche parecía.

De blanca tela, de oro recamada,
A quien hace la púrpura más bella,
Obra que ni tejida ni labrada
Se vido en canastillo de doncella,
Ni mano que no fuese de casada
Supo en tres años dar puntada en ella,
Humildes ofrecieron rico manto,
Por casto velo, al simulacro santo.

Pintada allí la Diosa soberana
Se ve de tierna edad, tan vergonzosa,
Que parece que teme, siendo hermana
De Júpiter, venir á ser esposa
De quien, aunque en edad también temprana,
Baja el rostro al regalo desdeñosa,
Y de él aun no ofendida, se desvía,
Que dirán que ella huye y que él porfía.



De este precioso manto, de este velo
La santa imagen de marfil cubriendo,
«Reina, le dicen, del sidéreo cielo,
Que nuestro tierno llanto estás oyendo,
Mira de Tebas el infame suelo,
Que fué de concubinas monstruo horrendo;
Y pues que puedes, de otro rayo airado
Perezca, cual la madre de tu alnado.»

Confusa Juno en esta diferencia,
De tantos dones obligada, á ruegos,
Y que no hay que esperar en la clemencia
De Júpiter, contrario de sus griegos,
Ni hallando en los hados resistencia,
De la venganza ejecutores ciegos,
El caso le ofreció nueva cautela,
Mirando el valle del tebano en vela.

Y viendo que su ánimo inmudable
Al descanso ni al sueño no perdona,
De ira estremece el rostro venerable,
Que estuvo por caerse la corona;
No en el parto de Alcides indomable
Mostró tan ofendida su persona,
Ni cuando de las dos tebanas bellas
Vido la sucesión en las estrellas.

Al fin, del flojo sueño en la dulzura
Determina ligarlos, de manera
Que sea de sus vidas sepultura
El que descanso de sus vidas fuera;
Y á su Iris en esta coyuntura
Manda lo que ha de hacer, y que ligera,
Porque su intento más efecto tenga,
De sus arcos y cercos se prevenga.

El mandato obedece, y al instante
Deja la Diosa clara las estrellas,
Y su arco, entre las nubes arrogante,
Opone al sol, que va huyendo de ellas;
Al cielo llega el chapitel triunfante,
Cuyas molduras son de listas bellas,
Y en la tierra las basas alargando,
Por ellas se desliza relumbrando.

En una selva obscura y tenebrosa,
De espesas ramas y confusas breñas,
De quien la clara luz del sol hermosa
Ni otra estrella jamás pudo dar señas,
Se dilata una cueva temerosa,
Minando un monte por cavadas peñas,
Hacia la parte que la noche obscura
En negro lecho descansar procura.

Aquí del flojo Sueño la morada
Labró, floja también, Naturaleza,
Cuya puerta, al Reposo encomendada,
Vela, aunque soñolienta, la Pereza;
Mudo el Ocio y Olvido está á la entrada,
Defendiendo á los vientos la aspereza,
Y el Silencio, las alas encogiendo,
Estorba de las ramas el estruendo.

No se oye aquí de pájaros cantores
El dulce canto, que, aunque dulce, ofende,
Ni del mar inquïeto los rumores,
Cuando en las peñas embestir pretende;
No los rayos del cielo tronadores,
Y el río que con más furor desciende
Y los campos del sueño fertiliza,
Durmiendo, por peñascos se desliza.

La hierba que produce y alimenta,
De un soñoliento espíritu vencida,
En la raíz apenas se sustenta,
Y al suelo inclina la cerviz dormida;
Negro ganado de ella se apacienta,
De quien á veces por dormir se olvida;
Tal es la fuerza del lugar y el dueño,
Que deja el pasto por gozar del sueño.

El Sueño, pues, aquí, de olvido lleno,
Sin ocupar el corazón baldío,
De la caverna cóncava en el seno
Ocupa echado el siempre albergue frío;
De estar tan perezoso en el terreno,
No está el estrado de calor vacío;
Que del vestido y flores del estrado
Exhala sueño de calor pesado.

En la siniestra mano sustentando
Está el cabello y rostro perezoso,
Negro vapor del pecho resollando,
Que más ofusca el sitio tenebroso;
Y el cuerno, con que infunde el sueño blando,
Que en la diestra apretaba cuidadoso,
Caer deja en la tierra, y de él se olvida
El flojo brazo y mano adormecida.

Diversos sueños, falsos, verdaderos,
Alegres, tristes, blandos y pesados,
Unos se ven volando muy ligeros,
Y otros por las paredes arrimados;
De la noche los ciegos compañeros,
Obscuridad, temor, horror, nublados,
Temiendo el resplandor de la luz nueva,
Atapan los resquicios de la cueva.

Aquí llegó la Diosa refulgente,
El campo matizando de colores,
Y el triste bosque, que venir la siente,
Risueño se mostró á sus resplandores;
La obscura cueva de dormida gente
Casa parece ya de veladores,
Con el reflejo de una y otra cinta,
Que el sitio alegra y los peñascos pinta.

Mas ni la luz que repentina asalta,
Ni el rechinar de la cerrada puerta,
Ni la voz de la Diosa, aunque más alta,
Al Sueño de su sueño le despierta.
Así se está, que no se sobresalta;
No hay voz, rumor, ni luz que lo divierta,
Hasta que en lleno con sus rayos bellos
Le rompió de los párpados los sellos.

Él, levantado perezosamente,
La vista apenas en la luz repara,
Cuando, sólo en aquesto diligente,
Con ambas manos se cubrió la cara;
Quiso mover la lengua airadamente,
Y ronco acento fué su voz más clara;
Volvióse de otro lado, y al instante
Así habló la hija de Taumante:

«Dulce Sueño, á los dioses agradable,
La rubia engendradora del granizo,
Que más de un sueño en noche deleitable
Perder con varias tempestades hizo,
Manda que al pueblo y gente detestable
Que al insolente Cadmo satisfizo,
Que desvelados trazan sus enojos,
De sueño agraves los despiertos ojos.



»Que apenas tienen hoy el brazo enjuto
De la sangre de griegos derramada,
Y contra ellos, negándote el tributo,
De noche van con veladora espada.
El mandato de Juno es absoluto,
Y ruega al fin la que ha de ser rogada;
Pues que puedes, no es mucho obedecella,
Y tendrás grato á Júpiter por ella.»

Dijo; y porque su voz no en balde sea,
Estremecióle el cuerpo soñoliento,
Y él, aun no bien despierto, cabecea
Por señas que hará su mandamiento.
Parte la Diosa, y al salir recrea
La selva obscura, serenando el viento,
Aunque, del poco tiempo que allí ha estado,
Con menos luz y vuelo más pesado.

Y él, su pie volador acelerando,
Por infundir su sueño á sueño suelto,
Los tiempos más airosos invocando,
Se fué en la capa del invierno envuelto;
El cielo con silencio penetrando
Pasa, en confusa obscuridad resuelto,
Y sobre el campo del tebano vuela,
Que contra el griego en vano se desvela.

Quédanse las palabras comenzadas
De muchos que hablando se adormecen,
Porque ya las pestañas más delgadas
Son nieblas que los ojos obscurecen;
No hay lanzas en las manos apretadas,
Ni en las cabezas yelmos resplandecen,
Que el suelo aquéllas miden sin provecho,
Y á aquéstos baja el flojo cuello al pecho.

Poco á poco el rumor se va perdiendo,
Ya todo está en silencio convertido,
La antorcha más lucida que está ardiendo,
Su luz cubierta de cenizas vido;
Y de la trompa el sonoroso estruendo,
A no estar el trompeta ya dormido,
No incita ya caballo ó caballero,
Que pesa más el sueño que el acero.

No todos los efectos son iguales
Que con su blanda fuerza infunde el sueño,
Pues con estar tan cerca los rëales,
Sólo al tebano ofrezca su beleño;
Vela el griego, olvidado de sus males,
Hecho del campo y de las armas dueño,
Con que soberbio, de la noche obscura
Blasfema porque el día no apresura.

En tanto, de los dioses incitado,
De un nuevo horror se enviste Tiodamante,
Que le compele á descubrir del hado
Él fin de que su gente está ignorante;
Ó que Juno este espíritu le ha dado
Porque de Tebas las rüinas cante,
Ó que obligado al sacerdote nuevo,
Nuevo furor le estimulase Febo,

En medio se presenta de la gente
Con temerosa voz y aspecto grave,
Rebosando del pecho impacïente
Del Dios la furia, porque en él no cabe;
En su rostro el furor está patente,
Que sangre á sus mejillas dar no sabe,
Aquí y allí mirando, y por la espalda
Suelto el cabello, azota la guirnalda.

Así llegó furioso el adivino
Al pabellón de Adrasto, que cercado
Está de tanta insignia, que ayer vino
En las manos de un rey y hoy de un soldado;
Donde, si contra el fin de su destino
Consejo puede haber, el viejo osado,
Aunque el destrozo suyo ve patente,
Consulta en vano la perdida gente.

Cércanle á la redonda los varones,
Que por deudos pretenden más cercanos
Heredar de los muertos los pendones,
Que no pensaron verse en tales manos;
Y aunque rigen los huérfanos bastones
Que gobernaron reyes, y aunque ufanos
Se ven crecer en dignidad tan alta,
Al fin les duele el capitán que falta.

No de otra suerte en la perdida nave,
Por muerte del patrón, aunque remoto,
Sucede á gobernarla el que más sabe,
Y á veces un grumete por piloto;
Que no le desobliga el cargo grave
Á regir con cuidado el leño roto,
Aunque se ve inferior al muerto dueño,
Y aunque la chusma acude tarde al leño.

Y puesto en medio el cónclave, levanta
La voz el agorero alegremente
«Del cielo, dice, alguna deidad santa
Me manda que os avise, griega gente;
Ajena es de mi pecho fuerza tanta,
De aquel dios es la furia y el torrente,
De quien la toca y el laurel sagrado
Ceñí con vuestro aplauso y con su agrado.

»Para un hermoso engaño, un alto hecho,
Noche es aquesta fértil y oportuna,
A que os llama el valor de vuestro pecho,
Y sólo pide manos la fortuna;
Pagando está el tebano su derecho
Al sueño, libre de asechanza alguna;
Agora es tiempo, agora se podría
Vengar la injuria del pasado día.

»Arrebatad las armas en la mano,
Las coronas vengad, de rey desiertas,
Romped por las trincheras á ese llano,
Si estorbo os hacen al salir las puertas;
Podréis dar al amigo y al hermano
En vivas llamas sepulturas ciertas,
Que hoy aun fuera razón que se hiciera,
Por más contraria que la suerte fuera.

»Y juro por las mesas de oro puro
Donde recibe el sacrificio Febo,
Y por el fin de mi maestro juro,
Que fué en el mundo extraordinario y nuevo,
Que ví, volviendo del tebano muro,
En favor del designio adonde os llevo,
Sereno el cielo, ó el aire retozando,
Y diestras aves sobre mí volando.

»Empero agora estoy certificado
Del fin que este presagio me asegura;
Que el mismo Anfiarao me ha hablado
En el silencio de esta noche obscura;
El mismo, que cual visteis ser tragado,
Lo volvió á vomitar la tierra dura;
Sólo su carro no parece; él mismo,
Tiznado con las sombras del abismo.

»No de vanas fantasmas son antojos,
Ni os cuento de algún sueño el fin prolijo,
Que abiertos como agora están mis ojos,
En ellos vide su semblante fijo.
—¿Tú permites perder tales despojos
Del campo griego, airadamente dijo,
Y ves la sangre que al tebano cuesta,
Y que se pase noche como aquesta?

»¿Estos son los secretos que tú sueles
Del cielo escudriñar, de mí enseñado?
No es bien que el aire midas y niveles
De las aves el vuelo acelerado;
Vuélveme mis coronas y laureles,
Y vuélveme los dioses que te he dado,
Si con tanto descuido (cuando importa)
El hado ignoras de una noche corta.

»Ve, pues, y de valor apercibido,
Procura, dijo, al menos mi venganza.
Y si la vista engaño no ha tenido,
Diré que contra mí vibró su lanza,
Y que hasta aquí en su carro me ha seguido,
Que excede de los vientos la tardanza,
Donde temo, si el carro estar no pudo,
Ser de su lanza voladora escudo.

»Por tanto, usad con pechos valerosos
De la ocasión que el cielo os encomienda;
Que no con enemigos cuidadosos,
Mas con gente dormida, es la contienda;
Ensangrentad los brazos poderosos,
Que no hay quien os lo estorbe ó lo defienda;
Que al son que duerme el campo descuidado
Duerme la guerra y duerme Marte airado.

»¿Habrá aquí por ventura algún argivo
A quien la fama á engrandecer comience,
Que mientras da lugar el hado esquivo,
Tal gloria de perder no se avergüence?
El vuelo de las aves fugitivo
Otra vez veo ya que me convence.
Y otra vez me amenaza mi maestro;
Sólo me voy sin el socorro vuestro.»—

Con tales voces rompe el adivino
De la noche el silencio, y ya deshecho,
Como si á todos el furor divino
De un mismo dios les inflamara el pecho,
Siguen tras de él, á fuerza del destino,
Que todo el campo les parece estrecho,
Y aunque el suceso ó bueno ó malo sea,
Quieren acompañarle en la pelea.

Treinta escogió de todos solamente,
Los más fuertes soldados y lucidos;
Brama la juventud con pecho ardiente,
De ver que ellos no son los escogidos.
«¿Que en el real nos dejen se consiente,
Dicen unos, al ocio vil rendidos?»
Otros: «¡Qué! ¿han merecido aqueste ultraje
Mis hechos y el valor de mi linaje?»

Otros quieren que á suertes se remitan;
Otros, que á la eleceión, que es más segura;
«¡Suertes! al punto en todo el campo gritan,
Y vaya cada cual por su ventura.»
Y de ver el valor con que se incitan
Se alegra Adrasto, aunque estorbar procura
El fin que teme en competencia tanta,
Y animoso entre todos se levanta.

Cual se alegra de Fole en el collado
Sabio pastor que yeguas apacienta,
A quien la primavera ha renovado
De lozanos potrillos larga cuenta,
De verlos retozando por el prado,
Que uno salta las peñas y otro intenta,
Ñadando, ir á pacer otra ribera,
Y otro exceder al padre en la carrera,

Y ocioso está, entre sí considerando,
Conforme en cada uno ve el sujeto,
Cuál tomará mejor el yugo blando
Y cuál tendrá la silla más quïeto;
Cuál saldrá tras la trompa relinchando,
Como nacido para aqueste efeto;
Cuál ganará, corriendo con más bríos,
La palma en los pisanos desafíos;

Tal se alegra con estas divisiones
El viejo Adrasto el campo ver revuelto,
Porque de allí colige, en sus varones,
Cuál será en las empresas más resuelto;
Y no poniendo al hecho dilaciones,
Dijo, teniendo al cielo el rostro vuelto:
«¿Es posible, deidades celestiales,
Que os acordéis tan tarde de mis males?

»En esta sedición, este alboroto,
Que es señal de un valor esclarecido,
¿Virtud puede quedarle á un campo roto?
¿Sangre le queda, habiéndola vertido?
Y que estando de airarse tan remoto,
De fuerzas y valor enflaquecido,
¿Posible es que á la venganza aspira
Y le dura en los ánimos la ira?

»Alabo el ofrecido beneficio,
Generosos mancebos, y me agrada
Tan noble competencia, que es indicio
Del heróico valor de vuestra espada;
Mas no es negocio aqueste de bullicio,
Que ordenamos secreta la celada;
Y cuando se fabrica oculto engaño
Siempre la multitud ha hecho daño.

»No entre las nieblas de una noche obscura
Cubráis el resplandor de vuestro acero;
Véalo el sol bañado en sangre pura,
Quien relucir al sol lo vió primero;
Guardaos para más alta coyuntura,
Dejad que llegue el día venidero,
Donde, sin excepción, todos iremos,
Que en público es razón que peleemos.»

Así la ardiente juventud reprime,
Templando sus airados movimientos,
Cual en su cueva alborotada oprime
Al Euro ó Noto el padre de los vientos;
Que aunque reviente el uno, el otro gime
Por salir á turbar los elementos;
Volver los hace al centro más obscuro,
Cerrando el paso de un peñasco duro.

Luego eligió el Profeta nuevamente
(Sobre los treinta que escogido había)
A Agileo, de Alcides descendiente,
Y al valeroso Artor en compañía;
Aquél, si éste se precia de elocuente,
No ser menos que el padre se gloría,
Y entre los tres á cada diez reparte,
Como si fueran treinta mil de parte.

Tal va á la nueva guerra confiado,
Que (aunque pequeño) su escuadrón pudiera
Poner al enemigo en gran cuidado,
Supuesto que aun dormido no estuviera.
Las verdes hojas de laurel sagrado,
Honor de su peinada cabellera,
Porque le estorban la celada, quita,
Y en las manos de Adrasto deposita.

Y por honrarle con mayor trofeo
Le vistió Polinice su loriga;
A Artor ciñó su espada Capaneo,
Con cuyo grave peso se fatiga,
Y él no quiso salir á aqueste empleo,
Teniendo pór afrenta que se diga
Que acometerlos con engaño intenta,
O que él hiciese de los dioses cuenta.

Agileo las armas que llevaba
Trocó por las que Nomio se vestía;
Que aunque el arco es de Alcides y el aljaba,
De noche ¿qué valdrá su puntería?
Salen al fin con arrogancia brava,
Y por si acaso el rechinar se oía
De las herradas puertas y cadenas,
Saltaron del vallado las almenas.

Pero á poca distancia comenzaron
A descubrir riquísimos despojos
De muchos que tendidos encontraron,
Con el sueño olvidando sus enojos.
Cual muertos á cuchillo los juzgaron,
Y tan sin alma ya como sin ojos;
Lo cual mirando el sacerdote sabio,
Dijo á los suyos con callado labio:

«Ea, amigos, ya es tiempo; adonde quiera
Haced sin piedad crüel matanza;
Si hambre os mueve de venganza fiera,
Buen campo se os ofrece de venganza.
Ruego al cielo que piadoso quiera
Que iguäléis con las obras la esperanza,
Llenando de los dioses el deseo,
Que en vuestra ayuda favorable veo.

»Un campo en ocio torpe soñoliento
Se os ofrece á la vista: ¡oh qué vergüenza
Que á cercanos tuviese atrevimiento
Gente dormida, y no haya quien la venza!
Que estos.....» dijo; y faltando el sufrimiento,
Con mano airada á desnudar comienza
La espada, que cual rayo ha parecido
Sobre el real, más muerto que dormido.

¿Quién de los muertos el horrendo estrago
Podrá contar, ó el nombre de los muertos,
A quien dió de su sueño el justo pago,
Quedando antes sin almas que despiertos?
Aquí y allí de sangre hace un lago
De pechos mil hasta la espalda abiertos,
Y en las celadas encerrado deja
El resuello de muchos, vuelto en queja.

Clava en la tierra al que en la tierra echado
Está, y al que en su escudo, en el escudo
Deja, en su misma lanza atravesado
Al que la lanza sustentar no pudo,
Y al que, entre vino y armas sepultado,
Sueña que está hablando, deja mudo,
Y vuelan los espíritus desiertos,
Manchados en la sangre de sus muertos.



Del modo que el vil sueño les ha hecho
Tomar la posesión del suelo duro,
Tendido ó recostado sobre el pecho,
Ninguno de la muerte está seguro;
Que Juno, que á su lado está derecho,
Y armada rompe por el aire puro,
Le muestra las personas una á una,
Sacudiendo los rayos de la luna.

Siente, aunque cela el gozo soberano,
Tiodamante á Juno en la celada;
Ya mueve tarde la homicida mano,
Ya corta el filo menos de su espada;
Y extendiendo la vista por el llano,
Del próspero suceso empalagada,
No ve el destrozo hecho, aunque lo mira,
Ciego con el nublado de la ira.

Cual tigre que rabioso estrago ha hecho
En la manada de novillos nueva,
Las bellas manchas del pintado pecho
Ensuciando en la sangre, en que se ceba,
Que en viendo que su rabia ha satisfecho,
Como le sobra sangre, más que beba,
Más carne que destroce y más ganado,
Le pesa que la hambre le ha faltado;

Tal, después que en los míseros tebanos
Tan gran destrozo el sacerdote mira,
De no tener cien brazos y cien manos
Con que ejecute su furor, suspira.
Parécenle sus golpes muy livianos,
Por ser gente dormida á quien los tira;
Y ya enfadado, por su honor quisiera
Que todo el campo de despiertos fuera.

Por otra parte, el sucesor valiente
De Alcides, y por otra Artor osado,
Van asolando la dormida gente,
De sus diez cada uno acompañado;
Cubre ya de la sangre la creciente,
La verde hierba, empantanando el prado;
Ni hay tienda en el real que esté segura
Donde el caliente arroyo se apresura.

Brota la tierra humo denegrido
De la encendida sangre que se vierte,
Y del calor que igual ha producido
El resuello del sueño y de la muerte.
No hay quien abra los ojos al rüido,
Tan cerrados los tiene el sueño fuerte;
Y si alguno los párpados despega,
Es cuando ya la airada muerte llega.

Desvelado entre todos Alimeno,
Esta noche su cítara ha traído,
La última que estrellas vió al sereno,
Y nunca más del sol los rayos vido.
Un himno comenzó la voz en lleno;
Mas, del dios soñoliento compelido,
El himno deja, y en la lira carga
Del flojo cuello la pesada carga.

Mas llegó sobre el músico tebano
La lanza de Agileo, como el viento,
Que atravesado lo dejó en el llano,
Y al pecho el hierro pareció sangriento;
Clavó la punta la derecha mano,
Cargada sobre el cóncavo instrumento;
Tembló el asta, y el brazo estremeciendo,
Tocó las cuerdas y murió tañendo.

Las mesas, de que hicieron almohada,
Ciegos del soñoliento desatino,
Se manchan de la sangre derramada,
Que sin orden se mezcla con el vino;
Y alguno que vació copa colmada,
Tan cerca de ella á recostarse vino,
Que por la herida el vino, hecho un río,
Volvió á colmar el vaso, ya vacío.

A Tamiro pasó de parte á parte,
Abrazado á su hermano, Artor valiente;
De Hedo Tago las espaldas parte,
Sin respetar su coronada frente;
De Hebro al infierno el alma alegre parte,
Porque Danao de un golpe dulcemente
El cuello á cercen le quitó y la vida,
Que no sintió el dolor de la herida.

Palpeto, por gozar de cama fría,
Debajo de su carro está durmiendo,
Y resollando, estremecer hacía
Los caballos, que cerca están paciendo;
Y como el vino que en su pecho ardía
Le estaba por la boca revertiendo,
Por la garganta á aquel licor nocivo
Abrió una fuente el sacerdote argivo.

La sangre despidió por la rotura
El vino, en la garganta represado,
Y haciendo sangre y vino una mixtura,
Quedó el resuello entre los dos helado;
Que á Tebas vía envuelta en niebla obscura
Soñaba por ventura el desdichado,
Y al sacerdote, que furioso andaba,
Cuando llegó el presagio que soñaba.

Tres partes de la noche habían pasado,
Y ya las nubes sin preñez se vían,
Y con el resplandor acostumbrado
No todas las estrellas relucían;
De Bootes el carro, aunque pesado,
Apriesa los caballos escondían;
Tiempo faltaba ya, y faltaba gente
En que el griego sus manos ensangriente.

Cuando Artor, en los daños prevenido,
«Basta ya, basta, dijo Tiodamante,
El gozo no esperado que ha tenido
El griego de una noche en el instante;
No sé quién de la muerte haya huído
En todo este escuadrón que ves delante,
Sino es aquel de quien huyó la muerte,
Por ser de infame y miserable suerte.

»Pon límite á la ira en tantos males,
Y piensa, aunque el suceso te embravece,
Que no falta en los dioses celestiales
Quien á la airada Tebas favorece;
No pueden ser las suertes siempre iguales;
Menguar tiene sin duda la que crece,
Y en la ocasión mejor podrán dejarte
Los dioses que ahora tienes de tu parte.»

Luego obedece, y levantando al cielo
Las manos, de la sangre humedecidas,
«De esta tu noche, oh gran señor de Delo,
Recibe, dijo, en premio tantas vidas;
Si no con la pureza que yo suelo,
Ó con lavadas manos ofrecidas,
Cual de un soldado estima aquesta empresa,
O de un fiel ministro de tu mesa.

»Si nunca desdeñé tu mandamiento,
Si siempre á tu obediencia estuve atado,
Ven muchas veces. Febo, á darme aliento,
Rompa mi pecho tu furor sagrado;
Recibe agora aqueste honor sangriento
De estas armas y campo destrozado,
Que cuando ciña mi preciosa venda
Yo te prometo mejorar la ofrenda.

»Y si á mi patria alegre me llevares,
En tu templo, en lugar de estas ofertas,
Cuantas armas sin dueño aquí hallares,
Cuantas personas á mis manos muertas,
Tantos toros verás en tus altares,
Tantos dones colgados de tus puertas.»
Dijo; y alegre de entre los aceros
Sacó los victoriosos compañeros.

Vino en los treinta el calidonio Hopleo
Y Dimante, en Arcadia respetado,
De servir á sus reyes con deseo,
Y de sus reyes cada uno amado;
Mas viendo de sus muertes el trofeo,
La vida les ofende en igual grado,
Y dando de su pena testimonio,
Así incita al de Arcadia el calidonio:

«¿Es posible que no te dé cuidado
Dejar tu muerto rey en un desierto,
A quien perros habrán despedazado,
Y aves de nuevo el tierno pecho abierto?
¿Cómo podréis, si á vuestro rey amado
No lleváis los de Arcadia, ó vivo ó muerto,
De su madre templar los llantos tristes,
Cuando os demande el rey que recibistes?

»No es tan tierno Tideo, ni la muerte
Le alcanzó, como al vuestro, en tiernos años,
Que aunque así se quedara, el cuerpo fuerte
Pudiera resistir mayores daños;
Mas no le dejaré de aquesta suerte
Sin sepulcro entre bárbaros extraños;
Que me acusa el honor y el pecho inflama
El amor que le tuve, que me llama.

»Ir quiero escudriñando paso á paso
Todo el sangriento campo, y te aseguro
De no volver atrás, sin él, un paso,
Aunque de Tebas atraviese el muro.»
«Basta, le replicó Dimante, paso;
Que por la luz de las estrellas juro,
Y el alma de mi rey, sagrada y pía,
Que ese mismo cuidado me encendía.

»Teníame el dolor acobardado,
Y buscaba un amigo verdadero
Con quien ir; mas teniéndote á mi lado,
Agora iré delante yo el primero.»
Y el camino comienza confiado
En la fe del piadoso compañero,
Y el triste rostro alzando á las estrellas,
Así dijo á la más luciente de ellas:

«Cintia, que de la noche más obscura
Los secretos descubre tu luz clara,
Si en tres formas nos muestras tu figura,
Y al bosque vas con diferente cara,
Aquel tu compañero en la espesura,
Aquel tu joven á quien fuiste cara,
Buscando estoy; agora solamente
Tu rayo alarga entre esta muerta gente.»

Luego encendió la cazadora bella
De viva luz su rostro sacrosanto,
Su carro inclina al suelo y atrás ella,
Nubes rompiendo de la noche el manto,
Y desasiendo un cuerno de su estrella,
Le muestra el cuerpo deseado tanto;
Vese el campo de Tebas á su lumbre,
Y del excelso Citerón la cumbre.

No de otra suerte vió su luz que cuando
En noche obscura, tenebrosa y fría,
El cielo rompe Júpiter tronando,
Con que le hace que parezca día;
Y las confusas nubes apartando
Al breve resplandor que el rayo envía,
No hay estrella en el cielo que se esconda.
Ni cosa que se encubra á la redonda,

Hopleo, de la luz misma ayudado,
Conoció al resplandor á su Tideo;
Señas se hicieron luego que han hallado
El bien que pretendía su deseo;
Cárgase cada uno el peso amado,
Y con el gozo de tan gran trofeo
Los cargos se les hacen muy pequeños,
Cual si llevaran vivos á sus dueños.

Y sin osar hablar palabra alguna
Ni suspirar, por no hacer estruendo,
Por el triste silencio de la luna,
Callando, á largo paso van corriendo;
Del día (cuya luz es importuna)
Y del sol la venida están temiendo;
Pésales que se acaben las tinieblas
Y ver descoloridas ya las nieblas.

¡Oh hados, enemigos capitales!
¡Oh fortuna, enemiga de piadosos!
Raras veces á hechos inmortales
Acompañar supisteis, de envidiosos.
Ya vían de sus griegos los rëales,
Ya al parecer llegaban animosos,
Sintiendo ya en los pies, de polvo llenos,
Menos cansancio, y en los hombros menos.

Cuando entre polvo un súbito rüido
Oyeron á la espalda resonando,
De Anfión, que con gritos y alarido
Venía sus caballos alentando.
Por suerte aquesta noche le ha cabido
El campo griego visitar velando,
Y aquí llegó descaminado acaso
Cuando huye la noche á largo paso.

Y como aun no la luz resplandecía,
No sé qué divisó confusamente,
Y aunque dudoso, en ver que se movía,
Le parecieron bultos de repente.
«Tened el paso, á voces les decía,
Quienquiera que seáis, si amiga gente,
Y si enemiga, detenerlo agora
Os hará aquesta lanza voladora.»

Ser enemigos conoció al momento,
Mas aunque amenazados, no dejaban
De andar, no por ponerse en salvamento
Tanto, como á los reyes que llevaban;
Y una lanza Anfión, perdida al viento,
Les arrojó por ver si se paraban;
Junto á Dimante dió con ella acaso,
Que iba delante y le detuvo el paso.

No de otra lanza en vano fué el empleo
Del fuerte Epito, ni su fuerza en vano,
Que atravesó por el espalda á Hopleo,
Que atrás se queda y lo halló cerçano.
Pudiérale servir el gran Tideo
De escudo, á ser el tiro de otra mano,
Mas el golpe fué tal y tan esquivo,
Que enclavó el cuerpo muerto con el vivo.

Luego cayó, mas no olvidó por eso
De su señor los últimos abrazos,
Pues nunca soltar quiso el dulce peso,
Aunque la muerte ejecutó sus plazos.
Dichoso él, si creyó que en tal exceso
Nadie se lo quitó de ente los brazos,
Y si con este honor y triunfos tales
Fué á visitar las sombras infernales.

Volvió Dimante atrás el rostro, y vido
El fin del desgraciado compañero,
Y sobre sí la tropa y el rüido
De todo un escuadrón, de un campo entero;
Si se pondrá en defensa ó si á partido
Se entregará dudando está primero;
Armas manda la ira, sangre y fuego,
Y su fortuna no atreverse al ruego.

Mas de ningún remedio asegurado,
Venció la ira, y por vengar la ofensa,
Tendió á sus pies el cuerpo desdichado,
Resuelto de morir en su defensa;
Y terciando de un tigre manchado
En un brazo la piel con rabia inmensa,
Y la espada en el otro brazo fuerte,
Se opuso contra todos á la muerte.

Como leona á quien cercó en la cueva
Áfrico cazador sobre su cría,
Que á no desampararla amor la lleva,
Y á defenderse su furor la guía;
Y aunque despedazar los dardos prueba,
Como en su pecho pïedad se cría,
En el mayor furor y mayor ira,
Por sus hijuelos recata y mira;

Tal se mostró el mancebo, aunque cortado
Le tenían ya el brazo del escudo,
Y aunque Anfión, de verlo aficionado,
Lo quiso defender, al fin no pudo;
Mas cuando vió su príncipe arrastrado
Por las manos de un vil tebano crudo,
Templó el furor, bajó la espada luego,
Y postróse, aunque tarde, humilde al ruego.

«Templad la saña, dijo, noble gente,
No le tratéis tan mal; que os certifico
Que aquesta que arrastráis hermosa frente
Se vió ceñida del metal más rico;
Por vuestro Baco y por el rayo ardiente
Que le mudó la cuna os lo suplico,
Por vuestro Palemón, que en tiernos años
Huyó con Juno semejantes daños.

»Y si hay aquí algún padre por ventura,
Tan tierno caso á piedad le llama,
Concédale á este joven sin ventura
Sepulcro estrecho ó moderada llama.
No yo, su tierna edad, su hermosura
Os ruega que le deis funesta cama.
¿Quién habrá, viendo un rey, que á tanto llegue,
Si tiene dulces hijos, que lo niegue?

»Si el tierno cuerpo suyo en alimento
Queréis dar á las aves carniceras,
En mí tendrán más pasto y más sustento,
Dejadme á mí á las aves y á las fieras.
Yo soy el que le puse atrevimiento
De seguir estas armas y banderas;
No es justo que él padezca culpa ajena,
Yo merezco el castigo, yo la pena.»

«Antes, dijo Anfión, si honroso fuego
Le quieres dar y pompas funerales,
El designio me dí del campo griego,
Qué determina al fin de tantos males;
Si se apercibe á la venganza luego,
Mirando de su sangre los raudales;
Y libre puedes irte con la vida,
Sin que el sepulcro de tu rey se impida.»

«Sólo faltaba á la desdicha mía,
Dijo el de Arcadia, darte de esto cuenta;
¿De mi patria el honor manchar tenía
Por temor de una muerte vïolenta?
Ni el Rey, cuando pudiese, no querría
Su sepultura á costa de mi afrenta.»
Y de sus lealtades satisfecho,
Se atravesó la espalda por el pecho.

El cual, abierto con la gran herida,
Cayó sobre el mancebo rey, diciendo,
Al despedirse el cuerpo de la vida,
Los postreros acentos confundiendo:
«Ya que no puedo, á tu valor debida,
Dar, Rey, la sepultura que pretendo,
De mi pecho el sepulcro no te niego,
Donde arderás en amoroso fuego.»

Tales los dos varones animosos,
El de Etolia y de Arcadia, ambos osados,
É iguales en los hechos valerosos,
Murieron de sus reyes abrazados;
Partieron sus espíritus gozosos,
De los ilustres cuerpos desatados,
Alegres de haber sido de una suerte
Iguales en la vida y en la muerte.

Y vosotros, sagrada compañía,
Insigne par de nobles voluntades,
Que aunque os cante la humilde lira mía,
Venceréis de mil siglos las edades;
Si ausentes ya de la región del día,
Hay entre muertas sombras amistades,
Podrán Niso y Euríalo estimaros,
Si iguales buscan dos amigos caros.

Luego el fiero Anfión de todo el hecho
Manda que lleven á su rey las nuevas,
Y los reales cuerpos en un lecho,
Con que pretende entrar triunfando en Tebas;
Ni bastó á los dos griegos haber hecho
Tantas muestras de amor y tantas pruebas,
Para que, como dos empresas ricas,
No lleve sus cabezas en dos picas.

En tanto, victorioso á Tiodamante
Vieron venir los griegos desde el muro,
Tinta en sangre la espada rutilante,
Que hace el vencimiento más seguro;
No caben de contento, y al instante
Resuena el grito por el aire puro,
Y aguarda cada cual sus aliados,
Del muro y de sus márgenes colgados.

Tal de golondrinillos la manada
Volver la madre desde lejos vido,
Que á recibirla sale desalada,
Abierto el pico, hasta el umbral del nido;
Tanto se alarga, del amor llevada,
Que hubiera de sus límites caído
Si la piadosa madre desde fuera
Las amorosas alas no extendiera.

Y mientras el secreto están contando,
Y el breve espacio del feliz suceso,
Los hombros de los suyos agravando
De abrazos dulces con alegre peso,
De Dimante y de Hopleo recelando
(No viéndolos volver) algún exceso,
Llegó Anfión no lejos con su gente,
De su victoria alegre solamente.

Vió de los suyos la rüina apenas,
Y el campo, de los muertos ocupado,
Y en sangre hervir del suelo las arenas,
Cuando suspenso se quedó y helado;
Cuajósele la sangre de las venas,
Iba á hablar y se quedó pasmado,
Perdió el color del súbito desmayo,
Como al que asombra el vengativo rayo.

Y su mismo caballo, del espanto,
Revolvió á la ciudad á rienda suelta,
Y su escuadra tras él hace otro tanto,
Dejando atrás el polvo en que iba envuelta;
Y aun no del muro habían llegado al canto
Cuando la griega juventud resuelta,
Del triunfo de la noche confiada,
Al campo sale, en fuerzas alentada.

Por entre armas y miembros divididos,
Entre ya helada sangre congelados,
Ellos y sus caballos atrevidos,
Trillando cuerpos con los pies herrados,
Corren sin pïedad, y detenidos
Los carros en los cuerpos, son rodados,
A veces el cochero los anima,
Y les hace que pasen por encima.

Alegre se les hace, aunque fragoso;
Este camino, nadie en él repara,
Como si ya cualquiera, victorioso,
De Tebas los alcázares pisara;
Y viendo Capaneo valeroso
Del alba bella la luciente cara,
«Agora, dijo, agora es honra mía
Vencer, teniendo por testigo al día.

»Ya es tiempo que las armas ejercite
Vuestra oculta virtud, nobles mancebos;
El que quisiere, en público me imite,
Que también tengo yo presagios nuevos;
No hay en el aire agüero que me incite,
Mis manos son mis dioses y mis febos,
Y cuando estoy las armas esgrimiendo,
Es el furor divino en que me enciendo.»

Dijo; y alegre Adrasto (renovando
Sus encendidos pechos) va el primero
Al valeroso yerno acompañando,
A quien sigue, ya triste, el agorero;
Ya se acercaban á los muros, cuando
Anfión, del estrago mensajero,
Del daño que en los suyos visto había
Aun contaba las muertes todavía.

Y entraran la ciudad muy fâcilmente
En tanto que Anfión cuenta sus males,
Si Megareo, guarda diligente,
A voces no avisara á los reales;
«Cerrad las puertas, descuidada gente,
Que el enemigo llega á los umbrales.»
Cerráronlas al punto, aunque pesadas,
Que á veces da el temor fuerzas dobladas.

Y en tanto que Equión cerrar procura
La puerta Ogigia, que guardar le cabe,
La juventud de Esparta se aventura,
Y no le deja que cerrar le acabe;
Con tal furor, que hallaron sepultura
Entre los quicios de la puerta grave
Panopeo, en Taigeta respetado,
Y Ebalo, que pasó el Eurota á nado.

Tú, Alcidamo, en los juegos venturoso,
Y poco ha vencedor en el Nemeo,
A quien del cesto el inventor famoso,
Pólux, vencerte pudo y dar trofeo;
Si de él mirarte el rostro luminoso,
. . . .
El que hecho deidad también te mira,
Por no verte morir, su luz retira.

Tu muerte de las ninfas fué llorada
Del bosque de Laconia y su ribera,
A donde en falso cisne fué contada
De Júpiter la forma verdadera;
Quien más lloró tu muerte acelerada
Tu madre triste fué, que no quisiera
Que de ella en guerra hubieras aprendido
Las leyes que á la muerte te han traído.

Tal de la puerta en el umbral estrecho
Se encruelece Marte peleando,
Hasta que el hijo de Achimeno el pecho,
Y el fiero Acrón el hombro forcejando,
Igualaron las puertas á despecho
Del tropel que por ellas iba entrando,
Cual novillos que uncidos en la sierra,
Rompen al fin la nunca arada tierra.

Tan igual fué el provecho como el daño
Que á emparejar las puertas recibieron,
Pues reteniendo algunos del extraño,
De su escuadrón á muchos excluyeron.
De su igual osadía el desengaño
Los excluídos y encerrados vieron,
Muriendo á manos del contrario duro,
Y Ormeno dentro del tebano muro.

Quedó entre puertas Amintor el griego,
Con gran collar de oro al cuello asido,
Los brazos alargando y voz al ruego,
Viéndose á tal peligro conducido;
Mas de un tebano el brazo airado luego
El hilo de sus ruegos ha rompido,
Haciéndole caer sobre la arena
La voz, á un punto, el cuello y la cadena.

Sin hallar resistencia en el vallado,
Rompió al punto la griega infantería,
Y en tanto los caballos han llegado,
A quien la cava estremecer hacía;
Retrecha hacia atrás el más osado,
Suspende el paso el que saltar quería,
Y aunque le incita el corazón fogoso,
Teme los anchos límites del foso.

Y viéndose los griegos excluídos
Cuando entendieron acabar la guerra,
De varios instrumentos prevenidos,
Trabajan por echar la puerta en tierra ;
Rompen guijarros á la tierra asidos,
Las planchas rompen que la puerta cierra,
Y desasen del muro más de un canto,
Que ajustó de Anfión el dulce canto.

Unos sobre los muros arrojando
Hachas de fuego y teas mil ardiendo,
Alegres desde abajo están mirando
El hambre con que el fuego va prendiendo ;
Otros las torres altas descarnando,
Por la parte más flaca acometiendo
Con ingenios y máquinas de guerra,
Quieren dar con sus máquinas en tierra.

Tuvo por medio el escuadrón tebano
Coronar con su gente las almenas,
Tirando al enemigo, ya cercano,
Tostadas lanzas, de venganza llenas ;
Balas de plomo por el aire vano
Tira, y el brazo las descarga apenas,
Cuando el furor del breve movimiento
Las enciende y derrite por el viento.

En su misma muralla el furor vino
A no dejar las piedras asentadas,
Y encuéntranse rodando en el camino
Balas, piedras y lanzas amoladas;
De armas rebosa el muro un torbellino,
Que nunca son las nubes tan cerradas;
Cualquier ventana ya y cualquier garita
Dardos y lanzas con furor vomita.

Cual del monte Cerauno en el altura
Ó de Malea en la cerviz exenta
De nieblas se congela nube obscura
Y ya preñada á descansar se asienta;
Y al fin, rompiendo su preñez madura,
Fatiga el mar con súbida tormenta;
Tal del tebano muro llueven luego
Tempestades de flechas sobre el griego.

Empero no por eso se desvía
Del torbellino de armas arrojado,
Ni á las flechas que el muro le rocía
Inclina el pecho ó baja el rostro alzado;
La muerte ve á los ojos y porfía,
De sus mismos peligros olvidado,
Y fijo siempre el rostro en las almenas,
Sus armas ve, y no mira las ajenas.

Anteo, que animando á todos iba,
Cercaba con su carro el muro fuerte,
Y el ímpetu de un asta desde arriba
Pasaje por su pecho dió á la muerte;
Suelta la rienda, el cuerpo atrás derriba,
¡Oh espectáculo extraño, oh dura suerte!
Que de sus botas se quedó colgado,
En la enemiga lanza atravesado.

Sin rienda los caballos, como el viento
Su mismo dueño llevan arrastrando,
Y en el carro, del breve movimiento,
Los ejes y las ruedas humeando,
Y el duro suelo, del arado exento,
Un tercio de la lanza va surcando,
Sembrando el miserable sus cabellos
Entre el surco y el polvo que hacen ellos.

Ya de las trompas el clamor resuena,
Y el hecho triste en la ciudad oído,
Sus escuadras reparte y gente ordena
Sobre el muro, de tantos combatido;
Vese ya en cada torre y cada almena,
En la mano de alférez atrevido,
Bandera retozando con el viento,
Que fué su gozo y le será escarmiento.

Tal vez en lo interior crüel semblante
El vulgo muestra y con furor se inflama,
Que el mismo Marte teme estar delante,
Con ser ira y furor lo que más ama;
Y al fin, como el temor lleva delante,
Por la ciudad confuso se derrama,
De una ciega huída haciendo alarde,
Con triste llanto entre furor cobarde.

Dirás, viendo tan varios accidentes,
Que en sus casas se entró la misma guerra;
Hierven calles y alcázares de gentes,
Llenando de clamor toda la tierra;
Los daños por venir tienen presentes,
Con el temor que el flaco pecho encierra,
Y que ven les parece, en tanta pena,
Sobre su cuello el hierro y la cadena.

Llenas las casas y los templos santos,
Sus altares cercando de clamores,
Blasfeman de los dioses sacrosantos,
Llamándolos de ingratos valedores;
Iguales son los miedos y los llantos
Que discurren por grandes y menores;
Teme el viejo del hado prevenido,
Y el mancebo se ve descolorido.

Resuena el templo todo y se estremece
Con voces mujeriles y querellas,
De los niños sin causa el llanto crece,
Asombrados de ver que lloran ellas;
No permite el extremo que se ofrece
Que sean las matronas y doncellas
Unas honestas y otras recatadas,
Que todas salen al peligro osadas.

Y del amor forzadas y la ofensa,
Al padre y al marido y al hermano
Compelen á salir á la defensa,
Ofreciéndoles armas á la mano;
Y con copia de lágrimas inmensa,
Mirando su peligro tan cercano,
Los animan mostrando sus hijuelos,
Y el solar heredad de sus abuelos.

Tal del cóncavo corcho procurando
Atrevido pastor robar la cera,
Vuelan sobre él, cual nube susurrando,
Las armadas abejas que echó fuera;
Unas á otras se andan animando,
Y cansadas al fin, llora cualquiera
Su miel robada, su panal deshecho,
Sólo en la cera reclinando el pecho.

Por otra parte, el vulgo dividido
Discordias siembra, el público murmura,
Y perdiendo el respeto al Rey debido,
Contra él se levanta y se conjura.
«Venga el ausente, venga el excluído,
Cumpla su año y goce su ventura,
Dicen; que ya es razón que este tirano
Dé el reino que la suerte dió á su hermano.

»Ya su año es cumplido, el desterrado
Venga y goce sus patrias deidades,
De su padre visite el desdichado
Los ojos vueltos ya en obscuridades;
—La fe y el juramento quebrantado
Del Rey, y sus engaños y maldades,
Dice más de uno, y tanta tiranía
¿Tengo yo de pagar con sangre mía?

»—Ya es tarde para usar de aquese medio,
Responden otros; antes se advirtiera,
Que estando ya la guerra de por medio,
Ó vencer ó morir sólo se espera.»
Y otros, como en el único remedio
Que en tal desgracia suceder pudiera,
Consultan á Tiresias, agorero,
Que les declare el hado venidero.

Mas él, que de los hados siempre tiene
El fin sólo á los dioses permitido,
Quiso no responder, y se detiene
Porque antes su consejo no fué oído.
«¿Por qué, si el Rey á preguntar me viene,
Dijo, después que ya se ve perdido,
De mí no hizo á mis consejos cuenta
Cuando la guerra le estorbé sangrienta?

»Pero tu perdición, Tebas, me inclina;
Y el daño que en tí ven mis ciegos ojos,
Si por callar la voluntad divina
De Argos has de venir á ser despojos,
Ya que estorbar no puedo y tu rüina,
Mi queja olvidar quiero y mis enojos;
Venza la pïedad, la patria venza;
Hija, un altar á disponer comienza.»

Cumple la virgen su mandado luego,
Y con vista sagaz advierte y mira
Un sangriento color que muestra el fuego,
Cuya llama á dos puntos se retira;
Pero más clara luz le advierte el ciego
Que arde en medio, aunque á sangrienta tira,
Y que en forma de sierpe retorciendo,
Va en los extremos el color perdiendo.

De los efectos que en la llama siente
Le hace relación con luz tan clara,
Que con tenerla de su vista ausente,
Todo parece que lo ve á la clara;
Y él entretanto abraza el fuego ardiente,
A la redonda coronando el ara,
Y con rostro encendido en sus ardores
Se sorbe los proféticos vapores.

Erízase de horror su cabellera,
Antes descaecida, de peinada;
Derecha se levanta hacia afuera
La fácil toca, del furor llevada;
Viendo su rostro juzgará cualquiera
Vuelta á sus ojos ya la luz amada,
Y el resplandor á sus mejillas vuelto,
Ya consumido y en vejez resuelto.

Mas al fin permitieron los furores
Que explicase la lengua sus conceptos.
«Oid, dijo, de Layo oh sucesores,
De los dioses el último decreto:
La salud que esperáis, y los favores,
Ya vino, y en su nombre os la prometo;
Pero con una condición terrible,
Dificultosa, pero no imposible.

»Fieras exequias, sacrificio fiero
Pide de Cadmo la marcial serpiente,
Que muera importa en público el postrero
Que fuere de su sangre descendiente;
Y con aqueste pacto y este fuero
Concede la victoria solamente.
¡Dichoso el que comprare con la vida
Tanta merced del cielo concedida!»

Cerca estaba escuchando al adivino
Creonte, triste, solo, lamentando
De su ciudad el general destino,
Cuando del suyo se quedó llorando;
Y cual si rayo ó dardo repentino
Por el pecho le fuera atravesando,
Sintió la voz que á Meneceo llama,
De la serpiente la postrera rama.

El temor de perder el hijo amado
Le persuade, ya su muerte breve
Recela, teme, y quédase pasmado,
Helado el corazón como una nieve;
Las olas de congoja y del cuidado
En su afligido pecho las embebe,
Cual sorbe de Sicilia la bahía
El reflujo que el mar de Libia envía.

Y luego al sacerdote, en Febo envuelto,
Que daba priesa al caso lamentable,
Postrado ruega, en lágrimas resuelto,
Que el oráculo encubra y que no hable;
Pero la Fama ya, con vuelo suelto,
De la sagrada voz y venerable
A todos dado había dulces nuevas,
Y voces los oráculos de Tebas.

Díme ya pues, oh Clío memoriosa,
Cuya es la antigüedad y el tiempo largo,
Si nunca el pecho humano intenta cosa
Que no tengan los dioses á su cargo,
Cuál de los cielos fuerza poderosa,
Siendo la muerte á todos fin amargo,
Pudo á un mancebo compeler de suerte,
Que amase como dulce fin la muerte.

Fuerza de la Virtud divina ha sido,
Que siempre asiste á Júpiter al lado,
Por la cual raras veces ha venido
Al mundo, y raras él la ha respetado;
Mas hoy, porque el gran Padre lo ha querido,
Ó ella igual valor al suyo ha hallado,
Alegre cual gozaba de su cielo,
Saltó de su región á la del suelo.

Luego á su clara luz resplandeciente
Claras estrellas abren el camino,
Y más de un fuego y una llama ardiente,
Que ella fijó en la imagen de algún sino;
Ya pisa el suelo, y no de todo ausente
Su rostro está del cielo cristalino,
Cuando, por encubrir sus resplandores,
Mudó de las mejillas los colores.

Y fuera de lo que es horror y espanto,
Que esto no imita, en lo demás se muda
Y se transforma en la doncella Manto,
Porque en sus dichos nadie ponga duda;
De su antigua beldad se quita el manto,
Mas no del todo su valor desnuda;
Que en el fingido rostro en que parece
Algo de su hermosura permanece.

Y desechando el cetro de su diestra,
Ya en profética vara convertido,
Ceñida de laurel la frente muestra,
Mas no laurel, cual lo demás, fingido,
Y al fin, por más que en imitar se adiestra
A Manto desciñéndose el vestido,
El rostro la descubre y paso grave,
Que la Virtud disimular no sabe.

Tal el famoso Alcides se mostraba
En los palacios de su Lidia bella,
Sin la piel de león y sin la clava,
En traje disfrazado de doncella;
Que ni el huso ó la rueca en que hilaba,
Ni la grana de Tiro envuelto en ella,
Ni el adufe en que tañe y se entretiene
Cubrieron el valor que oculto tiene.

No indigno de este premio soberano
La Virtud te halló, gran Meneceo,
Pues cuando al muro se acercó tebano,
Ganando estabas inmortal trofeo;
Que tú y Emón, tu valeroso hermano,
A puerta abierta á todo el campo aqueo
Defendisteis llegar á los umbrales,
Mas tú el primero, aunque los dos iguales.

De montones de muertos y heridos
Cercado estabas, y entre tanta gente
No hay contra el tuyo brazos atrevidos,
Ni de la muerte escapa que lo siente;
De armados griegos, á tus pies rendidos,
Cesan las armas y la rabia ardiente,
Y no cesa tu esfuerzo y valentía,
Aunque no la Virtud llegado había.

La esfinge que en tu yelmo por cimera
Feroz está sobre el metal dorado,
De ver sangre se anima y más se altera,
Y el rostro muestra, aunque luciente, airado;
Igual de oro y grana reverbera
El yelmo, de la sangre salpicado,
Cuando tu espada y brazo deteniendo,
La Diosa ilustre se llegó diciendo:

«Magnánimo mancebo, descendiente
De la sangre de Cadmo ilustre y cara,
De que no vió jamás Marte impaciente
Virtud como la tuya, única y rara;
Deja de pelear humildemente,
Que no el cielo estas glorias te prepara;
Que te llaman á voces las estrellas,
Por ver tu alma colocada entre ellas.

»Más, más te pide el fin de aquesta guerra,
Que esto el sagrado Febo pronostica,
Esto del sacrificio el fuego encierra,
Y rato ha que mi padre lo publica;
La sangre de un nacido de la tierra
Será su redención y ofrenda rica,
Y esto canta la Fama adonde quiera,
Y en tí la juventud tebana espera.

»Corre tras la ocasión, vuela ligero,
Reconoce el auxilio soberano,
Sigue tu noble hado, sé el primero,
No te impida esta gloria Emón, tu hermano.»
Dijo; y tocando el pecho del guerrero
De la heroica Virtud la diestra mano,
En él se embebe tan secretamente,
Que sólo el corazón la goza y siente.

No tan presto el ciprés funesto y triste,
Seco desde su tronco hasta la rama
Del rayo con que Júpiter le embiste,
Sorbe sediento la enemiga llama,
Cuanto el pecho del mozo se reviste
De la virtud divina que le inflama;
Que hecho yesca de su honroso fuego,
Ama la muerte, aborrecible luego.

Mas cuando levantarse al cielo vido
La deidad que tenía allí presente,
Y conoció en los pasos y el vestido
En todo ser de Manto diferente;
Quedándose de verla embebecido,
«Aguarda, dijo, deidad, detente,
Que si al cielo me llamas y allá subes,
No tarde iré tras tí á pisar las nubes.»

Y rompiendo por todos de repente,
Á Agreo, que el pasaje le impedía,
Atravesó de un dardo airadamente,
Y muerto lo sacó su compañía;
Sigue tras de él el vulgo alegremente,
Llamándole con grita y vocería
Autor de paz, defensa de la tierra,
Un nuevo dios y fin de tanta guerra.

Ya sin resuello al muro había llegado,
No con poca alegría de que acaso
Ninguno de sus padres ha encontrado
Que estorbarle pudieran este caso;
Cuando su padre, en verlo demudado,
Y ambos sin habla, de encontrarse al paso
Suspensos ambos, y uno y otro fijo
El rostro en tierra, así Creonte dijo:

«¿Qué nuevo caso, oh hijo amado mío,
Te aparta de esta guerra venturosa?
¿Qué suerte intenta tu animoso brío,
Que sea, cual la guerra, más honrosa?
¿Por qué tu rostro está pálido y frío?
¿Por qué sin luz tu vista, antes hermosa?
¿Por qué, díme, pues suelen regalarme,
No levantas los ojos á mirarme?

»Claro has oído tu infelice agüero,
Mas, por mis largos y tus tiernos años,
Que no creas á un viejo lisonjero
Que fabrica tu muerte con engaños.
¿Qué espíritu han de dar á un hechicero
Los diosés, por hacerme tantos daños,
A un ciego que hoy, en pago de sus males,
Penas padece á las de Edipo iguales?

»Y ¿qué, si el Rey, á sus cautelas hecho,
Te ordena esta asechanza no entendida,
Porque al reino te llama de derecho
Tu nobleza y virtud ya conocida?
Y por ventura es traza de su pecho,
Y la voz de Tiresias es fingida,
Pues lo que el Rey con su temor fabrica,
Que es de los dioses voluntad publica.

»Templa el fogoso pecho, acorta el freno,
Da un breve espacio al ánimo, detente,
Que para nada el ímpetu fué bueno,
Y esta merced me otorga solamente:
Así tu bozo, agora de oro lleno,
En blanca plata el largo tiempo aumente,
Y seas tierno padre en tanto extremo,
Que vengas á temer lo que yo temo.

»No mis sacros penates desampares
Ni en tal modo me prives de heredero;
Si por extraños padres te obligares,
Ten de los tuyos pïedad primero;
Esta es piedad, si de ésta te preciares,
Y aquestos los honores verdaderos,
Y no esa gloria que á morir te ceba,
Que es falso honor que el viento se lo lleva.

»Yo no impido, aunque padre temeroso,
Que peleando arriesgues cien mil vidas;
Ve, que no te detengo, ve animoso,
Rompe las griegas haces atrevidas;
Que al fin podré con llanto doloroso
Lavarte muchas veces las heridas,
Y muchas enviarte á la pelea,
Que esto es lo que tu patria más desea.»

Y del cuello del mozo así colgado
Se estuvo un rato con abrazo estrecho,
Mas ni su llanto ó ruego le han quitado
Del voto que á los dioses tiene hecho;
Antes, de ellos regido y enseñado,
Por desasir al padre de su pecho,
Y quitarle los miedos de su muerte,
Fingió un engaño y dijo de esta suerte:

«Engáñaste, señor; que no es aquesta
La cierta causa de temer mi vida;
Que no me incita á mi fatal respuesta
Ni voz furiosa á sacerdote oída;
Si algún alma á Tiresias amonesta,
De él y su hija puede ser creída,
Para sí pronostique el daño él solo,
Que á mí no basta aunque lo diga Apolo.

»Mas lo que apriesa á la ciudad me lleva
Es de mi hermano el caso lastimoso,
Que herido de un dardo, el suelo prueba,
Y escucho su gemido doloroso,
A quien yo, de mi espada haciendo prueba,
De entre el un campo y otro polvoroso
Pude escapar, y á no escaparle luego,
Ya en nuestro alcance se acercaba el griego.

»Pero ¿qué me detengo, padre amado?
Ve, regala á tu hijo en tanta pena,
Haz que con tiento en hombros sea llevado,
Deje su sangre de regar la arena;
Que yo voy por el médico aprobado,
Equión, cuya mano es siempre buena
Para cerrar la herida más nociva
Y restañar la sangre fugitiva.»

Y á medio pronunciar palabras tales,
Huyó, dejando en confusión obscura
Al padre, que conoce ser iguales
Las causas de temer su desventura.
Dudosa la piedad en tantos males,
A entrambos hijos socorrer procura,
Mas las parcas, autoras de este engaño,
Hacen que dude de los dos el daño.

Ya Capaneo en estas ocasiones,
Furioso por el campo discurriendo,
Se opuso á resistir los escuadrones
Que por la estrecha puerta van saliendo;
Ya ahuyenta caballos, ya peones,
Ya carros hace atrás volver corriendo,
Y deja, por huir, el más ligero
Entre sus ruedas muerto el carretero.

Aquí y allí le ofrecen ancha plaza,
Y bañado de sangre, no reposa;
Tal vez pesado plomo desembraza,
Tal por el aire lanza presurosa;
Ningún impedimento le embaraza,
Que él mismo á un tiempo al enemigo acosa,
Y él mismo á un tiempo arroja sobre el muro
De espesas piedras un nublado obscuro.

No hay asta despedida de su mano
De quien alta muralla esté segura,
Ni golpe da que no resista en vano
El que sus golpes reparar procura;
No creen que Tideo ocupa el llano,
Ni Hipomedonte la creciente dura,
Ni que el de Arcadia feneció en la guerra,
Ni aquel profeta á quien tragó la tierra.

Antes, de todos ellos igualmente
Parece que el espíritu se engasta
En el suyo, y que un cuerpo solamente
Por todos cumple y contra todos basta.
No tierna edad ni adorno refulgente
De bello rostro su furor contrasta;
Que contra todos de una suerte embiste,
Al que postrado está y al que resiste.

No hay quien ose ponérsele delante;
Teme el más fuerte de probar su ira,
Y el que antes se acercaba á él arrogante,
Ya desde lejos sus hazañas mira.
De ver sólo su yelmo relumbrante
El vulgo, acobardado, se retira,
Y alguno dió á huir incautamente,
Que divisó el penacho solamente.

En tanto Meneceo pïadoso,
Del bien común y de su honor vencido,
Divino ya en el rostro y más hermoso,
Cual si del cielo hubiera descendido,
Del muro en un lugar más espacioso,
Sin yelmo, para ser más conocido,
Despreciando las cosas de la tierra,
En alta voz silencio dió á la guerra.

«Supremos dioses, dijo, en cuya mano
Las temorosas armas son regidas,
Y tú, sagrado Apolo soberano,
Que á tan honrosa muerte me convidas,
Sí yo en morir por Tebas tanto gano,
Y en mi muerte se ganan tantas vidas,
Dadle á mi patria el gozo y alegría
Que pródigo compré con sangre mia.

»Trocad la suerte de la guerra ardiente,
En que, vencida Grecia, se retire,
Y que de un escuadrón de tanta gente
Sólo el destrozo y las reliquias mire;
Su padre Inaco, manso en la corriente,
Al recibirlos su creciente aíre,
Y como á indignos hijos de su seno,
Rebose el pecho, de cristales lleno.

»Y volved á esta patria desdichada
Los templos, hijos, casas y hacienda
A costa de mi muerte acelerada.
Si en ella os hice venerable ofrenda;
Que si no escucha mal la voz sagrada,
Aqueste fin aguarda esta contienda,
Y aun con no ser de Tebas bien creída,
Yo no he dudado de ofrecer la vida.

»Por mí reciba beneficio tanto
El pueblo de Anfión, y humilde os ruego
Que aplaquéis de mi padre el tierno llanto,
Pues no me pudo convencer su ruego.»
Y rompiéndose él mismo el pecho santo,
Al alma insigne dió salida luego,
Que desdeñaba el velo de la vida
Y verse en cuerpo humano detenida.

Vióse al punto la torre rociada,
Que hecho altar de sacrificio había;
Lavada la muralla, aunque manchada,
De la abundante sangre que vertía,
Y él, de la mano sin soltar la espada,
Forcejeando en la última agonía,
Sobre el canto del muro revolviendo,
Entre los griegos se arrojó muriendo.

Mas la Virtud y Piedad al punto,
De él abrazadas hermanablemente,
Van sustentando el cuerpo ya difunto
Para que al suelo llegue blandamente;
Y había ya su alma estado junto
Al tribunal de Júpiter clemente,
Pidiendo de justicia en las estrellas
El más alto lugar de todas ellas.

Pudo muy bien la juventud tebana
Cobrar el cuerpo heroico en tanto aprieto,
Que la griega nación, aunque inhumana,
Se hizo atrás, teniéndole respeto;
Y en hombros de la gente más lozana,
El vulgo al fin, á la virtud sujeto,
Le canta más hazañas y loores
Que á Cadmo y Anfión sus fundadores.

Cuál poner en la mano se le antoja
Casto laurel que imita la esmeralda;
Cuál el verano de su honor despoja,
Y flores vierte en su sangrienta falda;
Cuál, mudando un matiz á cada hoja,
Varia en colores le ciñó guirnalda,
Que parece de piedras un tesoro,
Á quien esmalta del cabello el oro.

Con este triunfo, en procesión muy larga
Llegan al patrio albergue, y recibidos,
Apenas sueltan la amorosa carga,
Cuando á la guerra vuelven atrevidos.
Aquí del padre la pasión se alarga,
Mas con cordura y tácitos gemidos
Hace á la justa ira resistencia,
Dando á la madre de llorar licencia.

«¿Criéte yo por dicha, hijo mío,
Cual madre vil, en tan humilde estado,
Para que por tu pueblo injusto, impío,
Fueras cual fiera en él sacrificado?
¿Por Tebas tú tan grande desvarío?
¿Qué culpa fué la mía, cuál pecado,
Porque merezca pena tan terrible?
¿Á qué deidad he sido aborrecible?

»No yo de monstruoso ayuntamiento
Nietos parí á mi hijo, cual Yocasta,
Y ella vivos los goza á su contento,
Y ve reinar la sucesión incasta.
¿Yo es bien que de la guerra el fin sangriento
Aplaque con la sangre de mi casta?
Gocen ellos su reino de año en año,
Pues que le agrada á Júpiter mi daño.

»Mas ¿por qué de los dioses y las gentes
Me quejo? que tú has sido, Meneceo,
El que mi muerte abrevias y consientes,
Con la que en tí, tan no esperada, veo.
¿Qué sagrada locura, qué accidentes
Te han hecho amar la muerte por trofeo?
¿Cuáles hijos parió esta madre triste,
Tan enemigos como tú me fuiste?

»¿De qué me espanto, si eres procedido
De la serpiente madre de esta tierra,
De quien tu abuelo, de armas guarnecido,
Nació para principio de esta guerra?
De aquí te viene el ánimo atrevido,
La tristeza de aquí que el alma encierra;
De tu madre no tienes cosa alguna,
Sino es la semejanza en la fortuna.

»Y á pesar de los hados, tu porfía
Te ha puesto entre las sombras de la muerte.
Estos los griegos son que yo temía;
Aqueste el Capaneo, airado y fuerte;
Esta mano que toco con la mía,
Esta temer debiera más mi suerte,
Y esta espada, en tu misma sangre tinta,
Que yo sin seso te colgué en la cinta.

»¿No veis cómo en el pecho atravesada
Llega la empuñadura hasta el pecho?
¿Pudiera ser más fiera la estocada
Si algún griego crüel la hubiera hecho?»
Dijera más la madre desdichada,
Multiplicando quejas sin provecho;
Pero sus dueñas, viendo tanta pena,
De allí la sacan, de sentido ajena.

Pero de nuevo en desconsuelo tanto,
Las mejillas hiriéndose, porfía,
Y sentada en su lecho, vuelve al llanto,
Sin mirar los respetos de aquel día.
No admite humilde ruego en su quebranto,
Los ojos de la tierra no desvía,
A nadie escucha ya, ni voz le queda
Con que quejarse ó responderles pueda.

Así después de su robada cría,
En la desierta cueva recostada,
Lame tigre feroz la piedra fría,
Que aun del calor reciente está templada;
Nunca la rabia y hambre que tenía
Se vió, ni su fiereza, apaciguada,
Y ve cerca el ganado, y no se mueve,
Como no hay para quién sus pechos cebe.

Hasta aquí de las armas el rüido,
El son de las trompetas y atambores,
Las causas de mi humilde canto han sido,
Pero ya cerca están de ser mejores.
Capaneo se ofrece, que ha subido
Sobre el eje del cielo sus loores;
No en estilo común, mas con su ira
He de igualar el temple de mi lira.

Dadme, oh sagradas musas de la guerra,
Gracia mayor, mayor atrevimiento,
Que del profundo seno de la tierra
Parece que el furor nace sangriento,
O que con nueva rabia se destierra
La escuadra de las furias de su asiento,
Y armadas contra Júpiter y fieras,
De Capaneo siguen las banderas.

Ó que su esfuerzo el límite excediese
Del ánimo mayor y más osado,
Ó que caduca gloria le moviese,
Del honroso deseo espoleado,
Ó ambición de morir, adonde fuese
De la fama en mil siglos celebrado,
Ó que para castigo á los mortales
Fué azote de las iras celestiales;

De tal suerte acomete á los tebanos,
Que habiendo un lago de su sangre hecho
Y un monte de homicidios inhumanos,
Se enfada, y aun no queda satisfecho.
No deja de los griegos en las manos
Ni en las suyas un dardo de provecho
Que no tire, y en ver que los acaba,
Alza la vista al cielo horrenda y brava.

Y con ella, aunque turbia, tanteando
De una alta torre la soberbia cima,
Camino por el aire fabricando,
Escala de dos árboles le arrima,
Y una antorcha de encina blandeando,
Que á los de lejos pone espanto y grima,
Da luz al yelmo reluciente, y luego
Del yelmo el resplandor al mismo fuego.

«Por esta torre, dijo, por aquesta
Me manda mi valor abrir camino,
Que manchada de sangre, manifiesta
De Meneceo el loco desatino.
Veré al menos su víctima qué presta,
Si es falso Apolo ó miente su adivino.»
Y despreciando la ciudad cautiva,
Sube triunfando por la escala arriba.

De paso en paso sube y se adelanta:
Tales vido el alcázar estrellado
A los titanes con soberbia tanta
Por las nubes subir de grado en grado,
Cuando en su ofensa, máquina que espanta,
Vió Jove tanto monte amontonado,
Y que iba al cielo; ya tocar quería,
Y el alto Pelia aun no venido había.

Atónito el tebano en ver que llega,
Como si ya del hado el fin llegara,
Ó como si Belona airada y ciega
Por el suelo las torres allanara,
Piedras del muro cada cual despega,
Y si son de los templos no repara,
Y preñados de hondas los ramales,
Llueven sobre pesados materiales.

Y viendo que les faltan ya las flechas,
Que han gastado sobre él cuantas había,
Las almenas enteras van derechas
Sobre sus hombros, y él no se desvía;
Cornisas y molduras ya deshechas,
Demás de un chapitel que relucía,
Ve venir sobre sí, y aunque las mira,
Nunca vuelve la cara á quien las tira.

Antes, como quien pisa en suelo llano,
Los pies fija en la escala, y tàn seguro
Sube colgado por el aire vano,
Que no es tan firme torreado muro;
Y contra todo el ímpetu tebano,
De tanta piedra y tanto golpe duro,
Como si fuera diamantina masa,
Ó pone el pecho, ó adelante pasa.

Tal de crecido río la corriente
Porfía de llevar hacia adelante
El antiguo edificio de su puente,
Que contra tantas aguas no es bastante;
Y al fin rompiendo el arco y el batiente,
Tanto más vïolento y más pujante,
Lleno de broza, piedras y madera,
Se ensancha victorioso en la ribera.

Luego que en pie se vió sobre la cumbre
Del muro, tanto de él apetecida,
Cual de un coloso excelsa pesadumbre,
De nuevo á las murallas añadida,
Del sol impide la dorada lumbre,
En su larga estatura detenida;
Tanto, que de su vista y de su sombra
Tiembla la gente y la ciudad asombra.

Y viéndolos á todos espantados,
«¿Son, dijo, aquestos muros los famosos
Que al campo de Anfión fueron ligados,
Fáciles á los versos sonorosos?
¿Estos los tanto tiempo celebrados
Con mentiras y cuentos fabulosos?
¿Qué honor será si mi valor asuela
Muros hechos al son de una vihuela?

Y con los pies y manos juntamente
Saltando, asuela puentes y tablados,
Los edificios tiemblan y la gente,
De verse de sus piedras desatados;
Peñascos despedaza airadamente,
Y luego de sus manos arrojados,
No están templos ni alcázares seguros,
Haciendo á Tebas guerra con sus muros.

Entretanto los dioses bandoleros,
Que á Tebas y Argos amparar procuran,
No sin temor de tales desafueros,
Diversas cosas entre sí murmuran.
Aplaca el padre Júpiter sus fieros,
Sus iras templa, y ellos se aseguran;
Igualmente juzgando su querella,
Ni es parcial de esta parte ni de aquélla.

Mas Baco, á quien el odio no se esconde
Que tiene su madrastra á los cercados,
Por ellos gime y con furor responde,
Los ojos vueltos contra el padre airados.
«¿Adónde están tus manos, dice, adónde,
Y el fuego de tus rayos abrasados?
Mas ¡ay! que sólo al nacimiento mío
No fué su fuego en abrasar tardío.»

Siente Apolo de Tebas la rüina,
Fundada por su oráculo y decreto;
A Grecia y Tebas Hércules se inclina,
Y cuál defenderá duda en efeto.
El hijo de la lluvia de oro fina
Llora de sus argivos el aprieto;
Y Venus, del marido amedrentada,
A Harmonia llora y mira á Marte airada.

A los dioses de Tebas reprehende
Minerva, por los griegos atrevida;
Juno, aunque disimula, más se enciende,
Del forzoso silencio compelida;
Mas no la paz de Júpiter se ofende
Con esta competencia tan reñida,
Y cuando ya cesaban sus querellas
Fué Capaneo oído en las estrellas.

«¿No hay dios, dijo, que ampare aquesta tierra,
Entre cuantos estáis en ese cielo?
¿Dónde está Baco? Alcides ¿dó se encierra?
Cobardes defensores de este suelo;
Mas vergüenza es llamaros á la guerra,
Si de Júpiter mismo no recelo.
Ven, Júpiter, conmigo te señala;
Que menor dios que tú nunca me iguala.

»¿De Sémele no miras las cenizas,
Y su sepulcro de mis pies hollado?
¿Por qué tus rayos contra mí no atizas?
¿Cómo no vienes de su lumbre armado?
Mozuelas que tronando atemorizas
Te tengan por valiente y por osado,
O las torres de Cadmo, que rompiste
Cuando tu suegro á su pesar le hiciste.»

No sin dolor los dioses celestiales
De oirle tanto blasfemar gimieron.
Júpiter se rió; que ofensas tales
Nunca su pecho alborotar pudieron.
«¿En qué esperanza estriban los mortales,
Dijo, después que en Flegra me ofendieron,
Que el furor de mis rayos no es temido,
Que tú también aguardas ser herido?»

Cercáronle los dioses al momento,
Pidiéndole venganza cada uno,
Y resistir al hado vïolento
Aun no se atreve, de turbada, Juno.
Ya el cielo, aun sin señal de mudamiento,
Comienza á ser con truenos importuno;
Ya lluvias se amontonan y congelan,
Y ya sin viento los nublados vuelan.

Dirá quien viere el temeroso estruendo
Que Iapeto quebranta sus cadenas,
Ó que la tierra se abre, descubriendo
Del centro más oculto las arenas,
Ó que Tifeo, el cuerpo revolviendo,
Cansado de sufrir tan largas penas,
A Inarime levanta hasta el cielo,
Y que hace temblar á Mongibelo.

Parece vergonzoso que se diga
Que un hombre de los dioses es temido;
Mas cuando ven que á su ciudad fatiga,
Que del medio del mundo centro ha sido,
Y que, soberbio, al cielo mismo instiga
A loca guerra en desigual partido,
Admíranse, y aun dudan si es bastante
Para vencerle Júpiter tonante.

Y al punto de un nublado repentino
Se cubrió de la torre la alta cumbre;
Negó su luz el cielo cristalino,
Bramando el aire fuera de costumbre;
Ya en la obscura muralla no hay camino
Que pueda al menos distinguir la lumbre,
Aunque estorba el nublado que lo vea,
Por ella con pies firmes se pasea.

Cada vez que algún rayo resplandece,
Al romper de la nube de él preñada,
«Aqueste fuego, dice, este merece
Contra Tebas usar mi mano airada;
Aquí mi antorcha renovarse ofrece,
Y mi encina avivar, casi apagada.»
Y esto diciendo, un rayo le ha embestido,
De Jove á toda fuerza compelido.

Voló el gran fuego al punto la cimera,
Y hecho carbón se le cayó el escudo;
Resplandeció su cuerpo de manera,
Que de ambas haces divisar se pudo;
Pero dónde caerá teme cualquiera
El cuerpo ardiente, de piedad desnudo,
Y como si cayera un gran coloso,
Todos se apartan, despejando el foso.

Siente el mísero el rayo que le ofende
Rechinar entre el pecho y la coraza,
Cuyo acero encendido más le enciende,
Y el fuego en lo interior más le embaraza.
El diestro brazo á desnudarla extiende,
Y ceniza en lugar del hierro abraza,
Y en pie se está, y blasfema todavía
Contra el cielo en la última agonía.

Y á la parte del muro en que pudiera
Hacer mayor ofensa con su fuego,
Aun no rendido, porque no cayera,
El pecho arrima el arrogante griego;
Mas del cuerpo mortal el alma fiera
Se desnudó, desamparando luego
Los miembros, y á tardarse más un poco,
Segundo rayo mereciera el loco.

LIBRO UNDÉCIMO.

ARGUMENTO.

Habiendo Júpiter vencido á Capaneo, se alegra por la victoria. Los tebanos se alientan, viendo menos tan fiero enemigo. Huyen los griegos temiendo el rigor de Júpiter. Tesifonte llama á su hermana Megera, la cual sale del infierno; y juntas las dos, se conciertan de encender en ira á los dos hermanos para que salgan desafiados á pelear de persona á persona. Júpiter abomina el desafío. Determina Polinice de salir. Su suegro Adrasto procura impedirlo y no puede. Eteocle hace sacrificio á Júpiter. Muestra poca voluntad de salir al desafío. Creonte lo incita. Su madre Yocasta lo quiere estorbar. Antígone pretende hacer lo mismo con Polinice. Sale al campo Eteocle y comienzan los dos hermanos la batalla. Pónese Adrasto de por medio, y no le respetan. Baja del cielo la diosa Piedad. La furia Tesifonte se le opone y echa de aquel puesto. Prosiguen los dos su batalla, y quedan entrambos muertos. Edipo sale al campo guiado por Antígone. Hace llanto sobre sus hijos. Yocasta y su hija Ismene se matan con una espada. Creonte se alza con el reino. Manda no se sepulten los griegos ni Polinice, quedando para comida de las aves y las fieras. Manda salir á Edipo desterrado de Tebas. Edipo le responde furioso. Antígone, su hija, aplaca al nuevo rey, el cual concede á Edipo viva en el monte Citeron.

Después que el animoso Capaneo
Las furias consumió del rayo esquivo,
Dejando el menos señalado y feo
Con el rastro del fuego vengativo,
No poco victorioso del trofeo,
Levanta el brazo Júpiter altivo,
Y los nublados que esparcido había
Del cielo aparta, serenando el día.

Parabienes le dan alegremente
Los dioses, cual si en Flegra peleara,
Ó como si otra vez el Etna ardiente
Sobre el pecho de Encélado estampara;
Y el griego, aun de su fiereza ausente,
Espantable en los ojos y en la cara,
Yace abrazado de un peñasco duro,
Que el fiero rayo destrozó, del muro.

Y habiendo eterna fama conseguido,
Dejando al mundo el memorable hecho,
Y á Júpiter no poco engrandecido,
De que pudo vencerlo satisfecho,
El largo cuerpo se quedó extendido
Sobre el campo, de Tebas largo trecho,
Abrasando la llama que en él queda
Del suelo ardiente el prado y arboleda.

No menos en los campos infernales
Extendido el gran Ticio se parece,
Cuando con sus entrañas inmortales
A fieros buitres fiero pasto ofrece;
Cuya grandeza y miembros desiguales
Pone horror á las aves que abastece,
Mientras que vuelven á crecer de nuevo
Las roídas entrañas para el cebo.

Respira Tebas, cobra nuevos bríos,
Viendo enemigo tan soberbio menos;
Dejan todos los templos ya vacíos,
Que estaban de cobarde gente llenos;
Los votos secan y los llantos píos,
Y descolgados de sus dulces senos,
Osan las madres, ya sin más recelo,
Poner sus tiernos hijos en el suelo.

Por el contrario, todo el campo argivo
Vuelve la espalda, de temor huyendo,
No ya de los tebanos fugitivo.
Mas la ira de Júpiter temiendo.
En sus armas cualquiera un fuego vivo
Y un rayo le parece que está viendo;
Que truena el cielo y que arde su celada,
De las llamas de Júpiter tocada.

Sigue el alcance el Rey de los tebanos,
Gozando la ocasión que el cielo envía,
Cual después que en los campos africanos
Hizo león mortal carnicería;
Que dejada la presa de sus manos,
Cargan sobre ellas lobos, y á porfía,
Contra su natural, de rabia lleno,
La presa lamen del despojo ajeno.

Horrible Eurimedón, por otra parte,
Apremia el campo, que huir procura;
Hijo es de Pan; criólo tan sin arte,
Que empuña y viste rústica armadura.
Por otra Alatro, en tiernos años Marte,
Igualando en la edad y la ventura
Á su padre, como él también mancebo,
Comienza agora á pelear de nuevo.

Cuál de los dos el padre ó hijo sea
No es fácil de entender á quien los mira,
Cuál hace más rumor cuando pelea
Ni cuál más lejos el venablo tira.
La triste gente, que huir desea
De los dos, tan espesa se retira,
Que al entrar escuadrón desconcertado,
Las puertas se estrechan del vallado.

¡Qué inciertos son los fines de la guerra!
¡Cuál se truecan las suertes y varían!
De Cadmo iban los muros ya por tierra;
Griegos los escalaban y subían;
Mas ya en sus tiendas el temor los cierra,
Y aun poder defenderlas desconfían:
Tales suelen, del aire sacudidas,
Ir y venir las nubes desparcidas.

Y tales, con el soplo de los vientos,
Hacen las tiernas mieses remolinos,
Y aquí y allí contrarios movimientos
Las altas cumbres de los altos pinos;
Y así suelen del mar los crecimientos
De agua embestir los límites vecinos,
Y volviéndose al mar las fieras olas,
Las sedientas arenas dejar solas.

Y la tirintia juventud, que imita
De su Alcides las armas y el vestido,
Huyendo á más correr se precipita,
De que su fiero dios quedó corrido;
Otras como las flechas que ejercita
Y otros despojos como el suyo vido,
Y clavas que á las suyas se parecen;
Mas de verlos de espaldas se entristecen.

Al canto de una torre Enipo estaba,
De una bastarda tañedor famoso,
Con que al griego á las armas incitaba
Cuando llegó triunfante y vitorioso;
Agora, pues, á recoger tocaba,
Y el soplo en el alambre sonoroso
Huída infame resonaba al viento,
Y en el real seguro acogimiento.

Cuando al través rompiendo el aire vano,
Una súbita lanza ha descendido,
Que cual tenía la siniestra mano
Se la dejó enclavada en el oído;
Huyó al punto su espíritu liviano,
Y al frío labio le faltó el sonido,
Y de la voz que en el cañón estaba
El verso sola la trompeta acaba.

Mas ya la siempre en males poderosa,
En sangre tiria y griega ejercitada,
La furia Tesifonte, codiciosa
De ver la fraternal guerra acabada,
Para empresa tan grande temerosa,
Aun no está de sus fuerzas confiada,
Si con su serpentina cabellera
No le ayudase la infernal Megera.

Y retirada en una selva obscura,
Donde jamás el rayo del sol toca,
Con su espada cruel, llena de horrura,
El suelo cava, y puso en él la boca.
Con la tierra parece que murmura
Y el nombre ausente de su hermano invoca;
Seña que en siendo del infierno oída,
Es sin contradicción obedecida.

Con gran primor se le erizó un cabello,
Negra ceraste, la mayor que había,
Que á las demás que cuelgan sobre el cuello,
Por más grande y más fiera, presidía.
La tierra, el mar y el cielo claro y bello
Se alborotó al estruendo que hacía,
Y Júpiter, también alborotado,
Volvió á mirar sus rayos con cuidado.

Oyó el son de la voz la fiera hermana
Desde el centro infernal, adonde acaso,
Mientras ella á su padre está cercana,
Tratando algún horrendo y triste caso,
De Capaneo la arrogancia vana
Alaba el escuadrón de luz escaso,
En tanto que de Estige en los calores
Refresca el alma horrible sus ardores.

Y rompiendo la máquina del suelo,
Al aire sube claro y transparente,
Y tanto más acá se anubla el cielo,
Cuanto mayor tiniebla allá se siente;
Alégranse en sus penas sin consuelo
Las tristes sombras de la luz presente;
Y fuera ya del reino de Caronte,
Le dijo así la negra Tesifonte:

«Ya, hermana, hasta aquí cuanto he podido
Cumplir de nuestro padre la sentencia,
De su rigor ejecutora he sido,
Y sola al mundo he hecho resistencia,
Mientras tú en los Elisios has regido
Sombras que al fin te tienen obediencia;
Y no será tu galardón vacío,
Ni en vano tu trabajo, como el mío.

»Estos campos, de sangre matizados,
Estos estanques, de su humo llenos,
Este enjambre de cuerpos, que ocupados
Tienen del Ete los profundos senos,
Hechos son de mis manos mal premiados;
Mas ¿qué me alabo, si esto es lo de menos?
Marte, que de esta empresa se corona,
Puede alabarse, y cabalgar Belona.

»Ya viste, y el infierno es buen testigo,
Con fiera rabia un capitán valiente
A bocados comerse á su enemigo
Y en su sangre ensuciar el blanco diente,
Y aun cuando ejecutaba este castigo,
Estaba casi de la vida ausente;
Yo fuí la que entregué á su hambre fiera
La mísera cabeza en que mordiera.

»Y agora, si á tus centros ha llegado
Del sacro alcázar el tronido horrendo,
Mi tempestad los cielos ha turbado;
Ella ha podido hacer aqueste estruendo,
Yo en las furiosas armas me he ocultado
De aquel que, con los dioses compitiendo,
A los rayos de Jove no temía,
Y transformada en él, me sonreía.

»Pero ya (confesarlo no es exceso)
De tan largo trabajo estoy rendida,
Quebrado el corazón de tanto peso,
La mano, sin valor, descaecida;
Más negra está mi antorcha, te confieso,
Que el mismo infierno, donde fué encendida,
Y las serpientes que peinar me suelo,
Dormidas ya con tanta luz del cielo.

»Tú, pues, en quien está el furor entero,
Y retozando están sobre la frente
Nuevas culebras del cabello fiero,
Que de Cocito beben la corriente,
Juntemos nuestras fuerzas, que yo espero,
No con guerra común de tanta gente,
Mas con sola de solos dos hermanos
Ensangrentar mis homicidas manos.

»Y aunque la pïedad y fe jurada
Entre hermanos la guerra contradiga,
Del uno al otro se verá la espada
Opuesta con mortal rabia enemiga.
Obra grande tenemos comenzada,
Mas gran premio se debe á gran fatiga.
Las dos de odio y discordia nos armemos,
Y ambas una con otra peleemos.

»Acaba ya; ¡con qué tibieza vienes!
Sigue del que quisieres la bandera;
Que nuestros son, y fáciles los tienes
Desde el principio de esta guerra fiera;
Mas da el vulgo mil vueltas y vaivenes,
Y temo la mudanza de cualquiera,
Y recelo no apague nuestro fuego
De su madre y su hermana el blando ruego.

»Y aun su padre crüel, que no ha cesado
De cansarnos, cual sabes, tantos días,
Pidiendo, contra ellos enojado,
Venganza de sus luces ya vacías;
Ya, como padre al fin, teme el cuidado,
De los hijos las míseras porfías,
Y retirado á solas de la gente,
Sus daños llora y sus peligros siente.

»Mucho me tardo ya; Tebas perezca
Y su alcázar, mi antiguo alojamiento.
Tú haz que Polinice te obedezca
Y vaya su maldad en crecimiento;
No permitas que Adrasto prevalezca
Ni Lerna impida el fin de nuestro intento;
Véte, y aunque con todos hagas liga,
Revuelve contra todos enemiga.»

Y así, partida entre las dos la guerra,
Partió al rëal la una, y la otra á Tebas,
Cual de los dos extremos de la tierra
El Noto y Bóreas, en opuestas cuevas,
Éste volando en la rifea sierra
Antiguas nieves y esparciendo nuevas,
Y aquél de Libia el arenal sorbiendo,
Salen perpetua guerra revolviendo.

Braman con su furor los elementos,
El mar, el río, el valle, el monte, el prado;
Manifiéstase el daño, y con lamentos
Lo siente el labrador interesado;
Y con todo, oprimido de los vientos,
Contempla el marinero desdichado
A peligro mayor en tiempos tales,
Con que consuela parte de sus males.

Y luego que el gran Padre desde el cielo
Las vió que, inficionando la luz pura,
El rubio cerco del señor de Delo
Dejan manchado de tiniebla obscura,
Dijo, vuelto á sus dioses: «En el suelo
Visto habemos furor de guerra dura,
Y entre lícitos campos ira fiera
Llegar donde el mayor rigor pudiera.

»Y visto habemos del linaje humano
Quien guerra contra el cielo acometiese,
Digno por tal soberbia que á mi mano
De fuego alanceado pereciese;
Mas nunca el mundo, tarde ni temprano,
Dirá que guerra semejante viese
Más fiera, más cruel, más insolente,
Cual la que agora ordena aquesta gente.

»Volved los ojos de maldad como esa,
No á vista de los dioses tal se haga;
Basta que ví de Tántalo la mesa,
Y su crueldad con hambre y sed me paga;
Y otra de Licaón horrible empresa,
Y aquella que á Micenas tanto estraga
Cuando el sol, por no verla, atrás su coche
Hizo volver y apresurar la noche.

»También agora se obscurezca el día,
Que causas hay por que se esconda Apolo.
Recibe ¡oh tierra! aquesta nube mía,
De tí se aparte el uno y otro polo;
Y ya que sin horror mi compañía,
Pueda ver tu maldad el cielo solo:
No á lo menos la virgen verte pueda
Ni los hermanos sucesión de Leda.»

Así dijo el gran Padre; y apartando
Los ojos de la tierra, ya maldita,
Sus confusas tinieblas derramando,
De la serena luz la inhabilita;
Y en tanto la infernal virgen, bramando,
Las escuadras argólicas visita;
A Polinice busca; al fin lo halla
En el primer portal de la muralla.

Confuso está de verse en tanto estrecho,
De varios pensamientos acosado,
Si arrojará sobre su espada el pecho
Ó si el huir será más acertado;
Mil cosas revolviendo sin provecho,
Ajeno de consejo en tal estado,
Y un triste agüero le quitó el sentido,
Que visitando las estancias vido.

Con una antorcha, la hermosa Argía,
Quebrada, y ella triste en el semblante,
Monstruos del cielo son ó fantasía,
Parece se le puso de delante;
Con tal hacha al esposo recibía,
¿Si había de ser la boda semejante?
Y él, que su pena le pregunta en tanto,
Le da callando por respuesta el llanto.

Bien ve que la visión es mentirosa,
Mas siente que es presagio de sus penas;
Porque ¿de dónde ó cómo así su esposa
Había de venir desde Micenas?
Ve que el hado le avisa de otra cosa,
Y siente ya la muerte y las cadenas,
Y teme de sentirlo; que quisiera
Vencer, aunque la muerte le venciera.

Mas luego que la diosa horrible y fea
Alzó el azote, de serpientes hecho,
Y sobre la coraza que se arrea
Hirió tres veces, el helado pecho
Arde, y no tanto ya reinar desea,
Cuanto verse de muertes satisfecho,
Y espirar, cuando el hecho salga en vano,
Revuelto en sangre de su muerto hermano.

Y de nuevo furor arrebatado,
«Tarde, oh señor, al viejo Adrasto dijo,
Cuando el negocio va más apretado
Busco remedio en mi dolor prolijo;
Cuando solo entre tantos he quedado,
Sus daños siento y mi temor corrijo;
Que si muriera entonces yo el primero,
Volviera el escuadrón á Grecia entero.

»No el ver morir la flor de tanta gente
Y almas reales en defensa mía,
Porque yo de corona orne mi frente,
Que tantos reinos llorarán hoy día;
Si entonces cuando la ocasión presente
Y la virtud mayor rigor pedía,
Fuí tan cobarde, agora, pues, me ofrezco,
Que es lícito pagar lo que merezco.

»Yo soy, y tú lo sabes, suegro amado,
Aunque en el pecho ocultas tantas penas
Y disimulas verme avergonzado,
Con tus entrañas, de prudencia llenas;
Yo soy aquel tu huésped desdichado;
De otros lo fuera yo, no de Micenas;
Que del reino que en santa paz regías
Te desterré con las desdichas mías.

»Mas, aunque tarde, si á venganza aspiras,
Puedes de mi maldad satisfacerte;
Que á mi hermano (¿de qué, señor, te admiras?)
Quiero desafiar hasta la muerte;
Que no me dan lugar á más las iras.
Determinélo, echada está la suerte.
No me detengas; que trabaja en vano
Quien me estorbare de matar mi hermano.

»Ni si á mi madre y mis hermanas viera
Muertas entre sus armas y las mías,
Ni mi padre esta guerra me impidiera,
Aunque viera sus luces más vacías;
La sangre he de beberme de esta fiera,
Que ha deshecho estas griegas compañías;
¿Tan mal tengo de usar de la vertida,
Que ella se pierda y quede yo con vida?

»Yo vide por mi causa el suelo abierto,
No fuí para arrojarme en la rotura,
Y á Tideo morir en un desierto,
A quien hizo culpado mi ventura,
Y al Rey de Arcadia en mi defensa muerto,
Que hoy lo pide su gente y me murmura,
Y su huérfana madre tantos días
Lo llora y plañe en sus cavernas frías.

»Ni cuando Hipomedonte se anegaba
Pude llegar de Ismeno á las orillas,
Y cuando el cielo con horror tronaba
Ni pude escalar torres ni subillas,
Ni con tu furia, oh Capaneo, brava,
Que hoy estás entre sombras amarillas,
Pude mezclar mis iras y furores,
Ni merecí del cielo los ardores.

»¿Cuál temor de morir tanto pudiera?
Mas yo satisfaré los ofendidos.
Júntense tanta madre y tanta nuera
A quien privé de hijos y maridos;
Pidan (¿qué quieren más?) venganza fiera,
Y esperen de sus votos y gemidos
Que muera yo y que venza aquel tirano;
Que á morir ó matar voy á mi hermano.

»Adiós te queda, esposa dulce y cara;
Argos, adiós, y alcázares reales;
Y tú, querido suegro, pues no para
En mí toda la culpa de estos males
(Que alguna tienen de mi suerte avara
Las parcas y los dioses celestiales),
Por última merced que hacerme puedas,
Esta sólo suplico me concedas:

»No permitas que fiera en mí se entregue
Después que quede muerto en esta guerra,
Ni que á las manos de mi hermano llegue,
Que fiereza mayor en él se encierra;
Tu piedad el sepulcro no me niegue,
Ni herede mis cenizas esta tierra,
Y escarmentado en la desdicha mía,
Busca mejor esposo para Argía.»

Dijo; y de compasión todos movidos,
Iban lágrimas tiernas derramando,
Cual de nieve y carámbanos vestidos,
A la revuelta de un verano blando,
Se ven montes de Tracia derretidos,
Largas corrientes de cristal llorando,
Y entre ellos Hemo y Ródope desata
Su yerta nieve en fugitiva plata.

Templaba Adrasto con humilde ruego
El furor que al mancebo precipita;
Pero cortando sus razones luego
Con nueva furia la infernal maldita,
Toma la forma de Perinto, un griego
Criado suyo, y en la voz le imita;
Y dióle al punto un volador ligero
Y armas fatales, de su muerte agüero.

«Vamos presto de aquí, ¿quién te atraílla?
Que no requiere tu tardanza el caso,
Y ya, por concluir esta rencilla,
Viene tu hermano á detenerte el paso.»
Y esto diciendo, lo plantó en la silla,
Y va volando por el campo raso,
Pálido en ver tan cerca, que le asombra,
De la diosa infernal la negra sombra.

Ya por su rayo á Júpiter hacía
Sacrificio el tebano en recompensa,
Que en faltar Capaneo se tenía
Por vencedor, y al griego sin defensa;
Mas no en tales altares asistía
Deidad, ni la de Júpiter inmensa;
Sólo la mala Tesifonte á todo
Asiste, profanándolo á su modo.

«¡Gran Jove, dice, á quien mi patria opresa
Debe el primer principio que le diste,
Desde el día, aunque á Juno y Argos pesa,
Que bailes de Sidón interrumpiste,
Cuando sobre la espalda, dulce presa,
Nuestra robada virgen recibiste,
Y con ella surcando el mar á solas,
Bramar fingía por las blandas olas!

»Y no es falsa opinión que hayas tenido
Otras veces, sin ésta, casamientos
Con linaje de Cadmo, y aun rompido
Por ello sus secretos aposentos;
Al fin miras, oh Jove esclarecido,
De tus suegros los míseros lamentos,
De tus sagrados muros las almenas,
Y agradecido, en su defensa truenas.

»Y cual en otra más soberbia guerra
Del cielo defendiste las moradas,
Así te vimos hoy por nuestra tierra
Cuajar las nubes, de tu ardor preñadas;
Y no es nuevo el valor que en tí se encierra
Honrar con fuego torres tan amadas;
Que del rayo sabemos por oídas
Que fué benigno en no acabar dos vidas.

»Recibe agora, aunque es humilde ofrenda,
Este ganado, sólo á tí ofrecido,
Aqueste incienso, que en tu altar se encienda,
Y este toro, entre muchos escogido;
Y pues no es mortal obra que se emprenda
El darte gracias y el honor debido,
Nuestro Baco y Alcides pueden dallas,
Y á ellos les defiende estas murallas.»

Dijo; y un fuego negro requemando
Le saltó sobre el rostro de repente,
Y su real corona despreciando,
Se la arrojó, abrasada, de la frente;
Y antes de herirle se salió bramando
El toro por en medio de la gente,
Habiendo ya volcado como pluma
El altar que bañaba de su espuma.

Huyen los sacerdotes y criados
Viendo salir el animal tan fiero,
Y aunque al Rey tan contrarios son los hados,
Procura consolar el agorero;
Y él que los sacrificios comenzados
Se prosigan le manda tan severo,
Que disimula con fingido vulto
El temor que en su pecho tiene oculto.

Tal como Alcides en el monte Oeta
Siente el fuego pegado hasta el hueso,
De la ardiente camisa que le aprieta,
Y no dejó la víctima por eso;
Duro resiste el mal que le inquieta,
Mas, vencedor de sus entrañas Neso,
Aunque su voto á proseguir se anima,
Le obliga el fuego á que se rinda y gima.

Suspenso en esto y casi sin aliento,
Epito llega al triste rey turbado,
Que por venir ligero como el viento
La guarda de una puerta se ha dejado.
«Suspende, dice, el piadoso intento,
Y el sacrificio rompe comenzado,
Que tu hermano, pidiéndote batalla,
Viene cercando en torno la muralla.

»A menudo tu nombre repitiendo,
Sólo por tu enemigo se declara,
Y hacia las puertas con furor corriendo
La lanza enristra y el caballo encara;
Los suyos su peligro están temiendo,
Mostrándolo con lágrimas la cara,
Y á los nuestros igual temor alcanza,
De sólo verle blandear la lanza.»

Y en esto dijo á voces: «Gran Tonante,
Ya es tiempo que en mí hagas un empleo;
¿Qué causa has visto en mí menos bastante,
Que mereció tus rayos Capaneo?»
Oyólo el Rey, turbóse, y al instante
Del odio antiguo renovó el deseo,
Y del peligro en que á su hermano mira
Al fin se goza á vueltas de la ira.

Bien como cuando el toro victorioso
Oyó de su enemigo desterrado
La amenaza y bramido riguroso,
Que con el ocio fuerzas ha cobrado;
Que de ira encendido y receloso,
Ardiente espuma siembra por el prado,
Y á vista de las vacas que más quiere,
La arena escarba y en el viento hiere.

No faltan junto al Rey mil lisonjeros
Que le dicen: «Señor, deja á tu hermano
Que sin provecho empuñe sus aceros,
Y que tus muros amenace en vano;
¿Él tenía de hacerte tantos fieros,
Estando tan sin fuerzas? ¿No está llano
Que es furor del que, viéndose perdido,
Se pone en el peligro conocido?

»Resiste, en tu potencia confiado,
Y no hagas caudal de su locura;
Mándanos pelear, que no hay soldado
Que por tí no se ponga en aventura.»
Así le lisonjean; mas airado
Llegó Creonte en esta coyuntura,
Para decir con libertad y brío
Lo que siente de aqueste desafío.

Arde en su fiero corazón la llama
Del hijo, y no descansa en su congoja;
Aquí lo busca y acullá lo llama,
Y que lo ve y responde se le antoja;
Ve el arroyo de sangre que derrama,
Y que del muro con furor se arroja:
Tanto le representa la memoria
De Meneceo la funesta historia.

El cual, viendo á Eteocle acobardado,
Que duda y empereza en la salida,
«Irás, le dijo, á tu pesar, malvado,
De tu patria y tus gentes homicida;
Que bien de nuestros llantos has gozado
Dando á las furias infernal cabida,
Y no habemos de estar á tu tardanza,
Ni un punto más sufrirte sin venganza.

»Harto por culpa tuya ha padecido
Tu ciudad de los dioses soberanos,
Que si en riquezas y armas ha crecido,
Agora apenas tiene ciudadanos,
A quien, cual hambre ó peste, has consumido,
Dejándola asolada de tus manos,
Y al fin soberbio riges todavía
De gente y armas la ciudad vacía.

»Falta al servicio militar la gente,
Que unos muertos están sin sepultura,
Otros llevó del río la corriente
Y el más seguro sus heridas cura;
Cuál busca los pedazos, diligente,
Del cuerpo mismo que salvar procura;
Ninguno, al fin, de todos ha escapado
De muerto, de herido ó de ahogado.

»Vuelve, pues, á tus tristes ciudadanos
Sus hijos, sus hermanos, sus mayores,
Y vuelve á tantos pueblos comarcanos
Y á las huérfanas casas sus señores.
¿Dónde está Ipseo, adónde están sus manos,
Y de Eubea tus grandes valedores?
¿De Fócida las armas qué se han hecho,
Y de Driante el valeroso pecho?

»Mas al fin, por igual suerte de guerra
Ocupan éstos la región obscura,
Y tu hijo, por culpa de tu tierra,
Muere sacrificado, ¡ay suerte dura!
Y estas son las primicias que en sí encierra
El fruto de tu edad, aun no madura,
Que, cual si mudo corderillo fueras,
Sacrificar te mandan y que mueras.

»Y ¡qué adrede empereza este tirano,
De salir contra quien le desafía!
Por ventura Tiresias, inhumano,
Otro manda salir á costa mía,
Ó de nuevo el oráculo profano
Acrecentar mis lágrimas porfía,
Ó aguarda que le dé el sagrado Apolo
A sólo Emón, que me ha quedado solo.

»Mándale, pues, que salga, y tú sentarte
Puedes á verlo en la muralla ocioso;
¿Qué miras si tu gente ha de ayudarte?
Que ninguno ha de serte pïadoso;
Ellos quieren que salgas á probarte,
Y ver en tí un castigo riguroso;
Tu madre misma y todos lo apetecen,
Y tus propias hermanas te aborrecen.

»Que no te atreves, y tu hermano ardiente
Con las armas de muerte te amenaza,
Y del foso calada ya la puente,
Las duras puertas rompe y despedaza.»
Así bramando el viejo, airadamente
Un tanto el corazón desembaraza
De la ira y furor que en él se esconde;
A quien el Rey con majestad responde:

«No me engañas, le dice, que bien veo
Que el muerto hijo no te obliga á tanto;
Que antes debes gloriarte en su trofeo,
Y celebrarlo con eterno canto;
Mas una confianza, un gran deseo
Se oculta entre tus lágrimas y llanto,
Y en ese voto insano que publicas,
Al fin mayor el de su muerte aplicas.

»Que como estás al reino tan cercano,
De industria me fatigas, no me admiro;
Mas no así deje el cielo soberano
Desamparada la ciudad de Tiro,
Que venga á ser regido de tu mano
El cetro y reino por quien yo suspiro,
Ni por padre de Tebas sea tenido
Quien de tener tal hijo indigno ha sido.

»Fácil fuera tomar de tí venganza;
Pero denme las armas, y primero
En desafío igual de espada y lanza
Probemos los hermanos el acero;
Que de ser vencedor tengo esperanza,
Y pagarásme en todo por entero.»
Y así, templando en todo su porfía,
La espada envaina que sacado había.

Tal, de la mano del pastor herida,
Enroscada serpiente se levanta
Del largo cuerpo donde está extendida,
La ponzoña atrayendo á la garganta;
Mas si el golpe fué incierto, entumecida
Se queda humilde, y su rigor no espanta,
Y en balde apercibida, su veneno
Vuelve á sorber de la garganta el seno.

De esta resolución y caso horrendo
La voz primera apenas se sabía,
Cuando Yocasta, su dolor temiendo,
Que no fué en darle crédito tardía,
Iba sus blancas canas esparciendo,
Y cual furiosa bacanal corría,
Desnudo el pecho, el rostro ensangrentado,
De su honor olvidada y de su estado.

Cual otra Agabe corre y se apresura,
Cuando del libre Baco enfurecida,
Se vió subir de Citerón la altura,
Sin ser de su aspereza detenida;
Cuando siendo engañada en la figura
Del hijo mismo, de quien fué homicida,
A Baco lleva la cabeza, que era
De cuerpo humano y le parece fiera.

No sus criados pueden detenella,
Ni á su paso correr las hijas tanto;
Que acrecienta el dolor más fuerza en ella,
Y más se encruelece con el llanto.
Ya se enlazaba la celada bella
El hijo, y mira su caballo, en tanto
Que alegre, al ronco son de la trompeta
Se alborota, relincha y se inquïeta;

Cuando la madre súbito aparece,
No sin temor del hijo y los criados,
Que de verla en la forma que se ofrece,
Quedan descoloridos y turbados;
Diéronle luego el paso que merece,
Inclinando las armas, los soldados,
Y puesta en la presencia de su hijo,
De aquesta suerte alborotada dijo:

«¿Qué furor es aqueste que os incita?
Cuál furia con doblada fuerza y brío
Otra vez del infierno resucita
Y os obliga á salir á desafío?
¿No basta haber en guerra tan maldita
Juntado tanta gente y poderío?
¿Es poco haber llegado á aqueste paso,
Que aun intentarlo fuera horrendo caso?

»¿Adónde ha de volver el victorioso,
Si alguno de vosotros es vencido,
Sino es al pecho tierno y amoroso
Que de los dos el alimento ha sido?
¡Oh ciego Edipo, en esto venturoso!
Dichosa ceguedad la suya ha sido,
Pues paga con dolor la vista mía
En ver el triste caso de este día.

»¿Dónde vuelves, cruel, el rostro airado,
Que tantas veces de color se muda?
Que aunque murmures más, es excusado,
Que á mí me tienes de vencer sin duda;
Primero á mí las armas que has tomado
Tu mano probará, de amor desnuda;
Que para que esta novedad se impida
Me pondré de esta puerta á la salida.

»Allí estaré hecha sombra de tus males
Por triste agüero tuyo, y si porfías,
Aquestos pechos pisarás reales
Y aquestas venerables canas mías;
Y no sólo al pasar de los umbrales
La triste madre, que estimar debrías,
Será ofendida de tu injusta huella,
Que aun tu caballo pasará por ella.

»Detente, no me impidas que te hable
Ni me apartes de tí con pecho duro;
Que nunca hice yo voto inviolable
Contra tí á la deidad del reino obscuro,
Ni la escuadra de furias lamentable
Supe invocar con ruego ni conjuro;
Escucha, pues, tu desdichada madre,
Que yo te ruego y no tu ciego padre.

»Da lugar al enojo, piensa y mide
A qué fin el intento tuyo llevas;
Dirásme que tu hermano guerra pide,
Cercando el muro á la ciudad de Tebas;
No á aquél su misma madre es quien le impide
Ni alguna hermana estorbará sus pruebas,
Como á tí, á quien, llorando de contino,
Madre y hermanas salen al camino.

»Que el otro esté en su mal perseverando
No es mucho, y que te aguarde en la estacada,
Si sólo Adrasto puede, aconsejando,
Estorbarle la empresa comenzada;
Mas tú, ruegos y llantos despreciando,
Tus dioses dejas y tu patria amada,
Y sales de mis brazos para verte
En brazos de tu hermano y de la muerte.»

Por otra parte, á paso presuroso,
Más que el ser de doncella permitía,
Por entre aquel tumulto belicoso,
Llorando, al muro Antígone corría
El viejo Artor, su ayo cuidadoso,
La aguarda al paso y hace compañía,
Con ser tan viejo; que la muerte espera
Antes que ver el fin de la carrera.

Y luego que en las armas y en la traza
Su hermano conoció entre tanta gente,
Que á la ciudad con voces amenaza
Y al muro llega ya con rabia ardiente,
No ya el aire de llantos embaraza,
Mas suspendiendo un tanto la creciente,
Así dijo, alargando el cuerpo fuera,
Cual si del muro echarse pretendiera:

«Detén las armas y atrevida mano,
Y alza los ojos á esta torre un poco;
Que bien conoces, mi enemigo hermano,
Y sabes que no soy quien te provoco;
Y si pides con término inhumano
La fe y palabra mal tenida en poco,
Esta es buena demanda y modo honrado
Con que debe pedir un desterrado.

»Por los dioses de Argos, no de Tebas,
Que de éstos ya no harás alguna estima,
Te ruego, hermano, y si hay por qué te muevas
Otra causa mayor que allá te anima,
Que no ejecutes el rigor que llevas;
Mira que en tanta confusión y grima,
Los dos campos, el tuyo y enemigo,
Lo mismo te suplican que yo digo.

»Antígone te ruega, desdichada,
Que tanto por tu causa ha padecido,
Aquella odiosa al Rey y despreciada,
Pero tu hermana al fin, endurecido;
Desenlaza algún tanto la celada,
Séame el ver tu rostro permitido,
Goce de verlo aquesta vez siquiera,
Que será, según temo, la postrera.

»Deseo ver si haces sentimiento
Al llanto de mis ojos; mas no hay duda,
Pues que ya al de mi madre y su lamento
Tu fiero hermano del intento muda;
Y aun dicen que soltó, no es fingimiento,
La espada, que tenía ya desnuda,
Y tú solo has perdídome el decoro,
A mí, que tanto tus destierros lloro.

»¡Cuántas veces templé á tu padre airado,
É hice que te fuera más clemente!
Mira que en tu dureza has disculpado
A tu hermano, que al fin es obediente.
Es verdad que él la fe te ha quebrantado,
Y que es cruel señor para su gente;
Pero no, como tú, en su mal porfía,
Ni al desafío va ni desafía.»

Algún tanto aplacó su furia insana
Con aquestas palabras la doncella,
Aunque Erimnis, que dél está cercana,
Sus buenos pensamientos atropella;
Al fin mueve la rienda más liviana,
Menos furioso ya el caballo huella,
Y algún gemido despidiendo en tanto,
No está celado en la celada el llanto.

Sus iras aplacaron, é igualmente
Quisiera no volver ni haber venido,
Cuando se vió en el campo de repente
Eteocle, furioso y atrevido,
Que dejando á su madre y á su gente,
Lo echó la furia de quien es regido,
Diciendo á voces: «Ya, enemigo, vengo,
Y ser llamado es el pesar que tengo.

»Si me he tardado, no es defecto mío;
Mi madre detenerme fué bastante.
Oh patria, oh reino, incierto señorío
Serás del vencedor de aquí adelante.»
«No con menos rigor, responde, y brío,
Que conoces al fin, aunque arrogante,
La fe que has quebrantado y el concierto,
Pues éste llamas señorío incierto.

»Y que está en la victoria has confesado
La justicia que tienes y derecho,
Pues antes, oh mi hermano deseado,
Dame un abrazo, que se venga al hecho;
Que esta fe y esta ley sólo ha quedado,
Y no la puede vïolar tu pecho.»
Y esto diciendo, con rigor lo mira,
Que brota el corazón mil llamas de ira.

Y en lo interior el fuego más le abrasa
De verle tan cercado de su gente,
Y que la luz del sol parece escasa
Al rayo de sus armas reluciente;
Ver cuán airoso su caballo pasa,
De púrpura cubierto, gime y siente,
De envidia solo, y no porque se puede
Decir que en galas á la suya excede.

Que no es común la ropa que él traía,
Ni resplandece menos su tesoro,
Bordada de la mano de su Argía,
Sobre tela de grana torzal de oro,
Con tanta perfección, que parecía
Que á solo Aragne le guardó el decoro,
Y si no la excedió en la labor bella,
Fué en todo al menos semejante á ella.

Ya el polvoroso campo repartiendo,
Vuelve atrás cada cual, estimulado
De las furias que á entrambos van moviendo
Sin apartarse un punto de su lado;
Ellas mismas los fieros van teniendo,
Las armas tocan y el jaez bordado,
Tan cerca, que serpientes y cabellos
Ven juntos los caballos en sus cuellos.

La Maldad vino á ver, como parienta,
Guerra entre dos, de un vientre producidos,
Ya que acercarse cada cual intenta,
En las armas y rostro parecidos;
Mas no el son que al caballo más alienta,
Ni otra seña ó rumor fueron oídos,
Que al tiempo que las lanzas enristraron,
Suspensas las trompetas se quedaron.

Mas tres veces sonó en el reino obscuro
Hórrido son, que á todos desanima,
Y tres Plutón, desde su centro duro,
Hizo temblar la tierra que está encima;
Ningún dios de la guerra está seguro,
Todos huyeron con espanto y grima;
Ni la Virtud se quiso hallar presente,
Y Belona apagó su hacha ardiente.

Marte no sin temor salió huyendo,
Vense del carro apenas las señales;
Palas huyó, que á Górgona venciendo,
De serpientes sembró los arenales;
Mas fueron en la guerra procediendo
Con más rigor las furias infernales,
Y el vulgo, á ver el caso convocados,
Ocupa las garitas y tejados.

De lágrimas está todo cubierto,
No hay casa donde llanto no se escucha,
Y siendo fuerza ver tal desconcierto,
Se queja el viejo de su edad, que es mucha;
La madre con el pecho descubierto
Al tierno hijo en amorosa lucha
Entretiene, divierte y le regala,
Porque no pueda ver guerra tan mala.

Y á ver tan gran monstruosidad del suelo,
Como á ejemplo el mayor de desventura,
Manda salir las almas sin consuelo
El gran Rector de la región obscura;
Y ofuscando la clara luz del cielo,
De los montes coronan el altura,
Alegres de entender que en tal batalla
Mayor maldad que en su maldad se halla.

Luego que Adrasto vió que se comienza
La guerra, que los dos parten iguales,
Contra cuya maldad y desvergüenza
No han bastado prodigios y señales,
Volando, que no hay viento que le venza,
Se puso en medio de los dos reales;
Que puede mucho y todo lo asegura
Su antiguo reino y larga edad madura.

Mas ¿qué con tales su presencia puede?
¿Qué honor basta á mover gente tan ciega,
Que aun su sangre no cuidan quien herede?
Bien los conoce, pero al fin les ruega.
«¡Qué! ¿ha de ver, dijo, el mal que aquí sucede,
Confusa la nación tebana y griega?
Si esta maldad al cielo no se esconde,
¿Dó están los dioses? La justicia ¿adónde?

»Cese vuestro rigor tan obstinado,
Y tú, enemigo, cesa en tu porfía,
Que aunque el furor te venza, eres rogado,
Y aun tienes deudo con la sangre mía;
Y tú, yerno, si tanto has deseado
Cetro, el que tengo dejaré este día;
Vé á Lerna, y desde luego en años largos
Que reines solo te concedo en Argos.»

No hicieron sus palabras más efeto
En los dos enemigos capitales;
Que antes ellos, perdiéndole el respeto,
Se dispusieron á encontrar: iguales
Que el mar de Citia, hinchado é inquieto,
Hace con el furor de sus cristales
Contra los montes Cianeos cuando
Se vienen á encontrar, del mar burlando.

Y viendo Adrasto que les ruega en vano,
Y que puestos los dos en la carrera,
Se aperciben de amientos en la mano
Para arrojar los dardos desde afuera,
El campo deja al yerno y al hermano,
Y con rigor las plantas aligera
De su Arión, que á la maldad que vía,
Torcido el yugo á la cerviz tenía.

Tal del celeste alcázar despedido
El Rector de las sombras de la muerte,
Baja á regir el reino del olvido,
Que por menor le concedió la suerte;
Pero no la Fortuna ha suspendido,
Con la ausencia de Adrasto, el trance fuerte,
Que en su rigor se queda la batalla,
Y esto sólo sirvió de dilatalla.

En vano dos carreras se enristraron,
Y otras dos ya cercanas de encontrarse;
Con horror los caballos se apartaron,
Las lanzas no pudiendo ensangrentarse;
Pero luego las riendas alargaron
Para volver ligeros á juntarse,
Y cada uno con rigor la espuela
Sin causa arrima al suyo, porque vuela.

La novedad de haber las lanzas sido
Inciertas suspendió toda la gente,
Y á que es prodigio muchos se han movido,
Y cada cual diversas cosas siente;
Y el daño irremediable conocido,
Los dos campos ordenan de repente
Salir juntos, y dar, por detenellos,
Con todo el cuerpo de la guerra en ellos.

Sentada en tanto la Piedad se vía
A una parte del cielo retirada,
Que ha tiempo que en la tierra no cabía,
Ni entre los dioses pudo hallar morada.
No en el rostro se muestra que solía,
Ni en el traje que ha sido respetada,
Sino suelto el cabello de su asiento,
Sin toca ó trenza que resista al viento.

Llora el peligro de uno y otro hermano,
Cual si su hermana ó si su madre fuera,
Crüel llamando á Jove soberano,
Fieras las parcas, y á la tierra fiera;
Mas dejar la región del aire vano,
Donde ninguna pïedad se espera,
Propone, y de irse á la infernal laguna,
Que entre sus dioses ha de hallar alguna.



«¿Para qué me criaste inútilmente,
Dijo, oh reina sin par, Naturaleza,
Para impedir las iras de la gente,
Y á veces de los dioses la dureza,
Si no me estiman, aunque estoy presente,
Ni vale ya en el mundo mi nobleza?
¡Oh ciega furia del mortal deseo!
¡Oh atrevida invención de Prometeo!

»¿Cuánto mejor, después de Pirra, fuera,
Si tal había de ser, como parece,
Que el mundo se acabara y feneciera?
Ved qué el humano género merece.»
Dijo; y viendo ocasión que usar pudiera
La pïedad que en ella resplandece,
El tiempo mide para dar ayuda
A aquella gente, de piedad desnuda.

Del cielo baja, y si la planta mueve,
Aunque su gran tristeza va mostrando,
Luciente rastro de color de nieve
Por medio de las nubes va dejando;
Y apenas toca al campo en tiempo breve,
Y en los ánimos toca apenas, cuando
Súbita paz parece que se vía
Donde primero la impiedad vivía.

A verse comenzó la maldad clara
Y más de un rostro en lágrimas deshecho,
Y entre los dos hermanos (¡cosa rara!)
Alguna pïedad escarba el pecho;
Y ella, mudando el hábito y la cara,
En traje varonil, á guerras hecho,
Entre todos armada se presenta,
Y aquí y allí la pïedad aumenta.

«Si es que algunos tenéis prendas queridas,
Hijos ó hermanos, do el amor se halla,
Id, dijo, resistid, poned las vidas,
Por impedir el fin de esta batalla.
¿No advertís en las señas conocidas
De que los dioses quieren estorballa,
Flojos caballos, mano perezosa,
Y á su fortuna misma ya piadosa?»

Algún tanto inclinaba ya la gente,
Si el disimulo acaso no entendiera
La furia, que veloz cual rayo ardiente,
Delante de ella con furor se altera.
«Floja deidad, le dijo, inútilmente
Dada á la infame Paz por compañera,
¿Por qué razón á desviarme vienes
La guerra en que ninguna parte tienes?

»Vete, enemiga, de este sitio, acaba,
Que es mío aqueste campo y este día;
Si defender á Tebas te importaba,
¿Cómo vienes agora tan tardía?
¿Dónde estuviste cuando Cadmo araba
Y la marcial serpiente renacía,
Y dónde cuando Baco movió guerra
Con sus furiosas madres á esta tierra?

»¿Y adónde, perezosa, te escondiste
Cuando cayó la esfinge despeñada,
Y adónde cuando á Edipo permitiste
En sangre paternal manchar la espada,
Y cuando con mi antorcha negra y triste
Vino Yocasta al tálamo engañada?
¿Cómo, si entonces pïedad tenías,
A tamaña impiedad no resistías?»

Dijo; y en el azote rechinando
Varias culebras, con rigor severo
A la Piedad amenazaba, cuando
Ya ella se ausentaba del terrero;
Y su rostro entre velos ocultando
Por no ver de la furia el suyo fiero,
Aunque de ser echada vergonzosa,
Huye á quejarse á Júpiter la diosa.

Las dos furias entonces con más ira
Se mueven, viendo la Piedad ausente,
La maldad se renueva, y ya los mira
Con menos piedad toda la gente;
Y en tanto la primera lanza tira
El Rey, que más su furia no consiente,
Mas sin ofensa detenerse pudo
En el cerco dorado del escudo.

No con menor denuedo el desterrado
A la venganza sale como el viento,
Diciendo á voces: «Dioses, que habéis dado
A los ruegos de Edipo oído atento,
Confirmad la maldad que ha comenzado,
Hacedme ejecutor de vuestro intento,
Y no es mucho que yo también sea oído,
Pues no es ajeno de esto lo que os pido.

»Que con tal que me deje este tirano
La silla injustamente poseída,
Aunque permita el cielo soberano
Que sea á costa de mi sangre y vida,
Yo mismo, en sacrificio por mi mano,
Y con la misma espada en él teñida,
Mi pecho romperé; lleve siquiera
Menos dolor mi alma cuando muera.»

Esto diciendo, le arrojó la lanza,
Cuyo golpe entre el muslo al caballero
Y entre la ijada del caballo alcanza,
Procurando á los dos el fin postrero;
Mas vana fué del voto la esperanza,
Que sin herir al Rey pasó el acero,
Hallando al paso la rodilla alzada,
Y en las costillas del caballo entrada.

Y al punto salta, el freno despreciando,
Aquí y allí con el dolor cayendo,
Larga vena de sangre derramando,
Que su daño en la tierra va escribiendo.
Polinice se alegra, imaginando
Que es de Eteocle la que ve vertiendo,
Y el mismo Rey, con el temor que tiene,
De que es su propia sangre á creer viene.

Mas luego el desterrado dió la vuelta,
Y viendo de su hermano el mal partido,
Ciego corre sobre él á rienda suelta,
Hasta chocar con el caballo herido;
Andan caballos y armas de revuelta,
Y los guerreros, uno de otro asido,
Con tanta fuerza cada cual se afierra,
Que entrambos vienen á probar la tierra.

Cual galeras del Austro contrastadas
Suelen en noche obscura entrepalarse,
Sin poder desasirse, de intrincados,
Hasta venir los remos á quebrarse;
Y con las olas, de quien son llevadas,
Luchar toda la noche, por soltarse,
Consigo mismas y el rigor del viento,
Y al fin se hunden en el mar sediento;

Tal es la ley de aquesta injusta guerra,
Que de su fuero y leyes olvidados,
Se mezclan y atropellan por la tierra
Sin término y sin arte de soldados:
Sólo los odios que su pecho encierra
Manifiestan los yelmos enlazados,
Que por ellos exhala en llamas de ira,
Y el uno al otro con rigor se mira.

Ningún espacio entre ellos verse pudo,
Ó estando levantados ó caídos,
Pecho con pecho, escudo con escudo
Se vieron, y los brazos siempre asidos;
Retumban de los dos del pecho crudo
En el cóncavo bronce los bufidos,
Tal, que como trompeta sonorosa
Los incita, los mueve y los acosa.

Bien como cuando ardor celoso atiza
Dos jabalíes á mortal pelea,
Que cada cual la espesa piel eriza
Y de los ojos luz relampaguea,
Los colmillos crujiendo, atemoriza
Al cazador, que lejos ver desea
La fiera lucha, puesto entre las peñas,
Hace á los perros de que callen señas;

Así los dos con ánimos iguales
Se acometen y hieren de manera,
Que aunque no las heridas son mortales,
De su maldad la sangre es mensajera.
No es menester ya furias infernales,
Antes ellas los miran desde afuera,
Admiradas de ver que en hombres pueda
Caber tal furia que á la suya exceda.

Uno y otro furioso se apresura
A derramar la sangre de su hermano,
Y no ve que la suya mal segura
Por todas partes humedece el llano;
Mas Polinice, que mostrar procura
Más justa injuria, con violenta mano,
Firme el brazo y la punta de la espada,
Le enristró por el cuerpo una estocada.

Halló la entrada la enemiga punta
Por las últimas mallas de la cota,
Que cubre mal la carne al muslo junta,
Y así no fué la espada en entrar bota;
Mas el Rey, que de cólera despunta,
No sintió por el pronto la ingle rota,
Pero turbóse en el primer instante,
Con el frío del hierro penetrante.

Y luego que del golpe vïolento
Sintió la herida, lo mejor que pudo,
Como aprisa le va faltando aliento,
Turbado se recoge en el escudo;
Mas no por verle en tanto detrimento
El fiero hermano está menos sañudo,
Que mientras más desmaya, más se enciende,
Y con palabras de rigor le ofende.

«¿Adónde huyes, dijo, injusto hermano,
Que ya en balde procuras defenderte?
¡Oh caduco descanso, oh reino vano,
Oh imperio largo, súbdito á la muerte!
Aprende en mí á sufrir la armada mano
Y á no fiar de venturosa suerte;
Considérame pobre y desterrado,
Y hecho blanco del rigor del hado.»

Bien poca vida al falso Rey quedaba,
Que la postrera sangre ya vertía,
Y ya los pasos macilentos daba,
Que apenas sustentarse en pie podía;
Cuando de industria, al tiempo que llegaba
A ejecutar la muerte su agonía,
Caer se deja con rigor extraño,
Fabricando en la muerte nuevo engaño.

Resuena al punto el mísero lamento
De los que le juzgaron por sin vida,
Y como cierto ya del vencimiento,
Las manos alza al cielo el fratricida.
«Dioses, dijo, no en balde fué mi intento,
Justo fué el voto y mi oración oída,
Pues veo á mi enemigo de tal suerte,
Y sus ojos nadando con la muerte.

»Pero mientras que ve, para que sea
Mayor dolor que el que tendrá muriendo,
Puesta en mis sienes su corona vea;
Tráigala alguno aquí, vaya corriendo.»
Y como capitán que templo arrea
Con los despojos que ganó venciendo,
Le llegó á desnudar las armas bellas
Para en Tebas triunfando entrar con ellas.

Aun no era muerto el infeliz tebano,
Y en el alma, que ya se despedía
De su antiguo rencor y odio profano,
Guardaba la venganza todavía;
Y cuando sobre sí sintió al hermano,
Suplió el odio á las fuerzas que tenía,
Y alegre, aunque muriendo, á su despecho
La oculta daga le clavó en el pecho.

«¿Qué, vives, dijo Polinice, y dura
Hasta agora tu ira y tu violencia?
Pues nunca has de tener silla segura,
Que hasta el infierno llevas competencia;
Conmigo irás, y allí la fe perjura
Te he de pedir en la infernal audiencia,
Si allí es verdad que Minos con sus leyes
Castiga los excesos de los reyes.»

No dijo más, que le faltó el aliento,
Y el dulce estambre de la vida junto,
Cuando para arrancarse de su asiento
La del hermano estaba al mismo punto;
Muerto cayó sobre él; pero sediento
De la venganza el cuerpo así difunto,
Oprimiendo al hermano en la caída,
La vida le quitó y quedó sin vida.

Id, ánimas crüeles de la tierra,
Y manchad del infierno las moradas,
Consumid cuantas penas en sí encierra,
Que aun para tanto mal son limitadas;
Y vosotras, oh furias de la guerra,
Para mal de los hombres incitadas,
Volveos á las estancias infernales,
Y tened ya piedad de tantos males.

Y aquesta vez no más el mundo cuente
Por larga edad del siglo venidero
Semejante maldad que la presente,
Y no tenga este día compañero;
Antes de la memoria de la gente
Se olvide el caso abominable y fiero,
Y sólo entre los reyes se repita,
Para ejemplo de guerra tan maldita.

En tanto el triste padre, que ha sabido
Del suceso infeliz la dura suerte,
De su caverna en público ha salido,
Hecho una imagen de imperfecta muerte;
La barba y el cabello, enmohecido
De la sangre y horrura, está tan fuerte,
Que parece que cubre con sus hebras
Furial cabeza llena de culebras.

Lejos su rostro, entre el cabello oculto,
Se ve, y hundidas las mejillas dentro,
Y de los ojos cóncavos al vulto
Asqueroso licor sale al encuentro;
Así por entre el bélico tumulto,
De su antigua morada y de su centro
Sale poniendo á todo el mundo asombro,
Sustentado de Antígone en el hombro.

Cual si Carón, dejada la barquilla,
Saliese á ver la luz de sus riberas,
En cuya ausencia crece en cada orilla
Gran multitud de sombras pasajeras;
Que con su vista turba y amancilla
La luz al sol, y al cielo sus lumbreras;
No puede resistir, como es obscura,
El aire claro ni la luz tan pura.

Tal sale al campo de su gruta el ciego,
De la llorosa Antígone guiado.
«Llévame, dice, á aquel lugar, te ruego,
Donde mis hijos muertos han quedado;
Y sobre sus recientes llagas luego
Arroja aqueste padre desdichado.»
No sabe si obedezca la doncella,
Y de industria se tarda y se atropella.

Impídenles el paso y el camino
El ir juntos los dos y de la mano,
Y las armas y cuerpos que contino
Encuentran destrozados por el llano;
Y en tanto estorbo pierde Edipo el tino,
Y da los pasos débiles en vano,
Y si se cae, tropieza, ó si se baja,
La miserable guía lo trabaja.

Mas luego que el clamor de la doncella
Los cuerpos fríos le mostró llorando,
Sobre ellos se arrojó, soltado de ella,
Enmudecido de dolor quedando;
Y del modo que pudo se querella,
Sobre sus frescas llagas sollozando,
Sin poder dar el habla que quería
Y tanto tiempo detenido había.

Mientras las armas y celadas tienta,
Y allí busca los rostros escondidos,
La voz desata, el corazón revienta
De los mudos sollozos detenidos.
«Tarde, dice, oh piedad, tu fuerza intenta
Inclinar á tus leyes mis sentidos;
¿Posible es que tras tanta resistencia
Cabe en aqueste corazón clemencia?

»Vencido has, piedad, á mi dureza,
Pues ves que con dolor, con lloro y gimo,
Vencido me has también, Naturaleza,
Que el tierno amor de padre al fin estimo;
Ya de mis secos ojos con terneza
Lágrimas vierto, y con piedad arrimo
La injusta mano, causa de sus males,
A enjugar de los ojos los caudales.

»Crüeles hijos, dice, que igualmente
En serlo tanto os tengo por muy míos,
Recibid las exequias que al presente
Os ofrecen mis ojos, vueltos ríos;
Y pues veros ni oiros no consiente
Vuestra muerte y mis ciegos desvaríos,
Para que sólo me consuele un poco,
Díme cuál es, Antígone, el que toco.

»¿Con qué ofrenda de mí seréis honrados?
¿Qué pompas funerales podré haceros,
Que pueda agora, hijos tarde amados,
De cuando os fuí cruel satisfaceros?
¡Oh si segunda vez me fueran dados
Los ojos solamente para veros!
Que en sacrificio vuestro, de la cara
Con mi antiguo rigor me los sacara.

»¡Ay me! que el cielo oyó mis oraciones
Más de lo que era justo y yo pedía;
¿Cuál dios á tan perversas peticiones
Tan cercano de mí estuvo aquel día,
Que enteras las palabras y razones,
Arrebatadas de la lengua mía,
Manifestó á los hados vengadores
Para que fuesen luego ejecutores?

»No tuve culpa yo, que fué forzoso
Quejarme á voces del nefando hecho,
Y mi lengua movió furor rabioso
Y Erimnis fiera, que se entró en mi pecho;
El padre muerto, el lecho incestüoso,
La sucesión maldita, el reino estrecho,
Y mis ojos caídos y sangrientos,
Movieron de mi lengua los acentos.

»Y juro por Plutón, de luz escaso,
Y la inocente hija que me guía,
Y por la obscura ceguedad que paso,
Que fueron dulces ojos algún día,
Que no me acusa nada en este caso;
Así, con digna muerte, el alma mía
A Layo vea en la infernal morada,
Y no huya de mí su sombra airada.

»¿Qué abrazos son aquestos entre hermanos,
Qué heridas las que toco en vuestro pecho?
Soltad, os ruego, las asidas manos
Y el lazo que os ofende tan estrecho;
Y en medio de los cuerpos inhumanos
Admitid vuestro padre á blando lecho.»
Esto diciendo, de matarse ordena,
Que crece en ira al paso de la pena.

Para acabar su miserable vida
Armas buscaba ya; mas al instante
Antígone, en aquesto prevenida,
Le escondió las espadas de delante;
Furioso, quiso ser de sí homicida,
Y como á ejecutarlo no es bastante,
«¿Dó están, dijo, las armas? ¿Qué se han hecho,
Que agora faltan para aqueste pecho?

»¡Oh furias! ¿consumieron por ventura
De aquestos cuerpos todas las que había?»
Mas de las armas que buscar procura,
La hija al fin lo aparta y lo desvía;
No ajena de dolor, que su cordura
Muda en el pecho la pasión cubría,
Con gozo mira al padre, reparando
Que al fin, aunque crüel, está llorando.

Antes de aquesto, en viendo comenzada
Entre los dos la guerra tan temida,
A la primer señal alborotada
La triste Reina, y de dolor vencida,
Sacó de su recámara una espada,
Que fué de Layo prenda conocida,
En quien solía, entre otros sus despojos,
Con tierno llanto apacentar los ojos.

Y después de formar muchas querellas
Con los dioses y el lecho prohibido,
Con las furias de Edipo, causa de ellas,
Y con la sombra del primer marido,
Por no ver de este fuego más centellas,
Ni más dolor del que en sus hijos vido,
Sobre la espada se inclinó de hecho,
Atravesando con rigor su pecho.

Rompió el hierro cruel las flacas venas,
Derramando la antigua sangre fría,
Purgando con su muerte tantas penas,
Y el lecho de la mancha que tenía;
La llaga estaba manifiesta apenas,
Que aun de la espada el rechinar se oía,
Y á enjugarla, el cabello desatando,
Sobre ella Ismene se arrojó llorando.

No de otra suerte Erígone, llorosa,
Clamó en la selva Maratonia tanto
La muerte de su padre dolorosa,
Que á un punto le faltó la voz y el llanto,
Y al fin de un ramo de la selva umbrosa,
Por último remedio en su quebranto,
Escogido por fuerte, para ello
Un lazo encomendó, y al lazo el cuello.

Ya la fortuna el cetro del tebano
Había en otra parte transferido,
Después que la esperanza salió en vano,
Con que fué de los dos tan pretendido;
Y de Creonte á la enemiga mano
Ya de Cadmo las leyes han venido,
Y ya comienza á gobernar la tierra;
¡Oh miserables fines de la guerra!

Por reinar los hermanos pelearon
Hasta morir entrambos igualmente,
Y á aqueste llama al reino que dejaron
El ser de fiera sangre descendiente;
Los pueblos que á los otros repudiaron
Dejan mandarse ya de este insolente,
Obligados de ver que Meneceo
Se dió á su patria con mortal trofeo.

Sube el tirano al cetro desdichado,
Y al tribunal de la llorosa Tebas;
¡Oh amor de mandar, oh nuevo estado,
Cómo tras tí los ambiciosos llevas!
Que no es posible iguale á lo pasado
Nuevo gobierno ni ordenanzas nuevas,
Y él en el tribunal de antiguos reyes
Se atreve á establecer injustas leyes.

¿Qué fortuna mejor tener pudiera
Que ver que todo el reino le obedece,
Si la ambición con esto no creciera,
Que al paso del mandar se aumenta y crece?
Ya del nombre de padre degenera,
Que en vez de perdonar se encrüelece,
Y una por una, la corona asida,
De Meneceo la memoria olvida.

Y del amor del reino arrebatado,
En que dió de quién es primer indicio,
A los griegos mandó que sea vedado
Del fuego venerable el sacrificio,
Y que en medio del campo desechado
Se quede de la guerra el ejercicio,
Las armas, los despojos y los muertos,
Y los tristes espíritus desiertos.

Ya por la puerta Ogige iba saliendo,
Y á Edipo encontró en ella que volvía,
Y un tanto en verle reparó, temiendo;
Que al fin por superior lo conocía.
La ira templó al punto, mas haciendo
Del rey, que mal representar sabía,
Con voz soberbia y atrevida luego
Así maltrata al miserable ciego:

«Vete de aquí, no estés en mi presencia,
Agüero triste al vencedor tebano;
Deja este muro limpio con tu ausencia,
Aparta de él las furias y tu mano.
Ya se acabó tu larga penitencia
Con la muerte del uno y otro hermano;
Vete, muertos están, nadie te hereda;
¿Qué voto nuevo por hacer te queda?»

De este rabioso estímulo incitado,
Edipo se encendió, que parecía
De la vejez haberse desnudado,
Y vuéltose á la edad que antes tenía;
Y habiendo al punto el báculo dejado,
Y de su amada Antígone la guía,
Estribando en la ira solamente,
Rompió la voz del pecho impacïente.

«¿Posible es, oh Creonte miserable,
Que en ser crüel tan presto te previenes,
Y apenas nuestra suerte varïable
Te ha puesto en el lugar que agora tienes,
Y que á tí te permite el hado instable
Que reyes aniquiles y condenes,
Que de sepulcro prives á los muertos,
Y de su patria á los amigos ciertos?

»Procede bien, podrás regir á Tebas;
Mas ¿por qué el primer día tus rigores
Muestras, estableciendo leyes nuevas,
Y en ser temido fundas tus honores?
Desterrarme pretendes, en que pruebas
Que es temor la inclemencia en los señores;
¿Por qué, si temes y el destierro intentas,
Antes en mí tu espada no ensangrientas?

»Créeme, que, aunque venga á degollarme
El ministro crüel de tu sentencia,
No tengo por temores de apartarme
Ni hacer al cuchillo resistencia;
Comienza, ¿qué pretendes? ¿Humillarme?
¿Qué quieres? ¿Que te haga reverencia?
¿Yo á los pies de un tirano he de sufrirlo,
Y tú (caso que sea) consentirlo?

»¿Tú me amenazas? ¿Piensas, enemigo,
Que rastro de temor en mí ha quedado?
Y ¿qué mandas? ¿Que deje el patrio abrigo,
A quien el cielo y tierra haya dejado?
Si yo, de aqueste rostro por castigo
Los ojos me saqué, sin ser forzado,
¿Cuál piensas, Rey crüel, agora darme
Que en el que yo me dí pueda igualarme?

»Ya huyo, pues, de aquesta villa infame;
Si importa en otra parte por ventura
Mi muerte, que así es bien mi vida llame,
Y la luz de mis ojos, siempre obscura,
¿Qué gente habrá que la piedad desame,
Que á mis humildes ruegos sea tan dura,
Que de su tierra, al fin, no me conceda
El poco espacio que ocuparles pueda?

»Dulce es Tebas, que, al fin, siendo su amparo
Gocé en su deleitosa estancia della
De cielo más sereno y sol más claro,
De dulces hijos y de madre en ella;
Pero gózala tú, y el cielo avaro
Te sea en conservarla y defendella,
Y no la rijas con mejor agüero
Que Cadmo y Layo la rigió primero.

»Con el que yo reiné, reines, tirano,
Y en semejante tálamo que el mío
Tengas la sucesión, sin que tu mano
Fuerce de la fortuna el albedrío;
Desees ver la luz del sol en vano,
Ciego, cual yo, por otro desvarío.—
Ya he dicho y satisfecho mis enojos;
Vámonos, hija, guía de mis ojos.

»Mas ¿dónde irás conmigo, hija amada,
Que tu pena y dolor no se acreciente?
Quédate adiós, y el Rey en mi jornada
Me dará quien me guíe y me sustente.»
Y Antígone, temiendo el ser dejada
Al rigor de Creonte y de su gente,
Con mayor humildad que el padre ciego
Así mudó la plática y el ruego:

«Por este reino, que dichoso ha sido
En ser tuyo, Creonte, y por quien eres,
Y el alma de tu hijo esclarecido,
Que despreció del mundo los haberes,
Que perdones á un mísero afligido,
Y á sus soberbias voces no te alteres;
Que esta es costumbre de hablar que tiene,
Que de su pena y su pasión le viene.

»No sólo contra tí se muestra fiero,
Que así los hados y los dioses trata,
Ni ha sido para mí menos severo,
Que le dura el enojo y me maltrata;
Ni en su pecho este día es el primero
Que aquesta triste libertad le mata,
Y lo que más le aflige cada día
Es la esperanza de morir tardía.

»Y así, desesperado de la vida,
Te da ocasión á que le des la muerte,
Y de industria al castigo te convida,
Porque ésta tiene por dichosa suerte;
Pero en cosa de suyo tan rendida
Que no ensayes te ruego el brazo fuerte;
Manda cosas mayores, y procura
De tus reyes honrar la sepultura.

»Que este que ves aquí que está gimiendo,
Cuando en sublime trono armado estaba,
Las faltas de los suyos proveyendo,
Al rico y pobre por igual juzgaba;
Y de tanto aparato y tanto estruendo
Que entonces le sirvió y acompañaba,
Sola esta triste á su compaña llora,
Y aun no iba desterrado como agora.

»¿A tus dichas aquéste estorbar puede,
Que así le temes y aborreces tanto,
Y con fuerza real que se le vede
La patria quieres y el albergue santo?
¿Es porque á tus umbrales no se quede
Publicando tus quejas con su llanto,
Ó porque desterrado á otras naciones,
Al fin no escucharás sus maldiciones?

»No temas, que yo haré que retirado
De tu palacio llore, y te prometo,
Aunque esté más soberbio y enojado,
Que yo misma le enseñe á estar sujeto;
Del vulgo le pondré tan apartado,
En un lugar tan solo y tan secreto,
Que con justa razón tú mismo digas
Que es destierro mayor que el que le obligas.

»¿Qué tierras, si se va, serán tan buenas
Que en sus muros le acojan? ¿Por ventura
Quieres que en Argos entre ó en Micenas,
Donde la antigua enemistad les dura,
Y del vencido Adrasto en las almenas
Cuente nuestra desgracia y desventura?
Y ¿quieres que, abatiendo un rey tebano,
Pida sustento de enemiga mano?

»¿Agrádate por dicha que refiera
Pecados de esta miserable gente,
Y casos vergonzosos que debiera
La memoria ocultar eternamente?
Pues la infamia es común, cubre si quiera
Por tu honor lo que somos igualmente;
No te pido gran don, que seas afable
A un viejo padre, triste y miserable.

»Aquí, suplico, aquí se le conceda
Un lugar donde pueda sepultarse,
Que si á los griegos el sepulcro veda
Tu ley, con los tebanos no ha de usarse.»
Y postrada á los pies del Rey se queda;
Mas el padre la incita á levantarse,
Y en amenazas contra él se enciende,
Despreciando el perdón que ella pretende.

Cual león que temido antiguamente
Fué en la selva, en el monte y en el llano,
Y perezoso ya en su cueva, siente
Que no pasó por él el tiempo en vano;
Pero no á su vejez, aunque doliente,
Ninguno se le atreve á estar cercano,
Ni su vista estará menos sañuda,
Que, aunque la edad le vence, no se muda;

Mas si por dicha el ya pendiente oido
Algún bramido oyó que le lastime,
Al punto se alborota, y atrevido
Levanta el cuello, que la edad le oprime;
Y acordándose al fin de lo que ha sido,
Por sus perdidas fuerzas llora, y gime
Que otros leones tengan osadía
De reinar en los campos que él solía.

Al fin, al ruego humilde y tierno llanto
Creonte se inclinó de la doncella;
Mas no su petición le otorga en tanto,
Alguna parte cercenando en ella.
«Con que no manches, dijo, ó templo santo,
Ó manches la ciudad, no lejos della
Te señalo destierro por ahora,
Allá en tu monte Citerón te mora.

»Y que andes también se te consiente
Esta tierra en que ves que están vagando
Las almas de los tuyos justamente,
Y en su sangre los cuerpos palpitando.»
Dijo; y por entre el vulgo de la gente,
Que finge acompañarle, iba llorando;
Con majestad y con soberbia pasa
Al palacio real, antigua casa.

Y en tanto el escuadrón griego, huyendo,
El campo y las banderas desampara,
Volver con vida infame apeteciendo,
Más que esperar la muerte ilustre y clara;
Nadie su capitán sale siguiendo,
Que en ir con más silencio sólo para;
La noche, al fin, de pïedad movida,
Abraza entre sus sombras la huída.

LIBRO DUODÉCIMO.

ARGUMENTO.

Salen los tebanos á ver el estrago. Lloran sus muertos y quémanlos. A Eteocle hacen lo mismo con poca pompa. No consienten que Polinice goce del fuego ni los griegos. Hácensele á Meneceo grandes exequias con llanto de Creonte, su padre. Las matronas de Argos van á Tebas á sepultar sus muertos. Encuentran con Ornito, que iba herido, y él les da cuenta de la crueldad de Creonte. Aconséjalas que vayan á Atenas á pedir á Jasón ayuda para sepultar sus muertos. Hácenlo así, excepto Argía, que, siguiendo el comenzado camino, se parte á Tebas, acompañada de su ayo. Llega de noche al lugar donde están los muertos, y yendo buscando á su esposo, encuentra con Antígone, que venía á buscar el mismo cuerpo. Hallado de las dos, lo echan en la misma hoguera donde se estaba quemando Eteocle. Siéntenlas las guardas. Llévanlas presas á Creonte. Llegan las demás griegas á Atenas. Hallan piedad en Teseo, que venía victorioso de las amazonas. Marcha Teseo la vuelta de Tebas. Creonte quiere quitar las vidas á Argía y á Antígone. Manda ejecutarles la sentencia. Llega Teseo á Tebas. Sale Creonte á batalla. Encuentra con él Teseo. Pelean los dos. Muere Creonte. Reciben los tebanos por su rey á Teseo.

Aun no del todo el velador lucero
Del cielo las estrellas encubría,
Y con más sutil punta que primero
Aun no la luna señalaba el día,
Y aun no la aurora el rubio carretero,
Que de nuevo á su oriente revolvía,
Le iba el paso por el cielo abriendo;
Las inquïetas nubes sacudiendo;

Cuando la gente del tebano suelo,
Aunque ya pocos dioses les valían,
De la noche acusando el tardo vuelo,
Vagando por el campo discurrían;
Fué su primer descanso este desvelo,
Y éste el sueño primero que dormían;
Mas la paz, mal segura, lo suspende,
Y al mal pasado la victoria atiende.

Apenas dar un paso el más valiente
Puede, ni atina al foso el más osado,
Ni abrir osa las puertas libremente,
Que dura en ellos el temor pasado;
Del campo tienen el horror presente,
Y en él no osan fijar el pie turbado,
Como al que arroja á tierra la tormenta,
Que en la primera el pie temblando asienta.

Así suspensos el estrago miran,
Y á qué parte saldrán están inciertos,
Que temen, si hacia adentro se retiran,
Han de volverse á levantar los muertos;
Como simples palomas cuando giran
Del palomar los intrincados puertos,
Y ven por los resquicios de la torre
Rubia serpiente que á los nidos corre;

Que con alas y pies cercan el nido,
Los hijuelos adentro retirando,
Para el trance de guerra no advertido
Las inútiles plumas erizando,
Y aunque al fin la serpiente se haya ido
Teme el blanco escuadrón salir volando,
Y con horror, si se remonta al cielo,
Vuelve á mirarla en medio de su vuelo.

Al fin á las reliquias de la guerra
Salen, y á ver el pueblo desangrado,
Que llanto de su estancia los destierra,
Y saca al capitán como al soldado;
Va cada cual do su dolor le aterra;
Cuál mira el campo de armas ocupado,
Y cuál de los heridos cuerpos lleno,
Y el del amigo á vueltas del ajeno.

Lloran unos los carros cuyos leños
Se hicieron astillas peleando,
Y á los caballos lloran ver sin dueños,
Con quien sólo les queda estar hablando;
Las heridas de espacios no pequeños
Miden y tiernamente están besando,
Y del esfuerzo del amigo amado
Se admira alguno que lo ve frustrado.

Cada cual por menudo considera
El vario estrago y la crüel matanza;
Vense brazos sin cuerpos donde quiera,
Manos sin brazos empuñar la lanza;
Muchos á quien quitó una flecha fiera
De la vista y la vida la esperanza,
Se están con ellas en los ojos yertos,
Y entre éstos, otros sin heridas muertos.

Con largo llanto, á la ocasión debido,
Se arrojan en los cuerpos destroncados,
Y no sin competencia han pretendido
Enterrar cada cual sus alïados,
Y en lugar del pariente y conocido,
A su enemigo abrazan engañados;
Que suele de esta suerte vez alguna
Burlar al afligido la fortuna.

Con la gran confusión ninguno atina
Adónde sin ofensa el paso asiente,
Que está una sangre de otra tan vecina,
Que no sabe cuál es la del pariente;
Otros á quien no toca esta rüina
Y ven libres sus casas y su gente,
A las desiertas tiendas de los griegos
Van á robar y les arrojan fuegos.

Otros á quien llevar pudo el deseo
Tras de un curioso gusto de la guerra,
Van á ver el lugar donde Tideo
Sus miembros fuertes entre polvo encierra,
O si queda algún rastro horrendo y feo
Do al adivino se tragó la tierra,
O si en los miembros queda llama ardiendo
Del que á los dioses despreció muriendo.

Pasóseles llorando todo el día,
Y sin cesar, la noche sobreviene,
Que aman su llanto y quieren á porfía
Gozar del mal común que á tantos viene;
A reposar ninguno se desvía,
Que más fuerza el dolor que el sueño tiene;
Antes junto á los cuerpos y á sus lados
Se están toda la noche desvelados.

Unos en guarda á estancias repartidos,
Y otros gimiendo á coros se lamentan,
Y con llanto y con fuegos encendidos
De la noche las tinieblas ahuyentan;
No de dulces estrellas son vencidos
Sus ojos ni del sueño se apacientan,
Ni los húmedos párpados cerraron,
Por más y más que sin cesar lloraron.

Tocaba ya el lucero á los umbrales
Tercera vez del alba limpia y pura,
Y para las exequias funerales
Despojaban los montes su espesura;
De Teumeso los árboles reales,
Que fueran de sus bosques hermosura,
Vinieron aplicados para el fuego,
Y del gran Citerón la selva luego.

Compuestas las hogueras y ordenadas,
Entregan á las llamas ambiciosas
Los cuerpos, y sus almas regaladas
Gozan de las exequias pïadosas;
Pero de tanto honor desamparadas,
Las de los griegos van cercando ociosas
Las llamas, con gemidos y querellas
De que fueron vedadas para ellas.

Algún honor real y pompa alguna
Se hizo al alma de Eteocle fiera,
No la que á su grandeza era oportuna
Ni la que fué razón que se le hiciera;
Y á su hermano, aunque igual en la fortuna,
Mandaron que por griego se tuviera
Y que su sombra desterrada fuese
Y del último fuego careciese.

Mas no en fuego plebeyo á Meneceo
Creonte y Tebas abrasar dejaron,
Que juntando las fuerzas al deseo,
Magnífico sepulcro le ordenaron.
De carros y de escudos por trofeo
Y de armas griegas un montón juntaron,
Y levantando al cielo la alta cima,
El cuèrpo echaron venerable encima.

Y como vencedor que ha sujetado
Varios despojos de enemiga gente,
Sobre ellos ciñe de laurel sagrado
Y blancas tocas la hermosa frente;
Bien como cuando Alcides fué llamado
Para que en las estrellas una aumente,
Y alegre se recuesta entre la llama
Del monte ó está como en dulce cama.

Y sobre el sacrificio que espirando
Estaba al cielo el padre riguroso,
Cautivos griegos fué sacrificando,
Y de caballos número copioso
Fueron solaz de algunos peleando,
Mas ya lo dan al fuego bullicioso,
Y en tanto que la llama se acrecienta
El padre gime y de dolor revienta.

«¡Oh magnánimo joven, que debieras
Gozar reinando de la suerte mía,
Y honrar de aquestas almas las hogueras,
Gobernando más alta monarquía,
Si de tanto loor no te encendieras,
Y el bien que ya del reino me venía
No abreviaras á dármelo de suerte
Que fuese don ingrato con tu muerte!

»Mas, aunque en el celeste albergue santo
Por tu inmensa virtud tengas morada,
Que creo que lo gozas entre tanto,
Serás, aunque deidad, siempre llorada;
Aras pondré en tu honor en todo cuanto
Tebas rodea, y ella, á tí obligada,
Procure excelsos templos levantarte,
A donde sólo yo pueda llorarte.

»Mas ¡ay de mí! ¿qué exequias funerales
Podré hacerte agora, oh hijo mío,
Que puedan ser á tu valor iguales,
Aunque de Argos tuviera el poderío?
Ni basta á tus cenizas inmortales
De Micenas mezclar el señorío,
Y á mí sobre ellos, cuya indigna vida
Honró tu sangre, sin sazón vertida.

»¡Ay! que una misma guerra, un mismo día
Que dos hermanos acabó traidores,
La parca, que para ellos fué tardía,
También de tu niñez cortó los flores;
Y agora quiere la desdicha mía
Que iguale á los de Edipo mis dolores;
Que en semejantes, Júpiter, consientes
Que lloremos por causas diferentes!

»Recibe pues, oh hijo, en sacrificio
Del triunfo que en tu muerte has conseguido,
Este cetro y corona, cuyo oficio
A mí me diste, pero á tí es debido;
Rey fuiste, rey te vea en ejercicio
El alma de Eteocle aborrecido.»
Dijo; y sobre él en el soberbio fuego
El cetro y la corona arrojó luego.

Y con más violencia que primero,
Ardiendo en ira y con rigor doblado,
«Aunque me tenga, dijo, por severo
Y por el más cruel que se ha hallado,
Otra vez establezco, mando y quiero
Que ningún cuerpo griego sea enterrado;
Que no es razón que sean tus iguales
En el sepulcro y honras funerales.

»Y ojalá que á sus cuerpos yo pudiera,
Porque sintieran más ser ofendidos,
Restituir las armas, y á cualquiera
Añadir más viveza en los sentidos;
Que yo mismo, si aquesto consiguiera,
Á las fieras y buitres deshambridos
Los miembros de sus reyes mostraría,
Donde hicieran mayor carnicería.

»Mas ¡ay! que el suelo y cielo es importuno
A mi venganza, y corromperlos prueba;
Por tanto, otra vez mando que ninguno
A sepultarlos sin temor se atreva;
Que pagará con muerte cada uno,
Por más que justa pïedad les mueva,
Y por el cuerpo muerto que faltare
El vivo suplirá que lo enterrare.

»Y juro por los dioses inmortales
Y del gran Meneceo los honores,
Que han de ser todos en la pena iguales,
Sin exceptuar á grandes ni á menores.»
Dijo; y los de su guarda y sus parciales,
Por evitar bullicios y rumores
Que pudieran nacer de aqueste fuego,
Á su palacio lo llevaron luego.

En tanto en Argos, que vacío estaba
De los varones que tener solía,
Triste escuadrón la fama amontonaba
De las viudas y huérfanas que había;
Y como igual dolor las obligaba,
Con desatiento cada cual corría,
Iguales en el hábito y lamento,
Ceñido el pecho y el cabello al viento.

Torciéndose las manos todas ellas,
Cuyo rigor de sangre ha matizado
Los bellos rostros y mejillas bellas,
Va el escuadrón atónito enlutado;
Por reino de él y la primera entre ellas,
Cayéndose mil veces de su estado,
La bella Argía, ajena de consuelo,
Sigue el camino del tebano suelo.

No ya de sus palacios se acordaba,
Ni de su padre en la ocasión presente,
Que en su amoroso llanto resonaba
De Polinice el nombre solamente;
Sólo vivir en Tebas deseaba
Y beber de su Dirce la corriente,
Su muro anteponiendo y sus almenas
Al patrio y dulce albergue de Micenas.

No menos que ella triste y afligida,
De dueñas calidonias rodeada,
Deifile, á Tideo agradecida,
Sigue los pasos de la hermana amada;
Sabía ya cómo al morir la vida
Dejó á bocados con rigor vengada,
Y aunque este exceso de cruel le acusa,
Su desdichado amor todo lo excusa.

Tras de ella va Nealce dolorosa,
Llorando á Hipomedonte tiernamente,
Digna, aunque en el aspecto rigurosa,
De ser llorada en la ocasión presente.
Del adivino la infeliz esposa,
Con un fingido llanto y aparente,
Tras de ella va; mas ¡ay! que se apresura
A prevenirle en vano sepultura.

El último escuadrón de todas guía
La mísera Atalanta, cazadora,
Y á quien Dïana acompañar solía,
Ebadne grave le acompaña agora;
Llora aquélla del hijo la porfía,
Y ésta al marido temerario llora,
Y formando del caso mil querellas,
Se muestra airada al cielo y las estrellas.

Mirólas de los bosques de Lieo
Hécate, y triste las siguió gimiendo;
Y por ambas orillas del Egeo
De Ino resonaba el llanto horrendo,
Y el Eusis, aunque el llanto es su trofeo,
El robo de Proserpina sintiendo,
Viendo al triste escuadrón que llora tanto,
De nuevo agora acrecentó su llanto.

Y haciendo antorchas de su oculto fuego,
A solos sus altares dedicado,
En la confusa noche y horror ciego
Mostraba el paso al escuadrón turbado,
Y Juno misma las guiaba luego
Por el menos común y desviado,
Porque ellas solas su honor consigan,
Y otras no las estorben y las sigan.

Iris en esto, el campo visitando,
Los nobles cuerpos muertos regalaba,
Ambrosía en sus heridas derramando,
Con que de corrupción los preservaba,
Para que así pudiesen (aguardando
El sepulcro que á todos se negaba)
Detenerse más tiempo sin que fuera
Tan presto necesaria la hoguera.

Mas veis aquí do llega en este punto,
Lleno el rostro de sangre y muy herido,
El griego Ornito, de color difunto,
Que del campo huyendo había salido;
Por esta misma senda venía junto
Con otro que alcanzar nunca ha podido,
De las muchas heridas obligado
A un trozo de una lanza ir arrimado.

Mas luego que él oyó el rumor no usado
Por parte tan desierta y tan oculta,
De griegas mira el escuadrón formado,
Que sólo queda en Grecia por resulta;
La causa de venir no ha preguntado,
Que como clara, no la dificulta;
Que su tristeza le descubre el caso,
Y así hablando, les detiene el paso:

«¿Adónde encamináis los pasos ciegos,
Desdichadas matronas? ¿Por ventura
Esperáis con piedad á vuestros griegos
Dar á sus cuerpos digna sepultura?
Pues no valen aquí llantos ni ruegos,
Ni hombre acercarse á donde están procura;
Que los velan y guardan por mil modos,
Y al Rey le dan el número de todos.

»Sólo es dado á las aves y las fieras
Llegar á donde están los no enterrados;
¿Creonte á vuestras quejas lastimeras
Se ha de ablandar, ni á llantos tan honrados?
Antes las aras de Busiris fieras
Y los tracios caballos, sustentados
De humanos cuerpos, os serán humanos,
Y ablandaréis los dioses sicilianos.

»Y por ventura estándole rogando
(Que tengo su intención bien conocida),
Debiendo ser á vuestros ruegos blando.
Os cogerá y os quitará la vida,
No sobre los esposos que buscando
Venís, que fuera suerte agradecida,
Sino, por ofenderos y ofendellos,
Lejos las armas y los cuerpos de ellos.

»¿Por qué los daños no huís presentes,
Y en Grecia, pues podéis volver seguras,
Al nombre, que no hay más, de vuestras gentes
No les daréis honrosas sepulturas?
Y ¿por qué á sus espíritus ausentes
No llamaréis con llantos y ternuras,
Que, á falta, vengan, de los cuerpos fríos,
Á ocupar vuestros túmulos vacíos?

»Y ¿por qué, pues es fama que Teseo
Ha vuelto vencedor de Termodonte,
No vais á la ciudad que baña Egeo,
Y le pedís favor contra Creonte?
Que á fuerza de armas y de guerra creo
Se tiene de allanar aqueste monte,
Y ellas harán que tenga este tirano
Costumbres de hombre y trato más humano.»

Así les dijo; y sus palabras fueron
De tanto horror al escuadrón medroso,
Que atónitas, el llanto suspendieron
Y el ímpetu de ir tan fervoroso;
De un mismo rostro todas parecieron,
Ausente de ellas el color hermoso,
Porque la sangre, de temor helada,
En pálido color quedó trocada.

No de otra suerte resonó el bramido
De hircana tigre largo tiempo hambrienta,
De tiernas becerrillas al oído,
Cuyo son á los campos amedrenta,
Y poniendo los pastos en olvido,
Un general temor las apacienta
De á quién inclinará su rigor fiero
Ó en cuál el hambre aplacará primero.

Al punto, con la nueva desdichada,
Hubo entre todas varias opiniones;
A cuáles ir á Tebas más agrada,
Y convencer al Rey con sus razones;
Otras de Atenas fían la jornada,
Si acaso hay piedad en sus varones,
O por último medio de sus males
Volver, aunque es afrenta, á sus umbrales.

No el honor mujeril en este caso
Ni propia estimación detuvo á Argía,
Antes, depuesto el débil sexo escaso,
Grande hazaña el pecho heroico cría;
Al honroso peligro mueve el paso,
Y mientras es más cierto, más confía
De ver con honra en ella ejecutada
La dura ley de la ciudad malvada.

Y á lo que va, sin duda que no fuera
La mujer de valor más animoso,
Aunque en el monte Ródope naciera,
Donde estiman morir junto á su esposo,
Y á donde Fasis baña su ribera,
Con nieve desatada, caudaloso,
La más dura amazona no haría,
Acompañada, lo que sola Argía.

Luego engañosa traza fabricando
Cómo escaparse de la escuadra amiga,
Temeraria, la vida despreciando,
Se arroja al mal, que el gran dolor la obliga,
La ira de los dioses provocando,
Y la del Rey cruel, porque la instiga
Del casto fuego de su amor tan cierto
Y la piedad de su marido muerto;

A quien vivo dirá que ve contino
En cualquier ocasión delante de ella,
Ya en la forma de huésped peregrino
Y en la de esposo tan amable y bella,
É ir en la de marido cuando vino
A ser tratable la hermosura en ella,
Y ya armado parece que la mira,
Que con dolor la abraza y se retira.

Pero en ninguna imagen se presenta
Más á menudo en la pasión que tiene,
Que aquella en que en el campo está sangrienta,
Y desnudo á pedir sepulcro viene.
Con aquestas congojas acrecienta
Más pena la razón que le conviene,
Y sólo permanece en él la llama
Del castísimo ardor que el morir ama.

Y volviendo á sus griegas compañeras,
«Vosotras proseguid, dijo, el intento
De invocar de Teseo las banderas,
Y ayude la fortuna al pensamiento,
Y á mí, que de las penas lastimeras
Que padecéis he sido el instrumento,
Dejadme ir sola á Tebas, porque quiero
El rigor de su ley sentir primero.

»Y no, aunque la ciudad crüel ha sido,
Tendrá las puertas á mi voz cerradas,
Que suegros tengo en ella, y mi marido
Sus queridas hermanas, mis cuñadas;
Ni mi rostro será desconocido,
Y aunque lo sea, nunca mis pisadas
Atrás han de volver sin hacer prueba
Del ímpetu y agüero que las lleva.»

No dijo más, y comenzó el camino,
Por su guarda eligiendo á Meneteo,
Que fué su ayo en tierna edad contino,
Y le pudo templar más de un deseo;
Y aunque ignora el lugar y pierde el tino
Con el cerrado bosque de Liceo,
Por donde á Ornito vió venir sangriento,
Los pasos mueve, despreciando el viento.

Y viéndose con paso presuroso
Lejos de las consortes de sus penas,
Dando lugar á un llanto doloroso,
Que humor al corazón le deja apenas,
«¿Muerto en los campos tú, mi dulce esposo,
Yo había, dijo, de aguardar Atenas,
Y á que Teseo el caso consultara
Ó que algún diestro agüero lo incitara?

»Y ¿no es claro que yo, mientras dilato
Tu sepulcro, dejándote olvidado,
Hagan las aves de tus miembros plato,
Que yo con tanto honor he respetado,
Y que dirás que con crueldad te trato
Si sentido ó si quejas te han quedado,
Y entre las mismas sombras de la muerte
Dirás que fuí tardía en socorrerte?

»Mas ¡ay! si está desnudo todavía,
¡Ay! si enterrado está, que dudo dello,
Y lo uno y lo otro afrenta es mía,
Que tuve obligación de socorrello,
Pues no fuerza ó dolor detuvo á Argía,
Ni ver el hierro de Creonte al cuello;
Que antes el débil paso facilito,
Porque el peligro me asegura Ornito.»

Diciendo así, los campos de Megara
Medidos deja de los pies ligeros,
Y la senda en que duda ó que repara
Se la muestran piadosos pasajeros;
Por ella va corriendo, que no para,
Arrastrando sus lutos lastimeros;
Que no es la menor pena que ha sentido
El verse miserable en el vestido.

Con vista atroz, tan sin temor procede,
Que ningún mal que escucha le amedrenta,
Ni su gran corazón rendirse puede
A mayor que el que agora le atormenta,
Y en ver que á todo mal el suyo excede,
De él confiada, su furor aumenta,
Mostrándose crüel y desabrida,
No con temor, mas para ser temida.

Así en la noche en Frigia celebrada
Y al culto de Cibeles ofrecida,
De los llantos con que solemnizada
Resulta el Eco en las montañas de Ida,
Y así con las insignias adornada
Del sacrificio, corre enfurecida,
La guía de sus coros por el monte,
A saber del cuchillo en Gimeonte.

Ya en el hesperio mar Apolo había
Encubierto su carro reluciente,
Para volver al venidero día
A platear las ondas del Oriente,
Cuando engañada con su llanto Argía,
Que ni el trabajo ni cansancio siente,
Aun el día no advierte que ha pasado
Con ver el campo de color mudado.

Mas no por eso teme, antes rompiendo
El camino por peñas desusadas,
Por entre ramas que se están cayendo,
Que dejó el leñador mal destroncadas,
Por las espesas selvas ya corriendo,
Que aun son de día obscuras y cerradas,
Por quiebras, ensenadas y vacíos,
Y atravesando sin temor los ríos;

Por varias grutas de animales llenas,
Rompiéndoles el sueño, llega acaso,
Y tanto puede el ánimo y las penas,
Que de las mismas fieras no hace caso;
Corrido Meneteo de que apenas
Puede mover el perezoso paso,
Y que dél, aunque débil, se adelanta,
De ver se admira ligereza tanta.

¿A qué casas pobladas ó desiertas,
Ó fuesen de ganados ó pastores,
Con los suspiros no tocó á las puertas,
Adonde no alcanzaron sus clamores?
¿Qué senda no perdió, que en las más ciertas,
Falta de luz, hacía mil errores?
¿Qué hachas tuvo? cuando las tuviera
¿Qué lumbres la tiniebla no venciera?

Ya, pues, los dos, cansados de andar tanto,
De Penteo á la falda se avecinan,
Que entre la obscuridad y negro manto
De la noche sus cumbres determinan;
Aquí, desalentado del quebranto
Y de las fuerzas que á morir le inclinan,
Ya sin resuello y cerca de la muerte,
Propuso Meneteo de esta suerte:

«Si del trabajo que pasado habemos,
Argía, la esperanza no me miente,
No lejos está Tebas, y tenemos
Cerca los cuerpos de la griega gente;
Que el aire lo demuestra en sus extremos,
Que destemplado del olor se siente,
Y los buitres lo están certificando,
Que con rumor de allá tornan volando.

»Esta es aquella tierra señalada
En crueldad, y cerca ve su muro,
Mira la sombra de él cuán dilatada
Ha vuelto aqueste campo más obscuro.
¿Alguna luz no ves medio apagada
Que hace en sus atalayas claro obscuro,
Y aunque la noche más la oculta, es ella
Que la descubre, luz de alguna estrella?»

Alborotóse con aquesto Argía,
Y el diestro brazo al muro levantado,
«Ciudad, le dice, deseada mía,
Aunque agora enemiga te has mostrado,
Si el alma de mi dulce compañía
Libre me vuelves y su cuerpo amado,
Serás, por más que estés de males llena,
Albergue regalado de mi pena.

»¿El hábito no ves en que he venido,
Cuán sin el fausto que venir pudiera,
Cuán mal acompañada, habiendo sido
Del grande Edipo desdichada nuera?
No á voto vengo indigno y prohibido,
Sino el que pide la piedad sincera;
Tu huésped soy; en premio de mis males,
Llanto te pido y pompas funerales.

»Que me vuelvas te ruego aquel ausente
Que de su patrio reino desterraste,
Y tú, si en almas hay forma aparente
Cuando del cuerpo dejan el engaste,
Tú, señor, ven, y entre esta muerta gente
Muestra tu cuerpo á la que tanto amaste;
Digna soy, tú mismo así me guía
Donde te entierre y haga compañía.»

Dijo; y en una choza allí vecina
Su linterna encendió, ya casi muerta,
Y á varias partes con furor camina,
Sin conocer del campo senda cierta;
Así Ceres, robada Proserpina,
Por entre los peñascos de Etna incierta,
Con su antorcha encendida va cercando
El monte, al negro robador buscando.

Del carro sigue el surco conocido
De aquel á quien con llantos hace guerra,
Y respondiendo Encélado á su aullido,
Gimió brotando llamas por la tierra,
Y el nombre tantas veces repetido
De Proserpina, en mar, en valle, en sierra
Se oye que resuena por los vientos;
Sólo el infierno calla á sus acentos.

Mas viéndola arrojarse tan dispuesta
A los peligros que excusar no puede,
El fiel Meneteo la amonesta
Que temple aquel furor y que se quede;
Que no lleve la luz tan manifiesta,
Pues conoce el rigor con que procede
El tirano Creonte, y que se acuerde
Que es reina de Argos y el honor que pierde.

Vese agora una reina que temida
Fué en Grecia un tiempo, gloria de sus gentes,
Que ha despreciado, siendo pretendida,
A tantos arriscados pretendientes,
Sola en noche confusa y denegrida.
Sin guarda de criados ni parientes,
Pisar, teniendo el enemigo al lado,
El campo, en sangre y armas matizado.

No teme obscuridades ni la espanta
De tantas almas el confuso estruendo,
Que á cualquiera lugar que se adelanta,
Por sus cuerpos las oye estar gimiendo;
Y muchas veces con la ciega planta
Las armas pisa por el campo horrendo,
Y aunque no sin ofensa suya ha sido,
El daño disimula recibido.

Y en lo que más se cansa es apartando
Los muertos, deseando no ofendellos,
Porque el que viene con amor buscando
Piensa que puede ser cualquiera dellos;
Los que halla de rostro está mirando,
Y á los que no, forceja á revolvellos,
Quejándose que al tiempo que le importa,
Le ofrecen las estrellas luz tan corta.

Por dicha Juno, en esta coyuntura
De los brazos de Júpiter hurtada,
Por entre sombras de la noche obscura
A Atenas iba, de piedad llevada,
Para ablandar con llantos y ternura,
De la escuadra de griegos desdichada,
A Palas, y obligarla que hiciese
Que Atenas á sus ruegos acudiese.

Mas cuando desde el cielo abiertamente,
Al tiempo que cortaba el aire vano,
Vió padecer á Argía indignamente,
Dolióse en ver que trabajaba en vano;
Al punto revolvió el carro luciente
Al de la Luna, que halló cercano,
Y con plática dulce y agradable
Así dijo á la diosa varïable:

«Si algún honor á Jove se le debe,
Cintia, que un tiempo á Jove obedeciste,
Y en el espacio de una noche breve
Tres noches en mi ofensa detuviste,
Un breve don te pido, y si clemente
Quieres satisfacer lo que ofendiste,
Ocasión hay ahora en que podrías,
Y yo remitiré las quejas mías.

»Ya ves la que mis aras reverencia,
Aquella mi agradable griega Argía,
Que aquí y allí, con vana diligencia,
Él cuerpo de su esposo hallar porfía;
Estórbala la noche, que en tu ausencia
Mayores sombras y tinieblas cría,
Y más agora que la luz serena
Va amortiguada, de humedades llena.

»Ruégote, pues, que en la luciente cara
Muestres el resplandor que llena encierra,
Y tu carro veloz, con luz más clara,
Lo acérques más que sueles á la tierra;
Y en solos los tebanos, en quien pára
La dura ejecución de tanta guerra,
Al Sueño, que te sirve de cochero,
Haz que ejecute su pasión primero.»

Apenas dijo, cuando Cintia, abriendo
Las nubes con sus rayos plateados,
De lleno en lleno el cerco descubriendo,
Ahuyentó las sombras y nublados;
La luz de las estrellas suspendiendo
Sus resplandores ya debilitados,
Con tanta privación, que se podría
Dudar si entonces Juno relucía.

Y lo primero que en el campo vido
Al nuevo resplandor la sin ventura,
Fué la sangrienta capa del marido,
Donde ella conoció la bordadura;
Mas no bien se descubre lo tejido
Ni se muestra la púrpura tan pura,
Porque en la sangre la labor se esconde
Ni á su color la púrpura responde.

Y mientras que con llanto doloroso
A los dioses se queja, porque siente
Que sólo le quedaba de su esposo
Él vestido que tiene allí presente,
Lo vió á poca distancia polvoroso,
Revuelto en sangre, hollado de la gente;
Tan sin sentido y desmayada estuvo,
Que hasta el dolor sus lágrimas detuvo.

Mas luego sobre el cuerpo y rostro amado
Se arroja, cual si vivo lo hallara,
Buscando, entre mil besos que le ha dado,
El alma ausente, que le fué tan cara;
Y al fin, de sus abrazos apretado,
Vierte de nuevo sangre por la cara,
Que ella enjuga en sus tocas y cabellos,
Para guardarla por memoria en ellos.

Y volviendo á cobrar la voz perdida,
«¡Que aquí te vea, dijo, dulce esposo,
Muerto en la misma tierra á tí debida,
Donde á reinar venías codicioso!
¡Que al general de gente tan lucida,
Del grande Adrasto al yerno generoso,
Muerto en el campo, entre mis brazos tengo,
Y que así á celebrar tus glorias vengo!

»Las mejillas que un tiempo fueron grana,
Los ojos sin la luz que antes fué mía,
Levanta á mí, que estoy de tí cercana,
Y mira que á tu Tebas viene Argía;
Muéstrame el muro que hace soberana
Tu patria insigne, á la ciudad me guía,
Págame el hospedaje que me debes;
Mas ¡ay! que ni respondes ni te mueves.

»¿Que este desnudo césped te ha quedado
Por posesión de todo un reino entero?
¡Qué! ¿competencias, pues, te lo han quitado,
Si ya tu hermano de él no es heredero?
¿Posible es que de verte así arrojado
No se mueve á llorar tu pueblo fiero?
¿Dónde tu madre está, tu hermana adó la,
Que sólo muerto estás para mí sola?

»¿Dónde te vas? te dije á la partida;
¿Dónde el negado cetro vas buscando?
Y si en Argos tienes silla conocida,
Que largos tiempos gozarás reinando;
No la corona aquí tendrás partida,
Que igual será la potestad y el mando;
Mas ¡ay de mí! ¿de qué me quejo en vano,
Si yo te dí las armas de mi mano?

»Y yo misma rogué, por complacerte,
Á mi padre que el ir no te impidiera,
Para que así en mis brazos venga á verte
Cual hoy te veo, y de pesar me muera;
Mas, dioses, buena ha sido aquesta suerte,
Menor fortuna suceder pudiera,
Que al fin de mi vïaje trabajoso
Entero hallo el cuerpo de mi esposo.

»¿Tal herida es posible de un hermano
¡Ay me! como es abierta y penetrante?
¿Dónde agora estará el crüel tirano?
Denme que pueda verlo aquí adelante,
Que venceré á las fieras de este llano,
Ni harán cual yo destrozo semejante
En sus miembros; mas ¡ay, si por ventura
Tiene sin merecerlo sepultura!

»Mas no sin ella te verá tu gente,
Por más que el Rey injusto lo prohiba,
Que yo te entregaré á la llama ardiente,
Á quien mi llanto volverá más viva;
Durará en tu sepulcro eternamente
La fe desierta y de mi pena esquiva,
Será del viudo lecho buen testigo
Tu tierno hijo, que estará conmigo.»

Y en tanto que así gime y se querella,
Veis aquí que otro llanto resonaba
Entre los cuerpos muertos cerca della,
Y otra encendida hacha relumbraba,
De Antígone, la mísera doncella,
Que buscando á Folinice llevaba.
Y del muro, aunque patria, aborrecido
No sin dificultad había salido.

Guardas y centinelas siempre había
Á todas horas á velar el muro,
Y de temor que el Rey visitaría,
Ninguno descuidado ni seguro;
Aquí una escucha y acullá una espía,
Con lumbres aclarando el aire obscuro,
Con tantas guardas, que del muro afuera
Un ave sin ser vista no saliera.

Mas ella, con los dioses excusando,
Y con su hermano, la tardanza larga,
Que no está en culpa suya irle buscando,
Sino en la gente que al salir la embarga,
Un punto que los vido reposando,
Rendirse al sueño con pesada carga,
Por el muro rompió y al campo vino,
Bramando con furor y desatino.

Tal es la ira, rabia y el bramido,
Que atemoriza el campo y á la gente,
De la leona nueva que se vido
La vez primera de su madre ausente;
No la doncella el paso ha detenido,
Dudando adónde lo pondrá ó lo asiente,
Porque conoce bien todo aquel llano,
Y sabe adónde hallará á su hermano.

Vídola Meneteo de improviso
Venir hacia la parte que él estaba,
Y á su querida Argía le dió aviso
Ous suspendiese el llanto que formaba;
Mas fuese que no pudo ó que no quiso,
Porque dolor la voz le acrecentaba,
Ó la tebana se acercaba tanto,
Al fin oyó los ecos de su llanto.

Y luego que á la luz de las estrellas
Y de las dos antorchas juntas vido
La que rompía el aire con querellas,
Mostrando su dolor en el vestido;
Viendo el cabello y las mejillas bellas
Afeadas de sangre del marido,
«Alma difunta, dice, ¿de quién eres,
Ó qué en mi noche temeraria quieres?»

Por un gran rato el responder suspende
Argía, del temor sobresaltada,
Y en ocultar su esposo sólo entiende,
De sus mismos dolores olvidada;
Sobre su rostro se recuesta, y tiende
En el suyo la toca ensangrentada;
Pero en ver que callaba y se encubría,
Mayor sospecha Antígone tenía.

Y al viejo y á la dama amenazando,
De nuevo les pregunta á qué han venido;
Mas turbados los dos, se están mirando,
Que responder palabra no han podido;
Argía al fin, el ánimo cobrando,
Sin soltar de sus brazos el marido,
Que sólo de perderle está temiendo,
Así le dijo, el rostro descubriendo:

«Si acaso, como yo, buscando vienes
Alguno entre la sangre de esta guerra;
Si al duro edicto de Creonte tienes
En tu pecho el temor que el mío encierra;
Si en largos males y en escasos bienes
Nos igualó la culpa de esta tierra,
Bien podré descubrirme á tí segura,
Que ser cual soy tu llanto me asegura.

»Ni tus lágrimas pueden ocultarte;
Ea, dame la mano, á mí te llega,
Que hija soy, bien puedes confiarte,
De Adrasto, rey de la campaña griega;
¿Posible es ¡ay de mí! que en esta parte,
Contra un precepto que á morir lo entrega,
Otra que yo, con pecho pïadoso,
Se halla á sepultar mi dulce esposo?»

Quedó de oirla Antígone admirada,
Y respondió, su plática rompiendo:
«¡Oh suerte de los males ignorada!
¡Que á mí, que en él te igualo, estás temiendo;
De mi compaña dudas, desdichada,
Y conmigo una causa estás plañendo;
Mío es tu llanto, y estos miembros fríos,
Que tanto estimas abrazar, son míos!

»La ventaja te doy de pïadosa,
Que no me afrentó á mí, siendo su hermana,
Haber sido en honrarla perezosa,
Que ésta primero en pïedad me gana.»
Dijo; y de su tardanza vergonzosa,
El cuerpo abraza, á quien se halló cercana,
Mezclando con Argía entre sus brazos
Besos, cabellos, lágrimas y abrazos.

Y partiendo las dos el peso blando
Del cuerpo, aun temerosas de perdello,
Una gimiendo y otra sollozando,
Gozan á veces de su rostro y cuello;
Y entrambas la memoria renovando
Con cosas que al dolor echan el sello,
Una de Tebas cuenta, y otra de Argos,
De su hermano y esposo cuentos largos.

Y recorriendo más de atrás Argía
Memorias tristes de su antiguo llanto,
«Por el común dolor, dijo, que hoy día
A entrambas toca de este hurto santo,
Y por el alma que hizo compañía
Al cuerpo que enterrar desea tanto,
Te juro, y por la luz de estas estrellas,
Testigos de tu mal y mis querellas,

»Que nunca tanto el triste desterrado
Sintió perder su honor, su reino y gente,
Ni de su madre el tierno pecho amado,
Cuanto de tu presencia verse ausente;
En tí noches y días ocupado,
Tu nombre refería solamente,
Sola á tí deseaba, de manera
Que yo el menor de sus cuidados era.

»Y tú, no sólo en esto venturosa,
Acaso en tus alcázares subiendo,
Antes de la batalla rigurosa
Le viste sus banderas repartiendo;
Y aun él en la ocasión más peligrosa
Quizá en que le mirabas, advirtiendo,
Te saludó, no hay duda, con la espada,
Las plumas humillando y la celada.

»Que sola yo en aquesta coyuntura
Tan lejos me hallé para gozarle.
¿Cuál dios, en tanto extremo y desventura,
Quiso en tan grandes iras incitarle,
Que no pudo tu ruego y la dulzura
De tus tiernas palabras obligarle,
Y que negase, aunque te amaba tanto,
Las justas peticiones de tu llanto?»

Las tristes causas de su triste hado
Ya la tebana refería, cuando
El fiel compañero de su lado
Así dijo, á las dos amonestando:
«Mejor es proseguir lo comenzado;
Que os muestra el día, que se va acercando,
De pálidas estrellas la luz corta;
Alto al trabajo, que es lo que os importa.

»Tiempo habrá de llorar cuando en la llama
El cuerpo esté y en el sepulcro santo,
Allí podréis, que agora el tiempo os llama,
Avivar sus cenizas con el llanto.»
Antes solía, como en dulce cama,
Correr Ismeno sosegado tanto,
Çercar este lugar, que parecía
Ó que estaba parado ó que dormía.

Mas agora de sangre acrecentado,
Las márgenes teniendo, á su ribera
Iba, y con el estruendo desusado
Hacía su corriente más parlera;
Aquí llevan las dos el cuerpo amado,
Que, aunque sin fuerzas, se esforzó cualquiera,
Y no más fuerte que ellas Meneteo,
Dió el hombro al peso y alas al deseo.

Así de Faetón el cuerpo ardiente
En las aguas, que tibias volvió, alzado,
Antes de sepultarlo dignamente
De las tristes hermanas fué lavado,
Y con lágrimas de ámbar transparente,
En ardores su antiguo ser trocado,
Llorando le hicieron compañía,
Y fresca sombra la ribera envía.

Mas después que las dos lavar pudieron
La sangre, y cobró el cuerpo su hermosura
Y los últimos besos que le dieron,
Buscar el fuego cada cual procura.
Sólo en algunas hoyas donde ardieron
Cuerpos que ya gozaban paz segura,
Cuál y cuál brasa acaso relucía
Entre ceniza amortiguada y fría.

Duraba hasta ahora acaso el fuego
Donde el fiero Eteocle fué encendido,
Quizá para mayor desasosiego
De alguna deidad entretenido,
Ó que para engendrar con furor ciego
Nuevos monstruos fortuna lo ha querido,
Ó que para más guerra y pesadumbre
Alguna furia conservó su lumbre.

Aquí entre negros leños que han quedado
Una pequeña luz arder se siente;
Viéronla, y alegrándose en el grado
Que su tristeza y su dolor consiente,
Sin hallar aquel cuerpo ya quemado,
Le ruegan, sea quien fuere, que clemente
Compañía admita en su ceniza, y luego
Junte las almas á quien junta un fuego.

Mas, en tocando la hambrienta llama
Del huésped nuevo el cuerpo aborrecible,
De sí lo ahuyenta y rechinando brama;
Que no cabe en sí mismo el fuego horrible;
Y la luz que á su esfera se encarama
Le saudió con su furor terrible,
Y en el extremo se partió en dos puntas;
Que aun las llamas huyeron de estar juntas.

Cual si el Rey del espanto cometiera
Encender á sus furias infernales
Dos fuegos que uno á otro se sorbiera,
Y ambos fueran distintos, aunque iguales,
Que, aunque la llama se retraiga afuera,
Se consumen con furias inmortales;
Tal, removido con el piso, el fuego
Se dividió, y la misma leña luego.

»Y Antígone, del caso alborotada,
A voces dijo: «Nuestra propia mano
La ira ha renovado ya acabada;
Perdidas somos, que éste era mi hermano.
¿Cuál otro que él con su fiereza usada
De sí arrojara un muerto cuerpo humano?
Él es, yo le conozco, no lo dudo,
Quemado el cinto y parte del escudo.

»¿No ves la llama cuál se aparta, y luego
Vuelve á juntarse con rigor extraño?
¡Qué! ¿aun vive el odio antiguo en vuestro fuego?
¡Qué! ¿no acabó la guerra tanto daño?
Ya no hay reino, ¿qué os sirve el furor ciego,
Si la muerte os ha sido desengaño,
Y mientras os hacéis con llamas guerra
Goza Creonte, vencedor, la tierra?

»¿Contra quién es la furia entre dos muertos?
Templad el odio antiguo riguroso;
Y tú, que desterrado por desiertos
Continuo te faltó el común reposo,
Si obliga en semejantes desconciertos
Ruego de hermana y de mujer á esposo,
Sujeta tu rigor á nuestro ruego,
Ó en medio nos verás de aqueste fuego.»

Apenas dijo, y repentinamente
Por todo el campo resonó un crujido
Que estremeció la torre más valiente
Y tembló el edificio más fornido;
Ayudó á su rumor el fuego ardiente,
Por las rompidas llamas sacudido,
Y turbadas las guardas, recordaron
Que acaso el mismo mal también soñaron.

Y al punto las estancias visitando,
Turbados del rumor, corren la cerca,
No sin miedo del viejo, que temblando
Está de verlos ya llegar tan cerca;
Y ellas sólo á Creonte despreciando,
Al fuego cada una más se acerca,
Manifestando el hurto con voz clara,
Por quien la muerte les será tan cara.

Y ciertas que el cadáver ya reposa,
Consumido en el último elemento,
Altercan por la muerte que forzosa
Ha de seguirse á tanto atrevimiento;
De morir la esperanza es animosa,
Y así, las hace competir de intento.
Probando cada cual en su partido
Que una robó al hermano, otra al marido.

Por ser primera cada cual porfía
En la honrosa ocasión, y se aventura;
«Yo el fuego», dice Antígone; y Argía:
«Yo el cuerpo traje á aquesta sepultura.»
«A mí la pïedad», ésta decía;
«A mí el amor (aquella) me asegura.»
Y ambas desean la indebida pena,
Los brazos ofreciendo á la cadena.

Ni es de entender que tanta deferencia
De todas sus palabras y razones
Fué fraternal respeto ó reverencia,
Mas ira de enojados corazones.
Tal era su clamor y competencia,
Y tales de morir sus ambiciones,
Que si una el brazo á la cadena alarga,
La otra el suyo extiende y se lo embarga.

Mas no por pïedad ni por respeto
Se movieron las guardas mal miradas,
Con ver que son las dos raro sujeto,
Hija y nuera de Edipo desdichadas.
Las manos les ligaron en efeto,
Y así las llevan á su Rey atadas.
¡Oh crueldad de bárbaros villanos,
Lazos echáis á tan heroicas manos!

Ya con las madres de su escuadra argiva
Llegaba Juno á la ciudad de Atenas,
Hallando afable, aunque parece esquiva,
A Palas, que preside en sus almenas;
Atónita no menos que ellas iba,
Cual si pudieran sujetar las penas,
Inclinando á piedad á todos cuantos
Oyeron al pasar sus tiernos llantos.

Un cierto honor les puso en el semblante,
Que, aunque lloroso, á estimación provoca;
Y ella tomó para guiar delante,
Ramo de oliva y reverenda toca;
Que el rostro abajen les mandó al instante
Que puso en todas gravedad no poca;
Y que en señal de sus trofeos vanos
Lleven unas vacías en las manos.

A ver la extraña novedad corrían
De toda la ciudad diversas gentes,
Que las plazas y calles no cabían
En juntas y corrillos diferentes.
«¿Adónde va este enjambre?» unas decían;
Otras: «¿Quién son las míseras dolientes?»
Que, aun sin saber las causas de sus males,
Ya parecían en el llanto iguales.

Pero Juno, los ánimos moviendo,
En todos los corrillos se presenta,
Quién son y á qué han venido refiriendo,
De los muertos que lloran dando cuenta;
Y ellas, no menos su dolor sintiendo,
Murmura cada una y se lamenta
De las injustas leyes de Creonte,
Que moverían á piedad un monte.

Mas, envueltas en llanto y alarido,
Mal sus palabras entender se dejan;
Que no con más estruendo y más rüido
Las golondrinas huéspedas se quejan,
Y en balbuciente canto desabrido,
Sin lenguas á decir su mal forcejan,
Y al autor del incesto horrendo y feo
Tere, *tere* pronuncian por *Tereo*.

En medio la ciudad con eminencia
Un simulacro levantado había,
Que era altar dedicado á la Clemencia,
Y á ninguno otro dios se concedía.
Como cosa sagrada, reverencia
La gente desdichada le hacía,
Y en sus aras jamás faltó devoto
Ni desechó del más humilde el voto.

El ruego allí de todos es oído,
Que en día claro ó noche temerosa
Ir puede el miserable y afligido
Con solas quejas á aplacar la Diosa;
No el humo del incienso derretido
Ni sangre de animales asquerosa,
No la superstición ni el culto es tanto;
Que sólo de su altar la ofrenda es llanto.

Sobre él, como trofeo, está pendiente
Más de una cabellera y vestidura,
Que dejó en testimonio allí la gente
Que mejoró su suerte y su ventura;
Corona el sitio religiosamente
De una apacible bosque la verdura,
Do el sagrado clavel y humilde oliva
Dan reverencia y devoción más viva.

No hay sobre el ara alguna forma humana
Ni de piedra ó metal se muestra bulto;
Que le agrada á la Diosa soberana
Habitar en el pecho más oculto.
Con los humildes es afable y llana,
Y del concurso de ellos y el tumulto
Está el lugar horrible, aunque sagrado,
Sólo de los dichosos ignorado.

Hay fama que cansados de la guerra
Los descendientes de la hercúlea rama,
Fabricaron su silla en esta tierra,
Muerto el divino padre ya en la llama;
Y aun la fama es menor de lo que encierra,
Que fueron más sus hechos que su fama,
Y se debe de creer que por sus hechos
Gozan del cielo, ya deidades hechos.

Túvoles siempre en hospedaje Atenas,
Por norte de la ley, divinas lumbres,
Y en las ciudades de gobierno ajenas
Sembró sus ceremonias y costumbres;
Y así, estas aras, de clemencia llenas,
Refugio de comunes pesadumbres,
Aquí le consagró para que en ellas
Hallen todos alivio en sus querellas.

Y que lejos estén de esta morada
La ira, la amenaza, la vïolencia,
Y la fuerza de un reino y mano armada
No tenga potestad en su presencia;
Que de sus justas aras desviada
Le haga la fortuna reverencia,
Y todo cuanto es causa de pesares
Lejos esté y sujeto á sus altares.

Aquí, como á refugios conocidos,
Concurren de mil partes varias gentes;
De las guerras los míseros vencidos
Y los que de su patria están ausentes;
Aquí los de sus reinos excluídos,
Y otros que por regiones diferentes
Vagando, sus errores los persiguen,
Ruegan por paz, y todos la consiguen.

Luego que Edipo aquí pidió postrado
Clemencia en el dolor que padecía,
Se vencieron las furias y el cuidado,
Que siempre le tuvieron compañía;
Hasta al pueblo de Olimpo rebelado
La muerte remitió que merecía,
Oyó de Orestes el humilde ruego,
Y el materno furor le apartó luego.

Llegó á la estancia deseada tanto,
Escuadra al fin de madres y doncellas,
Mostrándoles el vulgo el altar santo,
Movido á pïedad de sus querellas;
Y dándolas lugar para su llanto,
La misma se apartó delante dellas,
Y aunque en llegando alivio recibieron,
No del cuidado descansar pudieron.

Cual la banda de grullas que huyendo
De su fría regiôn á más templada,
El faro á donde guía conociendo,
De gritos hinche el aire alborotada;
Pero después con apacible estruendo,
Alegre ya en la estancia deseada,
Estima haber vencido con sus bríos
Sierras de nieve y destemplados ríos.

Y en aquesta sazón se publicaba
Con sonorosa trompa y con clamores
Del vulgo, que hasta el cielo celebraba,
Del vencedor Teseo los honores;
Como en triunfante carro alegre entraba
En la antigua ciudad de sus mayores,
Cuando Deutia en la escabrosa tierra
Sus amazonas sujetó en la guerra.

Lleva delante el capitán valiente,
Por despojos y lustres de su gloria,
Diversos carros de vencida gente,
Del duro Marte imagen y memoria;
Tíranlos los caballos tristemente,
Sintiendo el deshonor de la victoria;
Porque, entre otras insignias y banderas,
Mezcladas ven sus plumas y testeras.

Llevan montones de armas destrozadas
Y bosques de las lanzas ya deshechas,
Y partidas mil hachas aceradas,
Que sólo para el monte fueron hechas;
Mil aljabas vacías, que preñadas
Vinieron antes de menudas flechas,
Y escudos rotos en preciosos cintos,
De sus señores en la sangre tintos.

Van luego en otros carros las vencidas,
Aun sin temor, y confesando apenas
Que son mujeres, pero no rendidas
Al común sentimiento de sus penas;
Aun les parece que ellas atrevidas
Entran triunfando en la ciudad de Atenas,
A sólo visitar por raro ejemplo
De la casta Minerva el sacro templo.

Pero lo que los ojos más llevaba
Y la afición primera de la gente,
Era el triunfante carro donde entraba
En silla excelsa el vencedor valiente;
El oro á los caballos no igualaba,
Ni á su carro el metal más reluciente;
Tal, que con el de Apolo compitiera,
Si tan veloz como es gallardo fuera.

No menos que los ánimos traía
Hipólita, tan fuerte como bella,
Que, ya casada, al yugo se rendía,
Y sólo aquesta fe pudo vencella;
Y algunas atenienses que allí había
Secretamente murmuraban della,
Admiradas de ver que así quebrase
Las leyes de su patria y se casase.

Y no tan sin envidia cuál detiene
En red de oro el cabello reluciente,
Y cuán cubierto el blanco pecho tiene,
Bien de lo que solía diferente,
Y que es en todo bárbara si viene
A mezclarse de Atenas con la gente
Y á tener sucesores de un marido
De quien contraria y enemiga ha sido.

Tristes á ver del triunfo el aparato,
El orden, las riquezas y los dones,
Se apartaron las griegas por un rato
Del ara, que cercaban de oraciones;
Con que de nuevo el amoroso trato
Se renovó en sus tristes corazones
De sus padres, hermanos y maridos,
No victoriosos, pero así vencidos.

Mas luego el vencedor el carro para,
Viendo tantas matronas en Atenas,
Y desde el trono excelso no repara
En preguntar las causas de sus penas
A todas mira con benigna cara;
Y con palabras de eficacia llenas
Así dijo al magnánimo Teseo
La atrevida mujer de Capaneo:

«Valeroso guerrero, á quien ofrece
La rüina que á todas nos alcanza,
Sobre lo que hoy fortuna te engrandece,
Nueva ocasión de súbita alabanza,
No extraña gente somos, ni padece
Por sus culpas alguna esta venganza;
Argos fué nuestra patria, y reyes eran
Nuestros maridos; ¡nunca fuertes fueran!

»Pero que les movió tan sin provecho
Siete escuadras de Grecia las mejores
Ponerse á tanto riesgo y tanto estrecho
Por enmendar de Tebas los errores,
No nos admira el desgraciado hecho,
Que no pueden ser todos vencedores,
Ni sentimos el mal de nuestra tierra;
Que veces son de la dudosa guerra.

»Sentimos sólo, gran señor, que fueron,
No fieros monstruos que Sicilia cría,
Ni los centauros los que aquí murieron,
Sino el mayor valor que en Grecia había.
Dejo los claros padres que tuvieron,
Que, aunque mortales, afirmar podría
Que ya vueltos estrellas muchos dellos,
Del cielo aumentan los luceros bellos.

»A aquestos, pues, prohibe dar Creonte
De los sepulcros el honor postrero,
Como si él engendrara á Tesifonte
Ó fuera del infierno el vil portero.
Detiene en las riberas de Aqueronte
Sus ánimas el hórrido barquero
Que, faltando á los cuerpos sepultura,
Ni al cielo van ni á la región obscura.

»¡Oh reina universal, naturaleza!
Dioses, ¿adónde estáis? ¿Dónde está ahora
De aquel injusto rayo la fiereza
Y de su autor la mano vengadora?
¿Dónde, Atenas, está tu fortaleza,
Que ha dado siete vueltas ya la aurora,
Y otras tantas su luz negado al suelo?
¡Y sufre aquesta crueldad el cielo!

»Ya las aves y fieras aborrecen
De los muertos el pasto empodrecido,
Y los aires sutiles se embravecen
Del mal olor del campo corrompido.
Pues ¿qué resta en los cuerpos que padecen,
Si ya lo más el tiempo ha consumido?
Desnudos huesos, sangre solamente,
Y eso enterrar Creonte no consiente.

»Ea, atenienses, dignos de memoria,
Que á vosotros compete esta venganza,
Antes que Marcia os gane aquesta gloria,
Y Tracia, en quien tenemos confianza;
Que á todos fué común esta victoria,
Nuestro dolor á todos les alcanza;
De donde quiera hay cuerpos no enterrados,
Que aguardan ser de su nación honrados.

»¿Quién, pues, en ocasion tan pïadosa
Será cruel, cuando enemigo fuese?
Guerra tuvimos, causa tan forzosa
Para que algún rigor permaneciese;
Mas ya cesó la ira rigurosa,
Cesó el odio; y supuesto que lo hubiese,
¿Cuándo la muerte no venció á la ira,
Ó quién de muertos á venganza aspira?

»Que tú, señor, no así cuando venciste,
Según la fama de tus hechos cuenta,
A Ciria á las fieras ofreciste,
Ni á Cercio, aunque eran dignos de esta afrenta;
Cruel era Seirón; mas permitiste
Que del fuego la llama vïolenta
Quemase el cuerpo infame, que pudieras
Entregar á la aves y á las fieras.

»Y es de creer que el Tanais queda agora
Con sepulcros y exequias humeando
De amazonas que Scitia muertas llora,
De donde armado vuelves y triunfando.
Si pïedad en tus entrañas mora,
Sigue este triunfo que te está aguardando;
Que con solo el trabajo de una guerra
Satisfarás al cielo, infierno y tierra.

»Si deshiciste el laberinto en Creta,
Guiado del sutil ovillo de oro;
Si libraste á tu patria de sujeta,
Venciendo en Maratón el hombre y toro,
Si de tu anciana huéspeda respeta
El ruego Jove y se enternece al lloro,
Defiende aquesta causa; así te sea
Propicia Palas á cualquier pelea.

»Y así el sagrado Alcides envidioso
Nunca esté de tus hechos inmortales,
Antes le agrade verte valeroso,
Y que en obras y en ánimo le iguales;
Y siempre en carro y siempre victorioso
Su madre te reciba en triunfos tales,
Y así nunca á tu patria le suceda
Caso, cual éste, en que rogarte pueda.»

Dijo; y todas rogando humildemente,
Las manos levantaron y alarido,
Y de Neptuno el grande descendiente
Mudó el color, de su dolor movido;
Y vuelto el rostro como brasa ardiente,
De la justa venganza compelido,
«¿Cuál furia, dijo á voces, cuál Megera
Introduce reinar de esta manera?

»No tales pechos en la gente griega
Dejé cuando partí á la Scitia helada;
¿Qué furor nuevo es éste que los ciega?
¿Qué crueldad es ésta, nunca usada?
¿Esperabas, Creonte, en mi refriega
Mi persona vencida ó destrozada?
Presente, pues, estoy, que no he venido
Cansado de la sangre que he vertido.

»Y aun todavía está con sed mi lanza
De sangre que es tan justo que se vierta;
Fiel Fegeo, ofende la tardanza,
A tu caballo volador despierta;
Vuelve á Tebas, anúnciales venganza
Si no sepultan á la gente muerta;
Que si les niega Tebas sepultura,
De habella menester no está segura.»

Así dijo; y los males olvidando
De la guerra y trabajos del camino,
Al punto, su valor manifestando,
Para la nueva guerra se previno;
A los suyos exhorta, reforzando
Las fuerzas contra el tirio peregrino,
Que la gloria presente le desvela,
Y con el ansia de otro triunfo vuela.

Bien como cuando un toro madrigado
Que ya al competidor dejó vencido,
En el bosque do estaba retirado
Oyó que resonaba otro bramido,
Que, aunque se halla el cuello desangrado,
Con polvo disimula estar herido,
Y con nuevo furor y nuevo brío
A todo el campo incita á desafío.

Con gran resolución Minerva al punto
Su escudo sacudió, donde llevaba
El rostro de Medusa, que, difunto,
Aun el temor antiguo conservaba;
Y erizando el cabello todo junto,
Que un escuadrón de víboras formaba,
A Tebas mira, que temblor ponía,
Y aun no el campo de Atenas se movía.

Y luego á la batalla se movieron,
No sólo los mancebos animosos
Y los que acompañándole volvieron
En el triunfo presente victoriosos,
Mas los que ni aun las armas conocieron,
Que campos cultivaban espaciosos;
No hubo quien las banderas no siguiese,
Sin que á seguirlas compelido fuese.

Van los que habitan el Braurón helado,
Y de Muniquia va la inculta gente,
Los de Pirea, puerto deseado
Del piloto que el mar turbado siente;
Va Meratón, y aun no era celebrado
Con el ilustre triunfo del Oriente,
Y de Celeo todo el vasallaje,
Que á Ceres dió, aunque rústico, hospedaje.

El de Galea á pelear se aplica,
Las armas toma el rústico en Milena,
Aquélla en bosques y ésta en prados rica,
Y el montañés de Parnos, de uvas llena;
Licabeto, que olivas fructifica,
De los que las cultivan se enajena,
Ileo va, y de Himeto se separa
El que los campos olorosos ara.

Deja á Carnania el que sus campos pisa,
Que vestía de hiedras tirsos antes;
Queda Funión desierto, que divisa
Las proras de las naves más distantes,
Donde engañado Egeo en la divisa
De los mal advertidos navegantes,
Creyendo que su nave era vencida,
Dió nombre al vago mar con su caída.

Sus pueblos Salamina convocados,
Y Eleusis, diestra en cultivar la tierra.
El uso suspendiendo á los arados,
Éstos y aquéllos vienen á la guerra;
Dejan los de Calice sus labrados,
Que en nueve brazos su cristal encierra,
Y á Iliso los que beben sus licores,
Que ocultó de Oritía los amores.

Hasta el collado mismo y fortaleza
De Atenas se vació de moradores,
Adonde compitieron con su alteza
Los dioses, sus antiguos valedores;
Hasta que de sus peñas y asperezas
El nuevo árbol produjo fruto y flores,
Y pudo con las ramas extendidas
Hacer sombra á las olas sacudidas.

Fuera á Tebas también á esta jornada
Hipólita y la gente que regía,
Si ya el temor de verse tan preñada
No estorbara el intento que tenía;
Demás que del marido fué rogada
Que las armas dejase y la porfía,
Y que en lugar de Marte, por trofeo
Consagrase las flechas á Himeneo.

Y luego que á la heroica y alta empresa
Vió el capitán que todos se animaban,
Que les es dulce el hierro y que de priesa
De sus hijos y amigos se apartaban,
Y que por no impedirse, aunque les pesa,
Los abrazos y besos abreviaban,
Así dijo con ánimo bizarro
Desde el excelso trono de su carro:

«Nobles escuadras, gentes valerosas,
Que defendéis conmigo en justa guerra
Las leyes y costumbres pïadosas
Que en el morir estableció la tierra,
Fiad en vuestras hazañas generosas
Y el único valor que el pecho encierra,
Dignas del gran principio que habéis dado
Sean las obras al intento osado.

»Bien claro veis que está, por otra parte,
El favor de los dioses y las gentes,
Naturaleza os lleva el estandarte,
Ley general de todos los vivientes;
Por el contrario, el escuadrón de Marte
En Tebas guían furias y serpientes,
Y siendo tal la nuestra y tal su guía,
No hay que dudar del fin de esta porfía.

»Id alegres, os ruego, á la batalla,
Que os promete seguro vencimiento
La justa causa que tenéis de dalla;
Fundad en ella el fin de vuestro intento.»
Dijo; y tirando un asta, que alcanzalla
Pudiera sólo el presuroso viento,
Más que el viento y la lanza presuroso,
Tomó el camino el capitán famoso.

Tal cuando Jove cubre de nublados
Los altos ejes del nevado polo,
Y del largo descanso ya enfadados,
Rompe á sus vientos la caverna Eolo,
Que de nuevos furores animados,
Con la mudanza del invierno solo,
Vagas estrellas salen sacudiendo,
Y en Artos silba el eco de su estruendo;

Y entonces cuando su furor derraman,
Sin ser en las cavernas detenidos,
Gimen los montes y las ondas braman,
Y se encuentran nublados esparcidos;
Suenan los truenos que los aires aman,
Y relucen los rayos encendidos,
Y todos gustan de avivar la guerra
Y ver herida retumbar la tierra;

Catervas de caballos y peones
Trillan los campos, talan la arboleda,
Tal, que la hierba envuelta en los terrones,
De renacer sin esperanza queda;
De espejos no á sus limpios morriones
Alcanza á deslustrar la polvareda,
Que, esparcida su luz, al cielo alcanza,
Y al sol relampaguea cada lanza.

Marchan el día, y de la noche obscura
Sin perdonar las nieblas, van marchando,
Y una escuadra más que otra se apresura,
Todas llegar á Tebas porfiando;
Cuál el primero publicar procura
Que vió sus chapiteles relumbrando,
Y cuál ser con su lanza el que primero
Rompía en el muro el no manchado acero.

Mas sobre todo el campo se señala
El nieto de Neptuno, que parece
Que en armas y valor nadie le iguala,
Y su presencia á todos obscurece;
En cuyo escudo por adorno y gala
La gloria de sus hechos resplandece,
Grabada Creta en medio del asiento,
Con cien ciudades y murallas ciento.

Pintado allí con distinción se vía
Del laberinto el intrincado coso,
Y el mismo que en sus brazos retorcía
El yerto cuello al toro riguroso;
Vese cuál de sus golpes se escondía,
Haciendo el presto invierno perezoso,
Y cuál le ataba los nudosos brazos,
Haciendo de los suyos fuertes lazos.

De verlo así abrazado en la pintura
Con la bestia feroz estrechamente,
Y que una y otra vez en sangre pura
Se baña de la planta hasta la frente;
De verlo entrar en la batalla dura
Tan sin temor al capitán valiente,
Con tan fiero animal y tal denuedo,
Á todos puso, aunque pintado, miedo.

Y aun él, mirando la labor, renueva
La memoria del hecho ya pasado;
Ve los amigos que en la heroica prueba
Dudaban del suceso no esperado;
Ve la entrada temida de la cueva,
Y en ella, con semblante demudado,
La hermosa cretense, que temía
Si el hilo que le dió se acabaría.

Ya en aquesta sazón Creonte había
Mandado ejecutar la injusta pena
De desollar á Antígone y Argía,
Y atadas las llevaban en cadena;
Alegres ambas, cada cual tenía
De ambición de morir el alma llena;
Y así, ofreciendo al hierro el cuello blando,
Iban del Rey y su rigor burlando.

Cuando llegó el embajador Fegeo,
Al parecer pacífico, y mostrando
De verde oliva un ramo por trofeo,
Pero á guerra mortal desafiando,
Que no olvidó el mandato de Teseo,
Guerra en su nombre á todos publicando,
Y que del muro estaba ya cercano,
Cubriendo de armas y de gente el llano.

Suspenso estuvo y lleno de cuidado
El tebano escuchando el desafío;
Algo dudó de verse amenazado,
Y en sus antiguas iras templó el brío;
Pero, al fin, en sus fuerzas confiado
Y en la real potencia y señorío,
Fingió, aunque triste, un ánimo severo,
Y asi, risueño dijo al mensajero:

«¿Tan pocos son los males y las penas
Que establecí contra la griega gente,
Que, viendo la caída de Micenas,
Hay quien de nuevo el mismo daño intente?
¿Que hay quien ose cercar nuestras almenas
Y en el peligro ajeno no escarmiente?
Vengan; pero vencidos, no se quejen
Que por la ley que á los demás los dejen.»

Dijo; mas ya del campo que venía
Vió levantar la espesa polvareda,
Que obscurece la clara luz del día,
Y no hay quien divisar los montes pueda;
Perdió al punto el color que antes tenía,
Que aun sangre juzgarán que no le queda,
Y á sus vasallos incitando al arma,
Pidió las suyas y al momento se arma.

Bastó á turbarle haberle parecido
Que las furias sus sillas ocupaban,
Y que llorando á Meneceo vido,
Y que alegres los griegos se enterraban.
¿Qué día aqueste desgraciado ha sido,
Que cuando en Tebas de la paz gozaban,
Que á costa de su sangre poseía,
La paz hallada pereció en un día?

Las armas, que tenían ya colgadas
En sus templos, por rotas y deshechas,
Vuelven á descolgar, y aunque quebradas,
No tienen las rodelas por estrechas;
Descuelgan sin penachos las celadas,
Y aun no limpias de sangre muchas flechas,
Que no hay quien con caballo lanza ó dardo
Ni espada pueda parecer gallardo.

No hay foso de que puedan confiarse,
Cerca que no esté rota ó mal segura,
Puerta que no convenga repararse,
Que todo lo asoló la guerra dura;
No hay torre donde puedan ampararse,
Que les falta de almenas la hermosura,
De muchas que, arrancadas de su asiento,
Tiraba Capaneo por el viento.

Pues ya la juventud, en quien debiera
Tenerse confianza, está perdida,
Sin sangre, sin virtud, y de manera
Que en vano será Tebas socorrida;
Ya no la esposa del marido espera
Los dulces besos con que amor convida,
Ni los hijos del padre, que están tales,
Que no se acuerdan más que de sus males.

Por el contrario, el ateniense luego
Que vió romper la clara luz del día
Y la del sol, que juzgaran que en fuego
Las lanzas y celadas encendía,
Al campo sale, donde el campo griego
De desnudos espíritus hervía,
Y el aire, del vapor inficionado
De tanto cuerpo muerto no enterrado.

Dentro del mismo yelmo el aire siente,
Y el fuerte capitán gime y suspira,
Y provocado del rigor presente,
Con la justa ocasión se enciende en ira.
Pero el tebano Rey, aunque inclemente,
De aquesta parte su escuadrón retira;
Que al fin de tantos daños recibidos,
Quiso honrar de esta suerte á los vencidos.

Que no sobre los cuerpos desdichados,
Ni en el campo bañado en sangre pura
Quiso que peleasen sus soldados,
Ni allí mezclarse en la batalla dura;
Por gloriarse de verlos destrozados,
Más que por pïedad fué por ventura,
Y otra tierra eligió, que más sedienta
Beba la sangre que verter intenta.

Ya el un campo y el otro se mezclaba,
Del furor de Belona compelido,
Y aunque á los unos y otros incitaba,
No á todos era con igual partido;
Que no igualmente en todos resonaba
De las bastardas trompas el rüido,
Ni en el esfuerzo de embestir primero
Igualaba el tebano al forastero.

Estaban todos flacos, sin aliento,
Que aun de la espada el peso los oprime;
La floja diestra el asta ¡oh helamiento!
No puede sustentar sin que lo anime;
Haberse vuelto á armar es más tormento,
Que no hay quien vieja llaga no lastime
Apretándose el yelmo á la celada,
Que hace la sangre reventar cuajada.

Tanto, que en los de Atenas la fiereza
Fué menor en entrando la batalla,
Cuando de sus contrarios la flaqueza
Les negaba ocasión de ejecutalla;
Cual es mayor del viento la aspereza
Faltando selva en que poder quebralla,
Y mayor el silencio en la ribera,
Si no hay escollo en que sus ondas hiera.

Mas luego que al romper contra el tebano
El gran Teseo con virtud divina
Su lanza levantó en la diestra mano,
Que era de Maratón una alta encina,
Con cuya sombra cubre todo el llano,
Y al enemigo temeroso inclina,
Y del hierro la luz que resplandece
El fiero campo alumbra y estremece;

Como si el padre Marte descendiera
De la cumbre de Lemo inaccesible,
Y de su veloz carro sacudiera
Miedo, huída, muerte aborrecible;
No el tebano escuadrón de otra manera,
De espanto lleno y de temor terrible,
Desanimado y vergonzosamente
Volvió la espalda al capitán valiente.

Mas no sigue el alcance, de enfadado,
Ni el brazo en sangre fácil embaraza,
Aunque el resto de vulgo porfiado
Les va por todas partes dando caza.
Así agrada el despojo desechado
Al lobo y al mastín de mala raza;
Mas no al león, que mientras más se enciende,
Al que rendido está menos ofende.

Empero á la primera lanza açaba
A Olenio y á Tramiro atravesando,
Aquél que saca flechas de su aljaba,
Y éste una grande piedra levantando,
Y de otras tres sin detenerse enclava
De Alceo los tres hijos, que fiando
En tres escuadras que á regir vinieron,
Lo mal que confiaban conocieron.

Una á Fileo le escondió en el pecho,
Y otra hizo que Hólope mordiera,
Y sin serle las armas de provecho,
Pasó de Japo el hombro la tercera;
Ya Emón á reparar el daño hecho
Llegaba al punto con veloz carrera,
Mas tan veloz como en su carro vino,
Voló sobre él un asta como un pino.

El cual del golpe, el tiempo conociendo,
Los medrosos caballos hizo á un lado,
Y la lanza, que el aire iba rompiendo,
Á dos de ellos pasó por el costado;
Ya el hierro iba al tercero apeteciendo,
Y á no haberse la punta atravesado
En el timón del carro, lo pasara,
Y hasta el cuarto caballo no parara.

Y como sólo el capitán valiente
Buscaba de Creonte la persona,
Pasa adelante y con furor ardiente
Por todo el campo á voces le pregona;
Vídolo al fin en la contraria frente,
Que á los suyos detiene y amontona,
Los ánimos medrosos incitando,
Y en vano con la muerte amenazando.

Mas no bastó su furia y su amenaza
Para que los tebanos no huyesen,
Que sólo le dejaron en la plaza,
Sin que ley militar obedeciesen;
Ni á Teseo su gente le embaraza,
Porque atrás les mandó que se tuviesen;
Y así, se retiraron sus soldados,
De su esfuerzo y sus dioses confiados.

Teme de verse á tanto riesgo puesto
Creonte, y vuelve á convocar su gente;
Mas conociendo el odio manifiesto
Que le han mostrado en la ocasión presente,
Al extremo de ira arrojó el resto,
Que menos que furor no le consiente,
Y así habló con ánimo atrevido,
De la forzosa muerte compelido:

«No con mujeres pienses que es la guerra,
Ó que son de doncella aquestas manos,
Que aquí sabe tener aquesta tierra
Con fuertes hombres trances inhumanos;
Yo soy por cuya causa Estige encierra
De Tideo los hechos soberanos,
Y por quien al furioso Hipomedonte
Y á Capaneo visitó Caronte.

»¿Con qué locura, pues, acometiste
Batalla tan injusta y repentina?
¿Muertos no ves los que á vengar veniste?
¿Cómo no te amenaza su rüina?»
Dijo; y con cuanta fuerza en él asiste
Una lanza perdida le encamina;
Y bien perdida fué, pues sólo pudo
Clavársela en el cerco del escudo.

Rióse, aunque enojado, el gran Teseo
De escuchar los blasones del tebano,
Y de ver de su lanza el mal empleo,
Y el poco efecto de la débil mano;
Y codicioso de mayor trofeo,
De una lanza, que un fresno es más liviano,
Un gran tiro apercibe el brazo fijo,
Pero primero con soberbia dijo:

«¡Almas de griegos, por quien hoy pretendo
En sacrificio dar la de Creonte!
Abrid las puertas del infierno horrendo,
Salga la vengativa Tesifonte;
Mirad que ya el traidor que estáis temiendo
Viene á el obscuro reino de Aqueronte.»
Dijo; y la gruesa lanza blandeando,
Se la tiró, los aires barrenando.

Vino á herir la rigurosa punta
A donde, por debajo del escudo,
La malla de la cota está más junta
Y hace el eslabonado más menudo;
Por mil ventanas á salir apunta
La sangre que despide el pecho crudo,
Y dando fin á tan injusta guerra,
Revolviendo sus ojos, vino á tierra.

Grave Teseo al punto sobre él llega,
Desnudándole él propio la armadura.
«Ya, dijo, á la enemiga gente griega
Agradaráte darles sepultura;
Vé pues, traidor, donde tu alma ciega
Padezca eterno llanto, mas segura
De que el cuerpo que deja aquí postrado
Sea jamás con el sepulcro honrado.»

Luego alegres los campos se mezclaron,
Las diestras á las paces extendiendo,
Y en medio de la guerra las firmaron,
Cual huésped á Teseo recibiendo;
Que fuese su caudillo le rogaron,
Sus muros y sus casas ofreciendo;
Y él, aunque vencedor, y ellos vencidos,
No despreció los ruegos ofrecidos.

Huélganse en ver que vencedor entraba
Cualquier madre tebana y cualquier nuera,
Cual si en la India, á quien el Ganges lava,
A Baco el sacrificio se hiciera,
A donde el mismo río celebraba,
Vencido ya y humilde en su ribera,
Los regocijos que en honor hicieron
Del mismo dios de quien vencidos fueron.

Mas ya por varias partes discurriendo
Vienen las madres griegas incitadas,
Las estrellas del cielo sacudiendo
Con sus gritos y voces desusadas;
Cual á la guerra suelen ir corriendo
Las locas bacanales convocadas;
Que dirás, si reparas en su furia,
Que vienen de hacer alguna injuria.

En medio de su llanto se holgaban,
Y alegres nuevas lágrimas vertían;
Del ímpetu á mil partes se arrojaban,
Cual gozo y el dolor las compelían;
Si al gran Teseo irán antes dudaban,
Ó á ver el cuerpo de Creonte irían
Y á los suyos, y al fin las llevó el llanto
A ver los cuerpos deseados tanto.

No si alguna deidad con lenguas ciento
Aumentara en mi pecho la armonía,
Pudiera referir con digno aliento
Tantos sepulcros hechos en un día
De tantos como el último elemento
Del vulgo y de los nobles consumía;
No pudieran mis fuerzas ser iguales
A tanto llanto y sentimientos tales.

Ni á referir mi espíritu bastara
Cómo Ebadne con ánimo atrevido
Se echó en la llama que le fué tan cara,
Buscando al rayo que abrasó al marido;
Y cómo reclinando el pecho y cara
Sobre el cuerpo, del suyo tan querido,
Deifile lo excusa, y cómo Argía
. . . .

¡Con qué llanto la madre cazadora
Llama al joven de Arcadia sin ventura,
Al de Arcadia, en quien hubo hasta agora,
Aunque muerto y sin sangre, hermosura!
El de Arcadia, que un campo y otro llora
Su muerte en tierna edad, aun no madura,
Que apenas estas cosas furor nuevo
Podrá bastar, ni aunque inspirase Febo.

Y pues ya llegó al puerto mi navío
Después de tanto mar como ha pasado,
¡Oh mi *Tebaida*, que al ingenio mío
Doce años trajiste desvelado!
Que largos tiempos durarás confío
Mientras viviere el dueño á quien te ha dado;
Que es cierto que su fama y sus favores
El camino abrirán de tus loores.

Ya podrá ser que se renueve y vea
En la edad venidera tu memoria,
Y que el César magnánimo te vea,
Que es adonde llegar puede tu gloria,
Ó que la juventud que á Italia area
En tí deprenda la tebana historia,
Y que en diversas partes y lugares
Tus versos solemnice en sus altares.

Vive, pues, largos años; mas no intentes
Con la divina *Eneida* competencia;
Lejos la sigue y de ella no te ausentes,
Haciendo á sus pisadas reverencia;
Pues el nublado de la envidia sientes,
Luego se deshará con su presencia,
Y muerto yo á pesar del torpe olvido,
El honor te darán que has merecido.

FIN DEL SEGUNDO TOMO Y ÚLTIMO.

ÍNDICE.

Tomos.

SALUSTIO.—*Conjuración de Catilina.—Guerra de Jugurta*, traducción del Infante D. Gabriel.—*Fragmentos de la grande historia*, traducción del Sr. Menéndez Pelayo........................ 1
JULIO CÉSAR.—*Los Comentarios*, traducción de Goya y Muniain.... 2
SUETONIO.—*Vidas de los doce Césares*, traducción de D. F. Norberto Castilla.. 1
SÉNECA.—*Epístolas morales*, traducción de D. F. Navarro y Calvo. 1
— *Tratados filosóficos*, traducción de D. Pedro Fernández de Navarrete y D. Francisco Navarro y Calvo................. 2
OVIDIO.—*Las Heroídas*, traducción de Diego Mexia................ 1
— *Las Metamorfosis*, traducción de Pedro Sánchez de Viana.... 2
FLORO.—*Compendio de la Historia Romana*, traducción de D. Eloy Díaz Jiménez.. 1
QUINTILIANO.—*Instituciones oratorias*............................. 2
QUINTO CURCIO.—*Vida de Alejandro*, traducción de Ibáñez de Segovia.. 2

Clásicos españoles.

CERVANTES.—*Novelas ejemplares y viaje del Parnaso*............... 2
CALDERÓN DE LA BARCA.—*Teatro selecto*, con un estudio preliminar del Sr. Menéndez Pelayo.................................. 4
HURTADO DE MENDOZA.—*Obras en prosa*............................. 1
QUEVEDO.—*Obras satíricas y festivas*.............................. 1
QUINTANA.—*Vidas de españoles célebres*.......................... 2
DUQUE DE RIVAS.—*Sublevación de Nápoles*......................... 1
ALCALÁ GALIANO.—*Recuerdos de un anciano*......................... 1
MANUEL DE MELO.—*Guerra de Cataluña* y *Política Militar*.......... 1

Clásicos ingleses.

MACAULAY.—*Estudios literarios.—Estudios históricos.—Estudios políticos.—Estudios biográficos.—Estudios críticos.—Estudios de política y literatura*. Traducción de M. Juderías Bénder..... 6
— *Vidas de políticos ingleses*, traducción del mismo.............. 1
— *Historia de la Revolución de Inglaterra*, traducción de M. Juderías Bénder y Daniel López.............................. 4
— *Discursos parlamentarios*, traducción de Daniel López....... 1
— *Historia del Reinado de Guillermo III*, continuación de la *Revolución de Inglaterra*, traducción del mismo............. 6
MILTON.—*Paraíso perdido*, traducción en verso, de D. Juan Escoiquiz. 2
SHAKESPEARE.—*Teatro selecto*, traducción de D. Guillermo Macpherson con un estudio preliminar de D. Eduardo Benot..... 6
Se han publicado cuatro tomos.

Clásicos italianos.

MANZONI.—*Los Novios*, traducción de D. Juan Nicasio Gallego.... 1
— *La Moral Católica*, traducción de D. Francisco Navarro.... 1

Clásicos alemanes.

SCHILLER.—*Teatro completo*, traducción de D. Eduardo Mier....... 3
HEINE.—*Poemas y fantasías*, traducción de D. José J. Herrero...... 1

Clásicos franceses.

LAMARTINE.—*Civilizadores y conquistadores*, traducción de D. Norberto Castilla y D. M. Juderías Bénder.................... 2

Clásicos portugueses.

CAMOENS.—*Los Lusíadas*, traducción en verso de D. Lamberto Gil.. 1
— *Poesías selectas*, traducción del mismo......................... 1

